

PASACONSOL

(Ella era EVA BRAUN)

de

BORGES CARREIRA

Traducción de

ISABEL SÁNCHEZ

Yo era entonces alumno del primer curso de Matemáticas y los exámenes semestrales estaban previstos en marzo. Por el día era *aspirante* (*¹) a funcionario de Hacienda y trabajaba en la Delegación nº 5 de Lisboa, en la Avda. Marquês de Tomar, en el cruce con la de Miguel Bombarda. Estudiaba por la noche.

Al principio, estaba orgulloso de mi condición de trabajador estudiante. En la época de la revolución, trabajar para poder estudiar era como una nueva distinción, en el largo camino que va del proletariado a la nobleza de toga, los “escolares” del señor don Sancho. Para los hijos de la burguesía adinerada, todo era fácil y allanado desde la cuna. Y no necesitaban trabajar. Una vez acabada la carrera, normalmente les esperaba un sillón en el consejo de administración de alguna empresa. Los hijos del proletariado eran un mundo aparte – pues tenían que trabajar para poder pagar los libros y los estudios. Había heroísmo en la cosa, principalmente en las noches de invierno, frías, oscuras, lluviosas y de caminos llenos de barro. Todavía faltaban décadas para que la Alameda de la Ciudad Universitaria se pavimentase.

Mi madre no era proletaria ni nada parecido. Nunca la vi con cadenas en las manos intentando quebrarlas. Y además odiaba el comunismo, al que consideraba responsable de la carnicería de curas en España, durante la Guerra Civil. Lo que era falso, no habían sido los comunistas sino otros, con nombres y designios mucho más complicados. Sin embargo, y a pesar de que las tropas de Franco hubiesen ejecutado a 17 sacerdotes vascos hasta que el Vaticano se interpuso, aún era una excelente arma de propaganda para la derecha, bajo sus diversas formas y designaciones.

Éramos de la pequeña burguesía, pequeña, pequeña, muy pequeñita incluso, hecha toda ella de miseria avergonzada. Éramos el proletariado de traje y corbata, con la pequeña pensión de viudedad que mi madre cobraba y los trabajos de costura que hacía para fuera. Éramos pobres pero andábamos limpios y sin manchas. Íbamos a misa los domingos y mi madre se ponía un velo en la cabeza que me recordaba a una reina. Una reina conservadora, autocrática y muy bella.

(*)Aspirante.- Categoría por la que se empezaba la carrera de funcionario de Hacienda en Portugal hasta 1984 aproximadamente (N. del A.)

Una tarde, estaba en la secretaría de la Universidad para matricularme en los exámenes y vi a una compañera que también era de Matemáticas, pero durante el día, y que se puso a mi lado para no quedarse al final de la cola y ser atendida más rápido. Solamente por esa razón,

porque nuestra intimidad era vecina del cero absoluto. A mitad de la conversación, que solo manteníamos para no parecer que estábamos enfadados y para que ella tuviese una justificación para ponerse junto a mí, yo tercié:

- Soy trabajador estudiante.

- ¿Sí? ¡Qué olorillo a sudor!

Me puse colorado y las palabras se me escaparon. Tardé cinco minutos en buscar frases hasta que conseguí decir:

- Parece que Tito Gobbi va a dar un concierto en la Gulbenkian la próxima semana.

- ¿Sí? ¿Y quién es Tito Gobbi? No sabía que la Gulbenkian tenía averías.

- Canta. No es electricista.

“Estúpida. Es además una antipática.”

No dijimos nada más. La atendieron antes que a mí y se fue sin decir adiós.

A partir de ahí ya solo era una de las dos cosas:

Hipótesis A - Soy *aspirante* de Hacienda en la Delegación nº 5.

Hipótesis B – Estoy en el primer curso de Matemáticas.

Las dos cosas juntas es lo que no puede ser. Nadie aprecia a quien quiere subir en la vida. O porque los encuentra unos resentidos amargados y, por lo tanto peligrosos, o porque teme llegar a recibir órdenes de quien ya obedeció. Ya lo dice el refrán “No pidas a quien pidió ni sirvas a quien sirvió”. Como aquel capataz intolerante de la “Educación Sentimental”, que maltrataba al pueblo que amaba o decía amar.

Ahora tenía un plan, o mejor, un deseo – pasar 10 o 15 días sin ir a trabajar y disfrutar plenamente la vida de estudiante. Quería tener una buena nota en Matemática Aplicada I. Y quería tener tiempo para ver esa Lisboa de febrero de 1979, donde el sol brillaba después de quince días de lluvia intensa, crecidas e interrupción del suministro de agua a la ciudad.

- Tengo médico luego a las tres – avisé en la delegación.

Faltaban diez minutos cuando subí los escalones que daban acceso al primer piso del edificio de los Servicios Médico-Sociales Universitarios, que era allí en la Avda. Júlio Dinis, frente al *Apolo 70*.

La recepcionista era una rubia exuberante, con senos maternos y censuras de madre.

- ¿Aún no has rellenado la ficha? ¿Y a qué esperas, chico? ¿Al cartero?

Cogí la ficha que me entregaba, moviendo la cabeza y articulando un “ay, ay, ay” en aquellos labios que enrojecían como fresones despachurrados. No parecía tener mucha fe en mi inteligencia. Era mi aspecto de crío, con coloretos en los pómulos y aún sin barba en la cara, solo un ligero bozo por encima de los labios. O como decía la señora Odete, en Torres Vedras, “Tiene cara de tonto. No sé cómo le ponen buenas notas”.

La señora Odete es mi madre y me puede descomponer 24 horas por día, sin parar a no ser para respirar y beber agua, y no es por eso que dejo de quererla. Cosas extrañas que tiene el amor.

Rellené la ficha, con cruces en todos los “no”. ¿Si algún pariente mío había tenido tuberculosis o sífilis? No tengo ni idea. Y si así fuese, no andaría divulgándolo a terceros, perfectos desconocidos. Y además tendría mucho más sentido si preguntasen por antecedentes de cáncer. No se puede vivir para siempre con el reloj parado en los años 40, antes de la penicilina y de la estreptomycin. Entregué la ficha y la recepcionista me avisó:

- El doctor va a llegar con retraso, pues acaba de salir ahora de la urgencia del hospital de San José. Puede esperar en aquel pasillo, en la segunda sala a la izquierda.

Me senté en la sala de espera, donde ya esperaban cuatro personas. No conocía a ninguna. Dos se conocían y, por su conversación, debían ser de la misma facultad y del mismo curso. Uno de ellos tenía una barba hirsuta y negra, que recordaba la fotografía de Camilo Pessanha. El otro tenía bigote y gafas con cristales de culo de botella.

- Y ella me respondió “¿Si tiene una poética? Claro que tiene una poética. Está en verso”.

No había revistas en el tablero de cristal de la mesa que ocupaba el centro de la habitación y tuve que echar mano de mis propios medios de distracción. Me sumergí en mi vida interior, una manera estupenda de pasar el tiempo, a solas conmigo.

El año 1978 fue un buen año, contado de una a otra punta, desde el primer día hasta San Silvestre. Pasé el año propedéutico y me matriculé en Matemáticas, en la Facultad de Ciencias, que funcionaba en un barracón

prefabricado por detrás de la Facultad de Letras, tras el gran incendio en la Rua da Escola Politécnica. Entré como *aspirante* a funcionario en la oficina de Hacienda de la Delegación nº. 5 de Lisboa. Y todo eso me obligaba a dejar Torres Vedras y a fijar mi residencia en la capital. Yo tenía sueños y todos parecían realizables, principalmente en las noches de crisis de asma cuando tomaba un comprimido que contenía, *inter alia*, fenobarbital para la angustia de quien quiere respirar contra todos los obstáculos. La droga me hacía ver la vida por el prisma más color de rosa, y los grandes éxitos y los grandes amores eran ya para el día siguiente, justo al amanecer. Por alguna razón el legislador, guardián de la felicidad colectiva, decidió incluir mi fenobarbital en la Tabla IV de sustancias prohibidas por el Decreto-Ley 15/93, de 22 de enero, y explicó que la cosa realmente era el ácido-5-etil-5-fenilbarbitúrico, lo que es mucho más grave de lo que yo pensaba en aquel tiempo en que Carter reinaba al oeste y Brejnev al este, pero incluso así era mucho peor si mis preferencias fuesen para nombres tan asustadores como etil-loflazepato, que no es ni más ni menos que el 7-cloro-5-(2-fluorofenil)-2,3-di-hidro-2-oxo-1*H*-1,4-benzodiazepina-3-carboxilato de etilo, que es claramente un peligro para la estabilidad de las familias.

Quería demostrar el teorema de Fermat y ganar el premio prometido al primero que lo demostrase. Pero también quería una vida tranquila y burguesa – comidas a su hora, en una casa confortable, una esposa también confortable, a ser posible gorda, fuente de desnudez, de cuidados y de caricias. Hijos, amigos y un cachorro. Televisión, los “Parodiantes” a la una de la tarde y el Telediario a las nueve de la noche. Chocolate caliente y tostadas a mitad de la velada. Libros y el aislamiento de una biblioteca. Una buena cadena de alta fidelidad y discos con todas las obras que me agradaban y que estaba apuntando en una agenda para cuando tuviese dinero.

El principio es siempre un cambio.

Mi madre me daba bofetadas. O porque era viuda y tenía que acumular la delicadeza maternal con la ferocidad paterna y esta última acababa prevaleciendo. O simplemente porque le gustaba abofetear a quien no la conseguía odiar. Tal vez ella me odiase, no sé por qué y tal vez ni ella lo sabía. Había, con toda seguridad, algo en mí que le repugnaba pero no podía traducirlo con palabras que le explicasen las causas. Yo solo conocía los síntomas. Tengo un punto rojo en el pecho, que en castellano es un “lunar”. Siempre que lo veía, ella me decía “Dios que te señaló algún defecto te encontró”. No sé. Tal vez me pareciese a alguien que la hubiese hecho infeliz, por ejemplo mi padre.

Pero ahora nadie me pegaba ya, lo que equivalía a subir en la vida.

Mi primer trabajo en Hacienda se podía resumir a AC – Archivar y Clasificar por orden alfabético. Colocar fichas y declaraciones por orden alfabético y archivarlas en sus respectivas carpetas, todas del mismo tono de color rosa y con varias capas de polvo que se me incrustaba en las manos. Después, colocar las carpetas en las filas de estanterías, lo que me obligaba a ponerme en cuclillas para las baldas más bajas, y de puntillas para llegar a los estantes más altos.

Conseguí una habitación en la zona de Anjos, cuatro días antes de empezar a trabajar. Era una casa antigua, donde el dueño alquilaba cuatro habitaciones, ninguna con cuarto de baño. La renta era de 1000 escudos al mes y mi madre me dio el dinero para la primera. Después ya lo ganas, no lo necesitas.

La habitación venía acompañada de un montón de restricciones y no era exactamente esa la idea que yo tenía de la libertad. Apagar la luz a las diez de la noche. No tener ningún aparato conectado a la electricidad. Cocinar estaba prohibido. Traer mujeres a casa estaba prohibido. Hablar de política estaba prohibido. Mirar el culo de la dueña era crimen. Burlarse de Nuestra Señora de la Salud estaba castigado con la expulsión. Y para ducharse todos los días había que pagar un suplemento de trescientos escudos al mes.

Todos los días compraba el periódico para buscar casa.

Sin embargo tenía ventajas. La música, por ejemplo. Estar en Lisboa y en la Universidad, me permitía asistir a los conciertos del Aula Magna. La *Camerata Bariloche*, interpretando la “Sinfonía Simple”, de Britten, y yo descubriendo de donde venía aquel *pizzicato* tan conocido. La *Orquesta Gulbenkian* interpretando Mozart, la “Sinfonía Praga” y el “Concierto n.º. 5 para violín y orquesta”, con Gerardo Ribeiro en el violín. Recuerdo el viento que los arcos de los instrumentos de cuerda provocaban en el 3.º. Movimiento del Concierto de Mozart. Y en la fila de adelante estaba el Dr. Azeredo Perdigão y su esposa, con dos personas en el medio. La primera vez que pensé “Dios mío, si no consigo demostrar el teorema de Fermat, hazme Presidente de una Fundación como esta, aunque el sueldo sea solo el suficiente para filetes con patatas fritas tres veces por semana”.

Remé de nuevo hacia la Delegación de Hacienda.

Cuando aparecía alguien en el mostrador del impuesto profesional me correspondía a mí avisar a quien atendía o si no me dirigía yo mismo al contribuyente para preguntarle a lo que venía y para decirle que esperase que ya le venían a atender.

También extendía certificados y cobraba los emolumentos que después entregaba, al final de la tarde, en la Tesorería de la Hacienda Pública, que quedaba en la Avda. 5 de Outubro. Un porcentaje era para nosotros, los trabajadores, la otra, más importante, era para el Estado.

Así fue como un día estaba dando entrada a una solicitud de las manos de un abogado para que certificase que una empresa, con una designación que parecía un tren con S.A.R.L. columpiándose detrás del último vagón, no tenía deudas con Hacienda.

El adjunto del jefe pasó junto a mí y me preguntó si ya había conseguido casa. Le respondí que no y que la cosa no estaba fácil. El adjunto – Tal vez se consiga. Tal vez se consiga.

Fui a buscar la ficha de la empresa y me senté a la máquina de escribir para mecanografiar el certificado, y el adjunto se quedó hablando con el abogado, en voz baja.

Cuando entregué el certificado al abogado y cobré los emolumentos, que registré y guardé en un sobre, volví a sentarme en la mesa, rodeado de montones de fichas. En esto oí un psst, psst, y vi al abogado apuntándome con el dedo índice derecho, curvado en forma de anzuelo. Fui junto a él. ¿Qué querrá este ahora?

Habló como quien hace un favor y espera intercambiarlo por otros favores. Sabía de una casa buena, con estupendas condiciones, con obras recién realizadas. Era una buhardilla, con una habitación, un salón, cocina y cuarto de baño. Y una terraza enorme, con vistas al Tajo. Más alto que los edificios de alrededor, así nadie ve lo que se está haciendo. Ideal para gente joven. Y la renta era insignificante.

No era tan insignificante como eso. La renta era de 2.500 escudos al mes y mi sueldo no sobrepasaba los 7.500 escudos, más emolumentos que eran variables.

Era un edificio de oficinas en la Rua da Junqueira.

Mi interlocutor acumulaba las funciones de abogado y de diputado, y por ello cobraba honorarios desmesurados. Como puede ver – decía a sus clientes – no se encuentra todos los días un abogado que tiene el poder de cambiar las leyes a favor de su cliente. Y los privilegios se pagan.

Me acordé de la Declaración de la Renta de 1965 de un contribuyente que tenía fama de escrupuloso en las cuentas, que se llamaba Marcelo Caetano y estaba en la quinta carpeta de la letra “M” –quinientos mil escudos de consultas jurídicas, ya que sus sueldos de profesor

universitario estaban exentos de impuesto profesional y por lo tanto no contaban.

¿Por qué me acordé de esto? Tal vez por tratarse de diferentes modos de encarar la política – uno sacrificaba sus ingresos por la ilusión del mando, otro utilizaba el poder político como forma de aumentar sustancialmente sus ingresos.

El abogado me informó enseguida de que no era él el propietario. Lo que tenía era poderes del propietario. Y que no podía extender recibos porque el edificio no estaba constituido en régimen de propiedad horizontal y porque por medio había una herencia de la que aún no se había hecho el reparto porque se estaba esperando la muerte de otra persona para facilitar el inventario.

- Si tiene algún problema, mi oficina está en el primer piso.

Fui a ver la casa y era un día de sol. En el deslumbramiento de la luz que se reflejaba en la terraza vislumbré los placeres de la independencia y al momento le di al abogado cinco billetes de mil escudos, que hizo desaparecer en su cartera vorazmente. Él, a cambio, me dio las llaves. Eché en falta algún protocolo. En la vida hay siempre momentos “Bach” y momentos “filete con patatas fritas”. Aquel era un momento “Bach”.

Llamé a mi madre, en Torres Vedras, para decirle que iba a dejar la habitación y que ya había conseguido casa.

“Sí, solo está parcialmente amueblada, pero tiene cocina equipada con cocina y frigorífico... ¿Lavadora? No, no tiene. ¿Cuarto de baño? No falta nada, pero no tiene bañera, solo ducha... Es una buhardilla... Sí, pero han hecho obras y no llueve dentro. Fue lo que me garantizaron, y además no vi manchas de humedad en el techo... y después tiene una terraza donde se puede tomar el sol sin que nadie vea... pero no, prometo que no me voy a poner completamente desnudo.”

Durante el fin de semana, las oficinas estaban cerradas y yo era, por lo menos que yo supiese, la única presencia humana en el edificio. Al principio aprovechaba esos días para vivir estruendosamente – cantar “Ella nunca me amó”, del “Don Carlos”, de Verdi, como si estuviese en el escenario del *Teatro alla Scala* de Milán, eructar y tirarme pedos como si fuese una fábrica de gas lista para explotar con los depósitos. Después, sin el sabor de lo prohibido, ya no tenía gracia y me convertí en un ciudadano ejemplar.

Iban mis Memorias por el Capítulo VII cuando me llamaron por el intercomunicador. Había en ese momento diez personas en la sala de espera

y no me acordaba de haberlas visto entrar. Cuando estoy distraído estoy lo que se dice en Babia.

El médico, con su bata blanca y estetoscopio colgado del cuello, entendió lo que yo quería incluso antes de abrir la boca. Estábamos en febrero, los exámenes semestrales habían empezado o iban a empezar y en mi ficha constaba que yo era, finalmente, no podía negarlo, era un trabajador-estudiante.

El médico era alto, listo para entrar en la Edad Media y, mientras escuchaba mi historia, la mirada le brillaba de inteligencia reprimida, tras las lentes de las gafas.

Me puse colorado, por sentirme tan transparente y con toda la bajeza a la superficie.

- ¿Cansado? Sí señor. Y su asma, ¿no le ha molestado? ¿se lleva bien con los aires de Lisboa? Muy bien. Tengo un amigo que prefiere vivir en ambientes llenos de polución. Suele decir “Me gusta ver el aire que respiro”. Sí señor. ¿Y duerme bien? Claro, si trabaja y estudia, es natural que esté cansado. Y claro, una vida sexual muy intensa, ¿no?... Es lo normal en su edad.

- Nada.

- ¿Cómo?

- Que no tengo vida sexual – dije, abatido por el peso de la verdad. – no tengo. Nunca tuve.

- ¡¿Virgen?! – se admiró el médico. – ¡A los dieciocho, diecinueve el próximo mes!... ¡Virgen Santísima!...

Mis pómulos ardían.

- No es un drama. En mis tiempos las cosas eran tal vez más fáciles. Normalmente, se empezaba con la criada de la casa.

Nosotros pertenecíamos a la pequeña burguesía, muy muy pequeña y no teníamos criada. Solo una mujer por horas que iba a casa dos tardes por semana para las limpiezas más difíciles, cuando había que subirse en la escalera de mano.

- Ahora con esto de la democracia, la cosa es más complicada. También existe la posibilidad de una prostituta de confianza. Piense en ello.

El médico cambió de asunto con un “¿Y dónde estábamos?...” dirigido a un interlocutor invisible, parecía Fleming intentando recordar dónde había dejado las cajas de cultivos.

- ¿Y dónde trabaja?

- En la Delegación de Hacienda nº 5.

- ¿De Lisboa?

- De Lisboa.

El Dr. Horácio Oliveira pensó que a él le correspondía otra Delegación, pero nunca se sabía cuándo yo le podría ser útil.

- ¿Y le parece, amigo mío, que el Estado podrá aguantar un mes entero sin sus servicios?

Hice un gesto de no saber. Le dije que solo quería quince días.

- Sí, puede ser que el Estado aguante. El problema es solo este. Dos puntos. Yo no extiendo certificados aquí en el Servicio Médico-Social. Pásese mañana por mi consultorio y se lo doy allí. Si quiere, mañana ya no necesita ir a trabajar y puede pasarse el día estudiando.

- Doctor, ¿y dónde queda su consultorio?

- Ya se lo digo. Ahora no tiene clase durante el periodo de exámenes, ¿no? Mañana por la noche no tiene clase ¿verdad? Entonces... Le voy a dar una receta – dos cajas de Sargenor 5, una ampolla al desayuno, comida y cena, una de Relavit fósforo, para tomar por la mañana, un granulado, Psicastene, por la mañana, y una caja de inyecciones Cerebrolysine, una por día. Le va a doler. No va a dolerle nada, estaba bromeando.

El médico hizo una pausa y me leyó el rostro desde los rizos hasta la barbilla. Después, prosiguió.

- Así, como mañana tiene la noche libre... ¿Quiere ir a cenar a mi casa?

Me acordé de un contribuyente que estuvo media hora charlando conmigo y que me invitó a pasar un fin de semana en su yate, solo porque le dije que me gustaba el mar. Y yo se lo agradecí, le dije que esperaría algún fin de semana que hiciese buen tiempo, después de los exámenes. Nada más salir el hombre por la puerta, me llamó el adjunto gritándome:

- ¡Faustino!

Acudí enseguida, y él, muy serio, me dijo – ¿pero tú sabes quién es aquel? ¿Tienes una vaga idea? ¿Te gusta que te den por culo? Entonces, si te gusta, vete. Después no digas que no te avisé.

El médico continuó, intentando hacer desaparecer mi extrañeza.

- Se trata solo de una cena familiar. Solo con mi mujer y mi suegra. También – y en ese momento, me señaló con el dedo -, nos gusta invitar a personas con mérito. Ya invitamos a cenar, mire, por ejemplo, así de repente, a Doña Madalena Perdigão, a Sequeira Costa, y hasta a Jean Paul Sartre, hace cinco años en julio.

Paró de nuevo y me miró intensamente, frunciendo las cejas, como si me fuese a seleccionar para el servicio militar.

- ¿Por qué a ti, amigo mío? Porque – enumerando con los dedos – trabaja en Hacienda, estudia Matemáticas y, a pesar de tener esa carita de bebé, tiene inteligencia para hacer grandes descubrimientos. Por lo menos eso parece.

- Quiero demostrar el teorema de Fermat.

- Ah, sí, sí,... Nunca destacué en esa área, pero admiro a quien se dedica al raciocinio especulativo. Espero que el Sargenor 5 le ayude. Entonces ya está ¿no? quedamos mañana, en mi casa,

Acepté, porque no era fácil decir que no a un médico que me iba a firmar un certificado sin estar enfermo.

- Entonces está confirmado. Mañana cena en mi casa.

Me dio su tarjeta con la dirección.

- Acabamos de cenar, viene conmigo a mi consultorio, que es allí en la Avda. António Augusto de Aguiar, junto a la estación de metro Parque, y le doy el certificado. Así no necesita ir allí antes de la cena.

Se lo agradecí y fui corriendo a la estación de metro de Campo Pequeno. Antes de ir a la Biblioteca de la Facultad aún quería ir a cenar a la Cantina Nova, que era solo salir en Entrecampos y subir la Avda. das Forças Armadas, a la derecha.

Mientras comía la sopa en el tazón de aluminio y oía repetir el aviso “Los que ya han comido que entreguen la bandeja por favor”, pensaba, porque comer y pensar son dos placeres que se pueden tener al mismo tiempo, pero ¿por qué razón un médico invita a cenar a un *aspirante* de

Hacienda, y además a su casa, con su familia, a mí que hasta hace poco llevaba bofetadas de doña Odete? Algo ha de querer. Pero ¿qué?

Esa noche, sorprendentemente, no soñé con ecuaciones, ni siquiera con mujeres. Di vueltas y más vueltas en la cama. Tal vez tuviese algo de fiebre. Los sueños eran confusos y creo que la silueta barbuda de Marx pasó de lejos, teorizando vagamente. Pio XII se cruzó con él y lo saludó, levantando el bonete. Después, alguien me llevaba a la fuerza a la clase superior de un enorme trasatlántico que llevaba gente para América. En compañía de Julio Verne, era catapultado hacia la luna, a bordo de un enorme guante de goma que al poco tiempo estaba limpiando, con un cubo y una fregona, las baldosas ajedrezadas de un interior pintado por Vermeer.

2.

Iba en el autobús 27 y pensaba “Es solo una cena. Acabo de cenar, el médico me da el certificado y no los vuelvo a ver”.

En la biblioteca de la facultad interrumpía el estudio e imaginaba frases que agradasen. Porque yo quería agradar, o tal vez la palabra exacta estuviese entre seducir y caer bien. ¿Haría de política? ¿De religión? ¿De las condiciones de trabajo de los mineros, pero evitando palabras que me hagan poner colorado? ¿Y si dijese que era monárquico o anarquista, cosas que nadie se tomaba en serio y proporcionaban siempre buenos temas de conversación?

Regresé a casa, para ducharme y vestir ropa limpia. Dudé en afeitarme los escasos pelos del bigote. No, porque me quedaría con una cara todavía más infantil. El espejo me decepcionaba –pelo rubio, rizado, ojos entre castaños y verdes, y algo de bebé que se mantenía en los coloretos de la cara. Si no me ven plantear ecuaciones en la pizarra, nadie me tomará en serio. Pero ¿quién va a plantear ecuaciones en medio de una cena?

Iba en el 49, cuando Severo entró en Saldanha.

- Esta noche no voy a cenar en la cantina –le informé. – Voy a cenar en casa de un médico.

Creo que pronuncié la palabra médico con un especial énfasis, y sin duda era para darme una importancia que no sentía.

El rostro grave de Severo se inclinó hacia mí.

- Ah, entiendo... Te vas a infiltrar en el seno de la burguesía adinerada para destruirlos. Bien pensado. Buen golpe.

- Habla más bajo, Severo. ¡Qué idea más tonta! Si a mí incluso me gusta la burguesía. Lo que yo querría precisamente era ser burgués. ¿Cuándo vas a dejar de ser revolucionario? ¡Qué manía!... Incluso te sienta mal.

Severo sonrió, con todo su poblado bigote.

- Hay que hacer como el camarada Stalin y limpiar toda esa canalla de contrarrevolucionarios. Solo después habrá tiempo para las flores, la poesía, las mujeres...

- Severo, debías tener vergüenza. Estás citando a alguien y he de descubrir quién es. Después te diré lo que pienso del camarada Stalin. Pero ahora me voy. Mañana hablamos.

Nos despedimos con un abrazo. Éramos amigos, aunque no podíamos ser más diferentes y tal vez fuese esa la razón de nuestra amistad. Severo ya me había prometido que, si triunfaba la revolución, me dejaría escoger entre el pelotón de fusilamiento y la cápsula de cianuro, aunque ni él ni yo supiésemos dónde se vendían tales cápsulas, aparentemente exclusivas de los espías descubiertos y de los generales vencidos. O eso o el campo de reeducación. A cambio, yo, más magnánimo, le garantizaba que, si venciesen las matemáticas, lo nombraría Director de la Biblioteca Nacional. Severo se sublevaba – pero si estoy en cuarto curso de Derecho. ¿Por qué no Fiscal General de la República? El Ministerio Público es una creación revolucionaria.

Cogí el 21 para Pote d'Água. El médico vivía en un chalet detrás de la iglesia de São João de Brito, en una calle tranquila donde pasaba poca gente y eran raros los automóviles aparcados en la vía.

Era todo tan irreal como en los cuentos de Andersen, que eran los únicos donde princesas y soldaditos de plomo convivían sin mayores problemas. Me abrió la puerta una morena estupenda, vestida con satén negro y delantal blanco, con volantes y una cofia blanca en el pelo. Hablaba con acento de Viseu y sus curvas se ondulaban flexibles al caminar delante de mí, indicándome la sala de estar.

El médico sostenía un vaso de *whisky* y el brillo de las gafas y la chaqueta de punto, todo en él indicaba que era una de las personas que tenía miedo de Virginia Woolf. Se levantó del sillón, donde escuchaba una versión de orquesta del “Arte de la Fuga”, y me saludó con una palmada en la espalda, versión viril de abrazos y besos.

- Pongo siempre algo de Bach antes de cenar. Para lavar el alma. Espero que le guste.

Asentí con la cabeza, sin ocurrírseme ninguna frase que explicase debidamente porque me gustaba Bach, si es que los gustos se pueden explicar.

- Parece que tiene algo que ver con sus matemáticas – añadió.

Pensé que a continuación me hablaría de Pitágoras y del número de oro. Pero, en lugar de eso, dijo:

- Mi mujer y mi suegra se están arreglando. No deben tardar mucho... ¿Quiere un *whisky*, no? Viene bien.

Me senté en otro sillón y respiré la música, como quien sorbe chorros de un gas tranquilizante.

- Respecto a mi suegra... - y el doctor se detuvo, al entrar en la sala una mujer alrededor de los treinta, que me sonreía, con la mano tendida.

- Debe ser Faustino Mendes. Me llamo Dora.

Vestía de azul turquesa. Calzaba medias negras y se recogía el pelo, liso, castaño claro, en una cola de caballo. Los ojos eran castaño oscuro. Los dedos eran largos, afilados, y las uñas brillaban con un rojo vivo.

- Le voy a presentar a mi madre, que ya está en el comedor.

Se iba por el pasillo a la derecha y se giraba de nuevo a la derecha. Al fondo era el salón, demasiado amplio para una simple cena, más apropiado para un baile o para recibir la visita del príncipe de Metternich acompañado de todo el Congreso de Viena. Justamente por ser tan irreal, ya que el conservadurismo (y yo era conservador, por lo menos en aquella época) el conservadurismo nunca puede pasar de una ilusión, la de hacer retroceder el tiempo o la de intentar impedir su marcha. Recuerdo la mesa, que era enorme y tenía alrededor solamente ocho sillas, y también un aparador centenario, de caoba, con figuras mitológicas labradas en las esquinas.

En el asiento de honor se sentaba una señora que miraba fijamente hacia la ventana. Calculé que tendría una edad de 65 años o tal vez un poco más, como si fuese un médico legista calculando la hora de la muerte entre las once y la medianoche.

Su rostro estaba lleno de arrugas, surcado por líneas paralelas, a manera de trincheras dispuestas para frenar el avance de un enemigo

desconocido. Sin embargo, sus ojos azules brillaban de frescura, sin vetas rojizas. Se teñía el cabello en un tono plateado que era bonito. Una vieja guapa, pensé. Y “vieja” ¿por qué? Porque, para mis 18 años, una mujer o era joven o era vieja, no había categorías intermedias. Y nunca conseguí explicarme la tremenda carga erótica de la palabra “vieja”. Pero tal vez fuese por ser pecado.

Su postura era entre tiesa y atlética. Pero no se levantó, ni cuando la hija nos presentó:

- Mi madre, Maria Guilhermina de Holstein y Alpoim de Portomayor. El sr. Faustino Mendes, estudiante de Matemáticas y *aspirante* de Hacienda.

Pero me tendió la mano, con el dorso girado hacia arriba, como una reina. Le besé la mano y me sentí del otro lado de la pantalla de un cine.

- ¿*Aspirrrante* de Hacienda? – preguntó, cargando excesivamente en la pronunciación de las erres que debía ser característico de su nobleza.

- Sí, *aspirante* de Hacienda – confirmé.

- Me pregunto a qué aspirará él exactamente –dijo la vieja, enigmáticamente, mirando nuevamente por la ventana, como si allí estuviese la respuesta a sus dudas.

Me puse colorado automáticamente, por la interpretación desfavorable de aquella observación.

Nos sentamos a la mesa y, mientras los aperitivos eran servidos por un gigante, vestido de camuflaje con varios tonos de verde, el pelo cortado a cepillo, me armé de valor y pedí disculpas anticipadamente por mis modales a la mesa.

- No tuve una educación muy, quiero decir, entiendo poco de etiqueta y de buenas maneras en la mesa.

- ¡Oh, amigo mío! – dijo el médico -, no nos ofenda. Está en su casa. Proceda como si estuviese en su casa.

- Siempre que no escupa en el suelo–masculló la vieja, en un tono que se oía en el pasillo. – Es lo que pasa por invitar a gente de las chabolas a cenar.

- Mamá... - censuró Dora, suavemente, al verme colorado y con los ojos en el plato.

- Hija, que yo sepa hoy no es navidad. Niños, pobres y el hambre en África son por navidad. Ahora estamos en febrero, es Carnaval, podemos dejarnos de fingir.

El médico hizo como que no oía y, esa noche, me admiró su facilidad para encontrar temas de conversación. Las recientes crecidas en la zona de Ribatejo, que habían dejado a Lisboa sin agua durante casi una semana. Increíble, ¿no? ¿Cómo es posible una cosa así? Llueve sin parar, hay agua por todos sitios y los grifos están secos. Solo se veían baldes y cazuelas en los balcones para recoger gota a gota el agua de la lluvia. Hasta me lavé los dientes con agua mineral.

Los enfermos también eran tema de conversación.

- Nunca he tenido tanto miedo. Voy a operar al enfermo y veo que su apellido es Buena Muerte. Me acerco a él, con el anestésista, y el enfermo me sonríe, “Doctor, no es hoy todavía”. ¡Y resulta que salió todo perfectamente bien! De todas maneras, me sentí aliviado cuando lo cosí.

La vieja hizo una mueca, como si le resultase repugnante aquella conversación a la hora de cenar. En mi interior, le di la razón por primera vez.

El médico habló también de la guerra entre China y Vietnam, y de los gobiernos de iniciativa presidencial.

- No tengo mucha fe en este gobierno Mota Pinto. Intelectuales, amigo mío, es cosa que no resulta. Ingenieros sí, ingenieros son lo que falta aquí. Gente que sepa hacer cosas, no sé si me entiende.

Guilhermina, desde su lugar en la presidencia, me miraba fijamente, con la barbilla apoyada en la palma de la mano izquierda.

- No sé, pero el invitado, con esa carita tan lisa, de niña mismamente... no sé, lo que creo exactamente es que es mariquita.

- Mamá... - y Dora intentó dar al susurro una carga de censura.

- Joder, cojones –dijo la vieja, con la dignidad de una reina vomitando frases históricas -, ¿pero no se puede decir la verdad en esta casa? ¿desde cuándo? Pues claro, bien se ve que lo que a él le debe gustar es que le den por culo, mi olfato nunca me ha engañado.

Mi cara ardía y si fuese mosquetero del Rey sacaría mi espada; Nunca fui tan insultado en toda mi vida. Pero ni siquiera tenía a mi alcance la espada de la ironía.

El lomo de ternera se había vuelto duro de repente y la salsa había perdido todo su sabor. Si pudiese llorar, allí delante de aquella gente que ahora odiaba, habría llorado. Pensé en las clases superiores que invitan al proletario para divertirse, a falta de bobo y a falta de corte.

- Mamá está muy equivocada –dijo el médico, sorbiendo un trago de Bucelas blanco. – Primero, nuestro amigo Faustino no es ningún mendigo ni ningún miserable. Es *aspirante* de Hacienda. Un joven como hay pocos, que trabaja y estudia, y que... Voy a contar un secreto, lo que no es muy deontológico, pero en estas circunstancias está justificado. Faustino me va a perdonar. Estoy seguro.

Hizo una pausa y me apuntó con el dedo.

- Nuestro amigo es virgen. Virgen con todo lo que eso significa de ausencia de enfermedades venéreas y de malas costumbres. Será muy afortunada la mujer que, por así decir, lo estrene.

- ¿Por qué? – preguntó la vieja, vaciando el vaso de un trago y haciendo señas a la criada para que se lo llenase de nuevo. – ¿Le ha medido la polla para estar así tan seguro?

El médico, como si no hubiese oído, desvió la conversación para la reforma fiscal. Se oía decir por ahí que iba a crearse un impuesto a la europea, sobre el valor añadido, y que todos los ciudadanos tendrían un número de contribuyente. Personalmente, estoy contra.

- ¿Y la lengua? ¿Le ha mirado la lengua? ¿Será buena para chupar? – insistió a vieja, agarrada al tema con una tenacidad perversa.

Pero el Dr. Horácio Oliveira era de la opinión de que el futuro estaba en una Europa fuerte, desde el Atlántico a los Urales, fuerte y que “parta el bacalao” en el mundo, el fin de la OTAN o de la NATO, el debilitamiento del poder americano y del contrapoder soviético. Principalmente del contrapoder soviético, ya que los americanos son más parecidos a nosotros, un poquitín perversos, pero en el fondo buena gente.

A medida que mi rostro se calmaba y volvían los habituales colores de salud, admití sumariamente que una Europa unida sería la nueva superpotencia, pero lamenté que todo eso hiciese que Portugal se diluyese y desapareciese.

- Pero... ¡qué honor! – se congratuló el médico. – un patriota en mi mesa...

- Mire – declaró la suegra, sentenciosamente -, todos los patriotas que he conocido tenían todos, pero todos sin excepción, una característica común. Hablaban mucho y jodían poco.

- Ah, ¡esa es buena! – se rió el médico. –Mi suegra es impagable.

- Impagable, ¿no? –replicó la vieja. – Soy muy cara, si es eso lo que quiere decir.

Era el momento en que el Dr. Horácio Oliveira hablaba del Servicio Nacional de Salud y discordaba de la manera cómo lo estaban creando. Que no somos Inglaterra, para poder darnos a esos lujos. Portugal es pobre. ¿Qué me parecía a mí? ¿Qué me parecía a mí...?. Que la salud debía ser completamente gratuita, con centros de salud diseminados por todo el país, y medicamentos gratuitos.

- ¡Jesús!... – se estremeció el médico. – ¡cuánta demagogia!

Y me preguntó si me parecía justo que un rico tuviese medicamentos gratis, como un pobre.

- Es que no debería de haber ni ricos ni pobres.

- ¡Caramba! – exclamó la vieja. – Además de marica, es comunista.

El médico intentó apaciguar los ánimos. Ya se había dado cuenta de que yo era católico. Luego, acabar con los pobres iba contra la ley de Dios. ¿No fue Jesús quien dijo “Porque a los pobres siempre los tendréis con vosotros”? ¿Entonces?

No quería estropear la cena aún más de lo que ya estaba, ni amargar el postre, que era una deliciosa tarta, cubierta de nata montada y de rodajas de piña.

- Ah, claro, tiene razón. Ya se me olvidaba que los Evangelios no son solo las bienaventuranzas.

La vieja se rió inexplicablemente, y me sentí confuso. ¿Sería que, sin querer, habría hecho algún chiste?

La noche, pesada y larga, llegaba a su fin. El médico dijo que me iba a llevar a casa, pues a aquella hora ya no había autobuses y tenía que pasar por el consultorio, pues se le había olvidado darme el papel con la indicación del modo de tomar los medicamentos que me había recetado.

Al despedirse, Guilhermina se levantó y, cuando la fui a besar, noté que me presionaba contra sus senos, lo que me hizo sentirme a disgusto. Dora se despidió con más sobriedad.

Cuando bajamos hacia el garaje, el médico me explicó.

- No piense mal de mi suegra. Es una persona completamente normal. Doña Guilhermina es la persona más normal que conozco. Bueno, una de las más normales. Tuvo un disgusto de amor, hace cosa de unos ¿doce o quince?... no, doce años, cuando murió su marido, y su lenguaje se volvió un poco... humm... un poco libre. Pero es una señora de la mayor seriedad, de la mayor respetabilidad. Es una Portomayor y está todo dicho.

Cuando llegamos al consultorio del Dr. Horácio, estaba todo a oscuras. Lo que era natural, a aquellas horas. El médico encendió las luces y cerró la puerta. Entramos y yo esperé de pie. Él abrió un cajón de la mesa y sacó una hoja de papel timbrado, con mi certificado y un sobre amarillo, de tamaño A4, y cuidadosamente pegado. Me lo entregó.

- También tiene ahí una tarjeta con la dirección del notario donde tengo certificación notarial para reconocimiento de mi firma. Queda en la Avda. Almirante Reis, antes de Alameda.

El médico se sentó y respiró hondo, como si algo importante se le hubiese quedado olvidado en el fondo del saco.

- Debe parecerle raro por qué insistí tanto en traerlo aquí. Comprendo. Aparentemente, no tiene mucho sentido. Podría haberle entregado el certificado en casa, antes de cenar ¿no?

Hizo otra pausa.

- Voy a decirle una cosa que no puede salir de aquí, que tendrá que quedar entre nosotros. ¿Puede guardarme un secreto?

Afirmé con la cabeza. Claro que era capaz de guardar un secreto.

- ¿Lo jura?

- Lo juro – le dije, solo para tranquilizarle, porque soy un hombre de palabra y nunca di mucha importancia a juramentos.

- ¿Jura que no le va a contar a nadie, lo que se dice a nadie, lo que le voy a decir ahora?

- Lo juro – repetí, pensando que mi interlocutor, a veces, era muy melodramático. Parecía que a lo lejos se oían los violonchelos y los contrabajos, y un redoblar de timbales.

- Necesito que me haga un favor. Que seduzca a mi suegra.

- ¿Qué? – pregunté yo, dudando del significado y el alcance de las palabras.

- Que seduzca a mi suegra.

- ¿A su suegra, Dr. Horácio? ¿A doña Guilhermina?

- Exactamente, lo que ha oído. A mi suegra.

Me quedé inmóvil y mudo, como si un hada acabase de concederme tres deseos, o como si un pirata que buscase heredero me entregase el mapa del tesoro.

- No sé por qué le extraña tanto, amigo mío. Mi suegra puede no ser muy joven, pero le puedo decir que ya la he visto muchas veces en la playa y que es una mujer muy atractiva.

- Pero es su suegra...

- Exactamente, es mi suegra. Está bien, si fuese a mi mujer, comprendo, era demasiado. Pero es a mi suegra, ¿qué tiene de malo? Sinceramente, no entiendo su perplejidad, porque la palabra “escrúpulos” no viene a cuento, ni le estoy pidiendo que cometa ningún crimen.

Hizo una nueva pausa, y prosiguió, más convincente.

-En el fondo, es un favor que le estoy haciendo. Usted, amigo mío, es virgen. Luego, ¿qué le hace falta? Una mujer con experiencia, por quien pasaron los hijos de las mejores familias, y que sabe cómo se hacen las cosas. No se haga ilusiones. No hay nada que se compare a iniciarse en las manos de una mujer más mayor. Es la manera más agradable de entrar en la edad adulta. Se lo digo por experiencia. ¿Qué me dice? ¿Sí o no?

- Sí, Dr. Horácio – respondí, como si estuviese firmando con sangre un extenso contrato, con las cláusulas escritas en letra muy pequeña.

El médico me apretó la mano.

- Sí señor, tomó la decisión correcta. Un pequeño paso para usted y un gran paso para el hombre que está germinando.

La frase me pareció rebuscada y de mal gusto. No sabía por qué.

- ¿Se acuerda de “Misión Imposible”?

- ¿Aquella en que los malos eran comunistas y muy estúpidos? Me acuerdo perfectamente.

- Entonces lea bien lo que está dentro del sobre, memorice lo que tenga que memorizar y, si no lo consigue, tome apuntes. Después, destruya lo que está dentro, menos una cosa que, como verá, no debe destruir. No le aconsejo que lo rompa. Es mejor quemarlo.

Una vez en el coche, el Dr. Horácio me contó en pocas palabras la breve historia de la suegra. El conde de Portomayor era viudo y era el cónsul de Portugal en Zurich en 1945, cuando conoció, de paso por Madrid, a una polaca refugiada de guerra de una belleza extraordinaria, pero que no tenía documentos. Le consiguió una identificación portuguesa oficialmente verdadera, a pesar de que era completamente falsa, y se casó con ella. Después, abandonó el servicio diplomático y fijaron su residencia definitivamente en Portugal.

- La ocupación de Polonia debe haber sido para ella una experiencia terrible, porque es como si ese período y todo lo anterior hubiese desaparecido de su memoria. Como sucede en varios casos traumáticos, olvidó el polaco, y cuando el conde de Portomayor la conoció, solo hablaba alemán, francés e italiano.

El sobre contenía un conjunto de instrucciones para seducir a doña Guilhermina que ahora podría llamarse también Eveline Hanska o Potocka o Rzewuscka. Siguiendo las instrucciones al pie de la letra, estaba asegurada la seducción. Yo el Principito. Ella la Zorra.

- Creo, sinceramente, que no va a ser nada difícil. ¿Por qué? Porque hoy fue excepcionalmente maleducada. No suele ser tan obscena. ¿Qué quiere decir eso? Que le tocó el corazón, amigo mío. Ni más ni menos. Corazón malcriado, corazón apasionado.

Rimaba, pero era estúpido. Toda la situación era estúpida. Una cena estúpida, donde el más estúpido había sido yo mismo, que oí insultos y no tiré el vaso de agua, con vaso y todo, derechito a la cara de la vieja.

- Otra cosa. Si, como espero, usted y mi suegra se entienden, necesito que esté atento a cualquier cosa anormal, sobre todo en lo tocante a movimientos de dinero, oro, o cualquier cosa parecida, y que me lo venga a contar enseguida, aunque esté en la consulta. Basta que diga “Soy Faustino” y dejo inmediatamente lo que esté haciendo. Su lealtad, nunca se olvide de esto, pero nunca, es solo para conmigo y para con nadie más. Su papel es el de un 007 del amor. Esta me ha salido bien – se jactó el Dr. Horácio. –Usted tiene el doble 00, lo que significa que tiene orden para amar. Esta es buena, ¿no?

La penúltima frase era la que no era tan buena como pensaba. “Doble 00”. La palabra “doble” referida a cero, por si sola dispensaba, o mejor,

impedía la mención del 00. Si el Dr. Horácio midiese sus palabras, vería que “doble 00” eran cuatro ceros en hilera.

El médico me dejó a la puerta de casa y continuó todo recto. Subí las escaleras silenciosas, abrí la puerta y me acosté vestido, encima de la colcha. ¿Abro el sobre? ¿No lo abro? Voy a ejercitar la fuerza de voluntad y solo lo abro mañana.

Me había acostado con una erección que me daba vergüenza confesar que tenía como punto de mira y motivo a D. Maria Guilhermina de tal y tal. Tenía precisamente que ser Guilhermina, que es nombre de vieja. ¿Por qué no mejor Natália, Olga, Ivone, Ana Paula o cualquier otro nombre así más bonito?

A las cuatro de la madrugada me pareció que mi fuerza de voluntad ya era suficiente. Me levanté, a oscuras, encendí la luz de la sala y abrí el sobre.

3.

“Deben estar completamente locos”.

El médico era una persona organizada. Reunió en un “dossier” notas biográficas sobre la suegra e hizo una lista de sus preferencias, con una salvedad, al final, de que podría tener otras preferencias, aún desconocidas para el narrador.

Había también una fotografía de doña Guilhermina, de cuerpo entero, sacada en 1947 en la playa del Tamariz. Vestía unos pantalones que le realizaban las piernas largas y perfectas, sujetaba un cigarro en la mano derecha, y era sumamente fresca y seductora con la boca entreabierta y la sonrisa fruncida al sol que la iluminaba de frente. Era francamente bonita y la miré olvidándome del tiempo. Junto a la fotografía venían una serie de billetes dobles para conciertos y para el teatro que, en opinión del médico, ofrecían garantías para agradar a la señora. Pero no se puede decir que sea vieja. Andará por los sesenta, la llama divina aún le arde. Con toda seguridad.

Había también un fajo de billetes. Los conté – eran 30.000 escudos, o sea, más de cuatro veces mi sueldo mensual.

“Deben estar completamente locos”.

Al día siguiente, por la tarde, fui al consultorio del Dr. Horácio Oliveira y, aprovechando el descanso entre dos consultas, le dejé el dinero encima de la mesa, sin justificaciones ni más palabras.

- Pero ¿acepta lo que le pedí? – preguntó el médico, ansioso, en el tono de quien pregunta “¿Pero es grave, doctor?”.

- Sí, pero no por dinero. Es por honor. Ayer me menospreció, me insultó. Ahora me las va a pagar.

No parecía que era yo el que decía palabras tan fuertes que daban miedo. Que me habían asustado incluso a mí después de haberlas pronunciado. Pues yo no era ni vengativo, ni rencoroso, ni nada que supusiese crueldad.

- ¿Pero le gusta? ¿su cuerpo? ¿su alma? ¿las dos cosas?

- Solo el cuerpo. El alma la dejo para usted, que la tiene que aguantar todos los días.

- Entiendo – dijo el médico, juntando las palmas de las manos, con los codos apoyados en la mesa, y tocando los labios con la punta de los dedos. – Aún está pensando en aquel lenguaje de mi suegra. Pero no es siempre así. Y no es verdad que yo la soporte todos los días. Ella tiene su casa y lo que necesita no son precisamente casas. Casi la mitad de los edificios de Almirante Reis son suyos. Media calle Artilharia Um. Un cuarto de la Possidónio da Silva. Dos quintos de la Avda. de Roma. Un tercio de la Santo António à Lapa. Todo suyo.

No supe qué responderle. No era calculador, era un pobre estudiante de Matemáticas. Mi silencio llevó al médico a mirar el reloj y a rematar la conversación con una síntesis final:

- Ella solo trastorna a quien le gusta. Para ella yo soy solo “Mi querido yerno”. Si me mandase al carajo, hablando ahora a su manera, es porque sentía por mí un verdadero afecto. Para serle sincero, lo prefiero así.

Se levantó y me apretó la mano, despidiéndome con rapidez.

- Y no se le olvide llamarla sin falta para invitarle al concierto, mañana, en la Iglesia de São Roque. –Vaciló un poco y añadió, blandiendo el fajo de billetes que le había devuelto: - su gesto fue bonito. Me ha gustado.

Volví a la facultad. Las clases, como ya he dicho, eran en un prefabricado instalado en las traseras de la Facultad de Letras. Fui a llamar desde una cabina situada en un rincón del edificio principal.

- Por favor, deseaba hablar con Doña Guilhermina.

Mientras aguardaba, me llegaban a los oídos los ecos de una discusión que se debía desarrollar en una habitación próxima. Pero de ahí a poco, oí una voz con acento extranjero y ronca, entre el “invitó” y el “ordenó”

- Diga.

- ¿Cómo está doña Guilhermina? Soy Faustino. ¿Cómo está desde ayer?

- Pero ¿por qué carajo quiere saber cómo estoy?

- Es que conseguí dos entradas para el concierto de mañana de la *Academy of Ancient Music*, en la Iglesia de São Roque. Obras de Vivaldi, Haendel y Corelli. Dirección de Christopher Hogwood.

- ¿Y piensa que me va a montar solo por una entrada? Soy muy cara, amiguito.

Y después de una pausa:

- Oiga, ¿tiene teléfono?

- No, no tengo, doña Guilhermina.

- Entonces, cómo... Joder, la vida de los pobres es exactamente una gran mierda. ¿Y tiene alguna dirección al menos? ¿Dónde queda su chabola? Oh, *Les Misérables!*...

Deletree mi dirección. Me pidió también la dirección de mi trabajo.

- Pero ahora estoy de baja, doña Guilhermina.

- Démela. No se haga aún más tonto de lo que ya es.

Era en la Avda. Marquês de Tomar, n.º.21, 1.º piso.

- Bueno – suspiró la vieja que no era ninguna vieja. – no tengo por hábito salir con mariquitas tan jóvenes, pero no es por usted, es por la música. No le garantizo ni que vaya ni que no vaya. ¿A qué hora es el concierto?

- A las nueve de la noche.

- Si voy... y oiga bien lo que le digo... si voy... estaré allí a las nueve menos diez, enfrente de la Iglesia de São Roque.

Estaba convencido de que no iba a aparecer. De todas formas no sería del todo malo. Siempre me quedaría la música, el mejor remedio para decepciones y males de cornudo – hablando a la manera de la vieja.

Pero apareció. A la hora convenida para aparecer o no aparecer, bajó de un taxi. Vestía un abrigo de piel de un bicho desconocido, porque la noche era aún de invierno y hacía frío. Se notaba bien así que ella y yo no teníamos nada que ver el uno con el otro. Pero me gustaba que me aplastase con su esplendor y magnificencia. Incluso olía a un perfume desconocido que doña Odete nunca había usado, porque el dinero en casa solo llegaba para colonia barata.

Dudé entre darle un beso en la cara o apretarle la mano. Ella resolvió el dilema con facilidad, quitándose un guante y dándome a besar la mano, como si fuese un obispo que visitaba la parroquia, ya que sus arrugas no le permitían desempeñar el papel de princesa de cine. No sé por qué. Prejuicios. Con la cara ardiendo, sintiendo todo el peso del ridículo a la vista de tanta gente, le besé la mano.

Entramos en la iglesia y nos apretamos en un banco que ya estaba completo. Me gustó sentir la proximidad de su cuerpo, aunque nos separase la piel del abrigo.

La primera obra era de Vivaldi, un concierto para mandolina, cuerdas y clave. La emoción casi me hizo llorar. Creo incluso que lloré silenciosamente, sin alardes. Era demasiado bello. Guilhermina me apretó convulsivamente el pulso, aproximó los labios a mi oído y me confidenció:

“Hasta he sentido un escalofrío en los pelos del coño.”

Me sonó como si me hubiese dicho “¡qué música más maravillosa!”. Me sentía feliz. Me gustaba la idea de estar en una iglesia. Siempre me encantaron las iglesias. Me gusta el recogimiento y siempre fui propenso a la devoción. Las líneas que trazaban los arcos, hacia arriba y hacia abajo, eran un festival de geometría. Y a mi lado una mujer, una auténtica mujer, no era la fotografía de una revista. Exhalaba calor, tenía olor y decía cosas que venían envueltas en un hálito de pecado. Y qué bueno era el pecado para un devoto como yo.

Incluso con el alma invadida por armonías barrocas, no pude dejar de imaginar, a mitad del Concerto Grosso, op.6, n.º.4. de Haendel, cómo sería besar el vientre de una violonchelista que veía de perfil y que se redondeaba, finamente dibujado, por debajo del vestido de ceremonia de satén negro. ¿Besaría algún día el vientre de Guilhermina, la parte más confortable del cuerpo humano? ¿O incluso sus pies? No por deseos de

venganza, que la música había esfumado para siempre. Solo por el placer del amor.

El concierto terminó con el Concierto para el Día de Navidad, de Corelli. Salimos de la iglesia medio embriagados. O sea, si yo estaba embriagado, los otros también deberían estarlo. No se respiran impunemente aquellos hechizos.

Cogimos un taxi y Guilhermina le mandó seguir hacia São Bento.

Yo - No, la dejo a la puerta de su casa y después continúo para Santos.

Ella - Tengo hambre, estoy que me caigo. ¿O está esperando que me caiga redonda en el suelo para poder finalmente satisfacer sus viles apetitos y paparme el coño? o dar por culo, que debe ser más su género.

El taxista (mirando lleno de censuras mi cara que debía parecer un tomate) – señora mía, si quiere llamo ya a un policía.

Ella (posando la mano en mi hombro) – no vale la pena, señor “chauffeur”. No se meta entre mi hijo y yo.

Me di cuenta con horror (aunque no era un horror muy, muy grande, debo ser honesto) que la vieja quería representar una comedia de incesto, vaya usted a saber con qué perversas intenciones. Pensé con vergüenza en mi propia, auténtica, querida, amada, adorada, severa y asustadora madre, doña Odete, allá en la lejana Torres Vedras. ¿Cómo alguien podría creer que aquella elegante arrugada fuese mi madre?

Salimos enfrente al *Café de São Bento*, que era de los pocos restaurantes que todavía estaban abiertos a aquella hora. Guilhermina fue delante, encubriéndome:

- Porque yo estoy vestida como debe ser y usted viene como el personal de las chabolas. Si lo ven, dicen que está lleno y que ya no hay mesas libres. Por lo tanto...

La puerta se abrió y el portero nos dejó entrar, ella iba delante, yo detrás, rogando a los dioses que nadie se diese cuenta de mis pantalones vaqueros y de mi jersey de lana gruesa, regalo de la última navidad, que me convertían en el elemento equivocado en aquel conjunto de gente correcta.

- Sé que, como a todos los sarasas, le gusta el culo y que debe estar todo empalmado por ir detrás de mí, pero no se ponga aquí a hacerse pajas que no me gusta que me jodan la reputación – le confidenció ella – el resto hasta puede ser y me gusta, pero la reputación de ninguna manera.

Mientras nos sentábamos en una mesa puesta para dos, con una vela encendida entre nosotros, me preguntaba cómo una mujer tan bella, tan señora, tan sensata, tan Portomayor, podía hablar de una forma tan puerca. “Como una verdulera”, como diría mi tío Armando, que, en su juventud, había cantado fados en sitios como la Travessa dos Fiéis de Deus, la Rua do Norte y la Travessa da Água da Flor, hasta que se colocó como supranumerario en la Aduana de Lisboa.

Miré a mi alrededor y vi a un campeón olímpico, vestido con un jersey de lana de color naranja, con las palabras “University of Princeton” en negro. Tenía el pelo cortado a cepillo y me pareció haberlo visto a la entrada de la iglesia. También vi a algunos diputados que acababan sin prisas la cena. Pensé, inquieto, en el precio que debería pagar al final. Guilhermina no me había dejado pagar el taxi. Pero la cena era diferente. Miré, con agonía, los precios en la lista. La vieja me recomendó el filete a São Bento, que era famoso. Al lado, 100 escudos, ni más ni menos, cuenta redonda y sin cambio. Pidió ella “Ya he visto que sabe poco de esto, que no tiene práctica de restaurantes. Y quieren igualdad. Qué risa.” Dos filetes a la casa, una ensalada mixta para los dos, una botella de *Visconde d’Asseca*, tinto. Hice las cuentas y miré para la puntera de los zapatos del empleado. El puntapié me iba a doler.

- Para mí, el filete bien pasado. Muy bien pasado. Sin gota de sangre – articulé.

- Eres mismamente maricón – desdeñó ella. – Pobrecito, no puede ver sangre, ay qué asco, ay, ay... Para mí, es poco pasado.

Guilhermina ni me dio tiempo de pasar vergüenza. Se inclinó hacia mí y me susurró:

- Tengo unas ganas... Voy a mear y a pensar que tengo su cara de culo mismo dentro de la taza. Me estimula los uréteres de una manera que ni se imagina.

¿Sería su forma de decir “No te olvido ni en los momentos más íntimos”?

Conocedora de los rincones de la casa, se dirigió hacia el fondo, a la derecha, el lugar normal para los servicios normales. El camarero trajo la botella, la descorchó y vertió algunas gotas en mi vaso. Permaneció inmóvil, rígido, como a la espera de órdenes. Lo miré y algo en su mirada distante me hizo pensar que aguardaba mi opinión acerca del vino, que era justamente una de las muchas cosas acerca de las que no tenía, ni nunca había tenido, ninguna opinión. Miré también al campeón olímpico, buscando consejo, aunque fuese en forma de un guiño de ojo. Pero él no

miraba para ningún lado. Parecía ajeno al lugar, sumergido en sus pensamientos olímpicos. Bebí lo poco que contenía el vaso y el camarero preguntó:

- ¿Puedo servir?

- Puede, claro – dije yo. – Por favor.

Guilhermina volvió, con el abrigo de piel en el brazo. Vestía un traje de pantalón y camisero, azul marino con lunares blancos. Le quedaba bien. Una vez más pensé “Es ordinaria, pero tiene buen gusto para vestir. Tiene unas caderas y una cintura muy jóvenes, muy parecidas a las estatuas griegas. Y unas piernas que ¡Dios mío! y me gusta oír el sonido de los tacones altos cuando camina. Un sonido de autoridad. Madre y guardia de prisiones al mismo tiempo.

Me levanté cuando llegó y le dije que ahora iba yo al servicio.

- Mire – le aconsejó ella. – no se masturbe, que se queda con las manos pegajosas.

Me largué a paso rápido, completamente rojo, perseguido por los desaforos de la vieja – Mire que se queda anémico, no crece y se vuelve jorobado. Después écheme las culpas a mí, que debe ser lo único que conseguirá ponerme encima.

Mientras me lavaba las manos, decidía para mis adentros “No vuelvo a poner los pies aquí. Si no fuese por el asombro de la vieja... es carísimo y no gano para esto. Y dudo que los filetes sean mejores que los de doña Odete, cuando había dinero para filetes.”

Volví y la vieja me agarró las manos y las olió.

- ¡Vaya, se ha lavado las manos! Buen chico.

Trajeron los filetes y el camarero preguntó para quien era el filete muy bien pasado, sin gota de sangre, acentuando el “muy” y el “sin gota de sangre”. Sin duda era un humorista desempleado y calculé lo bien que le quedaría un hacha clavada en la cabeza, rajándole el cráneo en dos hemisferios rigurosamente simétricos e iguales.

- Aquí para el niño de la mamá – informó la vieja, sin decir la palabra “mariquita”, lo que interpreté como promesa de bonanza.

Chocamos los vasos. Dije “A nuestra salud”, consciente de que no teníamos nada en común. Ella respondió, en bajo, mirándome de forma severa, “A la salud de mi coño”.

Dudé antes de beber. Y ella, que ya había vaciado el vaso:

- ¿Por qué? ¿Cree que mi hermano más joven no merece elogios ni cumplidos? ¡Qué injusto es usted! Mi coño merece todo. Es, o más precisamente aún, fue muy trabajador. Y es un coño con historia, no es un coño cualquiera, de los que se encuentran por ahí en cada esquina. Pues tome. Excusaba de haber oído esta.

Después, no recuerdo bien los acontecimientos. Todo se volvió confuso y brumoso, como una mañana de noviembre en las márgenes del Tajo. Sé que brindamos por varias partes del cuerpo de Guilhermina y que gasté un vaso entero solo con sus senos. Recuerdo que el filete era tierno. No recuerdo quien pagó la cuenta, pero seguro que no fui yo. Recuerdo que el aire, afuera, era frío. Recuerdo que recité “El sentimiento de un occidental” mientras aguardábamos el taxi que habíamos llamado. Tal vez haya mezclado partes de “El guardador de rebaños”, pero no lo garantizo, porque, al final, el Tajo no era tan bello como el río que corría por mi aldea. Recuerdo que la voz de Guilhermina se fue haciendo más dulce y más lejana, como venida de un cielo que se preocupaba conmigo y donde estaba seguro. La voz y el perfume me acompañaron escalera arriba. Manos frías habían buscado algo en mis bolsos. Una llave abrió la puerta. Estaba en un cuarto de baño donde el suelo oscilaba, y vomitaba en un inodoro. Las mismas manos me guiaron hasta la cama, me descalzaron los zapatos, retiraron las sábanas y me metieron en la cama, todavía vestido. Se mantuvo algún tiempo junto a mí, diciendo a ratos cosas que no recuerdo, pero era bueno saber que había alguien allí. Después sobrevino un silencio mayor y alguien me trajo una taza de té muy azucarado, me levantó la cabeza y me obligó a beber. Durante algún tiempo más, la voz estuvo presente hasta llegar la primera claridad del día. Después, se cerró el pestillo de una puerta y se produjo un silencio hecho de paz y misterio, solo perturbado por la sensación de caer perpetuamente en valles perpetuos. Y una extraña sensación, la de estar enamorado de una pintura de una pared colocada a la entrada de un espejismo.

La luz del día entraba por el cuarto cuando me desperté, con sed y la cabeza pesada. Continuaba virgen pero, por lo menos, ahora sabía lo que era estar bebido. Poco a poco penetraba, así, en la edad adulta.

Me lavé durante un rato largo con agua fría y fui despertando a la vida. La espuma del jabón en mi cuerpo desaparecía con el chorro de la ducha, pero había cosas que persistían. ¿Habríamos pagado la cuenta del restaurante? ¿Habré dicho muchos disparates? ¿Habré revelado algo del Dr. Horacio y de su extraño pedido? El caso se hizo mucho más grave que la mera incapacidad para odiar. Si me enamoro de ella, y a lo que parece es lo

que está sucediendo, ¿cómo voy a conseguir aquella vida que sueño – mujer, comodidades e hijos?

Lo único que no decepciona en la vida son las Matemáticas. Pero las otras cosas también hacen falta.

Bebí un vaso de leche caliente, con mucho azúcar, y ya salía hacia la parada del 27 cuando llamó a la puerta un distribuidor de telegramas “Preocupada con usted. ¿Ha dormido bien? Llame cuando pueda. Hoy no salgo”.

Cuando llegué a Entrecampos, tomé un café en la *Granfina*, recordando lo que se decía de que el café corta los efectos del alcohol y que al final era falso. Después, caminé hasta la Facultad de Letras, para llamar antes de subir a la biblioteca donde se asilaban los estudiantes de Matemáticas.

Y ella:

- ¿Está bien? Joder, me dio un susto de los grandes.

- Discúlpeme. No estaba acostumbrado al vino.

- Pues es bueno que se acostumbre – dijo ella, categórica. – Quiero decir, es mejor que no se acostumbre. Le sienta mal.

- ¿Quién pagó la cuenta, ayer por la noche?

- Anda, no te jode– respondió ella. – Fui yo. ¿Por qué?

- Nada – respondí. – Se lo debo.

- Ah, claro que sí. No lo olvido. Ni olvido que nuestras calles al atardecer tienen tal tristeza, tal melancolía, que el Tajo, el bullicio, la agitación, y toda esa mierda...

- Oh, disculpe. Es de Cesáreo Verde.

- Lo sé, no soy analfabeta. Los proletarios no son los únicos que van a la escuela.

- Gracias por todo y por la compañía que me hizo – ya despidiéndome.

- Qué gracias ni qué narices. Y no piense que voy a salir todos los días con usted, que no pienso. Estoy pensando en su hígado.

- Gracias.

- Una cosa más. Me traje prestado un libro que tenía en la estantería de la sala – “Prometeo o La vida de Balzac”, de André Maurois. Espero que no le importe.

- Claro que no.

- Después se lo devuelvo. Es para que no acuse injustamente a la asistenta. ¿Tiene asistenta, no?

- Tengo una señora que viene aquí dos veces por semana.

- No se nota mucho. Hay polvo en las estanterías y las baldosas de la cocina no se deben haber fregado hace más de quince días. Pero lo importante es que esté bien... Importante para usted, claro.

Regresé a los libros y al papel cuadriculado. Ya me había dado cuenta de que el cálculo tenía en mí una función tranquilizante. No solía ponerme rojo cuando estaba resolviendo una ecuación. Resolver ecuaciones me proporcionaba optimismo a chorros y hacía los sueños casi palpables, como si navegase en un mar de fenobarbital. ¿Qué hay más bello que $\log xy = \log x + \log y$?

Fui a comer a la Cantina Vieja y, mientras resonaban periódicamente las llamadas “Los que ya han comido que entreguen las bandejas”, echaba de menos a mis colegas de la noche, que estaban trabajando a aquella hora. Era mi clase, y yo sentía necesidad de la protección que da el pertenecer a algo, incluso transitorio.

Me sumergí en la vida interior, mientras cortaba los filetes de cerdo, con patatas fritas y ensalada. Es la crisis. Sirven carne de cerdo porque está incluida en la cesta de la compra de los productos con precios fijados y subvencionados. Es la crisis. Si yo demostrase el último teorema de Fermat, ganaba un premio, parece que es bastante dinero, tengo que informarme. Con dinero, ya podría hacer como Guilhermina – descomponer a las personas y hacerlas sentirse poco menos que basura, o aún menos, todo depende del grado de maldad puesto en la ofensa. Es la crisis.

Volví a la biblioteca, a los libros, a los cálculos. A media tarde no resistí la tentación de llamar a Guilhermina, que ya no era ninguna vieja, sino una mujer apetecible, una pera que estaba madura pero que aún no se había podrido y que se mordería con redoblado placer. Había salido. Desconecté con un dolor en alguna de las regiones no exploradas del cerebro. Llamé porque quería, ni nada ni nadie me obligaba a telefonar. Si no quisiese, no llamaba. No la necesito para nada. El mundo está lleno de mujeres bonitas de todas las edades. Sin riesgo de competir con el Código

Penal, todas las mujeres de los 18 a los 80 son apetecibles y todas son agua para la sed de cualquiera de nosotros.

En la cena ya pude disfrutar de la compañía de mis compañeros que llegaban del trabajo y venían a cenar. No sé cómo, pero había ganado ya una modesta fama de sabio hábil y calculador. ¡Claro!, escaqueándote así del trabajo, tienes todo el tiempo del mundo para estudiar, así yo también tenía buenas notas. Me consultaban dudas y yo sacaba lápiz y papel, y allí mismo, entre las bandejas metálicas, trazaba números, llaves, paréntesis y raíces cuadradas. Tenía una manera tranquila de hablar y era claro en las explicaciones. Solo el sexo me dejaba loco. Las matemáticas nunca.

Cuando llegué a casa, tenía una carta en el buzón. El sobre era lacónico y solo decía “*Ilmo. Signore D. Faustino*”. Abrí la carta así que llegué a casa:

“Estimado *aspirante*,

No sé exactamente a qué aspira ni las cuentas que hace con sus Matemáticas. Sé a qué aspiro yo. A disfrutar dignamente y a pleno pulmón la primavera que se avecina, pero, para variar, a la manera de los pobretones. Este sábado por la tarde no trabaja y por lo que sé continúa de baja. Entonces esté en la Estación de Cais do Sodré, a las 14h 07min, ni un minuto más, ni un minuto menos. Y traiga dinero para pagar nuestros billetes. No olvide que yo soy la señora y usted (si no estoy equivocada) el caballero.

P.D. ¿Cuándo va a mandar poner teléfono en su chabola?

Suya (solo en parte, en una pequeñísima parte, o sea, no se haga ninguna idea equivocada)

Maria Guilhermina”

4.

A las dos de la tarde ya estaba a la puerta de la Estación del Cais do Sodré. Guilhermina llegó a las 14h 35m. Al verme mirar el reloj, exclamó antes que yo dijera nada:

- ¿Qué me va a decir? ¿Alguna mariconada, simple o rebuscada? Mire a ver.

Le iba a llamar justamente la atención - para quien dijo a las 14h 07m, ni minuto más ni minuto menos, lo lleva claro... pero la vieja con sus maneras de emperatriz ordinariota que regresó del exilio, en cuanto abrí la boca, me cortó las frases y las censuras. El contraataque previo es el mejor recurso de los que no tienen razón.

Ya había comprado los billetes para Cascais, ida y vuelta. Anduvimos de un vagón a otro buscando dos asientos que le gustasen a Guilhermina. Con un suspiro, que en ella era de resignación, y en mí de alivio, acabamos por sentarnos en el primer vagón, del lado que daba al río.

- Huele mal – se quejó ella. – ¿Por qué el pueblo no se lava?

Hablamos de política y ambos reconocimos que era una buena alternativa frente al otro tema de conversación habitual que es hablar del tiempo, de la lluvia, del calor o del frío, discutir la masa de aire frontal procedente del Ártico, el anticiclón de las Azores y la depresión que se estaba formando al este de las Islas Británicas. Ella detestaba la democracia fingida, prefería una y mil veces una buena y franca dictadura que, al menos, no engaña a nadie. Le gustaban los hombres providenciales y para Portugal lo que en verdad deseaba era un rey absoluto, nada de Francos horribles, nada de Salazares más preocupados con sus gallinas que con el interés del país, sino alguien como el rey D. João II, que aumentase inmediatamente las rentas congeladas desde 1920 y tal y le diese por lo menos el Ducado de Abrantes. Tengo más derecho a él que esa Laura picada de viruela que ni tiene culo que se pueda mostrar decentemente en público.

A mí me acusó de ser anarquista, como todos los afeminados de mi edad.

- Qué anarquista, no soy nada anarquista, ni conozco a nadie que lo sea, es decir, no me parece que sea anarquista, no, no es, lo que es un amigo mío... es marxista-leninista y también maoísta, pienso yo – respondí, con la cara roja por la insinuación- Estoy por la libertad y por la igualdad y lo que quería era que no hubiese tanta injusticia. Y el rey João II no es ejemplo para nadie. Con el debido respeto, era una bestia y menos mal que lo envenenaron en Alvor.

- ¿Y aspiraciones personales? Debe tenerlas, pienso yo. La vida no es solo que te den por culo, aunque eso también sea interesante, según dice quien ya lo probó.

- Quiero pasar de la pequeña burguesía para la mediana.

- ¿Para la clase media? – se admiró Guilhermina, con un leve desdén en la voz. – ¿Por qué? ¿la grande no le sirve? ¿la clase alta es demasiado mediocre para usted?

- Quiero la vida media de la clase media. Quiero ser profesor de Matemáticas. Quiero esas grandes cosas que se pueden hacer en una clase o paseando por la noche, solo, debajo de las estrellas. Quiero ser el primero en demostrar el último teorema de Fermat.

- ¡Ah! ¿ese tipo de grandeza? – dijo Guilhermina, acentuando el desdén. – ¡Por favor...! ¿Pero a quién le interesa el teorema de Fermat? ¿y quién es ese marica? ¿Algún amiguito suyo?

No tuve tiempo de explicar, con la cara ardiendo, que Pierre Fermat había vivido en el siglo XVII y era jurista, porque salimos enseguida en São João. – Aquí es donde nos vamos a bajar – dijo la vieja.

Caminamos por indicación suya hasta la playa de Azarujinha e iniciamos el trayecto por el paseo marítimo que empezaba allí y continuaba hasta Cascais.

El día era espléndido y las rocas del lado derecho del paseo nos protegían del viento. Aspiré con placer el olor a algas y a mar y sentí en la piel el sol de la tarde y las gotitas de agua que salpicaban el aire. Era a principios de marzo.

Caminábamos uno al lado del otro e intenté, sin éxito, darle el brazo o la mano, una delicadeza natural que se tiene para con las personas de más edad y para las que una caída puede tener consecuencias desastrosas.

- ¿Por quién me toma? ¿Y qué pensarían las personas que nos vieses del brazo? Usted no sé, pero yo tengo que defender mi reputación.

Con Guilhermina perdía la noción del tiempo, del espacio y de lo razonable. Paramos en la playa del Tamariz. A nuestra derecha quedaba la estación de Estoril.

Nos sentamos en una mesa de la terraza, la única mesa libre. En la mesa más apartada, dos agentes funerarios, con más de 1,80m, el pelo cortado a cepillo, parecían dialogar acerca de la inclinación del eje de la Tierra. Guilhermina me preguntó si traía dinero para pagar.

- Es que hoy no traigo dinero. Le corresponde a usted pagar. Y además, si no tiene dinero, continúe virgen. Quien no tiene dinero, tampoco tiene vicios, o por lo menos no debería tenerlos.

Pedí un zumo de naranja y la vieja pidió un té verde y tostadas.

- Como ve, no le arruino. Podía haber pedido un *whisky* viejo de 15 años, y no lo hice.

Mientras esperábamos, frente a las olas, Guilhermina semicerró los ojos, haciendo su mirada más felina, y encendió un cigarro con una sensualidad tan refinada que me hizo pensar ¿pero en qué película he visto a esta mujer? el humo me hizo toser con distintas vocales.

- Pero ¿cómo llegó a esta edad aún virgen? No es normal, a su edad.

Parecía un médico por su manera de hablar y lo peor era que hablaba en un tono de voz suficientemente alto para que lo oyesen en las mesas de alrededor, que estaban llenas de gente. Ella quería espectadores para humillarme. La odiaba con todos los colores de mi cara, con todo el calor de mi vergüenza.

- No depende solo de mí – repliqué, con severidad, así que conseguí dejar de toser y recuperar el suficiente autodominio. – Necesito una mujer que... En fin, esas cosas exigen dos personas, por lo menos.

- Aaah – dijo ella, con ironía y con misterio -, necesita una mujer o, a falta de ello, dos personas. Y después me quiere convencer de que no es un mariquita bailarín, o sea, quejica... Y ya de paso ¿el humo le molesta?

- Soy asmático.

- Ay qué curioso, exactamente como Proust. No hay duda que ustedes, los maricas, tienen mucho en común. Pero si es por eso, apago ya el cigarro. No quiero que tenga un ataque por mi culpa.

Aplastó el cigarro en el cenicero e intenté cambiar el rumbo de la conversación.

- Marlene Dietrich también fuma.

- ¡Que se joda Marlene Dietrich!

Ella sabía pronunciar el “ch” de Dietrich y yo no, así como ninguno de los dos conseguía pronunciar “Brecht”, ella porque odiaba a los comunistas y yo porque no sabía alemán.

- ¡Marlene Dietrich!... ¡sinceramente! Hablar de esa puta estúpida, traidora de mierda, y además en un día tan bonito. Pero lo entiendo. Es una fuente de inspiración para ustedes, *gays*, cuando se ponen las pestañas postizas.

Incluso colorado como un tomate maduro, un hombre puede recurrir a la bravata, igual que un cristiano intenta engañar al león que viene a devorarlo.

- Los americanos usan la palabra *gay* para designar en argot a los homosexuales masculinos, como si la alegría fuese algo afeminado. A mí me gusta demasiado Dickens como para que se pervierta así una palabra tan bonita. *So I confess, I'm gay, I believe in fun and laughter* (“Lo confieso, soy alegre, creo en la alegría y en la risa”). Si soy o no soy marica, como dice, es algo que le corresponde descubrir a usted misma. Yo no tengo que demostrar que no soy homosexual, ya que la prueba de un hecho negativo es prácticamente imposible, e incluso se denomina *probatio diabolica*, resultando evidente el porqué.

- Ah, ¿conque entonces no es mariposón? Qué pena.

- Qué pena ¿por qué?

- Es que así, de ese modo, no veo como podemos tener una amistad sincera. No lo veo, no.

Tardaba mi zumo y tardaba el té que ella había pedido. Guilhermina suspiró:

- Tengo amigos que son invertidos.

Me imaginé un grupo de gente caminando con las palmas de las manos, rigurosamente estirados, con los pies en el lugar de la cabeza.

- Y a ellos, claro, no da ningún placer llamarles maricones, que ellos hasta lo agradecen, ¿comprende? Para quien, como yo, pasó tantos años en medio de gente asustadoramente masculina, es tan agradable discutir con hombres cosas como base, depilatorios, maquillaje y culos de hombre. Todo intereses comunes. Y nosotros, amigo mío, ¿qué intereses podremos tener en común?

Sonrió, por primera vez, y me hizo recordar la sonrisa de Marilyn Horne.

- La virginidad es jodida – suspiró ella. – Peor que la crisis del petróleo y la Guerra de los Treinta Años todo junto.

No sabía qué responderle. Y los colores de la cara no se me iban, ni siquiera cuando llegó el zumo de naranja, el té y las tostadas, servidos con mucha calma por un camarero tranquilo y sin prisa, que lo que parecía era que quería escuchar la conversación de la vieja y enterarse de algún buen escándalo para contar en su círculo de amigos. Envidié su tranquilidad y

deseé que una ola le arrastrase al fondo del mar, en el momento justo en que por allí pasase un improbable tiburón.

- ¿Y cuándo le surgió ese problema?

- ¿Cuál problema?

- El de ponerse colorado de esa manera. ¿Ya nació con usted o fue solo cuando descubrió que era mariquita?

La vieja había hablado como una predicadora desde el púlpito. Sentí en el silencio que se producía a nuestro alrededor que las personas en las mesas de al lado contenían la respiración, como diciendo “ahora es cuando se está poniendo interesante”.

- No quiero hablar de esto.

Guilhermina se calló y mi cara clareó. Las personas de las mesas de al lado habían vuelto a respirar, pero contrariadas por llegar al final del libro sin saber quién mató al millonario, ya que el mayordomo tenía el día libre. El camarero fue adentro a buscar los dos cafés que había pedido la mesa 14.

Pero ella no aguantaba quedarse callada durante mucho tiempo. Prosiguió, para edificación de su público:

- Vale, es virgen. Eso pasa. Es una fatalidad, pero no veo cómo le puedo ayudar, además me llamo Guilhermina, no soy “La Celestina”, no soy comadre. Tengo amigas, con “a” pequeña, que tal vez se prestasen a resolverle el problema. Solo que no son mujeres del tipo al que debe estar acostumbrado. Es verdad que son muy putas, pero no por eso dejan de ser señoras, y ahí en eso...

- ¿Y no me podría ayudar, yo que sé, otra persona, doña Guilhermina, por ejemplo?... – me detuve y luego deseé no haber dicho nada, pues hasta el sonido de mi voz era estúpido, y mucho más lo eran las palabras pronunciadas.

- ¿Ayudarle... cómo? – preguntó, lista para ofenderse.

- Ayudarme a dejar de ser virgen. Ayudarme, solo eso...

Lo que había dicho ya estaba dicho y era francamente estúpido. Pero la conversación tampoco estaba revelándose inteligente y por eso no desentonaba. ¿Para qué preocuparme? Había más mujeres bonitas en la Tierra, y ciertamente más simpáticas. Hablaría con el Dr. Horário – Mire, no conseguí nada. Busque a otro. Tal vez tenga más suerte.

Guilhermina removió el azúcar haciendo tintinear la cuchara sonoramente en la taza, como si la quisiese partir. Quería hacer pública su rabia.

- Mire, no le doy una bofetada aquí mismo, cabronazo, maricón de mierda, solo porque hay mucha gente mirando y no me gustan especialmente los escándalos. Pero sepa que nunca nadie me faltó así al respeto que no pagase su atrevimiento. Nadie. ¡Vamos! y además ¿a quién se le ocurre quererme echar un polvo? un pobretón ordinario que no tiene donde caerse muerto. Tirado— vomitó con desprecio. — Gentuza. Miserable.

- Soy *aspirante* de Hacienda — contrapuse.

- Es lo mismo.

Después de una pausa, en que una nube había tapado y destapado el sol, ya ella hablaba de cosas indiferentes, como precios, política y la dificultad de encontrar una empleada doméstica que fuese seria y quien la tenía debía conservarla, como se hace con un tesoro. Pero nunca repitió aquella sonrisa que la había iluminado y, por breves instantes, la había transfigurado en una diosa clásica, fuente del placer y de la fecundidad.

Guilhermina parecía cansada del contacto con la plebe. Cuando regresamos a Cais do Sodré, cogimos un taxi y seguimos hasta Alvalade, donde la dejé. Abandoné el taxi unos metros después, cuando la vieja ya no me podía ver, y continué a pie, por la Avda. da Igreja hasta el Campo Grande, y después subí la Avda. das Forças Armadas hasta la Cantina Nova, que era la única que abría los sábados. Había mucha gente y noté que había más chicas de lo que era previsible. Estaba comprobado que las mujeres ya no estudiaban solo Letras, como chicas con buen comportamiento, sino que ahora estudiaban en masa Derecho, Medicina y Economía, y tomaban por asalto los bastiones que antes les vedaban la entrada.

Estaba ya muy adelantado en la fila que lentamente se aproximaba al pasamanos que corría a lo largo de la estructura metálica del *self-service*, donde se alineaban en orden, las bandejas, el pan, las servilletas de papel donde se envolvían los cubiertos, los boles para la sopa, el plato, que hoy era bacalao con garbanzos, cebolla y perejil picado, con rodajas de la tercera parte de un huevo, la fruta y los vasos de plástico con refresco de máquina. Llegó un compañero de por la noche y se pegó enseguida a mí, en nombre de una intimidad muy vaga. Nadie protestó. Era Monteiro, también conocido por “Mancha Negra”, por haberse hecho una radiografía que acusaba una mancha negra en el pulmón y que era la tuberculosis haciendo estragos. Aunque no lo catalogase en el grupo de los amigos, sino en el

grupo indiferente de los conocidos, me hizo bien su presencia y su compañía.

Cenamos enfrente uno de otro. No se callaba y parecía que nunca le faltaba tema. Yo también le quise hablar del examen semestral de Análisis Matemática I, ya que nunca le iba a confesar que me estaba preparando para el teorema de Fermat. Pero “Mancha Negra” no dejaba espacio a las observaciones y comentarios de otros. Cuando hablaba era como una inundación que arrastraba todo lo que se le ponía por delante, sobre todo la verdad y el buen sentido. Excepcionalmente, hizo una pausa como si fuese a respirar hondo.

- Está, amigo... - le confidenció. – no te vuelvas ya, pero esa tía que está detrás de ti... está buena, tres veces buena. Calma, no te gires. Lo que te puedo decir es que nunca vi una tía tan buena. Gírate despacito, cuando yo diga... Ahora.

Miré hacia atrás. Era un tipo de pelo castaño escurrido y largo, como el anuncio vivo de un champú para la caspa. Una camisa con el cuello a lo ruso, pero de un tono entre rosa y rojo. Monteiro se reía, contento con su gracia. Yo, rojo y sudado, pensaba “Ojalá suspendas en Análisis Matemática I”.

5.

El domingo fue un día lluvioso. Estuve holgazaneando en la cama hasta el mediodía, leyendo a Dickens en el original, en una edición barata de la *Penguin*. Me estaba metiendo las zapatillas para ir a la cocina a hacer tostadas, cuando el timbre tocó. Era el distribuidor con otro telegrama “¿Connigo? Es pretencioso, pero le perdono. La ambición es cosa mala. Un beso”.

Por la tarde, fui al cine *Quarteto* y vi “La vieja señora indigna”, de René Allio. Sentí la falta de Guilhermina. Cómo me gustaría que al menos la vieja señora llevase su indignidad hasta el punto de hablar con las palabrotas de “mi vieja” que ni era vieja ni era mía. Sé que me habría hecho bien, por razones que desconozco pero que tal vez tuviesen algo que ver con “si hay más gente así, ¿para qué preocuparme?”

Después, con el paraguas en la mano, continué por la Avda. de Roma hasta Alameda. En sala *Estúdio* del cine *Império* tenían en cartelera “Barry Lyndon”. Ya la había visto el año pasado, en el *Apolo 70*, pero la película era una sucesión tal de imágenes pictóricas, una obra de arte tan conseguida, que decidí volver a verla el próximo fin de semana. Invitaría a

Guilhermina. Era imposible que no le gustase la película. *Reverend Runt, this matter bears no further discussion* (“Reverendo Runt, este asunto no tiene más discusión”), era exactamente su manera de hablar.

En el café del *Império* estudiaban algunos compañeros. Me senté en una mesa donde estaban unos conocidos. Severo no estaba; hablamos del futuro, que siempre ha sido el mejor tema para descontentos. ¿Cómo sería el año 2000? Personalmente, sentía que mis cuarenta transcurrirían en un mundo maravilloso, con la cura del cáncer, con el fin de la guerra, de la pobreza y de la ignorancia. Una vida buena y abundancia para todos. Tiempo libre para gente libre. Gente paseando del brazo en los parques, bajo un azul de primavera perpetua, discutiendo de filosofía, arte y matemáticas – y también del sentido de la vida, o de la falta de sentido que pueda tener, no siempre hay que tomar partido. Y por todos lados la sonrisa de quien se enamora de la Razón.

Durante la semana, hice el examen escrito de “Análisis Matemático I” y regresé al trabajo. Palma, que era técnico tributario y tenía a su cargo el impuesto de transacciones, se me acercó con las ironías de la antigüedad y lo que tú sabes ya lo tengo yo olvidado, y me preguntó si ya estaba mejor de mi enfermedad y si había sufrido mucho, que hubo quien me hubiese visto caminando en Entrecampos y con una cara de salud que debía de ser una de aquellas breves mejorías antes de la muerte.

- Debe estar equivocado – respondí.

- Le mandé entregar una carta a Garcia y usted no se la entregó.

Nunca entendí ni nunca entenderé los recuerdos de guerra de Palma. A lo que parece, los graduados tenían un método muy propio de llamar estúpido a quien no era graduado. Venían con la historia de la carta a Garcia, que no se entendía bien el enredo, por lo que debería ser una prueba de inteligencia mal entendida. Era alguien, presumiblemente el sargento, que mandaba a un imbécil, presumiblemente el soldado raso, entregar una carta a Garcia. Como nunca tenía dirección ni código postal, la carta debía empezar sencillamente por “Sr. Garcia” y debía contener muchas tonterías en un lenguaje oficial. Había Garcias a montones en la Lista Telefónica de Lisboa y alrededores. ¿Cuántos habría en todo Portugal y en las colonias? el soldado raso no entregaba la carta y se exponía a la reprimenda “Le mandé entregar una carta a Garcia y usted no la entregó”.

Recibí una carta de Guilhermina. Tenía muy buena caligrafía, a la inglesa, y el papel olía bien. Retuve algunas frases:

“Tiene que luchar contra esos escrúpulos. No se puede poner colorado siempre que hablen de sexo. Es natural hablar de sexo. Y todavía

más natural practicarlo. Es natural que yo le descomponga. Es natural que le llame marica. No se enfade, es mi naturaleza. No quiero decir que usted sea mismamente homosexual, pero ¿qué van a pensar las personas que le vean ponerse rojo cuando se habla del tema? ¿No cree que tengo razón? Venga, haga un esfuerzo y evite ponerse colorado. Es rubio y blanco y llama mucho la atención cuando esos coloretos arden. Y otro consejo: busque una chica de su edad y déjese de andar detrás de viejas. La juventud se quiere con la juventud. Aunque yo no sea vieja, claro”.

En fin, una mezcla de cosas interesantes y de lugares comunes. Pero Guilhermina no lo podía evitar, era su naturaleza.

Le llamé para invitarla para ir el sábado a ver “Barry Lyndon”, de Kubrick. El sábado no puedo – me respondió. – ¿Puede ser el domingo? – Entonces quedamos el domingo. ¿Y cuándo pone la mierda del teléfono?

El viernes recibí un telegrama de Guilhermina - ahora iba volver a su casa, y el número de teléfono era el siguiente. Fijaba ya el sitio y la hora de nuestro encuentro, que sería a las 13h 30m, frente al *Império*.

Estaba yo sentado en mi mesa de trabajo, poniendo las fichas y las declaraciones por orden alfabético, pensando en que volvería a ver aquella fantástica escena del duelo, a oír la “Zarabanda” de Haendel, y a tener a Guilhermina a mi lado, y que faltaba media hora para ir a comer a la cantina de los *SOFE* (Servicios Sociales del Ministerio de Hacienda), en la Avda. Visconde de Valmor, cuando empecé a oír las frases –Quería ser atendida por aquel señor. ¿Quién? ¿Aquel? Sí, aquel mismo. ¡Faustino! ¡Eh, Faustino! ¡Ven aquí al mostrador!

Guilhermina estaba del otro lado del mostrador, seria, severa, sin una sonrisa. Me tendió la mano y le correspondí, con pensamientos terribles tronándome a lo largo de las circunvoluciones cerebrales –me va a llamar marica, va a empezar con su lenguaje de costumbre y me va a avergonzar delante de toda la gente. Tal vez se ponga aquí a pregonar que soy virgen y que estoy contando con ella para... Ay, ¡válgame Dios!

- ¿Cómo está, doña Guilhermina? ¿bien? ¿y la familia?

- Están todos bien – atajó ella, seca. – lo que me trae aquí es lo siguiente: el año pasado, hice obras en tres de mis edificios. Lo que sucede es que el contratista no me pasó la factura-recibo. Escribió la cantidad en un papel de envolver, escribió PAGADO y puso un garabato a modo de rúbrica. Mi pregunta es: ¿puedo deducir el gasto o no?

- Ah –dije, con alivio. – Entonces no es aquí. Este mostrador es solo para impuesto profesional e impuesto complementario. Venga en esta dirección.

La conduje por el otro lado del mostrador, que era como un gran rectángulo de mármol negro que hubiese perdido uno de los lados. Señalé hacia el letrero colgado encima, que decía “Contribución Territorial”, y llamé:

- Sr. Rodrigues, una señora para atender en su departamento.

Después le dije a Guilhermina:

- Queda en buenas manos. Yo tengo que volver a mi trabajo. Si necesita algo más, estoy a su disposición.

Era lo que me habían enseñado en el curso de “Atención al público” que nos habían impartido en el Centro de Formación, allí en el Campo dos Mártires da Pátria – tratar con cariño y amabilidad a los que despojábamos de parte de su dinero.

La cuestión debía ser fácil y de respuesta rápida, pues al poco tiempo estaba Guilhermina haciéndome gestos, del otro lado del mostrador.

- Esto así no son modos. Las personas han de hablar separadas por un tablero enorme, no gracias. ¿A qué hora va a comer? Si es que los pobres almuerzan...

- De aquí a media hora más o menos, doña Guilhermina.

Aproximó su cara a la mía, y me ahogué con la sorpresa en la inmensidad de su mirada azul. Me susurró:

- D. Guilhermina un carajo. Entonces a la una, ahí abajo.

Se dio la vuelta, decidida, con su paso elástico donde había mucha y perseverante gimnasia, y desapareció por la puerta. Volví a mis fichas. Una sombra se detuvo detrás de mi hombro. Era el adjunto del jefe.

- Pero ¿de dónde conoces (ya no me trataba de usted) a doña Guilhermina Portomayor?

Preparé una respuesta cuidada, que no me comprometiese.

- La familia... es una conocida de familia.

- ¡Ah!– dijo el adjunto. – Ahora ya se explica cómo quedaste en 3º lugar en las oposiciones para *aspirantes*. Con razón se decía por aquí que deberías haber tenido un buen “enchufe”.

Dije que no había tenido ningún enchufe.

- Sí..., sí. Debe de ser. De verdad lo creo. Hombre, no es ninguna vergüenza. Tener buenos conocidos ayuda mucho y saber aprovecharlos es señal de sabiduría.

A la una de la tarde, Guilhermina ya me estaba esperando junto a la entrada de la Dirección Distrital de Hacienda, donde la Delegación nº 5 ocupaba el primer piso. Faltaría como mucho medio minuto para empezar a patear y a hablar al estilo de Luís XIV, “por poco no me toca esperar”.

- Doña... Guilhermina, solo tengo una hora para almorzar.

- Y yo preocupada. Sígame. Sígame – ordenó, más autoritaria.

Comimos en la Avda. Duque d’Ávila, en el Restaurante *Moisés*. Yo tenía dinero de sobra, pero la vieja no me dejó pagar.

- Para que un día no me llame “cara amiga” ni ninguna de esas mariconadas. No soy nada cara, como ve. Soy incluso muy accesible, como si estuviese en rebajas.

Al regresar, me informó que su casa quedaba también en la Avda. Duque d’Ávila, pero del otro lado de la Avda. da República, muy cerca del cine *Avis*.

- Otro día le llevo allí.

Esa tarde, mi reputación en Delegación de Hacienda subió a un nivel que solo sería halagüeño si hubiese querido seguir carrera en la piratería o en la prostitución.

Saraiva, después de las horas al servicio de la captación de ingresos para el Estado, iba a trabajar a una oficina de contabilidad, al servicio de las empresas que privaban de esos ingresos al mismo Estado, y por eso su mano derecha era enemiga de su mano izquierda, y las dos nunca se podían unir, ese era el motivo por el que no iba a misa y no rezaba, no era por una razón filosófica cualquiera, sino solo por la enemistad que lo dividía en dos partes perfectamente simétricas, iguales y antagónicas. Se me acercó, oliendo a *after shave* y a puro, y se puso enfrente, midiéndome y evaluándome. Levanté los ojos de mis fichas y me preparé para ponerme rojo.

- Y qué tal, ¿es buena en la cama?

- ¿Quién? – con la sorpresa se me olvidó hasta ponerme rojo.

-Mire, ¿quién habría de ser? Usted con dieciocho... Ah, ¿ya ha hecho diecinueve!?... Ella está muy bien para su edad, pero es una vieja, las cosas son como son. Debe darle muchos regalos, ¿dinero?...

Esta vez sí, me puse colorado con la dignidad al ras del suelo.

Saraiva me miraba, satisfecho por el poder de sus palabras.

- Amigo mío, usted hizo mal. Perdone que le diga, pero hizo muy mal. ¿Por qué rayos escogió Matemáticas, cuando podía muy bien haber hecho Derecho? con los conocidos que tiene, con lo que va a aprender aquí, y con lo poco que los abogados saben de fiscalidad, solo le digo – puede ganar el dinero que quiera, el que quiera, sin tener que andar a chulear viejas, con el debido respeto. Haga como yo que solo las quiero jóvenes y fresquitas. Solo pongo una condición – que ya sepan comer con tenedor.

Hizo una pausa y miró a su alrededor, dirigiendo rápidamente la mirada a los contribuyentes que habían decidido pasar por allí aquella tarde de viernes, con la hostilidad que se tiene por las visitas que llegan justo cuando íbamos a salir.

- Que esto ahora no es como en mi tiempo. Cuando yo era aspirante, como usted, nadie enseñaba nada a nadie. Si hacía cualquier pregunta, me decían – vaya a verlo en el Código, está en el Código. ¿Y piensa que alguien me prestaba el Código? Nadie. Tuve que comprar todos los Códigos por mi cuenta: Profesional, Complementario, Contribución Industrial, Transmisiones, Transacciones, Sello, Proceso de Contribuciones e Impuestos, todos. No es como ahora, que tienen cursos de formación, les dan todos los Códigos, y todas las circulares, y yo que sé qué más. Ahora esto se hace mismamente cagando. Son solo facilidades. Y no es por meterme donde no me llaman, pero usted, además con doña Guilhermina por detrás... Que no es por nada, no le estoy censurando, ni pensar, creo que hace muy bien y yo en su lugar... no lo parece, pero yo también fui joven, la mili fue lo que me fastidió.

Volvió a su sitio, que quedaba entre el Sucesorio, los aseos y el Gabinete de Inspección, y, en conversaciones laterales pasaba un mensaje como “Él conoce incluso a doña Guilhermina Portomayor. Hasta los vieron almorzar juntos”. Me recordó “La Canción de Lisboa” –*Él sabe hasta lo que es el mastoideo.*

El sábado no trabajé. Se había establecido un régimen de turnos, quedando asegurado el servicio por 5 funcionarios cada sábado. Por lo tanto me tocaba trabajar solo un sábado cada mes, y aquel no me tocaba. Aproveché el día para estudiar Cálculo Infinitesimal en la cantina, pues el examen era la semana siguiente. Severo no apareció en la cantina a la hora

de la comida, y calculé que estuviese preparando la revolución en otro sitio, más cerca del corazón de la Bestia. Cené en casa y me dormí con números que bailaban un acompasado vals.

El domingo, me afeité el ligero bigote que me bordeaba el labio antes de ducharme. Quería causar una impresión de cuidado personal y sentimientos aseados.

Guilhermina llegó puntualmente, a la hora fijada, y era evidente que estábamos ante una tautología.

- Ya ha comido, claro.

- No, do... Guilhermina.

- ¡¿No?! – se admiró ella. – Ah, comprendo, estaba esperando que le diese de comer, ¿no? un carajo es lo que le daba.

Me puse rojo. Ella me dio un codazo.

- Ya está. Es que no se le puede decir nada a la doncella – *que se pone colorada*. Tiene que adoptar otros hábitos como todo el mundo, menos eructar, tirarse pedos, quitarse mocos de la nariz... y los tics tampoco me gustan. Lo ideal sería el “David” de Miguel Ángel, que es una estatua, no se mueve y no molesta a nadie.

Almorzamos en el *Café Império*, que incluso era barato, ideal para pobretones en opinión de Maria Guilhermina de Holstein y etc., etc., y fui yo quien pagó, con la sensación de haber prestado a Rothschild. Las entradas del cine las pagó ella. Subimos al *Estúdio*, una sala de cine más pequeña que quedaba dentro del *Cine Império*, que este sí, tenía pantalla para películas de 70mm, lo ideal para “Doctor Zhivago” y “Lawrence de Arabia”.

Caminar al lado de Guilhermina me obligaba a reprimir la erección que la vieja (que no era ninguna vieja, sino como un *Rolls Royce* con un propietario que le había dado poco uso, pero vieja se dice más rápido y el olorcillo a pecado es más intenso), la erección que la vieja me provocaba. Para evitar el escándalo. ¡Ay de aquel por quien vienen escándalos! ¡Ay de aquel adonde el escándalo va! Ay de mí, que la deseo y es una vergüenza en Hacienda y en todas partes, y si doña Odete se entera...

En la sala a oscuras, me penetraba su perfume, que era una mezcla de esencias florales y del olor de entrañas que fermentan – y era, por eso, doblemente embriagador.

Cuando Redmond Barry sigue a la condesa de Lyndon hasta la terraza, irrealmente iluminados, a la luz de la luna, cuando sus miradas se consultan con ansiedad, y cuando sus labios se buscan, la tentación de besar a Guilhermina en los labios fue tan grande, tan avasalladora, pero solo conseguí tocarle la mano. Ella correspondió apretándome la muñeca con una energía inesperada en una endurecida capitalista. Era como si aplazásemos aquel beso para otro día. Que el mañana nunca es tan peligroso como el ahora.

Al final, cuando salimos al aire de la Alameda, ella resumió:

- Muy bonito. Un poco triste. Pero bonito.

¡Qué encanto aquella forma de arrastrar las erres que quitaba la trrriesteza al trrriste!

Nos quedamos frente a frente, sin hablar. Yo no sabía qué hacer. Guilhermina fue la que decidió.

- ¿Y si fuésemos a su casa?

Dije que sí, que era buena idea. ¿Habré dejado las revistas pornográficas a la vista? No, estoy seguro de que no. Nunca las dejo, por doña Alice cuando va a casa a limpiar. Mis colecciones de comics están a la vista, pero no comprometen. Espero. El sobre del médico lo guardé en la Delegación, cerrado con llave en un cajón de mi mesa de trabajo.

- Está un poco desordenada.

- Sí, pero no pretenderá que yo se la vaya a ordenar, ¿no?

No me puse colorado, porque ya estaba habituado a este tipo de respuesta cuando aludía al desorden de la casa.

- Y además no es la primera vez que voy a su casa, que yo sepa. Por hablar de eso, ¿cuándo manda instalar la mierda del teléfono, que es algo que me extraña?

- Hace tres meses que pedí que viniesen a instalar el teléfono. Solo sé que estoy en lista de espera.

- ¿Está a la espera? Bien puede esperar. Pero el otro día me asustó y aún pensé llamar a la puerta de alguien para telefonar al 115. Pensé que se iba a morir y los borrachos no van al Reino de los Cielos.

Acaricié la mano de Guilhermina, agradecido por cosas que no recordaba bien pero que deberían ser su presencia junto a mí, medio Ángel, medio Mujer.

Fuimos en taxi y Guilhermina no me dejó pagar. Ella subió delante de mí los escalones del edificio y pude apreciar lo bien que le quedaban los pantalones en sus piernas perfectas, y como le moldeaban lo redondeado ligeramente decaído de las nalgas ondulantes. Le abrí la puerta y Guilhermina entró.

- Bueno, podía estar peor – condescendió.

Le informé – por segunda o tercera vez, ya no me acuerdo bien -, le informé que tenía una mujer por horas, que venía dos tardes por semana – cuando venía -, y que limpiaba la casa, lavaba la ropa y planchaba.

- ¿Y cocinar?

- Cuando no como en la cantina, hago cualquier cosa – un arroz con zanahorias, espaguetis, cuezo unas patatas, un huevo, abro una lata de atún...

- Ah... - dijo ella. – ¿y esa empleada es joven?

- Más o menos. Tiene cerca de cuarenta años. Más de cuarenta años, si no me equivoco. Pero casi nunca la veo.

- ¿Y con cuarenta años es joven?

- Es joven de cuerpo. La cara ya es otra cosa y ella lo disimula abusando de las pinturas.

- No le he preguntado eso. ¿Piensa que una mujer de cuarenta años es joven?

La miré y automáticamente fijé la mirada en el relieve de sus senos, cubiertos por la blusa.

- Depende un poco de la persona, creo yo. Hay mujeres que son como la Gioconda o el Partenón, por ejemplo usted, Guilhermina.

- ¿Yo?... Sí, señor, nunca nadie me dijo así, cara a cara, que le parezco una ruina.

- Obras de arte – atajé, angustiado. – Obras de arte. Aquellas cosas que no tienen edad y que se valorizan con el pasar del tiempo. Si yo le confesase una cosa que me avergüenza, ¿promete no decir nada a nadie?

- Le guardo el secreto, quédese tranquilo. Es uno más, para juntar a tantos.

- Ya me masturbé con cuadros de Rubens, mirando a aquellas rubias rollizas.

- *Mein Gott*, ¿y dónde estaban los cuadros? ¿No me diga que se va a masturbar a los museos?...

- ¡Claro que no, qué idea! ¡Qué museos!... Venían en calendarios. Creo que estaba enamorado del mes de agosto.

- Masturbarse... qué desperdicio, incluso con la ayuda de Rubens. Pero felicidades, lo dijo sin ponerse colorado, lo que ya es un avance.

Ella recorrió con parsimonia la buhardilla.

- El otro día estaba todo muy oscuro y además, con la preocupación, no me pude hacer una idea de la casa. Pero me gusta. Es muy luminosa. Es buena idea la de los colchones y las almohadas en la sala. Queda muy confortable para leer o para ver la televisión. Es una pena que no tenga televisión.

Abrió las puertas que daban a la terraza.

- Esta es la parte que más me gusta. En el verano debe ser espléndido para hacer el amor al sol. Solo el cielo arriba y el río a lo lejos.

- También es bueno para cenar con los amigos y charlar – adelanté yo para hacer olvidar la masturbación que aun siendo clásica era una vergüenza. – Para leer o para tomar el sol.

- Me gusta la casa – declaró Guilhermina, como si eso fuese contra todos sus principios pero no lo pudiese evitar. – es pequeña pero tiene un encanto especial. Se está bien aquí.

Estábamos en la terraza, casi tocando el balcón que la circundaba. De repente, Guilhermina se pegó a mí y me apretó con violencia contra sus senos. Mis labios fueron succionados por los suyos y correspondí con una tremenda erección que quería invadirle el alma a través de la ropa y de la piel. La estreché también contra mí y era como si nos quisiésemos fundir uno en el otro, como el soldadito de plomo y la bailarina. Por momentos, ya no sabía si estábamos dándonos pruebas de cariño o si era una lucha cuerpo a cuerpo. Acabó por repelerme, con un quejido.

- Me matas, cabrón.

Fue la primera vez que me trató de tú.

Estábamos los dos temblando, yo más que ella. Yo temblaba, con una erección que no se calmaba. Me vinieron las lágrimas a los ojos, de frustración pura y dura, o mejor, impura y complicada de explicar.

Guilhermina me abrazó delicadamente, contrayendo el vientre para evitar el contacto con mi dolor, y me confortó con palmaditas en la cara.

- ¿Qué es eso, mi niño? no fue nada, no fue nada. Era solo la mamá que estaba jugando. No fue nada. Un beso... ¿qué es un beso? no es nada, lo que se dice nada de nada. Y además, no puede haber nada entre nosotros. Este niño aún es muy bebé. Y esta niña casi tiene edad para ser su mamá. ¿Y ya pensó lo que las otras personas dirían de usted y de mí? Mentiras, cosas desagradables, que es lo que las personas dicen siempre. Ahora, si el niño no guarda su carajito bien guardadito, ¿qué pasa? Viene la gata y se lo come. Y no puede ser, ¿a qué no? Miau.

Volvimos adentro. Ella fue a inspeccionar la cocina y a hacer el inventario del frigorífico. Volvió, con los brazos cruzados, y con una decisión súbita.

- Voy a hacerle la cena.

- ¿La cena, do...? Por amor de Dios.

- Pero dígame ¿por qué no puedo hacerle la cena? ¿de qué tiene miedo? ¿de que le envenene las patatas? ya estuve casada, incluso sé cocinar mucho bien, según se dice por ahí. Luego...

- No quería darle trabajo... - perdóneme.

- Trabajo porque me gusta. Es mi manera de compensarle del disgusto que le he dado. ¿No puedo?

Me mandó ir a la calle, con una lista de compras. Medio kilo de filetes, mantequilla, mostaza, una ristra de ajos, laurel, vino blanco y pan. Fruta yo ya tenía.

Un domingo por la tarde, tuve que ir al supermercado, a Alcântara. Ojalá que no se ponga a ver los armarios, y que no descubra las revistas.

Cuando volví con las bolsas, Guilhermina me abrió la puerta, empuñando un cuchillo. Estaba pelando las patatas y no parecía dominada por sentimientos vengativos. Había conectado la radio y oía las noticias de las siete. Guardé las compras en la cocina. Después, me expulsó y cerró la puerta.

- Joder, no quiero hombres en la cocina. Vaya a estudiar, o, si no quiere estudiar, vaya a hacerse una paja pensando en mí, que mal no le hace y solo le puede hacer bien. Después le llamo.

Cenamos a las ocho y Guilhermina lamentó que no tuviésemos velas. Era más romántico y era como si nosotros mismos formásemos parte de una película. ¿Qué tal están los filetes? ¿Le gustan?

Nunca había comido un filete tan sabroso, ni siquiera hecho por las manos sabias y veneradas de doña Odete, mi señora madre. Se lo dije.

- Ah, entonces se puede decir que está contento con su nueva criada.

Acaricié su mano y de ella, de Guilhermina, salió un suspiro.

- ¡Lo que el destino me tenía reservado...!

Después de cenar, nos quedamos en la terraza, inmóviles, admirando la noche, las luces de la ciudad y las estrellas que esa luz dejaba ver.

Si pudiese parar el tiempo, aplastarlo, torcerlo, hacerle perder toda su arrogancia...

- Si yo consigo demostrar el último teorema de Fermat...

Llegamos a la conclusión de que la vida tiene muchos “sís” y lo mejor es pasar por encima de ellos, derribar el Castillo de If y hacer lo que nos apetece. Un breve momento de concordancia, porque al poco rato ya volvía ella a afirmar que no se difunden tabúes por casualidad en la vida de las personas y no siempre podemos dar al cuerpo todo lo que el cuerpo nos pide.

Salimos a la calle para parar un taxi. Antes de cerrar la puerta de casa, ya en el descansillo de la escalera, la abracé y la besé en los labios, deseando volver a sentir la primera sensación, que había sido tan plena y sorprendente. Duró una eternidad, y ella me apartó cuando su reloj interior le avisó de que faltaban segundos para la explosión. Busqué de nuevo los labios amados y ella me agarró el brazo y me lo retorció detrás de la espalda, con una agilidad y un vigor inesperados en una señora con sus apellidos. Me quejé solo con un “ui”, en vez de “déjame estúpida, bruta, que me estás haciendo daño, dándotelas de madre” que había sido la primera opción.

- Joder, ¿pero qué es esto? Nada de abusos. Pero ¿quién le ha dado confianza? Pero... ¿con quién piensa que está tratando? ¿con la Alice del país de las criadas?

Fuera, caminaba poca gente, pero había muchos coches que iban en una u otra dirección. Llamé a un taxi y me despedí allí de Guilhermina. Iba a besarle en los labios, pero me acordé a tiempo del brazo que aún me dolía. Capitalista salvaje. Ella solo me ofreció la cara.

- No sé cuando nos volveremos a ver – declaró. – La situación se está haciendo muy penosa para usted y mucho más todavía para mí. Esto así no puede continuar. Adiós.

Entró en el taxi, se sentó y partió, haciendo señales con la majestad de las reinas que atropellaban al pueblo. Yo regresé tranquilamente a casa, dando puntapiés a las piedras y al destino. Cerré la puerta tras de mí con estruendo, para que alguien lo oyese, no se sabía dónde, y me eché vestido en la cama, boca abajo, odiando todo, la almohada, la colcha, mi vida más o menos pobre y mi cara de bebé.

- Nunca la voy a tener. Nunca. La vida es como ella dice, es una mierda. Lo mismo da amarla u odiarla. Es igual. ¿Quién me mandó ir al médico? ¿Porquería de certificado!...

6.

Había puesto el despertador para tocar a las siete y media pero faltaban cinco minutos para la hora fijada cuando me despertaron unos violentos toques de timbre. Salté de la cama, sobresaltado, en medio de un sueño. ¡¿Qué será, Dios mío?! ¡¿Qué habrá pasado?!

Arrastrado por la urgencia, corrí hacia la puerta, sin darme cuenta de que tenía una erección. Abrí. Era Guilhermina, en toda su amada y odiada persona. No podía ser. Por eso permanecí inmóvil, olvidado de respirar e incluso de vivir.

- ¿Puedo entrar?

- Claro – murmuré, sin darme cuenta de lo que decía.

Abrí la puerta de par en par para que pasara.

- Veo que se alegra de verme – y me sacó el pene por encima de los pantalones del pijama.

Se quitó el abrigo de piel, porque era al principio de la primavera y las mañanas eran frías. Lo tiró descuidadamente encima de una silla, mire el caso que le hago, es un abrigo nada más, se sentó en los colchones de la sala y se recostó en las almohadas. Yo me senté en otra silla, enfrente.

Era deslumbrante, siempre lo había sido y siempre lo sería. Vestía un mono satinado, azul marino, moteado de minúsculos lunares blancos. Tenía mangas y el escote en pico. La ropa era ajustada y moldeaba su cuerpo perfecto, y las zonas que más me fascinaban, además del brillo felino de

sus ojos, eran la cintura y las caderas, las piernas como las esculturas más clásicas y el relieve de sus pechos, que parecían desafiar todas las leyes de la termodinámica y reírse de la gravedad, lo que descubriría al poco tiempo que era un efecto de la *lingerie* y no de la naturaleza.

- Como iba diciendo – empezó ella -, la situación tal como está no puede continuar. Hoy mismo vamos a acabar con todo, poner los puntos sobre las íes, si me puedo expresar así. Hoy es su día. Voy a darle lo que me pidió.

- ¿Yo, doña Guilhermina? yo no pedí nada.

Lo cual era mentira, solo que de hecho no me acordaba. Era casi como si estuviese bajo los efectos de una droga más fuerte que el fenobarbital y que tuviese el poder de hacerme olvidar todas las frases infelices y torpes que ya había dicho, y quien es virgen dice muchas frases de ese tipo.

Ella hizo una mueca y movió la cabeza.

- ¿A qué juega?

- No, doña Guilhermina – tartamudeé. – Tengo que ir a trabajar.

Se levantó y, sin saber por qué, recordé el brazo que todavía me dolía. Me deslicé de la silla y me quedé sentado en el suelo, pero ella no me pegó; me aplastó, de pie, con todo su aplomo imperial.

- Hoy no vas a trabajar, te lo prohíbo.

La segunda vez que me trató de tú.

Todo yo temblaba pero la erección matinal había desaparecido. Sabía que era inminente un ritual de iniciación, a partir del cual nunca más sería el mismo. En teoría, sabía lo que tenía que hacer, lo que se esperaba de mí. Pero en la práctica era todo desconocido, toda una *terra australis incognita* que estaba allí. Como un largo viaje por mar, entre continentes, del que se desconoce qué tempestades o qué peligros se avecinan.

- Pienso que todos los hombres necesitan una prostituta para su primera vez. Soy una profesional del sexo y hoy quiero prostituirme y quiero que me pagues un precio por mis favores.

- Pero...

- Pero nada. Tendrás que pagarme. Y mi precio es... No te preocupes, que es un precio que puedes pagar, no te voy a arruinar... a

cambio de mis servicios quiero que me des “La vida de Balzac”, que me llevé de aquí el otro día.

Guilhermina me agarró las manos. Las suyas tan calientes y las mías tan frías.

- ¿Qué es eso? – preguntó, cariñosa, con la voz singularmente aterciopelada. – ¿mi niño tiene miedo? ¿miedo de la mamá? no puede ser.

No respondí, lleno de rabia conmigo mismo, por no conseguir dominar los temblores que me sacudían, como si tuviese fiebre o estuviese desnudo en plena nieve.

- Pero mamá está con su niño y no va a permitir que nada malo le suceda. Mamá va a cuidar muy bien al niño. El niño solo hace lo que le mande su mamá y...

Paró para cubrirme el rostro de besos mientras yo luchaba para tocarle con los labios la curva del cuello con los hombros, inexplicablemente atraído por aquel ángulo.

Me empujó suavemente a los colchones, haciéndome caer de espaldas en una caída controlada por sus brazos. Me quitó la ropa dejándome indefenso y lleno de culpa.

- ¡Qué lavadito está! ¡Qué bien huele! – me elogió. – Mamá está muy contenta con su niño, muy contenta.

Se puso delante de mí, erguida y firme, y abrió los brazos como la Victoria de Samotracia. Después se arrodilló y me acarició el pecho con sus dedos largos que se prolongaban en unas uñas redondas y suaves. Parecía que me recorrían descargas eléctricas.

- Esto es un curso que va durar muchos semestres y hoy es la clase de presentación. Nadie espera nada brillante ni ninguna proeza. Las expectativas están reguladas al mínimo. Somos solamente un simple hombre y una simple mujer. Bueno, mujer simple tal vez su tía. Yo soy la Mujer.

Se descalzó y abrió la cremallera que iba desde el escote hasta la cintura y, casi como una serpiente que va a abandonar la antigua piel, se contorsionó en una excitante danza, haciendo deslizar hasta los pies el mono que la cubría. Vestía bragas y sujetador blancos y me pareció una novia que se entregaba. Se lo dije y ella discrepó de inmediato.

- Hoy no soy novia, soy una profesional del amor.

Se echó a mi lado, me abrazó estrechamente y me cubrió de besos, tocándome con una lengua inquieta que me humedecía el cuerpo en movimientos convulsivos.

Pasó tiempo que el reloj no contó y Guilhermina me acarició la cara y el pelo.

- ¿Fue bueno?

No sabía qué responderle y sonreí de pura beatitud, como un santo que acaba de ser tocado por la Gracia Divina.

Continuó acariciándome.

- El niño ahora va a ser complaciente, ¿verdad? Porque hizo pupa a la niña... pero ¡qué carita de preocupación la suya!... Pues... no tiene nada de malo. Cosas del amor... yo tengo mucha penita del niño, mucha penita, mucha penita, mucha penita... pero la próxima vez va a ser todavía mejor – y cambiando el tono de voz, casi para el de una amenaza dicha veladamente por un enmascarado en el Carnaval de Venecia, acariciando la empuñadura de su daga: - Te prometo la locura...

Guilhermina se levantó y me fijé, por primera vez, en que tenía varices en las piernas. No muchas.

- ¿Tienes agua oxigenada? – preguntó.

- En el armario del cuarto de baño – informé, casi resentido por haberse vuelto tan prosaica.

Guilhermina se puso los zapatos y se metió en el cuarto de baño. Oí el agua de la ducha corriendo. Al poco tiempo se oyó desde dentro su voz.

- ¿Esta mierda no tiene agua caliente?

- Tienes que dejar correr el agua. Es un termoacumulador, tarda siempre algo de tiempo.

Desnudo y glorioso, lleno de espíritu de victoria, conecté la radio. Transmitían los “Cuadros de una exposición” y marché triunfante a los compases de “La gran puerta de Kiev”.

Guilhermina exigió que le dedicase todo el día.

- Es lo menos que puede hacer por mí, ¿no cree? Hoy le di todo. Es justo que me dé algo más a cambio. Solo la “Vida de Balzac” no llega.

Ya vestidos, partimos hacia una mañana de sol. La primera etapa del día fue pasar por el consultorio médico del Dr. Garcia, que quedaba en Campolide.

Permanecí aprensivo, a la espera, y cuando regresó de la consulta vi que habían pasado tres cuartos de hora.

Ya en la calle, Guilhermina me explicó:

- Era lo que yo pensaba. Tenía la vagina muy seca y usted me hizo una pequeña herida. El médico me recetó unas gotas y una pomada, y en tres días ya estaré preparada para otro polvo. Ahí está – lo que necesitaba justamente era que me hidratasen el coño. Es la tarea que le espera.

Feliz, le apreté la mano.

Almorzamos en el *Apolo 70*. Bebimos *Mateus Rosé* y yo me limité a un vaso, para evitar la repetición de escenas tristes del pasado. Brindamos por el amor, por la felicidad, por los coños contentos y por las pollas satisfechas, por las últimas saludes casi en sordina, solo para nuestra intimidad. Pensé decir una mentira “Ojalá que tu yerno no nos pille aquí”, cuando lo que realmente me daba miedo era que pasase por allí alguien de Hacienda. Lo que dije fue “Hace calor para estar en marzo”.

Fuimos a pie hasta el *Quarteto*, muy juntos, brazo con brazo. En la sala 3 ponían “Prima della Rivoluzione”, de Bernardo Bertolucci. La escogió Guilhermina.

- De vez en cuando al gran capital le gusta contentar a la clase trabajadora.

Me imaginé a un capitalista gordo, con sombrero de copa, distribuyendo helados entre mecánicos sucios de aceite.

A la salida, confesó que estaba arrepentida de haber escogido esa película.

- Ellos se llevan pocos años el uno del otro, para ser ella tía de él. No sé por qué todo tiene que acabar con una desilusión, como si las personas hubiesen nacido para hacerse sufrir recíprocamente. No acepto una cosa así.

Sentados en una terraza, en la pastelería *Nova Iorque*, continuó con su pensamiento:

- Nosotros nunca nos vamos a decepcionar el uno al otro. ¿Qué busca en mí? La carne. ¿Qué busco en usted? La carne. Nada de poesía

épica, nada de sentimiento, solo la pura y cruda realidad. Yo no soy Venus y usted tiene un poco de Apolo pero eso se pasa con la edad. Por eso ¿cómo nos podremos decepcionar? Solo quien espera lo que no existe puede conocer la decepción.

Me sentía demasiado feliz para contestar. Guilhermina se dio cuenta y me acarició la mano.

- Mi niño está lo que se dice contento, ¿verdad? Qué bien. Me alegro. No me considera muy mayor para usted, ¿a qué no?

- Te considero... - y suspiré, pues los adjetivos siempre me han cansado, excepto los de Homero cuando describía agua caliente, esclavas y bañeras... - te considero... creo que eres Venus y que tuve la suerte de abrir la concha y encontrarte... porque eres...

- Joder – concordó Guilhermina.

Hizo una pausa.

- Pero eso – y me apuntó el dedo, frunciendo el ceño al mismo tiempo, tal vez me iba a censurar la falta de adjetivos –, eso no le da derecho a tratarme de “tú”. Es que parece que le haya dado confianza para ello. Y no se la he dado.

Parecía una duquesa del *Ancien Régime* por su manera de hablar. Y lo era, sin lugar a dudas.

- Como dicen los españoles – prosiguió. – “Donde hay confianza da asco”. Dos personas se ven dos, tres, cinco veces. Acaban acostándose. ¿Cree que eso es motivo para empezar con el “tú esto, tú aquello”? me parece que no. Yo no traté de “tú” ni a mis padres. Y eso que los conocía desde que nació.

Si yo respondiese “eran otros tiempos”, le estaba llamando “vieja”. Y era una adorable y adorada, querida y deliciosa *fausse maigre*, con un poco más de pecho.

El encanto de aquel lunes santo continuó. Fuimos en taxi hasta los jardines de la Gulbenkian y paseamos entre los canteros. Estábamos peligrosamente cerca de la Avda. Marquês de Tomar, pero nada me podía preocupar aquel día. Ni siquiera un jugador de baloncesto, vestido con su chándal negro, con rayas amarillas y la frase “¿Tiene hora?” impresa en la espalda. El pelo cortado a cepillo. Miraba distraídamente al lago, pero no debía estar nada distraído, pues dio a entender que tenía la intención de dar una patada a un pato que se aproximaba para darle un picotazo en la pierna. Señalé a Guilhermina una estatua de granito – una chica sentada, con la

mandíbula apoyada en la palma de la mano, una pierna flexionada y levantada, la otra flexionada y echada, y potentes muslos.

-Estaba enamorado de ella, ¿sabe? y hoy parece que finalmente la conseguí.

- Bueno – concedió ella. – Si hace un sacrificio así tan grande, puede tratarme de tú. Pero solo hoy. No me gustan los abusos.

7.

El día siguiente fue un martes lluvioso.

Cuando llegué a la Delegación aún faltaban unos minutos para las nueve. Iba a firmar el registro de asistencia cuando el jefe se me acercó y me dijo ¿qué te pasó ayer? Le expliqué que había estado enfermo y que ni siquiera había ido a la facultad.

- Entonces firme también ahí en el día de ayer. Si estuvo enfermo... - y el jefe me guiñó un ojo, como si ya supiese de cabo a rabo lo que había pasado la víspera. Probablemente incluso lo sabía. Estaba en el mostrador recibiendo una Declaración de inicio de actividad cuando pasó junto a mí Palma y me susurró:

- Gran farra, ¿eh? no viene a trabajar, pero alguien le ha visto en la Gulbenkian. ¿Y con quién? ¿Con quién había de ser, eh?

Y, más tarde, cuando estaba sentado en la mesa de trabajo, en la habitual tarea de archivar y colocar por orden alfabético, vuelve a pasar Palma a mi lado:

- ¿Así que la vieja no le suelta? Yo, si estuviese en su lugar, aprovechaba. Más vale que se haga el tonto y aproveche. Aproveche lo más que pueda.

Había visos de amargura en su voz, como si también hubiese tenido oportunidades, no las hubiese aprovechado, y ahora ya fuese tarde.

Pero aún no había dicho todo lo que tenía dentro. Estaba yo en un pasillo de estanterías donde se apretaban los archivadores, buscando la letra "F", cuando pasó de nuevo, como una tetera echando tufos de té avinagrado.

- Aproveche, es lo que yo le digo. Que ellas se cansan deprisa y tenemos que ser más rápidos que ellas. Se lo dice quien ya pasó por eso.

- Sí, sí. Gracias por el consejo. No lo olvidaré.

Me censuró por no haber entregado la carta a Garcia, que era su forma habitual de dar por terminadas sus conversaciones conmigo. Se refugió en el cuarto de baño, con el periódico en ristre, y yo continué con mi tarea. Pasó junto a mí Saraiva, disfrutando de su puro de la tarde. Después de reflexionar en alto sobre las dificultades que había tenido en su tiempo de *aspirante*, “y ahora son todo facilidades”, dijo retomando su tema favorito.

- Y además, siempre le dije que hizo muy mal en escoger Matemáticas. Debía, en cambio, haber escogido Derecho. ¿Quién quiere las cuentas bien hechas, al final? Haga como le digo, cámbiese ya a Derecho y va a ver la buena vida que le espera.

Lo que me dolía era no poder compartir con nadie la gloria que me consumía. No era exactamente dolor, era la contrariedad de haber tenido una victoria que debería permanecer secreta, sin desfile en la Plaza Roja. Había dejado de ser virgen y había tenido un día tan feliz en la compañía de quien incluso así, con su manera de ser, vieja, ordinaria, y a veces violenta, tenía los contornos de una estatua suavizada por el tiempo, y sí, tenía verdadera grandeza. ¿La amaba? Tal vez la amase. La amaba. Con toda seguridad. Desde aquella noche en la que había permanecido a mi lado, atenta, maternal, cariñosa, y yo terriblemente borracho, pero confortado por su presencia.

Fue por eso por lo que no demostré irritación cuando vi el busto de Guilhermina sobre el mármol del mostrador del Impuesto profesional, mirándome, de mal humor. Me dirigí a su encuentro y le tendí la mano, para saludarla.

- Doña Guilhermina.

Ella no me dio la mano y me hizo señal para que aproximase la cabeza.

- Doña Guilhermina un carajo.

Mi hora de comida era solo a la una de la tarde. Quedamos en comer juntos y que Guilhermina estaría a la puerta de la Dirección Distrital de Hacienda cuando yo saliese.

Pasamos primero por un cerrajero que había establecido su tienda en el portal de un edificio aprovechando el hueco de la escalera.

Guilhermina me tendió la mano y dijo, imperial y seca:

- Las llaves de casa. Venga, venga, que no podemos estar aquí todo el día.

El imperativo era su tiempo verbal preferido.

Me vino a la punta de la lengua una respuesta del tipo de las tuyas, por ejemplo “Te doy las llaves de casa pero eres la hostia”. Pero no era una respuesta que se diese a mi princesa. ¡Si ella hasta se ofendía con cosas tan insignificantes como tratarla de tú!... Obedecí y ya está. En cinco minutos estaban listas las copias de mis llaves, que ella pagó y guardó, devolviéndome, en silencio, los originales.

Comimos en el *Galeto*, en la barra. Hablamos de todo menos de lo que era realmente importante para los dos. Vino no, que tengo que ir a trabajar y después a la facultad.

Guilhermina había retomado sus temas favoritos – las rentas bajísimas, las casas ocupadas por especuladores y la crisis gubernamental. De vez en cuando, miraba a su alrededor y, después de verificar que nadie nos observaba, llegaba ella, rápida como un relámpago, me apretaba con fuerza el pene y los testículos, por encima de los pantalones. Yo dejaba escapar un gemido – no me gustaban los apretones. Me hacía daño, y me ponía rojo, aterrado solo con la idea de que alguien se pudiese haber apercibido.

- ¿Qué pasa? – Preguntaba Guillermina, con la mirada tranquila de la inocencia.

- Nada, no pasa nada.

Le susurré – Eres muy bruta. Me ha dolido.

Guilhermina adoptó rápidamente su papel de educadora, que le encantaba:

- ¿De tú, otra vez? ¿Pero cuándo va a aprender las reglas básicas de etiqueta y buenos modales?

Le susurró, a su vez – eres lo que se dice un marica. Una cosita de nada, ay qué dolor, que me muero. ¡¿No te jode, carajo?! A mí, el otro día, también me dolió, pero ¿por casualidad lloré? Me dolió, pero me aguanté. Marica.

No me puse colorado, tal vez porque ayer ya había dado mis primeras pruebas de virilidad, y todavía estaban frescas. Tenía derecho a una réplica y no dejé de usarla. Solo necesité de dos dedos:

Pulgar - Ya me autorizaste a tratarte de “tú”, y en cuanto a eso, mejor no hablar.

Índice - ¿Y ayer no te quejaste? Claro que te quejaste. Si bien recuerdo, ayer era ¡Ay qué dolor! ¡Ay, que me matas! ¡Ay qué dolor! y si te hice daño fue sin querer, porque te amo, y quien ama no hace daño.

- ¡Qué me vas a amar! Eso son cosas del carajo.

Y continuó con la historia del inquilino del n.º. 35 – 1.º F, que había abierto una casa de putas, mira qué caradura, paga 80 escudos de renta y gana yo qué sé cuánto, y no me paga ni una miserable comisión. ¿Y para esto habéis hecho una revolución? ¿Para esto metieron claveles en el caño de los fusiles? Yo sé quién hace falta aquí pero no lo digo.

Recordé a Guilhermina la hora que era, que me tenía que ir a trabajar. Atravesamos la Avenida de la República, y le pregunté cuándo volvería a casa, ahora que tenía las llaves y podría entrar siempre que le apeteciese. Me apretó la mano, que tenía entrelazada con la suya. Le ha gustado de verdad, ¿eh? Solo que va a tener que esperar unos dos días más, pues ayer me hizo pupa. Unos dos días más y ya puedo joder otra vez. Además, hoy ya ni me ardió al hacer pis.

Sugerí a Guilhermina que pasase conmigo la noche del jueves al viernes. ¡Qué horror, pasar toda la noche en casa ajena!, pero ¿por quién me toma? Ni siquiera tiene televisión. Ni un mísero teléfono. La vida frugal no me va. Fui educada en un colegio católico pero no nací para monja.

Nos separamos con un beso y yo le repetí que la amaba. Ella se indignó o pareció indignarse:

- ¡¿Qué ama?!... pero ¡¿Qué ama?!... Ama ¡un carajo! ¡Qué va a amar!

Al día siguiente, por la mañana, estaba ya preparado para salir, cuando llegaron unos empleados de la compañía telefónica *TLP*, para instalarme el teléfono. Esperaba que aún tardase un año y medio o dos años. Por eso, pregunté – ¿no se habrán equivocado?

No, era precisamente para allí. En menos de media hora, ya tendría el teléfono instalado.

La primera llamada fue para Guilhermina, para la Duque d'Ávila.

- Amor, ya tengo teléfono en casa.

Respondió, con todo el formalismo, como si estuviese en una reunión, rodeada de embajadores:

- Me alegro mucho de saberlo. Pero tiene que rectificar un poco su lenguaje. No soy su amor. Y tengo nombre. Me llamo Guilhermina.

- Lo sé – respondí. – Gracias, amor. Te adoro.

Después llamé a casa, a Torres Vedras – ¡ya tengo teléfono! ¡Ya tengo teléfono! ¿Así que la vida te va bien, hijo mío? Claro que sí. No me podía ir mejor. Te echo de menos.

Corrí hacia la Delegación, que ya estaba retrasado y no quería dar la impresión de que mi situación actual era tan buena que ya incluso podía prescindir del empleo, lo que era todo menos verdad.

La conjunción astral era, sin duda, favorable. Sin que me vieran los compañeros, abrí el cajón de mi mesa de trabajo, donde había guardado el sobre que me había dado el médico. Decidí que un día más tarde quemaría todo aquello, menos la foto de Guilhermina, que sería para enmarcarla y ponerla en la mesilla de cabecera.

Ahora, cuando venía de la facultad, oía tocar el teléfono mientras subía las escaleras.

- ¿Solo ahora? –me preguntaba, desconfiada. – ¿qué has estado haciendo hasta esta hora?

- Vengo de clase – explicaba yo.

“¿Pero dónde me he ido a meter? Parece que me persiguen la Inquisición española, la portuguesa y la Gestapo juntas.”

Hay mujeres que se toman muy en serio desempeñar el papel de madre. Es lo que me gusta y prefiero. Una doña Odete a mi lado, dejando aparte las bofetadas. El “pero”, la parte desagradable de la cosa, es cuando se mezclan los aspectos más simpáticos que se esperan de una progenitora, con toda su carga de mimo y caricias, y aspectos más tenebrosos, como el del fiscal que se quiere enterar al segundo del modo cómo ocupamos la vida.

¿A qué hora sale de clase? ¿A qué hora llega a la parada del 27? ¿No hay otro autobús que haga menos paradas y que llegue más pronto? ¿Por qué no viene en taxi? ¿A qué hora sale el jueves?

Estaba ansioso por que llegase deprisa la noche del jueves para confirmar si ella vendría o no. El trabajo no me daba el placer que solía y pensé poco en el último teorema de Fermat, además, a decir verdad, poco pensé en cualquier otra cosa. Lo que buscaba eran sensaciones.

La tarde del jueves acabó y, a las siete y media, ya hacía cálculos de probabilidades para el “vendrá” y para el “no vendrá”.

Al salir de clase, estaba guardando mis libros y apuntes en la carpeta, cuando un ordenanza vino a decirme, con excepcional solicitud y lo que parecía un esbozo de reverencia:

- Es para decirle que una señora de la familia está esperándole frente a la Facultad de Letras.

Era Guilhermina, con su abrigo de piel, aunque la noche estuviese en el límite de lo que llamo “un frío agradable”. La besé en la cara que sí estaba fresca y olía divinamente. Me hizo entrar rápidamente a un Renault azul que había aparcado frente a la Rectoría.

- No sabía que conducías, o sea, que conducía.

- Y yo no sabía que era tonto. Conduzco desde los 20 años.

Me imaginé aquel rostro, sin arrugas, en los años 30, el pelo al viento, conduciendo por su Polonia natal. Tal vez en un Hispano-Suiza o en cualquier otra maravilla cromada y reluciente al sol.

Guilhermina fue la que abrió las puertas de la calle y de casa, para demostrar el dominio que le daba poseer las llaves, o para representar el papel de dueña de la casa, yo qué sé...

Entré tras ella y encontré novedades en casa. En una esquina de la sala había una mesa de madera de cerezo que nunca había estado allí y, encima, una televisión que no era mía.

- Es en color. Ahora solo puedes ver televisión en blanco y negro, pero cuando empiecen las emisiones en color, ya lo tienes.

Calculé que un aparato de aquellos costaría unos 50 mil escudos.

- Pero yo no puedo pagar una televisión en color... - observé.

- Pero ¿quién ha dicho algo de pagar? ¿Eh?

La besé en los labios, a falta de palabras de agradecimiento que no se me ocurrían.

- Estuve aquí esta tarde – informó Guilhermina, aunque fuese obvio. – Traje a mi Virginia y le ordené un poco la casa, la ropa estaba toda desordenada y hay mucha que es para tirarla. No sé lo que viene a hacer aquí su empleada... Alice, ¿no?

Volví a besarla, para no decir “Me gustaría mucho saber lo que sucedería si fuese al contrario, si fuese yo el que entrase en tu casa sin autorización”. Pero si le había dado una copia de las llaves... no había sido precisamente dar, pero ¿cómo le podía decir que no, si la amaba?... Si tenía las llaves eso era una autorización tácita para entrar en casa siempre que le diese la real gana.

Había también algo nuevo en la habitación, un radiador eléctrico de aceite, pues Guilhermina tenía horror al frío fuera de las pistas de esquí.

- Una persona no viene a hacer el amor para coger una neumonía – justificó.

Traía un vestido que parecía de algodón pero que debía ser de un tejido más cálido. Y botas, por encima de unas medias negras que le apretaban las voluptuosas piernas.

Me desnudé deprisa, agujoneado por la urgencia de poseerla. Me eché encima de la colcha, doblé la almohada para mantener la cabeza más alta, y, vergonzosamente erecto, feliz como un rey absoluto que no tiene que dar cuenta a nadie, la vi desnudarse.

“¡Qué bella es!”

Guilhermina se echó, boca abajo, a mi lado, y tenía el rostro transfigurado. ¡Cómo le brillaban los ojos azules! Me besó el pecho y me acarició largamente.

- Necesito que me hidrates – y sus palabras vibraban en la piel como caricias.

“Sepa Su Majestad que peregrinando por estos montes y estos valles, nos guió Dios Nuestro Señor al Jardín de las Delicias, donde la tierra se abre en una gran concavidad, cercada por un bosque donde se deben haber registrado incendios, pues la vegetación, que habrá sido lujuriente en otros tiempos, es ahora más rara y el arbolado no es tan frondoso como en el pasado. De todos modos, aún hay mucho sitio donde el viajante cansado se puede abrigar de los ardores del sol.

La tierra es rica y con buenas aguas y la temperatura, cuando nos acercamos a la concavidad, es húmeda, caliente y sofocante, calor de tormenta como se suele decir. Ya en el interior de la concavidad, existe, al norte, una colina en forma de dedal, que crece cuando alguien se aproxima, lo que, según los indígenas, es señal de que se ha dado la alarma y en cualquier momento podrá irrumpir una erupción en la región subterránea, que se manifiesta en torrentes de agua lechosa y rica, y que, según dicen también los naturales de allí, es buena para la piel e impide que los labios se resequen.

A medida que nos aventuramos en su interior, se descubre un valle placentero, por donde escurre la leche y la miel, pero principalmente la leche, porque en el sitio en cuestión no hay abejas. Los pies se hunden en todo momento. Más al sur, hay como un pozo elástico y larguísimo, pero que se puede ampliar aún más. Según la tradición oral, pues este pueblo no domina la escritura y todo se transmite oralmente, este pozo da acceso a una divinidad muy adorada en aquellos sitios, y que se invoca en nombre

de la fertilidad y de la fecundidad. Lo que indica que nuestra Fe y nuestro Imperio penetrarán allí con toda facilidad.

Esta tierra tiene también muy buenos aires y muy buena agua, con fuerte aroma salino, por lo que parece también que es muy buena para el pecho e indicada para gente con problemas pulmonares”.

Beso las manos de Su Majestad.

“Su muy fiel siervo”

Serían las cinco de la mañana cuando por fin me calmé, en pleno Paraíso, con una manzana en la mano arrancada del árbol prohibido y que estaba ahora toda mordida hasta el hueso.

Me abracé a su cuerpo y me abandoné completamente, sintiendo que solo allí encontraba abrigo y protección, que ella era mi luz y mi calor, la fuente, el origen y la explicación del placer.

- Te deseo.

Ella correspondió con un beso y no dijo nada.

Tocaron las siete y media en el despertador. Guilhermina se levantó para ir al cuarto de baño a lavarse. Regresó con calma, espléndidamente desnuda, y se despezó en una postura común a las diosas victoriosas. Completamente eclipsado por tanta grandeza, nunca sentí en mi vida con tanta fuerza el peso de la indignidad. Me levanté de un salto, me despojé de toda falsedad y me arrodillé a sus pies.

- Te amo. Perdóname.

Guilhermina revolvió mi pelo con los dedos.

- ¿Qué te tengo que perdonar? Hoy no me hiciste nada de daño y el otro día la culpa ni siquiera fue tuya. Debía haber traído vaselina... pero me hiciste feliz, incluso con dolor. Hoy fue maravilloso.

- ¿Me perdonas, si te cuento una cosa?

- Si no sé lo que es...

- Te quiero. No deseo ni puedo perderte. Perdona. Dime que me amas también.

- Pero yo no te amo, hijo mío. Deja de lado las grandes palabras. Nos deseamos el uno al otro. ¿No bastará eso?

- Te quiero. Jura que no me dejas si te cuento una cosa.

- No juro nada, hijo mío. Sabes bien, o lo sabrás un día, que esto no dura para siempre, y que algún día, más pronto o más tarde, tendremos que dejarnos. Pero ¿para qué tenemos que pensar en eso, si el momento presente es tan bueno? *Carpe diem*, Faustino.

Hizo una pausa.

- Cuéntame todo – ordenó, ahora con severidad.

Le juré que mi amor era sincero. Y de hecho, lo era. Pero que todo había empezado porque

- Tu yerno me pidió que te sedujese. Y acepté porque me quería vengar de ti, porque me habías llamado marica y me habías avergonzado delante de todo el mundo. El Dr. Horácio había preparado un dossier con todos tus gustos y preferencias. Por eso te invité a aquel concierto. Porque sabía que, igual que a mí, te gustaba Vivaldi. Y porque tu yerno me dio los billetes.

Guilhermina se sentó en la cama y, pareciendo absorta, intentó, sin éxito, cubrir las piernas con la sábana.

Me senté a su lado y, humilde, le puse la mano en el hombro. Ella me rechazó, con violencia.

- ¡Qué cabrón! ¡Asqueroso! ¡Maricón de mierda!

Se levantó y se dirigió a la cocina, con pasos rápidos. Pensé que iba a traer un cuchillo y me quedé sentado, inmóvil, a la espera de los merecidos golpes. Pero cuando volvió, lo que empuñaba era un plato grande, de cristal, donde se servían los flanes y las tartas. Me invadió una sospecha terrible:

- Amor, ¡ese no, que es de mi madre!

- ¿Conque entonces era todo venganza? Quería vengarse, ¿no es verdad? ¡Voy a enseñarle a vengarse, para que vea cómo es!

Cogió impulso, alzó las manos, espléndidamente desnuda como estaba, y partió en mil pedazos contra el suelo el plato, que era un recuerdo realmente valioso.

- Y esto es para no tirárselo a la cabeza, porque mi voluntad ahora mismo era la de matarlo, entérese.

- Mátame, si quieres. Pero te amo. No me dejes.

Las palabras eran sinceras, pero me salían con un sonido a falso, como si estuviese en la obra equivocada o en el escenario equivocada. Había sido educado así, que el amor era cosa para reír, no para llevarse en serio. Uno podía morir de tuberculosis, pero de amor nadie moría. Lo que ahora me parecía otra más de las ideas falsas que había absorbido mezcladas con la educación.

- No me dejes...

- ¡Ahora mismo! ¡Ahora mismo! – y Guilhermina se vistió rápidamente, temblando de rabia, o de lo que parecía rabia.

- De ahora en adelante, entre nosotros hay un odio a muerte. No descansaré mientras no acabe con usted. Puede escribir lo que le digo.

Salió de forma súbita y cerró la puerta tras de sí, con todo el estruendo de que era capaz, y que fue como una tormenta que resonó por toda la escalera.

Me arrodillé junto a la cama y lloré de pura rabia contra mí mismo, porque había tenido el infantilismo de confesar mis pecados a quien nunca me perdonaría. Había sido expulsado del Paraíso y a la puerta permanecía un ángel severo, con su espada llameante, vedándome el regreso para siempre.

8.

Fui a trabajar. Debía tener cara de tempestad y no me quedé más contento cuando Saraiva pasó a mi lado y “está más delgado, la vieja lo deja todo chupado, ¿eh?, yemas de huevo batidas con azúcar y con cerveza negra. Pruébelo. Conmigo siempre ha dado resultado”.

Era difícil aislarme, precisamente en aquel viernes con una afluencia anormal de contribuyentes. Pero me hizo bien hablar con 50 desconocidos consecutivos. Al menos, no pensaba en que había tenido y había perdido a Guilhermina. Por mi culpa. Por ser sincero sin necesidad. Aunque todo hubiese empezado por un encargo premeditado y calculado, todo había cambiado cuando me llevó a casa y cuidó de mí, y yo inevitablemente me enamoré de quien era tan bella, tan buena y tan malhablada.

Empezaba a sentir una especie de picor en la mandíbula, que era señal de que venía a camino una crisis de bronquitis asmática y cuando me acosté, esa noche, me sentía como si estuviese en una casa en la que el tejado se hubiese desmoronado. Desprotegido, desabrigado, angustiado por la perspectiva de lo que se me echaba encima y que normalmente aún tardaría unos días. Recordé, a oscuras, que doña Odete solía estar irritable en mis días de crisis, haciéndome sentir culpable de ser cómo era y de tener los problemas que tenía. Lo que duplicaba mi angustia y donde solo el fenobarbital ponía colores de esperanza.

Que se joda el tiempo perdido. Nunca más me quiero sentir culpable por ser asmático y, si molesto a los demás con mi tos y mi expectoración, no es culpa mía. No mando en mis bronquios, y es todo.

Me desperté, en mitad de la noche, con dificultades para respirar, y tomé un comprimido. Normalmente, solo me haría efecto en dos o tres

horas. Sentado en la cama, con las manos bien agarradas a la sábana, con la cabeza hacia atrás, empecé la vigilia y soñé despierto. Había acabado de demostrar el último teorema o la última conjetura de Fermat y conseguía la gloria universal, premio tras premio, Guilhermina que me quería abrazar y yo la desdeñaba, vete, ya vienes tarde, ahora ando con mi mujer por horas, que es de Condeixa-a-Nova, no arrastra las erres, tiene un culito de ensueño y todavía no ha cumplido los cincuenta. Y ahí llegaba doña Alice, con una combinación azul, a entretenerme en los espacios que me dejaban libre las matemáticas, los premios, las conferencias, y las invitaciones para hacer películas de Ingmar Bergman y películas italianas, y ahí era más difícil escoger al director, lo importante era estar al lado de Silvana Mangano, y tal vez ayudarla en la siega del arroz o en cualquier otra tarea que me permitiese verle las piernas. Después haríamos un viaje por mar y cuando llegásemos al otro lado del mundo habría una isla desierta esperándonos, y después sustituí a Silvana Mangano por doña Alice, y fue con ella con la que me acosté esa noche, debajo de los coqueros, mirando la luna que se reflejaba en el mar tranquilo.

Empecé a respirar con más facilidad y volví a acostarme, envuelto en esperanzas sin sentido, pero era el efecto del fenobarbital.

Me levanté con una inexplicable voluntad de huir y olvidar. Ese sábado no trabajaba. Tal vez el aire libre me hiciese bien y lograrse impedir la crisis. También ya había oído decir que lo bueno era beber mucha agua.

Cogí el 27 hasta Entrecampos, pero no tenía ninguna gana de ir a la universidad o de ver a ningún compañero. Caminé sin destino fijo. Solo quería caminar, caminar sin descanso, hasta que las piernas me doliesen.

Fui por el Campo Grande hasta la Avda. de Brasil. Subí la Avenida hasta que me topé con un gran parque arbolado que era el Parque de Alvalade. Me interné por allí dentro, esperando que me sucediese algo inusitado. Había un camino tallado en la hierba que subía en cuesta a mi izquierda. Al lado derecho, en un pequeño charco, burbujeaba un pequeño chorro de agua que provenía de un manantial que quedaba por debajo de aquellas tierras fértiles. De allí salía un hilo de agua que después giraba y bajaba hacia la Avda. Almirante Gago Coutinho. Seguí recto y volví, a la izquierda, hacia la Avda. de Brasil. De ahí a poco estaba en la rotonda del aeropuerto y me decidí – voy hasta al aeropuerto.

Seguí junto a la cerca del aeropuerto, atónito con los aviones estacionados en la pista, y con otros que, en una cadencia que nunca era monótona, aterrizaban y despegaban.

Al llegar a los primeros edificios, subí unas escaleras que daban acceso a una amplia terraza, cercada por una larga barandilla, donde decenas de personas agitaban los brazos despidiéndose de los que partían.

Yo no tenía a nadie de quien despedirme. Me senté en el suelo, por fuera de la barandilla, con las piernas colgando hacia afuera. Eran precisamente aviones lo que necesitaba. Grandes, poderosos, con formas elegantes, hechos para elevarse por encima de los problemas de cada uno.

Un avión de la BEA rugió lentamente de mi derecha hacia mi izquierda, y empezó a girar su enorme masa, apuntando los reactores en mi dirección. Me envolvió un tufo a gasolina y el olor no me fue desagradable, como si fuese un perfume de poder y de fuerza. Siempre rugiendo, rodó hasta la pista de salida, donde quedó inmovilizado, rugiendo siempre. Una decisión súbita, como un inesperado ataque de locura, se apoderó de toda aquella masa, que volvió a moverse, ganando velocidad, acelerando siempre hasta que las ruedas delanteras se elevaron y el enorme cuerpo metálico despegó del suelo, rugiendo ensordecedoramente. Era bello. Era matemática pura y aplicada en toda su pureza. Era gloria y libertad, las dos cosas que me faltaban. Y en todo aquello no dejaba de haber su dosis de fenobarbital concentrado en un programa de radio del tipo “Ola del optimismo”.

Ya estaba cansado de estar en el mismo sitio y en una posición que no era cómoda. Abandoné el aeropuerto y cogí el autobús de la línea 44. Bajé por la Avenida de Berlín, en dirección al río Tajo, que brillaba y azulaba más allá, siempre enfrente, como los espejismos. Salí al final de la Avenida. Había una especie de muro, por encima del que pasaba el tren, y donde se abría un túnel que daba acceso a una calle con el nombre de un Consejero, Rua Conselheiro Mariano de Carvalho, que, por el nombre, parecía gente de las relaciones de Eça de Queiroz. A pesar de los apellidos y del título, ambos altamente respetables, era una muy corta, con casas al borde de la ruina, que tenía a la izquierda una taberna, de dónde provenía, casi a gritos, la retransmisión de un partido de fútbol. Las personas que vivían allí debían ser muy pobres – era lo que se deducía de la ropa que se secaba en las cuerdas, llena de rasgones y remiendos. Quien estaba en la calle, sentado, disfrutando del sol, o quien tendía ropa, me miraba con desconfianza, comparando mis ropas limpias y mi cara de bebé con sus ropas sucias y sus rostros devastados, sacados de la parte oscura de los Paneles de San Vicente.

“El 25 de Abril no llegó aquí. Y probablemente se fue definitivamente y ya no vuelve. Es inútil esperarlo”

Había un camino que iba en dirección al río. Tenía a su derecha silos que debían ser de cereales. Más allá se erguían los depósitos y las complicadas circunvalaciones de tubos que se torcían y cruzaban de la refinería de GALP. Un tubo afilado, a lo lejos, expelía una llama constante, estrecha y larga.

La marea estaba baja. Había una dársena donde los barcos reposaban, parte en una rampa de piedra, parte en el lodo. Se veía, enterrado en este, el esqueleto de lo que había sido una fragata y había navegado a toda vela por aquel río y por los mares a los que el río entregaba sus aguas, hasta que alguien la había puesto allí a agonizar inútilmente. Matar una cosa tan bella como una fragata no tiene perdón.

Largos y gruesos pontones de piedra cerraban la entrada de un vasto espacio cuadrangular, dejando libre únicamente la abertura por donde pasaba el Clipper que allí amarraba en los años de la guerra, en la dársena de Cabo Ruivo. Aún se encontraban también allí las estructuras de hierro donde se colgaban lámparas de señalización que ya no existían.

Miré a la derecha y a la izquierda. No se veía a nadie. Oriné en el extremo de uno de los pontones.

Y después, cansado, emprendí el camino de regreso, cogiendo otra vez el 44.

Cené en casa y pasé la noche leyendo, sentado en el sofá, ya con una clara crisis de asma.

Dormité un poco y por la mañana ni conseguí tomar el desayuno. Comer o respirar, hay que optar.

Llamé a un taxi por teléfono y fui a Urgencias del Hospital de San José, donde llegué jadeante. Rápidamente me condujeron a una sala donde había otros tres con tubo en la nariz. Me pusieron oxígeno y una inyección de aminofilina, lo que era habitual en estos casos. Pasó un médico aún muy joven, que tenía una visible voluntad de relajar el ambiente y habló con acento brasileño, para tener más gracia:

- ¿Todo el mundo está respirando?

El médico me vio una hora después. ¡Uy, esto está mal! dijo. ¿Ha venido con alguien?

Como no tenía nadie más a quien dar las malas noticias, me las dio directamente a mí y no eran así tan malas.

- Su asma no ha cedido. ¿Qué suele tomar cuando tiene las crisis?

Enumeré mi arsenal de comprimidos y supositorios, que eran el “Antiasmático” y “Cosmaxil”, y un jarabe que era “Benylin”.

- ¿Nunca ha usado inhaladores? (en portugués “bombas”)

No sé por qué pensé en Severo, pero negué con la cabeza.

El médico me miró y me recetó las cosas necesarias que venían en el “Vademécum”, con las palabras adecuadas.

- Voy a recetarle dos inhaladores. Va a tomar un broncodilatador, que es “Ventilan”, por la mañana y por la noche, y siempre que tenga dificultad en respirar, pero respetando un descanso de cuatro horas entre aplicaciones. Esto es muy importante. El otro inhalador es “Beclotaide”, tres inhalaciones después del “Ventilan” de la mañana y de la noche. Va a tomar también un antibiótico, cada ocho horas. Y un mucolítico, una cuchara después de las comidas. No se olvide de sellar la receta en recepción. Y vaya ya a la farmacia y empiece lo más deprisa posible con la medicación. Va a ver cómo mañana está como nuevo.

Compré los medicamentos en una farmacia de guardia, allí en la zona del Campo dos Mártires da Pátria, y cogí un taxi para casa.

El “Ventilan” fue una revelación. Me permitió enseguida respirar a fondo y relajar los brazos y sentirme un nadador que ha alcanzado la playa y puede por fin reposar en la arena. Tomé el desayuno con el hambre de quien sobrevivió a una prueba más y pasé la tarde transformado en cristal de cuarzo, sin pensamiento ni movimiento, boquiabierto con la televisión. El fin de la angustia. De nuevo la esperanza.

Cuando empecé a cabecear, me eché y no me acuerdo de nada más, a no ser de poner el despertador para las cuatro de la madrugada, hora del antibiótico.

Me desperté sobresaltado y no era el despertador. Había un cuerpo desnudo a mi lado.

- Soy yo – informó Guilhermina. – no se asuste. Todavía no es hoy cuando lo voy a matar.

La palpé y era ella, sin ninguna duda.

- Pero... - no supe qué más decir, y me atacó una oportuna tos, que me disculpó la falta de palabras.

Ella me habló bajito, en un tono nocturno y sereno:

- Lo voy a odiar para siempre, eso seguro. Pero ello no es motivo para no hacer una pausa de vez en cuando, una pausa para respirar. Después, lo odiaré mejor. Odiar siempre, siempre, siempre, sin interrupción, no es saludable.

Cerré los ojos y me di la vuelta para el otro lado.

- Como quieras – le dije yo, egoísta como todos los asmáticos, apasionado por el amor, como todos los asmáticos, y ansioso por tirar rendimientos netos de su infelicidad.

Me tocó la espalda con un dedo, hincando bien la punta de la uña, que las tenía largas y bien tratadas, como quien no toca el piano hace mucho tiempo.

- Pero ¿solo me va a decir eso, además de ese “tú” que me horroriza? ¿Qué espera para poseer a su gacela embravecida? ¿Eh?

Encogí los hombros, en lo oscuro, como si tal cosa me hubiese dejado indiferente.

- Pero ¿qué es eso? ¿Qué frialdad es esa? ¿No me diga que es por la mierda del plato? Si es por eso, dígamelo que le compro ya diez iguales.

Eran las cuatro y el despertador tocó.

Encendí la luz y tenía allí a mano la caja del antibiótico y un vaso de agua.

- Estoy enfermo – expliqué, girándome hacia ella, con una no disimulada puntita de orgullo, como si ya contase con haber sido condecorado con la “Legión de Honor”. – Bronquitis asmática.

Me tragué el comprimido que me pasaba justito por la garganta y continuamos con la luz encendida. Guilhermina me miraba de otra manera y valía la pena sufrir un poco para que me mirase más veces de aquella manera de quien está llena de pena y se muere de ganas de comerme a fuerza de besos. Estaba en el buen camino y proseguí:

- Si me odias, si no me amas, es inútil. No consigo fingir que está todo bien cuando no lo está.

- Ah... - dijo ella, y me acarició el pelo – ¿mi niño está malito?... “Pobrecito”.

Cambió de asunto:

- Para que lo sepa, hablé hoy... ayer, a propósito... con mi señor yerno, el ilustre Dr. Horácio Oliveira. Entonces, le pregunté, ¿es verdad? y él – es todo mentira. Es verdad que hago como una ficha clínica de la familia, pero solo para uso personal, para saber lo que les gusta y lo que necesitan, algo muy útil para cosas como Navidad, cumpleaños o enfermedades. Debe haberme robado el sobre del consultorio, donde guardo las fichas de los enfermos. Ese chico con aquella carita de ángel debe ser un peligroso aventurero y, sinceramente, no le aconsejo que se relacione con ese tipo de gente. Yo, en su lugar, tomaba precauciones. Y es falso que le haya dado dinero y él lo haya venido a devolver. Y mucho más falso que yo le haya pedido que la espiase y me viniese a contar siempre lo que usted hiciese con los movimientos de oro o divisas. Ya le aviso de que es muy mentiroso. No se fíe de él. Pero – y aquí pregunté yo – el chico no me habló de ningún dinero; ni me habló de ese oro que dice. Debía de

haber visto su cara. Se quedó blanco y tartamudo. Ah, dijo entonces, pensé que hubiese inventado una historia de ese tipo.

Guilhermina se detuvo, durante algunos instantes, continuando a acariciarme el pelo y a rodearme de nubes rosadas de mimo y protección.

- En conclusión, no es un niño así tan malo. Y no lo puedo odiar.

Me abracé a ella y busqué sus labios, y no rechazó los míos, aunque probablemente oliesen a medicamentos. Al momento nos entregamos con cautela dentro de los estrechos límites de la cama y no tuve que esforzarme nada. Todo mi cuerpo era como una campana tocando a rebato en lo alto de un campanario inmóvil, indiferente a la hora exacta, a los peligros y a los fuegos. Y ella gritaba – Véngate. ¡Véngate ahora con todas tus fuerzas! pero con cuidado. No hagas esfuerzos. No te canses. – y yo pensaba “Si me vuelve la falta de aire, puedo tomar el “Ventilan”. Ya habían pasado cuatro horas.”

Por fin, apaciguado, le dije “Gracias, mi amor” y me quedé dormido, nuevamente aceptado en el Jardín del Edén. Y el hombre y la mujer dormirán juntos, y una serpiente los enlazará.

9.

Ni me di cuenta de que Guilhermina se había levantado. Me desperté cuando abría las contraventanas y el sol de abril iluminaba el cuarto entero. Se había puesto una bata de seda que un tío lejano me había traído de China, de sus viajes en la marina mercante, y me traía una bandeja con el desayuno. Aquellas atenciones que no se esperan de parte de quien nos ha jurado un odio a muerte, con cortos descansos para el amor.

- Es para el niño que está malito y aún tiene mucho sueñito, porque pasó la noche jodiendo con la niña.

Lo que no era verdad. Había sido solo un cuarto de hora y con el cuidado de quien camina sobre huevos.

Guilhermina no me dejó ir a trabajar y dijo cosas reconfortantes como:

- No puedes quedarte aquí solito. ¿Qué tal si te fueses a mi casa, en la Duque d'Ávila, solo hasta que te pongas mejor? Después te irías y yo volvería a odiarte, pero me quedaría más tranquila.

Le expliqué que lo peor ya había pasado. Esta nueva medicación es fantástica. El “Ventilan” me permite volver a respirar. El antibiótico es estupendo. Pero ahora tengo una expectoración repugnante, verdaderamente repulsiva, que da asco, y me da vergüenza que la veas.

Puedo quedarme hoy en casa, pero mañana tengo que ir a trabajar sin falta. Un asmático no puede quedarse solo dedicado al asma, o sea, puede quedarse perfectamente solo, pero tiene que pensar en otras cosas. Y ahora tengo televisión, que hasta tiene una programación propia para vegetales o subnormales, que es mi caso ahora. Pero mañana quiero ver decenas, centenas de personas, y poder toser encima de ellas. Mentira, nunca haría una cosa así, que es una guarrería.

Tomamos el desayuno juntos y Guilhermina confesó que estaba rota.

- No sé tú, pero yo me corrí unas pocas de veces. Soy muy puta, ¿no?

- Mejor así – me regocijé.

- Soy un putón verbenero – se jactó ella, en castellano, la mejor lengua para desconcertar a alguien, según decía ella, mientras que el alemán y el italiano serían las mejores lenguas para hablar de amor y de pasión y de odios y de flores. Yo le preguntaba entonces ¿y el polaco?, y ella, no te molestes en ir por ahí que todo lo pasado se me barrió de la memoria y solo desperté cuando ya estaba a salvo en Suiza. Todo lo anterior desapareció y es mejor así. Y yo le decía que podría tal vez descender de la Condesa Eveline Hanska o ser una prima lejana de Madame Curie, y ella respondía ¿qué me importa eso a mí? ¡Lo que quiero es que se jodan!

Al contrario de Guilhermina, a mí el castellano me parecía una lengua apasionada y hecha para el amor turbulento, para las pasiones que terminaban en tragedia, mientras que el portugués se hizo para amores clandestinos y avergonzados, y también para las ideas que se callan, pero suena muy bien y es lo que dice allá fuera la gente con falta de vocales cerradas.

Guilhermina se fue, con un casto beso en la frente, y me quedé leyendo, sentado en el sofá, con el despertador puesto para el mediodía, hora del antibiótico.

Ella regresó antes del antibiótico y me trajo naranjas y la comida. Me prohibió que me levantara del sofá y me trajo un vaso de zumo de naranjas recién exprimidas. Le besé el vientre suave, por encima del vestido, en señal de agradecimiento por tantos cuidados, mi dulce amor. No he sido yo, corrigió, fue Virginia la que me preparó la comida y te manda un besito y desea que te mejores, que también tiene asmáticos en la familia y sabe lo que es eso... Virginia me había preparado carne de vaca guisada, cortada en trozos muy pequeños, sin grasa, con guisantes, zanahorias y patatas fritas en cubos, y una salsa para mojar el pan. Comimos los dos a la mesa y no me dejó hablar, no quería que me cansase. Así, y menos cuando tenía la boca llena y la buena educación no se lo permitía, Guilhermina habló

extensamente de sus negocios y de la dificultad en encontrar personas de confianza, aparte de una docena de personas que nunca la habían desilusionado. Mi abogado, pero ya está tan mayor... y otros... Detestaba la democracia y odiaba a los políticos. ¿Por qué? Pues ya ves, porque detesto el fingimiento y la mentira, en fin, no hablemos de cosas tristes, lo que pasó, pasó.

Se fue después de fregar los cacharros y regresó a la hora de cenar, me trajo espaguetis a la boloñesa y sopa. Pasó la noche conmigo, pecho con espalda, sus dedos agarrados a mi pene, refrescándose y excitándose hasta lo inevitable de una cuidadosa penetración más, aún con miedo de que el aire me faltase.

- ¿No quieres ponerte crema, amor?

- No me hace falta, estoy toda lubricada.

Al día siguiente, estaba decidido a no quedarme ni un día más cerrado en casa y fui a trabajar. Guilhermina me llevó en taxi y me entregó la bolsa de plástico con los medicamentos. No se olvide, ¿vale?

El jefe ya sabía todo.

- Doña Guilhermina Portomayor pasó por aquí ayer y dijo que estaba enfermo. Tenía una cara de gran preocupación. No encuentro explicación para ello, pero creo que le aprecia a usted de verdad. No pierda oportunidades. Aproveche.

- Somos solo amigos, aclaré, poniéndome colorado.

El destino había decidido que ese día iba a poner una sombra en mi camino. Levanté la mirada de la mesa de trabajo y, delante de mí, como la estatua del Comendador en “Don Giovanni”, de Mozart, estaba el Dr. Horácio, en el mostrador del Impuesto profesional, cabreado como si fuese un contribuyente más, indignado con Hacienda.

No había nadie junto a nosotros y él, en voz baja, dijo lo que pensaba de mí, de Judas, y, en general, de todas las personas poco dignas de confianza. Que yo, a fin de cuentas, no pasaba de un niño estúpido, que me había hecho un favor y el pago era aquel. Un hombre, un verdadero hombre (yo estaba rojo, del color de los tomates maduros) un verdadero hombre no procede así, entérese. ¿Y dónde está el sobre que le di?

- No lo tengo, Doctor – mentí, pues como ya estaba colorado me daba lo mismo. – Lo quemé, tal y como me dijo que hiciera. Lo único que no quemé fue la fotografía y las entradas para los conciertos.

- Ah... - dijo, aún con la duda de si se debía de sentir aliviado o no. – pues lo que dijo es muy grave. Tengo incluso intenciones de denunciarlo por difamación. Puede ir a chirona, amigo. Yo sé cómo moverme.

Me dio la espalda y desapareció por donde había venido. Ahora el sobre era mi seguro de vida, en el caso de que el médico cumpliera su amenaza.

Al día siguiente, entregué el sobre a Guilhermina, que leyó golosamente las notas sobre ella.

Guilhermina me dio la fotografía, la de Estoril, en la que ella, incluso con pantalones, exhibía su extraordinaria belleza. Por fin pude enmarcarla y ponerla en la mesilla de cabecera, velando por mi sueño.

Todos los días me llamaba para preguntar

¿Ha tomado ya el “Ventilan”?

¿Ha tomado ya el “Beclotaide”?

¿Ha tomado ya el jarabe?

No se olvide de poner el despertador a las cuatro. Hay que tomar todo el antibiótico y a su debida hora, en caso contrario no hace efecto.

Todos los días aparecía en la Delegación, vivo aquí cerca y no me cuesta nada, y preguntaba otra vez por los medicamentos, y que ya me había pedido una consulta en una especialista, la Dr^a. Maria do Céu, que quedaba en la Av. Duque d’Ávila, muy cerca de su casa. El jueves, llegó sobre las cuatro de la tarde, ya todo el mundo se preparaba para cerrar la puerta e ir a tomar café fuera. Estábamos separados por el mostrador donde normalmente solo nos dábamos un apretón de mano. Pero hoy mi querida recusó el saludo habitual y me acarició el dorso de la mano.

- Tiene vergüenza de mí, ¿verdad?

- ¿Yo? Amor – susurré -, ¿Cómo puedes decir algo así? Sabes bien que no es verdad. ¿Cómo se puede tener vergüenza de quien se ama? Es imposible.

- No lo puede negar. Es evidente, cualquier persona lo puede ver, que tiene lo que se dice vergüenza de mí.

- ¿Ah, sí? – la desafié. – ¿Ah, sí?

Di la vuelta al mostrador, salí por la estrecha abertura que daba acceso al espacio por donde entraba el público, y la guié suavemente hacia el rellano de la escalera. La abracé estrechamente y nos besamos en la boca como dos aspiradores que ven mucho cine. Después nos soltamos y Guilhermina me susurró.

- No le doy una bofetada aquí mismo solo porque me ha gustado. Béseme otra vez.

Fue un beso más rápido porque nos estaban mirando y entró un contable, que llegaba retrasado a entregar una declaración del impuesto complementario fuera de plazo y paró, inhibido, con miedo de interrumpir una pasión prohibida y que eso influyese negativamente en la multa que probablemente tendría que pagar.

Ella bajó las escaleras y yo volví a mi puesto, oyendo aquí y allí unos rumores esparcidos de tchhhh, tchhhh, qué romántico, se va a casar con la vieja, ¡claro!, ella es riquísima, parece tonto pero no es ningún tonto, le estoy diciendo siempre que se vaya a Derecho, las Matemáticas no dan dinero.

10.

Abril declinaba y mayo ya asomaba.

Habíamos quedado que nos veríamos el sábado por la noche, o mejor, por la tarde, a las seis. Iríamos al cine y después pasaríamos la noche en su casa, en la Duque d'Ávila. Porque ese sábado yo trabajaba por la mañana, y después iría a comer a la Cantina Nova y me quedaría estudiando allí. Guilhermina iría a hacer unas compras, después comería en casa de la hija, y finalmente dormiría una siesta. Había dicho a la empleada, doña Virginia, que, si quería, tenía el fin de semana libre, pero ella no había aceptado.

Si va a meter a un hombre en casa, y además de noche, es mejor que esté aquí por si acaso- insistió doña Virginia. Así, si grito, aparece al instante con el cuchillo en la mano. Pero ni te vas a enterar, es como si estuviésemos solos- respondió Guilhermina.

La mañana en la Delegación fue tranquila. Solo estábamos cuatro, pero vinieron pocos contribuyentes, lo que dio tiempo para hablar de la vida, de fútbol, de política, de la inflación y de mi próxima boda.

- Pero ¿qué boda? ¿Qué me voy yo a casar!... ¿Doña Guilhermina? Es solo una amiga y es una persona muy buena y muy cariñosa. Fue quien me ayudó ahora cuando estuve enfermo. Tenía que ser muy ingrato para no tenerle cariño. Es verdad, ¿y cuándo vamos a tener los aspirantes el próximo curso de formación?

- La conversación ya no te interesa- sonrió Cremilde, que era también aspirante y había quedado en 11º lugar en el concurso, se oía decir que con altas protecciones, y que mi sueño era verla con falda, subiendo una escalera de mano, y yo debajo sujetando la escalera, sin malicia alguna, solo para verle las piernas, pero ahora que tenía a Guilhermina ya no era urgente.

- No, no estoy cambiando de asunto.

- El mes que viene, en el Campo dos Mártires da Pátria.

- ¿Qué?

- El curso de formación. ¿Qué pensabas? ¿Qué estaba hablando de tu boda?

Comí en la cantina, y encontré a Severo, que tenía que decirme una cosa, pero no podía ser allí, que había mucha gente.

- ¿Es algo grave?

- No – me tranquilizó Severo. – Nada grave. Es solo una cosa importante, que no conviene que oigan por ahí.

Dejé mi carpeta en una silla, guardando el sitio. Severo dejó unas “Lecciones de Derecho Penal”, con un rotulador en el medio, en la silla de al lado. Y salimos a la Avda. das Forças Armadas, a la tarde que estaba agradable, con nubes más negras que se apartaban hacia el norte.

- Es así. Necesitaba guardar unas cosas en tu casa, si no te importa.

- ¿Qué cosas?

- Unas cajas – respondió Severo lacónicamente. Después pensó que debía ser un poco más claro, pero solo un poco. – son cajas pequeñas, pero no puedes abrirlas, ni cambiarlas de sitio, ni dejar caer nada encima de ellas.

- Severo, con esa descripción, se trata de bombas ¿no?

- No es ninguna bomba. Faustino, ¿cómo puedes pensar una cosa así?

- Severo, no nació ayer. Y aunque aceptase guardar las cajas en casa, aún hay otro problema. Es que tengo una empleada, doña Alice, que va a casa dos veces por semana, y es muy curiosa. Si le digo que no puede andar con las cajas es como pedirle “Por favor, abra las cajas y mire a ver qué tienen dentro”. Por eso ya ves cómo es.

Severo se rascó la cabeza.

- ¿Me puedes guardar un secreto?

- Si me lo pides, claro que sí.

- Faustino, confío en ti y si alguna vez tengo razones para no confiar... bueno, ni siquiera hablemos de esa posibilidad...

- Ya sé. Fusilamiento o campo de reeducación.

- No hablemos de eso... – terminó Severo, para dejar abiertas las posibilidades más siniestras. – formo parte de una organización secreta, que se propone derribar a los gobiernos burgueses y la implantación de una

democracia popular. Vamos a transformar toda esta mierda y acabar con toda explotación. ¿Por qué no te unes a nosotros? Con los contactos que tienes puedes llegar a ser muy útil.

- Severo – sonreí, con indiferencia por las ideas que se sentaban a la derecha y a la izquierda en los cafés y en los parlamentos -, no soy revolucionario, ni nada que se le parezca, como ya sabes. Soy un pequeño burgués conservador y así me quiero mantener. Un pequeño y tranquilo conservador es lo que soy y quiero ser. Nada más.

- Y piensas tú, Faustino, que el fascismo que se prepara para resurgir con otros nombres, el gran capital que viene por ahí con fuerza y preparado para dominar todo y a todos, ¿te dejará alguna vez tener esa pequeña vida tranquila y sosegada? es una gran ilusión. Una verdadera ilusión. Y si no haces nada ahora, vas a aprender a tu costa. Como todos los otros millones que se quedan sentados esperando a ver qué pasa.

- Severo, sabemos bien que no somos más que pajitas que van hacia donde el viento las sopla. No tenemos la ambición de ser pinos, robles o árboles de gran porte, y solo queremos paz. Paz.

- Faustino, ¿sabes cómo se llaman las personas como tú?

- Lo sé, pero no lo digas. Estropearías una amistad sin necesidad alguna.

- Está bien – y Severo me dio una palmada en la espalda, en señal de treguas hasta la Revolución. – no se habla más de eso.

Éramos amigos, desde el día en que estábamos en la cola de la Cantina y, por casualidad, empezamos a hablar de Bakunin y yo le confesé que era conservador pero que eso no me impedía admirar a los pensadores revolucionarios. No a todos, claro. Pero a algunos sí. Max Stirner, por ejemplo. Alguien empezó a gritar frases usando la palabra “marica” en sentido revistero. “¡Solo maricas! ¡Solo maricas! ¡Nunca vi tanto marica junto!” yo me puse rojo como un tomate maduro y Severo continuó hablando, totalmente indiferente a mi rubor sospechoso. Había en su mirada como un “No te preocupes. Ponerse rojo no es problema para nadie, solo para ti mismo, y a nadie le interesan tus problemas”. Sí, éramos amigos, y yo ni siquiera sabía aún si Severo era nombre propio o apellido. Solo le dije que Severo me recordaba al antiguo y típico restaurante *Quebra-Bilhas*, en el Campo Grande, donde cantaba Severa, o mejor, donde había cantado.

Regresamos a la Cantina y nos quedamos estudiando, silenciosamente, hasta las cinco y media.

-Me voy, Severo, que tengo una cita a las seis.

- Entonces hasta la semana que viene, y ya sabes...
- Severo, estate tranquilo. Pienso que me conoces lo suficiente...

Me encontré con Guilhermina a la puerta de la pastelería *Ceuta* y caminamos por la Av. da República.

- ¿Qué tal si no vamos hoy al cine? Estoy cansada y me apetece ir a casa. No lo parece, pero soy muy casera. Y así tenemos más tiempo para hablar y para ver la casa. Mañana vamos al cine. ¿Qué le parece?

Seguíamos del brazo y ella aprovechó para susurrarme:

- Lo que me estaba apeteciendo realmente era un buen polvo.

- Pero, ¿y tu empleada, doña Virginia?...

- No tengo que dar explicaciones a nadie. Y mucho menos a Gina. Hasta tendría gracia.

Yo iba murmurando, fascinado por tanto poder – Guilhermina, Willelmina, Käiserin, Zarina. Eres mi zarina, Guilhermina, la Grande. Grrrande. Ella encogió los hombros. La historia no es mi fuerte, dijo.

Sentí algo como aprensión, al aproximarme a su casa. Solo me siento bien en mi propia casa, nunca en la casa de los otros.

Quedaba cerca del cine *Avis*. La puerta del edificio, razonablemente imponente, tenía hierro forjado protegiendo los cristales.

Franqueada la puerta, se subía por cuatro escalones, de mármol, y empezaba la escalera, que era de madera, con una alfombra de lana roja que cubría los escalones. En ese momento, bajaba la escalera un infante de Marina, vestido de blanco con hierbecitas verdes diseminadas. El pelo cortado a cepillo. Saludó levemente con la cabeza, no me fijé bien a quien. Había un ascensor, muy viejo pero que aún funcionaba. Guilhermina prefirió subir a pie.

- Voy delante, para que me vea el culo.

Asentí, feliz, porque amaba toda su anatomía, con una predilección por aquel culito donde la ley de la gravedad ya pesaba y que se ondulaba como el mar de Vigo y donde apetecía navegar.

Entré y enseguida me vino a la nariz un buen olor a buenas maderas. La casa estaba densamente enmoquetada de castaño claro, esto es una desgracia por las manchas pero Gina resuelve todos los problemas. En las paredes, muy blancas, una profusión de cuadros, fotografías y grabados, y pequeñas lámparas empotradas en la escayola.

Entramos en el salón, donde había un piano de cola.

Nos sentamos muy juntos en el sofá, donde cabían tranquilamente cuatro personas y Guilhermina llamó bien alto:

- ¡Gina! ¡Ven aquí!

No se habían oído pasos en la moqueta, pero apareció en la puerta del salón una mujer alta, morena, pelo largo y separado al medio, un cuerpo más bien rollizo pero de formas bien proporcionadas. Los ojos eran negros y las cejas también. Traía un delantal de rayas azules y blancas y sujetaba una cuchara de palo. No parecía portuguesa, tal vez porque las portuguesas tienen normalmente las piernas más cortas y ella las tenía largas y perfectas. Lo que más llamaba la atención era la marca de una cicatriz que iba de la boca a la oreja derecha, que no la afeaba, solamente la hacía diferente de las personas que no tenían rasgones en la cara.

- Faustino, un amigo que viene a dormir aquí esta noche. Doña Virginia, una amiga que se ocupa de la casa.

Me levanté y le besé la mano, sin saber de qué otra forma saludar a una mujer tan bella y de estatuto tan indefinido. Le agradecí la carne de vaca estofada que me había hecho cuando estaba enfermo. Pareció sorprendida y solo dijo “Encantada”. Con una voz muy dulce.

Guilhermina explicó que Virginia era española, de Albaladejo, provincia de Cuenca, y que la había traído a Portugal en 1969, por cosas complicadas que habían sucedido y de las que no valía la pena hablar. Pensé rápidamente en la cicatriz. Tal vez fuese el resultado de esas cosas complicadas. ¿Qué cosas habrían sido? ¿Crimen? ¿Accidente?

Pero Virginia no era una empleada, era una amiga, y más que una amiga, era una hermana.

La empleada sonreía, y solo dijo que estaba en la cocina preparando la cena, y que llamásemos si la necesitábamos, en caso contrario no la veríamos.

- De acuerdo – admitió mi amada. – Si es necesario, le llamo. Pero pienso que no lo será. Ya le he palpado y no está armado.

De nuevo a solas, Guilhermina me dijo que había aprobado el examen y que Virginia, o Gina, había llegado a la conclusión de que yo no era peligroso y que no venía con malas intenciones. Que ella es así como una especie de loba y olfatea el peligro.

En silencio, pasé el dedo índice por la mejilla derecha y fruncí los ojos en una interrogante.

- Ya te lo he dicho. No es nada que te interese. Cosas del pasado.

Me reveló los proyectos que tenía para mí. Con una voz pausada y tranquila, incluso cariñosa, ella que a veces era tan bruta. Me dijo que yo la había sorprendido, por no haberle propuesto nunca negocios de ganancias increíbles, en los que bastaba que ella entrase con el capital y a continuación el dinero brotaría.

- Balzac, en tu lugar, ya lo habría hecho. Pero tal vez sea porque aún eres puro. Más o menos puro.

A pesar de eso lamentó que quisiese dedicarme a las Matemáticas y a la Física y no a los negocios.

- Porque, o mucho me equivoco, y ya me equivoqué muchas veces, el niño es honesto en cuestión de dinero. En cuestión de mujeres ya no digo nada. Solo de ver la manera cómo Gina lo ha impresionado es lo suficiente para que una mujer se quede preocupada.

Negué, pero ella prosiguió. Que se iba a encargar ella misma de que fuese bien vestido y de que conociese a personas interesantes que Lisboa ni sueña que existen. Que me iba a enseñar a comer a la mesa, a tener modales, que me iba a pagar el carnet de conducir.

Vi un semáforo rojo perfilándose en mi camino.

- Pero, amor, yo no quiero conducir.

Y se lo justifiqué. Pero ella no estaba atenta y mis palabras languidecieron cuando noté que ni siquiera las oía. Acabé con un par de puntos suspensivos a la mitad del discurso.

- El niño ni quiere ni deja de querer – dijo ella.

La miré lleno de interrogantes.

- Ahora es cosa mía, yo soy su diablilla particular. No es Fausto pero es Faustino. Voy a hacer de usted mi “obra maestra”.

Encogió los hombros como si ya nada pudiese parar la domesticación que estaba en marcha.

- Que bobada. No quiero ni voy a ser la “obra maestra” de nadie. Aún hace nueve meses... - y no acabé la frase.

- ¿Aún hace nueve meses de qué?

Dudé antes de aclarar que hacía nueve meses doña Odete aún me daba tortazos en la cara.

- ¿Tiene miedo de que le haga lo mismo? No tema. Dar bofetadas no es mi estilo. Prefiero un tiro certero en las témporas o una puñalada directa en el corazón. Veneno es cosa de maricas. Venga, no se ponga colorado.

Mein Gott, no se le puede decir nada a la niña. Pero ¡qué sensible! Al menos los otros maricones que conocí eran solamente sádicos.

- ¿Sádicos, Guilhermina? Debían ser horribles.

- No. Era gente sencilla y sana y les gustaba mucho el chocolate.

Rápidamente cambié de conversación. Hoy iban a poner en el 2º canal de la televisión *Les Visiteurs du Soir*, de René Clair. A las diez de la noche.

- Aquí solemos cenar a las nueve. Van a dar las ocho. Tendremos que aprovechar el tiempo hasta entonces.

Me arrastró hasta la cama y nos desnudamos con frenesí en una excitación con hambre recíproca. Yo quería probar su cuerpo, que era mi manjar preferido. Recuerdo que la colcha era roja y que daba una tonalidad casi litúrgica al cuerpo de mi amante.

Le lamí el ano, y, apartándole las nalgas deliciosamente flácidas y temblorosas, le introduje la lengua en el orificio prohibido, en busca de sabores inusitados. Era un sabor acre pero perfectamente tolerable. No tenía nada de escatológico, que parece el problema de quien tiene que subir muchas escaleras.

Guilhermina bramaba improperios, subrayando las erres, lo que los hacía todavía más excitantes. Su cuerpo se estremecía. Se echó rápidamente de espaldas y, sin pérdida de tiempo, la cubrí con mi cuerpo.

Acabé por dejarme rodar a su lado, en aquella gran cama hecha a la orilla de un río enorme. Me sentía completamente vacío y era una buena sensación, tal vez, ¿quién sabe?, semejante a la beatitud.

Ya vestidos, nos sentamos a la mesa, donde había cuatro candelabros, cada uno con seis velas, todas muy blancas, de una blancura mágica. Venían de Suecia, en paquetes enviados todos los meses por un amigo, el Conde Söderhamn, que vivía habitualmente en Skärssa, en una casa de madera construida sobre estacas, con salida directa hacia el Báltico por una abertura practicada en el suelo del sótano. Guilhermina se sentó en la cabecera de la mesa. Virginia y yo uno a cada lado, sentados uno enfrente del otro. Mi zarina particular me hizo una señal con el dedo y yo acerqué la oreja a sus labios acabados de pintar.

- Váyase a lavar esa pila por favor. Huele a coño que trasciende y a mí no me gustan los coños, ni siquiera el mío. ¿Vale?

Después, en voz alta.

- Su cepillo de dientes está en un vaso rojo con una "F" blanca. Letra gótica. Pintada por Gina.

Después de cenar nos quedamos solos, en el sofá de la sala de estar, de la mano, viendo la película.

Cuando terminó, luché contra las ganas de llorar en aquella última escena en que el corazón de los amantes continúa latiendo, bajo las estatuas en que el Diablo los había transformado. Pero el sentimentalismo fue más fuerte y lloré de verdad. Mi dueña me lamió las lágrimas.

- Con el maquillaje necesario, la cicatriz casi no se nota. Es todo cuestión de que ella quiera.

11.

Era domingo.

Cuando me desperté, Guilhermina ya se había levantado. Me puse la bata y Virginia me informó de que la señora estaba en el gimnasio, que daba a las traseras. Me indicó el camino, y allí estaba mi bella zarina, vestida con un “maillot” negro sobre “collants” grises, que le realzaban la plata del cabello. Hacía ejercicios en las barras paralelas y demostraba una elasticidad envidiable. El gimnasio también tenía espalderas o escalera, anillas y una mesa alemana. Era un verdadero gimnasio en miniatura.

Era su rutina, como me explicó en el desayuno. Yo solo tomé chocolate y tostadas con mantequilla, pero Guilhermina comió papilla de avena, huevos con jamón, un tomate y una manzana. Bebió zumo de naranja que Virginia acababa de exprimir.

- ¿Por qué papilla de avena, amor?

- Porque es buena y da fuerza. Les daban papilla de avena a los alumnos de las escuelas públicas inglesas y por eso habían construido un imperio.

- Hay otra explicación, que leí en una revista. Que los alumnos de las escuelas públicas (que en realidad eran privadas) pasaban tantos tormentos que, para los supervivientes, ningún mal era tan malo como lo que habían dejado atrás. Es de la indiferencia al dolor cómo se construye un imperio.

Pensé en lo que había dicho y me pareció preferible aclarar las aguas turbias:

- Por eso mismo hay que evitar los imperios.

Fuimos a misa a la iglesia de Nossa Senhora de Fátima, Virginia no nos acompañaba porque tenía mucho que hacer y además no era creyente. Fuimos a pie.

- Tal vez, el niño, que es comunista, también es ateo.

- Amor, soy católico y, a mi modo, hasta soy conservador. Los capitalistas son los que son materialistas y ateos.

Guilhermina me miró con una mirada que a veces ponía, medio en serio medio en broma, y que hacía todavía más bonitos sus ojos azules.

- Más de prisa, para no llegar tarde.

Al final la prisa tenía otro motivo, que era el de no darme tiempo a reflexionar, ya que pensar y respirar tienen su cadencia propia.

Necesito una persona en quien pueda confiar plenamente, y esa persona es Faustino, además de Gina, como es evidente, pero Gina es otra cosa. Necesito a alguien que se ocupe de mis negocios. Por eso, si cree que me debe algo, porque además es así, ¿no cree?, si tiene algo de gratitud por haberle entregado lo que tengo de más valor, quiero que deje las Matemáticas, y se vaya a matricular en Derecho lo más pronto posible. Ya me he informado y solo tiene que pagar una multa por matricularse tan tarde. Tiene tres asignaturas anuales:

Teoría General del Derecho Civil,

Economía Política e

Historia de las Instituciones;

Y dos asignaturas semestrales:

Introducción al Estudio del Derecho y

Ciencia Política.

Nada del otro mundo. Es todo bastante fácil. ¿Qué me dice? – ¿Sí?

Me quedé en silencio, pensando en el teorema de Fermat y en el premio que me esperaba si fuese el primero en demostrarlo.

- ¿Es sí? – insistió ella.

- Después de la misa, si no te importa. Ahora no quiero pecar.

Ya en casa, ella se sentó encima de mis piernas despeinándose, y entre besos de los que dejan marcas de barra de labios, tuve que rendirme y decir que sí. Estuve casi a punto de imitar al “Padre Tirano” de la película portuguesa y declarar “Voy, pero voy a disgusto”.

- Pero después de acabar la carrera, quiero volver a las Matemáticas. Tengo que demostrar un teorema.

Entonces ella se levantó y me trajo impresos ya cumplimentados y una pluma.

- Solo tienes que firmar abajo.

Eran los documentos de mi matrícula en la Facultad de Derecho de Lisboa, como si ya supiese mi decisión de antemano, que no era lo que se dice una decisión, era más bien una incapacidad de negarle cualquier cosa a quien amaba. A pesar de contar solo con dos meses, o mejor, mes y medio, para hacer un curso entero, que en verdad tampoco era un curso, ya que las clases habían empezado en enero y acabarían a mediados de junio.

- Se matricula como alumno libre, por lo que solo tiene que ir a las clases plenarias y no puede dejar de hacer la prueba oral si no quiere suspender, pero eso no va a suceder. En “Introducción” ya han realizado las pruebas orales, por lo que tendrá que hacerla en la convocatoria de septiembre. Gina entregará su matrícula el lunes por la mañana, y por la noche ya puede ir a clase. Entra a las siete y media y acaba a las once y media.

Me acordé de una frase que doña Odete repetía cuando yo no quería ir a la escuela – “Siempre tendrás que hacer lo que no quieras, tengas la edad que tengas. Siempre.”

En la siesta, que fue solamente un pretexto para echarnos uno al lado del otro, Guilhermina me fue diciendo lo que ya había decidido, aunque dándole una apariencia de sugerencias que, por casualidad, se le habían acabado de ocurrir.

- Estaba pensando ahora que no le conviene nada de nada ir a dormir a la Junqueira mientras no acaben las clases. Va a tener que hacer un esfuerzo muy grande y todo el tiempo es precioso. Solo en transportes pierde más de dos horas. Por lo menos.

Y entonces la solución que había encontrado era que me quedase allí en casa hasta que acabasen las clases, o mejor, hasta que acabasen los exámenes, y entonces después podía volver a la casa de la Junqueira.

- Somos libres. No estamos casados. No tiene ninguna obligación conmigo, salvo algunas, claro está. Viene cuando quiere, se va cuando le apetezca. Además, como es asmático, no le conviene nada estar solo.

Era un mundo de ventajas, con buena comida, cerca del trabajo, no muy lejos de mi nueva Facultad, y todo envuelto por la dulce protección del amor.

- Y tiene una habitación para estudiar, solo para usted, sin que nadie le interrumpa. Aunque esté excitada, prometo portarme muy bien y esperar sentada en la cama a que mi amor me venga a honrar, como se decía en otros tiempos.

Nos besamos largamente y ella volvió al tema, que le parecía del mayor interés para mí.

- Un cuarto de estudio. Un gabinete solo para usted. Se lo voy a enseñar. Ayer con las prisas no llegó a ver toda la casa.

Aprovechó para enseñarme toda la casa, todo menos la habitación de Gina, que era territorio prohibido. Era todo grande y parecía ser de principios de siglo. Las habitaciones amplias, con techos altos y estucos labrados rodeando el espacio de donde pendían las lámparas. Además de las habitaciones de Guilhermina y de Virginia, aún había tres dormitorios más. La sala donde estaba la televisión y un piano de cola estaba separado del comedor por una puerta plegable que se podía abrir, lo que solo sucedía en ocasiones de fiesta cuando se necesitaba espacio doble para bailar y para que un camarero circulase con los canapés y las bebidas. El dormitorio de Guilhermina tenía cuarto de baño privado, pero había otros dos cuartos de baño más. Había un office para planchar la ropa. La cocina era grande, con suelo de baldosas, alternando el blanco perla y el rojo vivo, recordando los ambientes domésticos de Vermeer. Y había otro compartimento, que era así como el cuarto prohibido de Barba Azul, donde la prohibición solo funcionaba cuando se encendía la luz roja colocada encima de la puerta. Era donde Guilhermina revelaba sus películas y fotografías, y que, en esos momentos, solo podría estar iluminado por luz inactiva, o sea, si entrase la luz del día las películas quedarían inutilizadas irremediablemente.

Los muebles eran pesados y tenían un olor discreto a herencia de los Holstein y de los Condes de Portomayor. Por las paredes, cuadros de Columbano y de Eduardo Nery, pero también caricaturas y una reproducción de van Dyck. ¿Carlos I de Inglaterra? Sí, él mismo con su cara cansada. Está aquí porque se parece mucho a mi fallecido marido.

Encima de los muebles estaban diseminadas fotografías de Guilhermina en diversas fases de su vida, como si su vida solo hubiese empezado a los 33 años. Al lado de un militar con uniforme desconocido. Entre Evita y Perón. Al lado del cónsul de Portugal en Zurich, antes o después de la boda, no pregunté. Al lado de Nicolás Franco. Al lado de Serrano Suñer. Al lado de mucha gente que había gobernado Portugal antes del 25 de Abril, banqueros incluidos. Al lado del jugador Pelé.

- Y ahora su cuarto de estudio.

Era un cuarto en las traseras, con una mesa de trabajo con patas torneadas y llena de cajoncitos, propia para guardar secretos. Debería haber pertenecido al Cardenal Mazarino o ser obra de un falsificador especialista en muebles antiguos. Pero era amplia, con un bronce que representaba a Hércules sacando una espina de la pata del león de Nemeia y del cual había una copia en el Palácio das Necessidades, una mesa de trabajo con una lámpara de escritorio de cristal verde para enfocar mejor la luz y una jarrita

llena de bolígrafos. Una silla con brazos almohadillados se encajaba en el espacio central de la mesa de trabajo, y debía ser muy confortable.

Tenía estanterías con toda la legislación oficial desde 1910, boletines del Ministerio de Justicia y compendios de Jurisprudencia. Los libros que me correspondían más directamente estaban en una balda más baja.

- Hablé con mi amigo el abogado. Y Gina fue a la Facultad y habló con un bedel que está enterado de todo y que es el Sr. Charneca. Ahí tiene las lecciones de Teoría General del Derecho Civil del Prof. Castro Mendes, que dicen que es la asignatura más difícil de todas. Mi abogado dice que no, que la única asignatura que obliga a pensar es Derecho Internacional Privado, y para quien es de matemáticas... el resto ya se verá, que están tocando al timbre y debe ser una amiga que vive aquí cerca, en la João Crisóstomo.

Era una señora que debía ser de la misma edad que Guilhermina, pero era más baja y no era tan graciosa. Se quedó admirada al verme. Mi dueña explicó que yo era estudiante y trabajaba en Hacienda, aquí muy cerca, en la Marquês de Tomar, y que me había alquilado una habitación, para estar más cerca de la Facultad y no perder tanto tiempo en transportes.

- Fue el Dr. Benevides quien me lo pidió. No se lo podía negar.

La visitante, que se llamaba Brunilde, contó historias de jóvenes que se habían insinuado a señoras más mayores, incluso viejas requeteviejas, pero todas muy ricas, y que las habían dejado sin un duro y pidiendo limosna. Me puse rojo como un tomate maduro. No era solo la homosexualidad lo que me hacía ponerme colorado.

Después del té y de las tostadas, que me hicieron pensar en las escenas domésticas de Correia Garção, Brunilde se sentó al piano y tocó canciones de su autoría. Le pedí un poco de Bach, y ella me complació, aunque explicando que su especialidad eran las marchas populares.

Al despedirse se mostró un poco, casi imperceptiblemente, seca. No había duda de que no había simpatizado conmigo. Tal vez le extrañase que no me vistiese como un chulo, pelo largo, bigote, pantalones de campana, zapatos de punta y anillos de oro en todos los dedos. Un chulo vestido a civil era como un espía que se aventuraba en territorio enemigo sin uniforme y, por lo tanto, doblemente peligroso.

Guilhermina me acarició. No siempre era bruta. O mejor, pocas veces era bruta, pero cuando lo era, era bruta de veras. Era una madre severa, pero porque sabía lo que era mejor para mí. Por ejemplo, aquella historia de matricularme en Derecho, cuando yo no quería tener nada que ver con el Derecho, y mi ambición, además de la vida a la inglesa de

Correia Garçon en su finca de Fonte Nova, era demostrar el teorema de Fermat y vivir mi pequeña gloria en el pequeño círculo de personas que entendían el mismo lenguaje. Seguro que nunca pondrían en la Rua da Junqueira una placa diciendo “Aquí vivió Faustino, el primero que demostró el teorema de Fermat”. pero ella era así, muy querida pero muy imperial también. Parecía que ya había diseñado un plan de lo que sería mi vida en los próximos 80 años – así, en papel cuadriculado, con la vida separada en viñetas.

- ¿Vamos al cine? – propuso ella.

Ya no tenía que estudiar Matemáticas y solamente mañana sería oficialmente estudiante de Derecho. Hoy estaba de vacaciones y además era domingo.

- Sí, vamos.

Fuimos al Quarteto a ver “El gran atasco” de Luigi Comencini. No pongas todavía los espaguetis a cocer, parece que hay un pequeño atasco. “L’Ingorgo” también sonaba bien. Y a ambos nos gustaban las películas italianas, igual que a ambos nos gustaban los helados.

Me divertí muchísimo en el atardecer de ese último día de vacaciones, porque después vendrían días intensos de estudio para compensar el atraso en un curso que ya había empezado en enero.

Volvimos a pie a casa, y en el camino conseguí decir todo lo que pensaba. Que realmente, vivir allí junto a Saldanha hasta acabar los exámenes era una idea excelente y que se lo agradecía de todo corazón. Iba a aceptar, claro que iba a aceptar, y además con sala de estudio, me voy a sentir un pequeño lord. ¿Le parecían bien tres mil escudos al mes?

Guilhermina me pellizcó.

- Le voy a dar en el culo.

Y me pellizcó otra vez, como si fuese un obsequio complementario. Me dolió pero me callé. Era mi dueña.

- Veamos. Come en casa. Desayuno, comida y cena. Criada. Servicios sexuales de calidad extra fina. ¿Tres mil escudos por todo eso? ¿No cree usted que está abusando de mi ingenuidad?

Suspiré, porque me había gustado el cuarto de estudio, e ir a la Junqueira a las once y media de la noche no me apetecía nada sobre todo cuando Saldanha estaba tan cerquita y era tan comfortable.

- Me puede pagar en carne.

La miré como si hubiese dejado de ser Guilhermina y ahora fuese Shylock insistiendo en el pago de una libra de la carne de Antonio, el

Mercader de Venecia, que era la garantía de un préstamo que no se pagó en su vencimiento.

- No veo por qué tanta admiración. Yo aquí puedo ser prostituta, para satisfacer sus deseos y fantasías. Y usted no puede ser mi prostituto particular, aunque fuese por una cuestión de gratitud, ya no hablo en la cuestión de la cama, comida y ropa lavada.

Guilhermina me dio otro pellizco. El tercero. Me dolió. ¡Qué bruta eres!

- Estaba jugando. Perdona si te he hecho daño, pero no sé si te has dado cuenta de una cosa. Es que somos amantes. Los amantes no cobran. Está en san Paulo, en la Primera Carta a los Corintios – “el amor no tiene malos modos ni es egoísta... el amor soporta todo, cree siempre, espera siempre y sufre con paciencia”. Claro, todo esto solo si yo fuese una santa. Porque por amar, eso no quiere decir que sea tonta.

Y antes de llegar a casa me hizo prometer que no le volvería a hablar de dinero y que esperase hasta el fin de los exámenes para volver a la Junqueira, que aquí estaba muy bien y no tenía motivos de queja, creía ella.

- Dejando aparte los pellizcos, no, no tengo razones de queja.

12.

El lunes fui por primera vez a la Facultad de Derecho, que era fácil de encontrar, quedaba a la izquierda de quien subía en dirección a la Rectoría de la Universidad.

Las clases de primer curso, grupo de la noche, eran en el Anfiteatro 2. Teoría General era a las 19:30h. El profesor era un asistente, con pelo entrecano, de media edad. Se llamaba Macieira y tenía un modo afectado de hablar que olía a seminarista. Parecía todo bondad y teníamos la sensación que simpatizaba profundamente con todos nosotros, casi como un padre adoptivo o el director de un orfanato. Pregunté al compañero de al lado dónde se llegaban y él me señaló la página 73 del III volumen de los Apuntes. Los dejé abiertos encima de las rodillas y encima de la mesa solo dejé el Código Civil y un cuaderno para coger apuntes. Pero no fue necesario tomar apuntes ni abrir el Código Civil. Todo lo que el docente decía era prácticamente *ipsis verbis* lo que estaba escrito en los apuntes. Bastaba subrayar las partes más importantes.

- Apréndete los apuntes y tienes el oral solucionado– informó mi compañero de al lado, que venía todas las noches de la margen sur del Tajo y trabajaba en una tienda de electrodomésticos.

A segunda hora tuve Economía Política, y el profesor era Morais Alçada, todavía joven pero ya vestido de economista, con traje azul oscuro y corbata. Había que tomar notas, porque aquí no teníamos Apuntes. La bibliografía incluía la “Economía” de Samuelson, y las “Lições de Economia Política” de João Pinto de la Costa Leite (Lumbrales), y Henrique Pereira de Moura para el que consiguiese encontrarlo, pues estaba agotadísimo. Me sentí un poco más en mi elemento, pues estaban dando el Capítulo VI de la materia – la Contabilidad Nacional - y había algo de romántico en temas como ingresos de capital, gastos corrientes o deuda flotante. Me gustó aprender que el primer presupuesto que Salazar presentó como formalmente equilibrado, y que lo transformó de un día para otro en nuestro “Mago de las Finanzas”, al final no pasaba de un embuste. Pero el segundo presupuesto, ese sí, ese ya era un presupuesto equilibrado. Miseria aparte.

Los ayudantes que daban las clases de subgrupos no pusieron ningún obstáculo a que asistiese a las clases, aunque no me pudiesen dar nota de evaluación, porque estaba en método B, o sea, sería evaluado solo por los exámenes finales. Podía estar como oyente, en silencio y sin perturbar las clases. No molesto, no se preocupe.

Martes. La primera clase plenaria era a las 21:30h y fue la más interesante de todas. Historia de las Instituciones, con un asistente que sabía convertir las clases en una auténtica fiesta, el profesor António Hespanha, con H grande. Estábamos ya al final de la era de las Glosas de Accursius (*²) y de los Comentarios de Bártolo, (*³) y se anunciaba a continuación Locke, Bentham, y la “Ley de la buena Razón”. A medida que hablaba de aquel modo entusiasmado que solo él tenía, las gafas le brillaban de placer, y hasta la barba medio pelirroja medio acastañada parecía que brillaba también, a la luz del anfiteatro.

Ciencia Política era siempre a última hora. Quien la daba (la Ciencia) era el profesor Fonseca, que tenía un curso a su cargo por primera vez. La primera clase que tuve era sobre el análisis sistémico de David Easton, que veía el sistema político como una caja opaca (porque allí dentro nada se hacía a las claras), que, por el lado izquierdo, recibía la presión de las exigencias de la comunidad, y, por el lado derecho, expelía las decisiones que, a su vez, iban a actuar sobre la comunidad, calmando sus deseos o creando otros nuevos. Para que el sistema aguantase existían los mecanismos reguladores de las presiones de la comunidad, preparados para filtrarlas y disminuirlas – los partidos políticos, los sindicatos, la

² Accursius (en italiano Accorso, 1180-1260), jurista italiano que sistematizó en su obra “Magna Glosa” todo el trabajo anterior de interpretación del Derecho Romano recopilado por el emperador Justiniano. (N. del A.)

³ Bártolo de Sassoferrato (1314-1357), jurista italiano que formó parte de la Escuela de los Comentadores, que reúne en un cuerpo único el Derecho Romano y otras fuentes de derecho, como los estatutos de las ciudades, adaptándolo a los avances de la época, sobre todo al desarrollo del comercio. (N. del A.)

religión, la moral, la educación. Sentí que el docente estaba olvidando otros mecanismos, por ser tan obvios – la censura, la policía política y las noticias falsas, comunes a las democracias y a las dictaduras.

Los miércoles tenía solo clases de subgrupo y casi siempre eran una decepción. Había un grupo restringido que empezaba discusiones de aquellas que no conducen a ningún lado, pero que eran un ensayo de oratoria para más tarde, para aquellos juicios en los que ni hay razón ni hay pruebas, pero hay que impresionar al cliente – este sí, este abogado es de los enérgicos, solo los vapuleos que le da al Ministerio Público...

Eso no era discutir. Para que exista una discusión en serio se tiene que verificar simultáneamente:

que estemos hablando de lo mismo; y que queramos llegar a una conclusión, aunque sea provisional, incluso dejando abiertas vías para explorar.

Pocas veces veía a Severo, y era siempre de lejos, siempre señalando al reloj, que tenía una cita y que ahora no podía, luego hablaríamos. Parecía que el hecho de que también yo estuviese en Derecho le molestaba, pero no entendía el porqué.

Lo bueno era que el bus 38 no tardase y que de ahí a un cuarto de hora estuviese subiendo las escaleras de la casa de la Av. Duque d'Ávila. Según el sentido común, bastaría caer en la cama para dormir. Pero no era verdad. Venía excitado, como un actor que acaba la función, y tiene que esperar a que la adrenalina vuelva al lugar de donde salió. Felizmente, tenía a Guilhermina al otro lado de la cama, y ella, vestida de satén deslizante, tanto negro, como rojo, o amarillo, me calmaba al encuentro con su pecho decadente y me apretaba inexorablemente en sus piernas atléticas hasta dejarme sin vida propia. Después, tocaba con una cuchara de plata en un vaso de cristal que tenía encima de la mesilla de cabecera. A los pocos minutos, alguien llamaba a la puerta y Virginia entraba con una bandeja – con té para mi zarina, y con chocolate caliente y tostadas para mí. Para mí, giraba siempre la parte de la cara que no tenía cicatriz. Para Guilhermina, era la mejilla opuesta la que mostraba.

- Esto es vida – ni doña Odete me trataba con tanto mimo, ni siquiera me daba ningún mimo, aun siendo su único hijo.

Adormecía, entrelazado en el cuerpo de Guilhermina, y ni siquiera oía sus últimas provocaciones – “que si me gustaría hacer el amor con Gina”.

Un día el 38 se retrasó. Íbamos pocos en el autobús y me senté en un asiento más o menos hacia el medio. Nunca miro a nadie. Busco un sitio vacío y me siento. El autobús redujo la velocidad al aproximarse a la Feira

Popular, porque alguien había tocado. El pasajero que iba a salir se bajó y me dijo en voz baja – Anda con una delincuente. Se puede meter en problemas. Cárcel. O peor.

Lo miré, sobresaltado. Era un hombre de estatura mediana, pelo negro y gafas oscuras que no tenían sentido en un autobús y de noche. Se apartó de prisa, bajo y desapareció. Fue todo tan rápido que no me dio tiempo a reaccionar, ¡oiga!, va a llamar delincuente a su puta madre, ¿me oye?

Cuando llegué a casa, dudé si debería o no contárselo a Guilhermina. y decidí no decir nada. Era insultante y ella no lo merecía.

“O estaba loco, que era lo más probable, o era espía, que también podía ser.”

Ahora cuando entraba en el autobús miraba buscando gente sospechosa con gafas oscuras pero todos me parecían normales, no parecían espías salidos de una película de bajo presupuesto.

A mi compañero de al lado, que más tarde llegaría a ser Director de la Policía Judicial y Presidente de la Asociación Sindical de los Magistrados Judiciales, pero todavía era pronto para adivinarlo y yo no era brujo, solo notaba que el chico era inteligente y perseverante, le pedí los apuntes de las clases de Economía Política y Ciencia Política y los fotocopí en la Delegación.

- ¿Ve cómo le di un buen consejo? Ha hecho muy bien en cambiarse a Derecho. Nadie se maneja con las Matemáticas. ¿Quién quiere cuentas claras? Nadie –eso me lo decía Saraiva, en las pausas para el puro.

En las clases de Teoría General solo había una cosa que me hacía ponerme rojo. Cuando se hablaba de la inexistencia jurídica, a propósito de los vicios y valores negativos del negocio jurídico, el ejemplo que se daba sistemáticamente era el de la boda entre dos personas del mismo sexo – ni siquiera aparentaba ser un negocio jurídico, por eso no se le daba el honor de la nulidad. Y pienso que ahora me ponía rojo con menos frecuencia, tal vez porque ya había dado pruebas de mi virilidad, aunque solo pudiese presentar un único testigo. Las desventajas de la monogamia. Los pingüinos también son así, muy apegados a su propia mujer y sin querer saber de las otras, aunque también estén vestidas de ceremonia.

Aprovechaba todos los momentos libres para estudiar y la materia me parecía muy fácil. Podía memorizar perfectamente todos los Apuntes de Teoría General e ir un poco más allá – asociar los temas entre sí y entender su sentido y su porqué. Es fácil decir que el patrimonio del deudor es la garantía general de las obligaciones. Lo que importa es explicar por qué. La

pregunta más irritante que se puede hacer a alguien es esa misma – ¿Por qué?

Una de las clases de Teoría General la dio el propio catedrático de la asignatura, el Prof. Castro Mendes en persona. Gordo, con el pelo muy negro, tenía una asombrosa facilidad de comunicación y hacía sencillo y fácil lo que a primera vista parecía complicado. Aprendí que solo consigue ser sencillo y claro quien domina la materia que explica. ¡Qué diferencia tan grande entre el profesor catedrático y el profesor Macieira, tan agarrado a los Apuntes como si, fuera de ellos, solo existiese la incertidumbre y el caos!

Al final de la clase, puse mi timidez de lado y me acerqué a esa eminencia de hombre, cuando iba a salir del anfiteatro.

- Perdona, Profesor, respecto a los vicios y valores negativos del negocio jurídico...

- Diga, colega.

- ¿Colega, Profesor? Solo soy un alumno de primer curso.

- Pero el colega ha de ver que tenemos una cosa en común y por eso mismo le llamo colega. Ambos somos estudiosos del Derecho y en eso somos compañeros. ¿No está de acuerdo conmigo?

Los grandes hombres son así. Las nulidades cultivan la distancia y hablan lo más sibilino que pueden, porque no saben exactamente de lo que están hablando. Dan vueltas alrededor de la cuestión, esperando que por un golpe de suerte acaben entendiéndola, y aprovechan con ansiedad el supremo gozo de crear en los oyentes una sensación de profundidad intransferible. Quien sabe es exactamente al contrario - comparte sus conocimientos y le gusta que le entiendan.

Economía Política también era interesante. Si la arena de la playa se podría considerar un bien económico o no. La respuesta era sencilla si no sirviera como elemento importante para la construcción. Antes de la hormigonera, era un bien libre. Después de la hormigonera, se convertía en un bien económico. Después me gustaba la manera cómo Samuelson explicaba que las opciones del Estado se revelaban en su presupuesto – si gastaba más en cañones, era una cosa, si gastaba más en mantequilla, era otra.

Al final el Derecho también era interesante, no tan interesante como las Matemáticas, no exigía mucho esfuerzo de razonamiento, pero si lo viésemos como un sistema, entonces todas las piezas tendrían que estar encajadas en su lugar y era siempre posible saber si una pieza estaba suelta o si se necesitaba una pieza para completar el puzle. Para eso teníamos el art.º 9.º nº. 3. del Código Civil que, en la interpretación de las leyes,

mandaba que supusiésemos que el legislador había sancionado las soluciones más acertadas y había sabido expresar su pensamiento en términos adecuados. O sea, teníamos que pensar que el autor de la ley sabía leer y escribir y no iba dando tumbos, con la botella en la mano. Así, la ley podía haber sido redactada con la intención infame de beneficiar a una persona concreta o a una empresa amiga, lo que naturalmente implicaba el uso de un lenguaje ambiguo, porque aquí la claridad significaría la confesión de un crimen. Entonces, el juez, que es siempre en definitiva quien interpreta, se diría a sí mismo – Vamos a imaginar que fui yo el que redactó esta ley, y que consagré la solución más sensata y di a las palabras el sentido más adecuado. Entonces la ley debe interpretarse de esta manera...

Decía más tarde el Dr. Pereira Baptista, en el Centro de Estudios Judiciales: no importa lo que piensa el Prof. Antunes Varela, o el Prof. Barbosa de Magalhães, o el Prof. José Alberto dos Reis, y lo que piensa Carnelutti todavía importa menos. Lo que importa es lo que ustedes piensan, porque son ustedes los que van a decidir. Siempre que lo fundamenten.

Un jueves, regresaba yo a casa y el autobús venía prácticamente vacío. Solo íbamos dos o tres personas y yo. Me senté y enseguida sentí que alguien se me acercaba. Miré hacia arriba. Era un hombre de estatura mediana y pelo negro, rizado.

- ¿Puede correrse más hacia la ventana, por favor?

Había tantos asientos vacíos, que ni me moví del asiento.

- ¿Puede correrse hacia la ventana, por favor?

- Tiene muchos asientos vacíos.

- Sí, pero tengo que decirle una cosa y tengo poco tiempo.

Me desplacé hacia la ventana y el hombre se sentó.

- Ya sabe que su mujer es una delincuente en todo el mundo, ¿no lo sabe?

El hombre solo podría ser espía. Era demasiada coincidencia que dos locos hubiesen tenido la misma idea de insultar a mi mujer. Por suerte, había tenido mucho tiempo para preparar la respuesta.

- Es así. Mi mujer, como usted dice, no es ninguna delincuente y dudo que sepa de lo que habla. Ahora, déjeme que le diga quienes son los delincuentes. Son ustedes, usted y su colega del otro día, y los jefes para quienes trabajan. Ustedes son los verdaderos delincuentes y de los peores.

- Dudo mucho que sepa quiénes somos o para quién trabajamos – desafió el desconocido. – pero lo que debe saber es que solo podrá evitar problemas si colabora con nosotros. Somos justos pero no tenemos piedad para nuestros enemigos.

- ¿Ustedes, justos? Deje que me ría.

- Entonces ¿no nos quiere ayudar? ¿Aunque su amante sea una delincuente terrible, con las manos sucias de sangre de inocentes?

- ¿Y ustedes? ¿Son santos, por casualidad, para poder tirar piedras a quien no lo merece? ¡Pues cállese!

- Ya le avisé. Ahora usted verá.

Se levantó y salió en la parada de Campo Pequeno.

Yo había disparado un tiro en lo oscuro y no sabía si le había dado a algo o a alguien. Calculé que fuesen espías. Los espías son criminales de Estado, practican crímenes al mando de algún Estado, escuchan conversaciones, traman intrigas, ponen bombas, matan. Y el hombre no lo había negado, se había limitado a crear misterio.

¿Y si Guilhermina fuese una delincuente? Todas las fortunas se consiguen a costa de crímenes. El rico juega sin reglas y por eso es rico. pero Guilhermina había heredado una fortuna preexistente. Ella no había practicado el tráfico negrero. Era inocente. Es cierto que tenía contables para engañar a Hacienda, pero eso todos los ricos lo tienen y nadie dice de ellos “Mira el delincuente” sino “Mira el listo”.

Cuando llegué a casa, Guilhermina dormía. Puedo esperar hasta mañana, y entonces se lo digo, con cuidado para no dejarla preocupada. No, mejor se lo digo el sábado.

Los viernes llegaba antes de la medianoche, la hora de costumbre otros días. La casa estaba en silencio pero yo sabía que Guilhermina todavía no se había dormido. Le daba un beso rápido que ella devolvía con un beso largo y mojado, y después iba a encerrarme para estudiar, y así permanecía hasta las cuatro de la madrugada. Tenía la materia ordenada por cuadernos y estudiaba con interés todo lo que habían dado hasta que yo empecé a asistir a clase. Noté con preocupación que el segundo volumen de la Teoría General, aquel que trataba de los Derechos Subjetivos y de las Cosas, me producía tremendas erecciones que me obligaban a ir a la carrera a arrimarme al cuerpo de mi amada, que todavía no se había dormido y daba vueltas en la cama a mi espera. Ni ella ni yo desconfiábamos que los Derechos Subjetivos y las Cosas (que eran, respectivamente, el objeto inmediato y mediato de la relación jurídica) fuesen tan afrodisíacos y que el

abuso del Derecho fuese una especie de cantárida (4*) extrafuerte que nos dejaba exhaustos pero felices.

Los sábados nos levantábamos tarde, agotados por una noche agitada. Y yo, después del baño y del desayuno iba a cerrarme en la sala de estudio cuando Guilhermina habló tajante. Tenía naturaleza de autócrata bajo los guantes de terciopelo con los que disfrazaba el relucir del acero.

- Esta mañana vamos al centro. A la tarde estudia. O mañana.

Íbamos camino del “metro” cuando saqué valor para decirle:

- Amor, tiene que tener cuidado. Estando en el autobús, se me han acercado ya dos veces gente chiflada insistiéndome una y otra vez en que usted es una delincuente. Anteayer les respondí que ellos sí que son delincuentes y que no los pensaba ayudar.

- ¿Les dijo exactamente que no los iba ayudar? ¿Con esas palabras?

- Les mandé callar que es lo mismo.

Guilhermina sonrió y se pasó los dedos por la bonita melena de platino.

- No tengo miedo. Estoy protegida. Tengo total confianza en mi niño. Y otra cosa - están equivocados. No soy ninguna delincuente. Me están confundiendo con otra persona. Pero no se preocupe. Sé defenderme.

Ya lo sabía. Todavía me acordaba del dolor de brazo el día que la besé más de la cuenta.

- Pero, por favor, cuídese.

- Estoy protegida – repitió ella. – no se preocupe más con eso. No piense más en eso. Son todo mentiras y fanfarronadas. Olvídelo.

- Me han amenazado con la “cárcel” o “peor”.

- Ya lo sé. No haga caso. Quieren lo que no pueden.

Y qué guapa estaba cuando sonreía de aquella forma tan tranquila. No tenía razones para preocuparme.

Ahora estábamos sentados uno al lado del otro. Sentía su mano sobre la mía y solo el toque de sus dedos nudosos era una caricia para mí.

En los dos asientos de delante estaba sentado un hombre enorme, con la cara roja y mofletuda, y una barba pelirroja clara, como el pirata o el emperador. Nos miraba de una forma que molestaba y a Guilhermina de un

⁴ f. Insecto coleóptero de color verde dorado, empleado en medicina.

Uno de sus efectos secundarios, la erección espontánea del pene, convirtió a la cantárida en el afrodisíaco de referencia hasta el siglo XVII cuando cayó en desuso dado el número de envenenamientos, con consecuencias mortales, que produjeron tales prácticas. (N. del A.)

modo especialmente insistente. Ella endureció la expresión y habló con el frío de las catedrales donde el sol raramente entra.

- Perdona, pero ¿habrá alguna razón, que desconozco, para que me mire de una forma tan atrevida y tan maleducada? ¿Nunca vio una madre con su hijo? ¿o encuentra algún interés perverso en ver cómo nos acariciamos?

Me puse colorado y a la espera de un vendaval de golpes que me obligaría a ponerme delante de la mujer que amaba para protegerla de todo mal. A pesar de que el hombre de delante era una montaña de grasa, nadie me garantizaba que por debajo de toda esa grasa no hubiese también una montaña de músculos.

- Hola – respondió tranquilo el monstruo. – Entonces ¿ya no me conoces?

Guilhermina lo miró de arriba a abajo, inquisidora y visiblemente irritada con lo que veía.

- No, no suelo visitar ganaderías, por eso es normal que no lo conozca.

- ¿Ya no me conoces, entonces? – rugió el monstruo, con una voz cavernosa que salía de dentro, pero sin ofenderse.

- No, sin verle la marca del hierro difícilmente lo podré reconocer – respondió mi dama, altaneramente ácida.

¡Qué manera tan sutil de llamar buey a alguien! El pecho se me llenó de orgullo solo de pensar que aquella mujer con una ironía tan fina y tan superior a todo, era mía, por lo menos de momento.

- Guilhermina, soy Guardiola.

Ella cerró un ojo, desconfiada.

- ¿Guardiola? ¿Puede ser? ¿Guardiola, el que no anda bien de la bola?

Él se rio estruendosamente, sacudiéndose todo.

- Pues sí. Claro, cuando nos vimos por última vez, no era ni la mitad del esplendor que ves aquí. Fui a meditar al Tíbet y la meditación me engordó una barbaridad. ¿Te bajas aquí?

- Sí – dijo Guilhermina, levantándose. Yo también me levanté, pues estábamos llegando a Rossio.

- Entonces paso por tu casa otro día. Te traje un recuerdo del Tíbet.

Guilhermina pensaba que yo necesitaba camisetas, pantalones, tres trajes completos más, y zapatos. Pijamas – pero si yo contigo duermo

desnudo, no necesito pijamas. Y me arrastró literalmente a la Rua Augusta calle arriba y calle abajo, Rua dos Fanqueiros, Rua da Prata y por fin subimos por la Rua do Carmo hasta la Rua Garrett, en dirección al Chiado. Para no ir cargados con las compras, ordenó (y utilizo a propósito la palabra ordenar, pues pedir es otra cosa y va acompañado de “por favor” al final) que las compras se entregasen en casa. Nadie objetó que era sábado o que tenían mucho trabajo. Las órdenes de Guilhermina tenían un peso que no tenían otras órdenes.

Yo, a mi vez, le compré una combinación azul marino y otra negra en la *Loja das Meias*.

- Niño, pero qué idea tan tonta y tan fuera de moda. Ya nadie usa combinación.

- Es un capricho. No es por ti, es por mí.

Guilhermina me dijo lo que pensaba de los hombres que tenían fantasías de esas. Verla en combinación, cuando el sueño de cualquier hombre de sangre caliente era verla desnuda. Yo era un depravado, un tarado, un desvergonzado. Fetichista. De una vez por todas, olvide a su madre.

Estaba cansado de tanto quitarme pantalones, ponerme pantalones y volver a quitármelos. Ir de compras es verdaderamente muy cansado. ¿Y si nos fuésemos a sentar y tomar algo?

Nos sentamos en una terraza en la Rua Augusta y yo pedí un zumo de naranja. Guilhermina pidió cerveza pero enseguida protestó porque se la sirvieron tibia. A ella le gustaba la cerveza bien helada, estúpidamente helada. Pensé que fuese un insulto, pero no, al final era de la letra de una canción brasileña.

Me apetecía oír la “Suite Bergamasque”, de tan tranquila como estaba la mañana de mayo, de tan feliz por tener a Guilhermina a mi izquierda, incluso aunque ella volviese de vez en cuando hacia mí su mirada felina azul, con la atención de quien examina un local buscando los vestigios dejados por el delincuente.

- ¿Tienes la “Suite Bergamasque” en casa, amor?

- Qué manía esa de tratarme de tú. ¿Me tengo que enfadar? No, no tengo la “Suite Bergamasque”. Tengo operetas, zarzuelas, Mozart, canciones bávaras, música francesa de los años 40 y 50, Gino Paoli, tangos de Gardel... Tengo muchas cosas pero no suelo oír música. Soy una mujer de negocios.

Lo que quería decir era y “cuando se trata de negocios, soy una mujer”

Pasamos por la *Valentim de Carvalho* y compré la “Suite Bergamasque” que también incluía “El rincón de los niños” y “Dos Arabescos”. Compré también los “Catulli Carmina” de Carl Orff. Dicen que es muy bueno para acompañar el amor y, como es latín, ni se nota que es procaz. Tendremos que probar.

Ya habían salido las notas de los exámenes escritos y yo había aprobado todos.

13.

Era feliz y lo dije mil veces hasta que Guilhermina se desahogó.

-¡Ya vale! Me alegro de que el Derecho le haga feliz. De que yo le haga feliz. De que Gina le haga feliz, aunque sinceramente no sepa cómo, a no ser que haya algo que se me haya escapado. Si yo fuese feliz, y no digo que no lo sea, no andaría pregonándolo a los cuatro vientos. Sería un secreto solo mío.

Ya estábamos en junio de 1979. Después de los festivos, a mediados de mes, empezarán las vacaciones y los exámenes. Había empollado la Teoría General de cabo a rabo y me sabía de memoria la respuesta a la pregunta “Diga cuáles son los vicios que conoce en la formación de la voluntad”. La respuesta era como en la catequesis, cuando recitábamos la lista de los enemigos del alma “Son tres: el error, el miedo y la incapacidad accidental”. en vez de “el mundo, el diablo y la carne”.

Había leído todo el Samuelson, todo el Lumbrales, toda la “Historia del Pensamiento Económico”, de Henri Denis, y pensaba en lo que disfrutaría saliendo al encerado para hacer ecuaciones que explicaran la teoría del multiplicador de Keynes.

Había leído “Para una sociología política” de Jean Pierre Cot, y, claro está, había devorado con placer añadido las lecciones fotocopiadas de António Hespanha.

También había leído ya todo lo que había sobre “Introducción al Estudio del Derecho”, Castro Mendes de este lado del Atlántico, Oliveira Ascensão del otro.

- Me examinaré de “Introducción” en septiembre, si Dios quiere.

- ¿Ah, sí? No olvidar la vaselina.

Era festivo y comíamos en el enorme comedor de la Av Duque d'Ávila. Virginia nos sirvió y se sentó a la mesa con nosotros, enfrente de mí.

Los vasos brillaban a la luz que entraba a raudales por las ventanas abiertas de par en par hacia las traseras. Siempre me gustaron los fuegos efímeros que el sol enciende en los cristales. Toqué con mi pie descalzo los pies también descalzos de mi amada y le di masajes dedo por dedo. Sabía que era una de las caricias que más le gustaban. Entre otras, más atrevidas y más íntimas, pero esas se hacían a puerta cerrada. Parecían gustarle, y tanto, que reposó los pies en mis piernas, para ponerlos más al alcance de mis manos.

Empezamos la comida tomando como entrante lo que Virginia llamaba “revuelto de espárragos” y que eran trozos de espárragos fritos con huevo.

Después una crema de verduras, que era exactamente como la hacía mi abuela – puré de patata, cebolla y zanahoria, aterciopelado por un chorro de aceite.

De segundo plato, Guillermina tomó una rodaja de merluza con patatas y brócoli. Virginia y yo, sin embargo, tomamos un filete con patatas fritas, huevo frito, y mucha salsa para mojar el pan, como a mí me gusta. Fui yo el que la enseñó. En España, el filete (*bistec*) normalmente viene seco y sin gracia. Compartimos el mismo plato de ensalada y Virginia insistió en cortarme el filete en trozos.

- Le da miedo que el niño trague un trozo grande y se ahogue – explicó mi amada. – Sería una gran pérdida para el mundo.

Le di masajes en los dedos y en las plantas de los pies, como quien agradece las ironías con caricias.

Entretanto, Virginia, de pie, a mi lado, se inclinaba para cortar el filete en mi plato. Debajo de la blusa de tirantes y el delantal sentí el amplio relieve de sus senos, y me puse colorado. Era muy suave y olía bien. Si al menos los pudiese rozar solo con los labios, respetuosamente, como quien venera una reliquia...

Acepté que me llenase el vaso solo hasta la altura de un dedo. Más que eso dejaba de ser placer y no quería que Guillermina me volviese a ver como en la primera noche que habíamos cenado juntos.

Guilhermina me tocó la rodilla con el pie descalzo y me miró con aquella mirada felina azul que me hacía desearla todavía más.

- Faustino, si apruebas el curso, y sé que vas a aprobar, eso es indiscutible, es casi un dogma, ¿qué regalo te gustaría más? ¿una bicicleta? ¿las obras completas de Julio Verne? ¿un tren eléctrico? ¿un viaje por las islas griegas?

Efectivamente, el día anterior habíamos pasado por el Gobierno Civil, porque Guilhermina pensaba que yo necesitaba un pasaporte.

Negué con la cabeza. Ya estaba contento con los regalos que tenía.

- ¿Totalmente contento? ¿A cien por cien? ¿No hay sitio ni para un solo regalito más?

Estaba contento. Tenía todo lo que necesitaba. Tenía todo lo que quería.

- *Mentireiro* – dijo ella, con una dulzura que no casaba bien con la dureza de la palabra que acababa de decir y que a todos los efectos era un insulto en gallego.

Dejó el cuchillo y el tenedor en el borde del plato y nos miró alternativamente a Virginia y a mí.

- Le he preparado un regalo todavía mejor de lo que el niño pueda imaginar. Si aprueba todas las asignaturas, le voy a dejar hacer el amor con Gina.

Virginia se levantó, tiró la servilleta encima de la mesa, y salió de la sala, sin decir nada.

- Se ha ofendido – le dije. – ¿Y ahora?

- ¡Qué va! Fue un repente. Cosas de españolas. Ya se le pasará.

Virginia volvió a los postres, trayendo un flan, de aquellos buenos para refregárselos en la cara a alguien. Traía los ojos hinchados y parecía que había llorado. La miré con pena y con remordimientos, como si hubiese sido yo el que hubiese instigado a Guilhermina para dármela como recompensa de mis posibles éxitos escolares.

Cuando se sentó de nuevo, mi amada le acarició el brazo y le pidió disculpas.

- No debía haber dicho las cosas así tan en frío. Debía haberle hablado antes y haberle preguntado su opinión. A veces, procedo como... En fin, parto del principio de que todo el mundo está de acuerdo conmigo y no me preocupo con lo que cada uno piensa o deja de pensar. Pero soy un poco como las perras y hay cosas que olfateo enseguida a distancia, como por ejemplo que a Faustino le gusta usted y que a Gina le gusta Faustino. Y es bueno que sea así. No seré eterna, y Faustino un día necesitará tener a su lado una mujer buena y de confianza. La única que conozco con esas condiciones es Gina. Por eso, hagan el amor si quieren, y si no quieren no lo hagan. Como les parezca.

- Virginia – le garantizo, con voz ronca, porque la garganta se me había secado de repente -, le garantizo que nunca haré nada contra su voluntad y que no le voy a pedir nada.

Íntimamente todo mi yo gritaba lo contrario - “Pida, pida, no se acobarde. Todo lo que quiera. Cuente conmigo para la guarrería total.”

- Estudie – fue la respuesta lacónica de Virginia, girándose de propósito para que le viese la cicatriz en todo su relieve de trinchera excavada en el rostro.

El teléfono sonó y mi zarina fue a cogerlo. Su voz me llegaba desde nuestra habitación:

- No, está muy equivocado. Es exactamente al contrario. ni un céntimo.

Negocios, seguro. Mi dueña era una mujer de negocios.

Esa tarde, mientras yo me sumergía en los compendios y en los Apuntes, a la cata de algún resto de sabiduría que me hubiese pasado desapercibido, Virginia y Guilhermina se cerraron en la sala de estar, y conversaron largamente, seriamente, sobre cosas que debían ser decisivas para el destino del mundo. Qué exageración tan grande. Todo es tan vasto y nuestras vidas son tan insignificantes que las instituciones misteriosas que gobiernan el mundo solo a fuerza de microscopio nos consiguen espiar desde muy lejos.

14.

Los exámenes escritos empezaron el 17 de junio y yo tenía tanto que decir que las cuatro páginas que me daban nunca eran suficientes y necesitaba siempre más papel.

El jefe de la Delegación me daba libres los días de examen y la víspera, por ello esos días tenía derecho a levantarme más tarde y a gozar más tiempo el suave calor del cuerpo de Guilhermina, que era como mi amuleto de la suerte.

Siempre hacíamos el amor antes de ir a la facultad, y, tal vez por eso, cuando me sentaba en los bancos de madera de la clase sentía una tranquilidad semejante a la beatitud, el pensamiento corría limpio y las ideas se encadenaban geométricas y perfectas, como diamantes o cristales de hielo. En conclusión, pensaba mejor después de amar. No necesitaba azúcar, como algunos que roían chocolate mientras respondían a las preguntas del examen.

Gina también se preocupaba de que fuese a los exámenes bien protegido. Me regaló una cruz de Caravaca en una cadena de oro y me recomendó que la usase siempre en momentos de angustia o siempre que tuviese que hacer alguna cosa importante o arriesgada. Y me dio un beso en la frente— también para darme suerte.

En la Facultad de Derecho de Lisboa, los docentes tenían una escala tacaña para poner las notas. Así, mis notas de los exámenes escritos rondaron todas entre el 7 y el 7'5, menos en Teoría General que tuve 6'5.

Recuerdo especialmente el examen oral de Teoría General, no es que los otros no hayan sido interesantes, principalmente el de Historia de las Instituciones, que el profesor Hespanha supo transformar en una conversación informal, sin apariencia de examen.

Pero Teoría General permitió que el profesor Macieira se mostrase tal y como era. Era una creación de otro siglo pero terriblemente auténtica.

Como ya dije, durante las clases plenarias, me había dado siempre la impresión de un padre, o de un santo fuera de época. Cambié de opinión. Si él fuese un lagarto, las clases plenarias corresponderían a su fase de hibernación. Los exámenes orales eran el momento alto de su vida en el que finalmente podía crecer y agigantarse, mostrar las garras y ser él mismo.

Asistí a varios orales de Teoría General y lo conté todo en la cena, porque realmente era interesante, casi como una película italiana. ¿Cómo se llamaba aquel actor que interviene en “El Signo de Venus”? Vittorio de Sica. Ese mismo. **Totò era demasiado exuberante.**

El alumno se sentaba, frente a la mesa de trabajo donde se sentaba el profesor Macieira, en medio de dos ayudantes.

Todo empezaba con la mayor educación. He visto docentes que daban puñetazos en la mesa o que extendían el puño en la dirección del rostro del alumno. No era esa la manera de ser del Profesor Macieira, siempre educado, siempre con aquella voz bondadosa de *Dominus Vobiscum*. siempre comprensivo.

- ¿Hay algún tema que prefiera especialmente?

Generalmente el alumno no tenía preferencias y cualquier tema le servía.

- Entonces, dígame – si yo le doy una limosna a un pobre, ¿puede considerarse el cumplimiento de una obligación natural?

Una obligación natural, para quien no lo sepa, es una obligación que no es exigible judicialmente, como, por ejemplo, una deuda prescrita, pero si el deudor la paga se considera que pagó bien y no tiene derecho a

repetir la prestación, o sea, y el secreto está aquí en la palabra “repetir” – no tiene derecho a “pedir que le devuelvan” lo que voluntariamente entregó – art.º 402.º a 404.º del Código Civil.

No es exigible judicialmente, pero se basa en un deber de orden moral o social.

Si la pregunta me la hubiese hecho a mí, respondería que se trataba de una liberalidad, sujeta al régimen general de las donaciones, o sea, por la aceptación de la limosna, el mendigo se convertía automáticamente en su propietario – artº.954.º a) del Código Civil.

Si la persona que da la limosna fue la persona que llevó al infeliz a la mendicidad, arruinándolo, engañándolo, tantas son las maneras de perjudicar a alguien, entonces lo que le da puede considerarse una pequeña restitución de lo mucho que le quitó al pobre que ahora extiende el brazo a la caridad, y puede tratarse de una obligación natural.

Pero en un examen oral no siempre se tiene tiempo o la serenidad suficiente para pensar – y unos respondían de inmediato que sí, que era una obligación natural, y otros eran perentorios en decir que no, ni por asomo. Entonces el profesor Macieira ensanchaba su bondadosa sonrisa y preguntaba “¿Por qué?”. Solamente para oír como el alumno tartamudeaba.

- Vamos a ver, como ya me he dado cuenta que no sabe mucho de esta cuestión de las obligaciones naturales, probaremos con otra que muy probablemente dominará a la perfección. Dígame cuáles son las divergencias que conoce entre la voluntad real y la declarada.

- El error – balbucea el alumno.

- Sí, el error, tiene toda la razón. Pero ¿qué clase de error? ¿y en qué categoría se encuadra ese error del que me habla?

- El error – repite el alumno.

- No podía estar más de acuerdo con usted. Veo que conoce el error como la palma de sus manos. No tomó nada, ¿verdad?

- No he tomado nada, profesor.

- Muy bien dicho. Entonces el error... Dígame, mi querido amigo, si le digo que el error, como divergencia entre la voluntad y la declaración, se encuadra en las divergencias no intencionadas, ¿Qué me diría? ¿Que está de acuerdo conmigo? ¿O que piensa que no tengo razón?

- El profesor tiene razón.

- ¿Tengo razón en qué? – y la sonrisa del docente brilla de bondad.

- Es una divergencia no intencionada.

- Muy bien. Finalmente parece que estamos en el buen camino. Entonces dígame cuáles son los tipos de error que pueden surgir en la declaración negocial.

- El error en la declaración.
- Sí, muy bien. Y...
- El error en la declaración... y...
- Y...

El silencio se mantiene durante un minuto y el profesor Macieira sonríe con la sonrisa de los altares, como si él mismo fuese san Antonio y el Niño Jesús se hubiese acabado de sentar encima de los Apuntes.

- Muy bien. Tenemos que rendirnos a la evidencia. Este no es de los capítulos que más han merecido su atención. Vamos a probar otra cosa. Hábleme de la simulación. Qué es la simulación y cuáles son sus efectos.

La simulación era otra de las divergencias entre la voluntad real y la voluntad declarada. El examinador, cuando encontraba un punto débil en el alumno, tenía la costumbre de detenerse en él lo más posible.

Parece que el alumno está al borde de caer en la desesperación.

- Calma, mi querido amigo. Ya he visto que no sabe mucho de esta materia. Voy a ayudarlo. La definición de simulación está tal vez donde menos se lo espera. Está en el Código Civil. Pues bien, búsquela ahí.

El alumno hojea el Código de principio a fin y no encuentra ninguna simulación.

- ¿No me diga que la simulación no viene en su Código?...

- Tal vez mi Código sea de otra marca – responde el alumno, sin saber ya lo que dice.

- Mi amigo ya me ha dicho que no ha tomado nada. Es así ¿verdad?

-Sí, profesor.

- Entonces, en atención a ese hecho, voy a ayudarlo. Busque el artº. 240. º del Código Civil.

El alumno encuentra el artículo 240. º y lo lee para él. Lo lee varias veces pero la sonrisa del docente parece que lo incapacita para cosas sencillas como entender lo que está leyendo.

- ¿Y ahora ya me puede decir lo que entiende la ley por simulación?

- Es una divergencia entre la declaración negocial y la voluntad real del declarante.

- Así es, sí señor. Muy bien. Pero falta algo, ¿no le parece? Véalo mejor.

- Es una divergencia... - repite el alumno.

- Esa divergencia, como está escrito en la ley que tiene delante de sus ojos, resulta de un acuerdo entre el declarante y el destinatario de la declaración y tiene como objeto engañar a terceros. Amigo mío, esta materia no la ha estudiado muy bien. Vamos a buscar otro capítulo, a ver si tenemos más suerte. Dígame cuáles son los vicios en la formación de la voluntad que conoce.

- El error, el miedo y la incapacidad accidental.

- Qué bien. Parece que finalmente hemos encontrado un tema que usted domina a la perfección. Hábleme del temor reverencial. Qué es el temor reverencial y cuáles son sus efectos en la declaración.

El alumno se calla.

- No me tiene miedo, ¿verdad?

El alumno intenta sonreír pero la única idea salvadora que se le ocurre es que podrá repetir Teoría General en septiembre, y hacer el examen con la clase de horario diurno, del profesor Jesus dos Santos. Quiere acabar con aquella tortura, suspender y después ir a cenar tranquilo.

- ¿Podrá equipararse el temor reverencial a la coacción?

El alumno no responde. Si no estuviese allí delante la sonrisa del profesor Macieira, tal vez tuviese la presencia de espíritu suficiente para abrir el Código Civil en el artº. 255. º 3. pero en aquellas condiciones, de perdidos al río.

La prueba oral ya dura más de media hora pero el profesor Macieira, en estas condiciones, tiene la costumbre de estirla hasta una hora completa. Y se justifica, con su sonrisa más paternal.

- Estoy prolongando su oral para darle más oportunidades. Como se suele decir, mientras hay vida hay esperanza. Dígame cuáles son los Derechos reales de garantía que conoce. Esto lo sabe seguro.

El alumno lo sabe. Pero, por experiencia, sabe que después de esta pregunta vendrá otra que lo aniquilará definitivamente. Por eso, se limita a hablar de la hipoteca, y omite todos los demás, como la fianza o el derecho de retención. Y a partir de ahí solo responde, con desdeñosa persistencia, no sé, no sé, no sé.

El profesor Macieira no le deja marcharse sin darle un consejo paternal más.

- Mire, mi querido amigo, busque otro profesor. Tal vez el defecto sea mío.

Terminaba la cena y añadí:

- Me parece un personaje fascinante. De aquellos que solo se encuentran en los libros de Dickens. Mañana me toca a mí ser David Copperfield.

15.

Guilhermina me dio el talismán de su amor y fui al oral de Teoría General con la perfecta tranquilidad de quien es amado y además sabe toda la materia de cabo a rabo. No había definición que no hubiese memorizado. No existía la posibilidad de que Marcelo Caetano dijese – Me llevó 30 años construir esta definición y usted me la echó por tierra en un cuarto de hora.

Cuando me senté frente al profesor Macieira, reparó en mi nombre – Faustino Mendes; Faustino viene de Fausto, Esplendor. Quiere decir esto que su prueba oral va a ser esplendorosa. Dígame, mi querido amigo, ¿por dónde quiere empezar su oral?

Escogí las divergencias entre voluntad real y voluntad declarada, y lo cotorreé:

- Las divergencias entre voluntad real y voluntad declarada se dividen en no intencionadas e intencionadas. Dentro de las no intencionadas encontramos la coacción física, la falta de conciencia de la declaración y el error en la declaración el cual, a su vez, se puede subdividir en error en la transmisión y error en el entendimiento. Dentro de las intencionadas, tenemos las declaraciones no serias, la reserva mental y la simulación.

Parecía un juego de ping pong, en el que yo recogía la pelota de inmediato. Todavía el profesor Macieira no había acabado de preguntar cuál era la diferencia entre acto jurídico simple y acto jurídico intencionado, yo ya desbobinaba que – Acto jurídico simple es aquel en el que, para ser perfecto, la norma exige solamente que el agente haya querido la conducta, independientemente de la previsión o volición del resultado jurídico. Acto jurídico intencionado es aquel cuya perfección depende de que el agente haya querido, no solo la conducta, sino también el resultado jurídico subsiguiente. Este acto jurídico intencionado también se designa negocio jurídico – el acto que produce efectos por ser un acto de voluntad.

El examinador había guardado una pregunta inteligente a propósito para mí. Con su sonrisa de Buen Pastor con una oveja en los hombros, disparó una inesperada bala de plata.

- Dígame una cosa, mi querido amigo, todavía a propósito del negocio jurídico y más propiamente de los contratos. ¿La boda entre dos personas del mismo sexo puede ser anulada?

Debía haber visto cómo me ponía colorado en el anfiteatro 2. Pero, esta vez, posiblemente por tener el espíritu ocupado por la excitación del juego, no me puse colorado y me pareció que eso le decepcionaba.

- La boda es un contrato que se encuentra definido en el artº. 1577.º del Código Civil como un contrato celebrado entre dos personas de sexo diferente. A su vez, el artº. 1628.º c) de la misma disposición legal establece que la boda celebrada entre dos personas del mismo sexo es jurídicamente inexistente. Luego, mientras que la anulabilidad se puede deshacer, si no se argumenta en un plazo determinado, la inexistencia jurídica nunca se puede deshacer, porque el acto no tiene ni siquiera las características del contrato tal como la ley las define y, como consecuencia, es totalmente indiferente para el Derecho.

Me despachó con un 7'5 de nota final y mi oral duró solamente el tiempo reglamentario – media hora. Lo que significaba que no le había proporcionado ningún placer. Yo no era el dulce que le haría chuparse los dedos.

Cuando abrí la puerta del aula para salir al pasillo enlosado de mármol gris, noté que dos mujeres, ambas con gafas oscuras, salían tras de mí – Guilhermina y Virginia.

-Felicidades, querido – y mi amada me dio uno de aquellos besos que quitan la respiración que se debe haber oído en todo el pasillo. – es guapo, es inteligente, y es imposible no amarle.

- Qué exagerada, zarina de mi corazón. No soy ni lo uno ni lo otro. Y hoy entonces ha sido solo un ejercicio de memoria. Parecía Vasco Santana con el esternocleidomastoideo. No ha tenido nada que ver con la inteligencia.

Virginia me dio un beso en la frente y fue más comedida en los elogios.

- Se ha portado muy bien. Me da pena de que su madre no pueda haber estado presente. Se sentiría muy orgullosa de usted, estoy segura.

No respondí, porque sabía bien que doña Odete nunca se tomaría la molestia de hacer un viaje de Torres Vedras a Lisboa, solo para verme hacer un examen. Y era mejor así. Si sintiese su presencia en la sala, creo que me volvería estúpido e incapaz, y no conseguiría articular ni una frase completa.

En el camino hacia casa – y ahora era Virginia la que conducía -, Guilhermina iba diciendo que el profesor Macieira era un gran... y que yo merecía por lo menos un 9, y que iba a hablar con personas amigas que tenía en el Consejo Directivo de la Facultad.

- No hagas eso, amor. No me hagas pasar una vergüenza tan grande. La nota máxima que pone el profesor Macieira es un 7 y, en principio, solo para los genios que se aprenden de memoria las notas al pie de los Apuntes. Por eso, el 7'5 que me puso es ya tan excepcional que, sinceramente, no vale la pena...

Esa noche nos quedamos los dos solos en la sala, viendo la televisión. Virginia se había acostado más pronto.

- Está con la regla – informó Guilhermina. – Tomó un comprimido para los dolores y se ha acostado.

Me senté en el centro del sofá, y mi amor recostó la cabeza en una almohada colocada en uno de los brazos redondeados del sofá, que servía holgadamente para tres personas, normalmente Guilhermina en el medio, y Virginia y yo a cada lado.

Puso las piernas encima de mis rodillas y entregó los pies a todos mis caprichos. Le descalcé las pequeñas chinelas de seda y le di masajes en los dedos de los pies hasta verla semicerrar los ojos y ronronear como una gata satisfecha. Le presioné la planta de los pies en las zonas que sentía que eran más sensibles – el placer de los otros se refleja en mí mismo y reconozco fácilmente cuáles son los puntos donde debo tocar. Habrá una palabra griega para eso, con toda seguridad. Simpatía es “sufrir con”. Ahora ¿cuál será la palabra para “disfrutar con”? el griego es esencial para estas cosas del placer.

Le chupé demoradamente cada dedo y acabé mordiéndole gentilmente los pies, usando solo los dientes y la lengua. Ella solo murmuró, como desfallecida. Me voy a correr. Pare, por favor... Pare... Pare... Pare... No, no, ahora no pare. El mal ya está hecho.

Permaneció como adormecida, mientras yo le acariciaba los pies y las piernas perfectas, incluso con varices.

Cuando me habló, yo ya estaba medio dormido y sin tener ni idea del programa de la televisión.

- Lo que yo le dije de Gina, de poder hacer el amor con ella, no es una broma ni un capricho. Va lo que se dice en serio. Son planes ya tratados entre ella y yo, y no necesita saberlos ni conviene que lo sepa. Considérelos razones de Estado o cosa por el estilo. Sé que lo que habíamos hablado era que hiciese el amor con Gina solo después de aprobar todos los exámenes. Pero hechas las cuentas, y como tendrá que

hacer el oral de “Introducción”, el examen final puede ser solo en octubre. Es mucho tiempo y la cosa es urgente. Vamos...

- ¿Vamos?

- Vamos es una manera de hablar. No estaba pensando en un *ménage à trois*, aunque la idea no fuese desagradable del todo. Lo que se dice nada. Va a empezar el lunes de la próxima semana, porque ella ahora todavía está con el período. Para que estén tranquilos, voy a llegar tarde, alrededor de la medianoche o más tarde aún. Y después, cuando haya acabado, quiero que vuelva a nuestra cama y me haga un informe completo.

El teléfono sonó y mi dueña, pero ¿esta es hora de llamar a casa de alguien?, mi dueña atendió.

- ¿Sí?... Ah sí, comprendo... La estupidez de costumbre... Claro, es no, como siempre... Adiós, y no se olvide de partirse una pierna, o las dos mejor...

Probablemente, estaría deseando buena suerte a un actor en vísperas de estreno.

A la noche siguiente, estábamos a solas, Virginia y yo. Mi dueña había ido a visitar a su hija y a su yerno, y solo volvería después de cenar. No me llevaba, porque creía que el Dr. Horacio no se alegraría mucho de verme, y yo también me iba a sentir incómodo. Es solo por mi hija, ya lo ves - y el tratamiento de tú no era normal.

Cenamos casi en silencio, en la cocina, porque, decía yo, ¿para qué vamos a ensuciar la sala si estamos aquí tan bien y la cocina es más fresca? Después me armé de valor para hablarle de asunto que parecía un estúpido secreto de Estado.

- Sabrá, Virginia (aún no había ganado suficiente confianza para tratarla por Gina) lo que doña Guilhermina habló el otro día, es cierto que para mí sería un gran placer, porque sinceramente y la verdad tiene que ser dicha, creo que es muy bella y tiene un cuerpo verdaderamente bonito, además de ser cariñosa, simpática y comprensiva. Pero no quiero, ni poco ni mucho, no quiero que haga sea lo que sea contrariada o para no hacer daño a alguien o por mero espíritu de sacrificio. Yo digo a doña Guilhermina que no quiero, o que hicimos el amor y no nos gustó, y se acabó.

Virginia me acarició la cabeza y, esta vez, tenía la cicatriz de la mejilla derecha completamente girada hacia mí.

- Soy yo quien quiere. No es por deber, ni sacrificio, ni por nada de eso. Es verdaderamente porque quiero, porque yo quiero.

16.

La tarde del domingo anterior al lunes en que Gina me sería dada como medalla de buen comportamiento, estábamos en la cama para dormir una siesta. Yo estaba echado de espaldas y mi dueña, con aquella técnica de gimnasia que solo ella sabía, se sentó encima de mí, después de acomodarse para que la penetrase. Y así permanecimos, inmóviles, hasta que ella sacó un pequeño volumen negro de su mesa de cabecera y empezó a leer con voz solemne y pausada, como oficiante de una nueva liturgia basada en el sexo y en todos sus indecibles horrores:

¿He consentido pensamientos y deseos contra la castidad? ¿He dicho u oído con placer palabras inconvenientes y entoné u oí entonar canciones contra la castidad? ¿He visto grabados, libros o periódicos inmorales? ¿He tenido miradas o familiaridades culpables? ¿He estado en peligro de pecar contra la castidad, no queriendo evitar la ocasión? ¿He asistido a animatógrafos, teatros, danzas y otras diversiones contrarias a la pureza? ¿He usado modas indecentes o peligrosas, dando ocasión al prójimo de pecar? ¿He tenido familiaridades con personas de otro sexo? ¿Me he apartado de la presencia de mis superiores en compañía de personas de otro sexo? ¿He practicado acciones contrarias a la castidad conmigo o con otras personas? ¿He sido causa de que otros pecasen contra la castidad?

Dejó el libro, abrió los brazos en cruz y cruzó los dedos por detrás de la cabeza, imagen viva del triunfo de sus senos.

- Sí, yo soy la gran bacante que hace temblar a los profetas.

Y cómo brillaba su sonrisa entre la cabellera de platino.

- Mañana, cuando esté con Gina, no me olvide nunca. Cierre los ojos y piense en mí, tal como estoy en este momento.

En ese preciso momento, sonó el timbre de la puerta, a propósito para deshacer el encanto de aquella hora mágica.

- ¿Quién será el gran cabrón o la gran hija de puta?... ¡Gina! – gritó mi amor. – ¡Vete a abrir y di que no estoy!

Al día siguiente fui a trabajar. Solo tendría vacaciones en agosto. pero la Delegación estaba muy tranquila, entraban pocos contribuyentes y la mayoría se dirigía al mostrador de la Propiedad. Yo estaba solo en el mostrador del Impuesto Profesional y solo atendí a una contribuyente, tal vez más mayor que Guilhermina, pero con una conversación torrencial que sirvió para distraerme de lo que haría luego por la noche, y que era como el estreno de una nueva película o de una nueva pieza de teatro. Estuvimos casi dos horas hablando. O tal vez más. Ella me contó la historia de su vida, nunca había trabajado y ahora se veía obligada a coser para fuera. Tiene

gracia, igual que mi madre. El marido estaba enfermo, totalmente paralizado, y vivían de la pensión de él y del trabajo que ella iba consiguiendo ¿Y qué me dice de la bomba?

- ¿Qué bomba?

- Ayer por la noche explotó una bomba en un apartamento de la Avda. de los Estados Unidos. Salió en el Telediario. Parece que hay dos muertos. Chicos jóvenes, imagine. Tal vez, de su edad. Y todavía hay quien diga que la muerte escoge edades. No escoge, no.

Así que en cuanto pude, fui a la calle a comprar el periódico. Efectivamente, había dos muertos en una explosión. Según la Policía Judicial, que había acudido inmediatamente al lugar (lenguaje del periódico), los jóvenes estaban construyendo una bomba cuando la misma les explotó en las manos y los deshizo en trozos diseminados por el suelo y por las paredes. Uno de los muertos era hijo de los dueños de la casa y el otro era estudiante de cuarto curso de Derecho. No mencionaban los nombres. Se había abierto un enorme agujero en el edificio y las ventanas se habían hecho añicos en su mayor parte. Se habían encontrado vestigios humanos en la calzada, en las ramas de los árboles y en los tejadillos de algunos coches.

Severo no me había dado su teléfono. Pero yo tenía el número de teléfono de un amigo suyo.

- Hola, perdona que te moleste, pero ¿Sabes algo de Severo? ¿Está bien?

- Severo murió – fue la respuesta breve y casi con rabia del otro lado. – Murió. Ayer por la noche. ¿No lo sabías?

- No, hoy me hablaron de una bomba y, no sé por qué, pensé enseguida en Severo.

Estaba mintiendo. Recordaba que mi amigo me había pedido que guardase unas cajas en casa y yo me había negado.

- No fue ninguna bomba. Era una noticia sensacionalista. Hoy ya viene rectificado que lo que los dos estaban haciendo eran experimentos de química, puramente científicos y nada más. Parece que los padres del otro chico son personas influyentes y fue así cómo se supo la “versión verdadera” de las personas con influencia.

- ¿Cuándo es el entierro? ¿Y dónde?

- Hombre, todavía están uniendo los trozos para poder hacer la autopsia. Y solo después deberá ser el entierro. Calculo que no sea algo bonito de ver. Severo... Dios mío.

El otro oficialmente no creía en Dios, por lo que debería estar verdaderamente muy impresionado para recurrir a esta Última Instancia. Colgué el teléfono y busqué un rincón escondido para llorar silenciosamente. Era el primer amigo que se me moría.

En casa, durante la comida, tuve que explicar mis ojos hinchados y los sollozos que de vez en cuando me sacudían.

- Fue un amigo que murió. Parece que fue una bomba.

Guilhermina me acarició la cabeza y me apretó contra su pecho. Y no dijo nada. Virginia tenía un pecho más confortable, pero se limitó a hacerme una caricia en el brazo.

- No tengo hambre. Tal vez coma solo una sopa.

- Pero tienes que comer, hijo mío– dijo mi dueña, dándome aquel tratamiento de “tú” que era tan raro en ella.

- No tengo lo que se dice nada de hambre. Un chico con tantas cualidades, coherente, escrupulosamente revolucionario, y a veces capaz de un gesto de cariño, un amigo con tanto futuro, y muere así de una forma tan estúpida.

- Un anarquista nunca puede ser un amigo – era Guilhermina la que hablaba.

- ¿Qué importa que sea anarquista, cuando se trata de un amigo? – y era Virginia la que me enjugaba las lágrimas con un pañuelo lavado que sacó del delantal.

Guilhermina se levantó y paseó a lo largo de la sala, con las manos en los bolsos de los pantalones, y ahora no parecía hablar para nadie en especial. Por lo menos alguien que estuviese físicamente presente en aquella sala.

- Un pequeño nada más para añadir al gran nada. ¿Habrás algo? Sí, pero ¿qué?...

Y volvió a sentarse, haciendo con las manos el gesto de quien espanta pardales.

- No hablemos más de muerte. No es saludable.

La contribuyente que había pasado la mañana en el mostrador del Profesional pasó por la Delegación y me trajo una botella de *Old Parr*, de 15 años. Es de mi marido, pero el pobre ya no puede beber, y cuando le dije que había sido tan atento conmigo... Aunque no beba, puede ser que alguien de su familia...

Our Mutual Friend informó que el cuerpo de Severo, cuando se juntase lo que de hecho le pertenecía o parecía pertenecer, sería velado en

la capilla mortuoria de la Igreja de São João de Deus, y que el entierro sería en el cementerio de Benfica, en un panteón familiar.

- ¿Severo? ¿Con panteón familiar? No parecen cosas tuyas.

- ¡Claro! Pertenece a una familia rica. La vanguardia revolucionaria suele ser hija de buenas familias. Los pobres no pasan de un bando de resentidos y si pueden cambiar el puesto con el patrón ni lo piensan dos veces.

Esa noche, y tal como había prometido, Guilhermina salió y nos dejó a solas. La verdad era un poco humillante y con el rostro ardiendo tuve que confesar a Virginia que

- Hoy no soy capaz. Estoy triste, pero tan triste, tan triste, que ni siquiera soy capaz de pensar en sexo. No voy a conseguir. Sé que no soy capaz. Tal vez mañana.

Gina se había quitado el delantal y se había puesto un camisón rosa, transparente, que hacía visibles a contraluz sus piernas perfectamente torneadas. Me hizo una caricia y me ofreció una sonrisa tan dulce como nunca le había visto, ella que no era de sonreír mucho.

- No importa. No pido nada. Pero hoy está triste y es en esos momentos cuando más necesitamos un amigo... o incluso una amiga. Venga a echarse conmigo. Si quiere, hablamos. Si no quiere, se calla y se duerme, y yo estoy ahí al lado, al alcance de su mano, como si fuese una hermana y nada más, no pasa nada.

La seguí dócilmente, no como el cordero al que llevan al matadero sin refilar, sino como quien necesita una voz, una piel, un olor amigo, y sabe dónde lo puede encontrar.

Nos echamos uno enfrente del otro y puse la mano izquierda encima de su cadera derecha. Y no dije ni hice nada más. Creo que me adormecí porque Engels se me apareció en sueños, en un jardín de cerveza, al lado de una señora oronda y con sombrero de paja, por lo que debía ser verano también en Alemania. Y él, en los descansos, se giraba hacia mí y me decía cosas... todavía si Severo fuese de tu familia, padre, madre, abuela, entonces hasta lo comprendería. Acuérdate que él prometió fusilarte, o, si estuviese de buen humor, mandarte a un campo de reeducación. En fin, como amigo los hay mejores... La culpa es nuestra, porque nos gustan las personas no por sus méritos, sino simplemente porque nos gustan, nada más. Ahora, piensa solamente que tienes a tu lado una mujer fabulosa, verdaderamente parecida a una estatua. Tu indiferencia ofende y duele más que la cicatriz que ya tiene la pobre. Piensa en eso mientras acabo esta cerveza.

Mi pene estaba recibiendo masajes y siendo rodeado por dedos desconocidos, que no eran nudosos, sino largos, carnosos, suaves y anormalmente frescos. Intercambiamos nuestro primer beso y no trazamos allí mismo nuestro destino, porque aparentemente ya había sido trazado por Guilhermina y nosotros éramos criaturas suyas y éramos felices así. Yo era feliz en el momento que penetré a Gina por primera vez y casi que le decía que la amaba. Al final no dije nada y todo lo que se oyó fue el crujir de los muelles del colchón, sonidos mojados y nuestras respiraciones alteradas.

Me adormecí nuevamente hasta que Gina me empujó suavemente.

- Doña Guilhermina acaba de entrar ahora. Vete. Hasta mañana. Duerme con los ángeles y sueña conmigo si quieres. O si puedes.

17.

Pasado mañana comenzarían mis vacaciones.

Guilhermina ya había decidido y trazado el programa de las fiestas, y solo se lo había contado a su confidente Virginia, la cual le había dicho que estaba muy satisfecha conmigo y que los buenos amantes dan buenos maridos.

- ¿Adónde vamos? – pregunté yo. – Si es que vamos a algún lado. Aquí también se está muy bien y agosto es el mejor mes para ver Lisboa.

- De eso me ocupo yo. Ha trabajado mucho, y bien, y merece un descanso. Está todo planeado para que sea una sorpresa y solo tiene que dejarse llevar como un naufrago de lujo. Tiene este fin de semana para hacer las maletas. Partimos el lunes por la mañana, lo más tardar a las seis y media. No olvide su pasaporte.

Nos levantamos de la cama cuando el despertador tocó a las cinco y media de la mañana. Nos lavamos pero no tomamos el desayuno. Yo bajé las maletas, que Virginia colocó en el portaequipajes, y volví atrás para confirmar con mi dueña que las ventanas estaban cerradas, el agua también y la luz solo quedaba conectada por el arcón frigorífico. El teléfono quedó desconectado del enchufe, para que ningún vecino se diese cuenta de que no había nadie en casa, si el teléfono tocaba y nadie atendía. Y, por fin, la llave de la puerta de casa se cerró con cuatro vueltas en la cerradura de alta seguridad, si es que existe alta seguridad en cualquier parte de este mundo, pero ya se sabe, es publicidad y la función del publicitario es mentir descaradamente.

Cuando bajábamos, subía las escaleras un bombero, vestido de arco-iris chamuscado, con el pelo cortado a cepillo. A aquella hora debía traer todavía el olor a quemado de los incendios nocturnos.

- Vamos – ordenó mi dueña, que se había puesto un sencillo vestido blanco años 50, con rositas de un rojo pálido, y que se ajustaba en la cintura con una cadena dorada.

Virginia vestía igual, como hermanas gemelas nacidas en tiempos y lugares muy diferentes. Ella era la que conducía y mi dueña se había sentado a su lado.

- Para que esto no se transforme en un taxi.

Yo me acomodé atrás y vi que seguíamos para el Valle de Alcántara, en dirección al Puente 25 de Abril. Después de atravesar el puente, seguimos en dirección oeste y mis mujeres (me daba placer pensar en ellas así, aunque la verdad no fuese esa exactamente) mis mujeres se pusieron gafas oscuras. Me habían dejado tranquilo y yo me fui envolviendo en una nube de algodón en rama, próxima a la inconsciencia.

En Elvas, mi dueña se cambió al sitio del conductor, Gina cambió de sitio conmigo, y yo pasé al sitio del “copiloto”. Pasados 12 kilómetros llegamos a la frontera, mostramos los pasaportes y nos dejaron pasar sin pasar revista al portaequipajes ni cualquier otra formalidad del Manual.

Tomamos el desayuno en un área de servicio próxima a Badajoz y yo pedí leche y pan con queso. Guilhermina también pidió pan con queso manchego, tostadas con mermelada de naranja y un zumo de grosella. Gina pidió zumo de naranja y tostadas, que cubrió con aceite y tomate y lonchas de jamón. Ellas pidieron café. Yo no.

Cuando continuamos el viaje, mi dueña me iba pidiendo cosas.

- Deme agua.

- Mis gafas de lejos. Está dentro del bolso, en una bolsa negra. No es en esa cremallera, es en la otra de al lado. Esa.

- Páseme el lápiz de labios. Está con el espejo.

Esa noche iríamos a dormir a Madrid. Pasamos Mérida y sentí no parar para admirar *Emerita Augusta* y ver el anfiteatro donde tiene lugar el Festival de teatro. Solo paramos en Trujillo para comer. Yo pedí un gazpacho andaluz y una ensalada de lechuga, tomate, patata, pepino, huevo cocido y atún. En el verano, ensalada de atún con judías pintas era el tipo de comida que más me gustaba. Pero eso allí no lo tenían y la *ensalada campera* era lo más parecido que había. Guilhermina pidió una carne de corte grueso, que todavía sangraba del interior, sin patatas fritas ni nada más, a no ser unos trocitos de zanahoria, y una cerveza, porque iba a conducir. Gina pidió caldo del cocido y merluza a la romana.

Guilhermina era de los tres la más carnívora, y yo evitaba mirarla, porque la sangre es algo que me molesta. Tanto si es mía como ajena. Era

como si me avergonzase de mis antepasados que todavía desconocían el fuego y comían carne cruda, con todo su horrible hedor a descomposición.

Entramos en Madrid alrededor de las cinco, hora española. Ahora conducía Gina y yo iba a su lado. El problema fue aparcar. Dimos vueltas pacientes por las calles estrechas, a la espera de que algún coche saliese, y la paciencia fue recompensada. Conseguimos estacionar en una calle paralela a Ópera y mi dueña dijo que llevásemos solo mi maleta, que pesaba poco, y otra, castaña, con ropa suya y de Gina, solo lo esencial para una noche.

Nos alojamos en el Hotel Francisco I, en la Calle del Arenal, que incluía habitación y desayuno, y no era caro. Guilhermina había reservado dos habitaciones— una para nosotros dos, otra para Gina.

Comimos algo rápido solo para engañar al hambre, porque teníamos entradas para una zarzuela en el Centro Cultural Colón – me parece que se llamaba “Agua, azucarillos y aguardiente”, no estoy seguro porque tenía sueño y Guilhermina me daba constantes codazos para que me despertase, pero normalmente solo me despertaba con los acordes más fuertes de los finales de los cuadros.

Y después sí, cenamos en una terraza de la Plaza Mayor, disfrutando la cálida noche madrileña, con las terrazas abarrotadas de gente, tan alegre y tan habladora, al contrario de los portugueses, normalmente tristes y callados, como amarrados a una fatalidad que no perdona y que es la de ser portugueses y, por lo tanto, masoquistas en estado puro.

Gina y Guilhermina hablaban en castellano y yo iba entendiendo algo, que portugués y castellano son lenguas muy parecidas y lo que más las diferencia es la pronunciación. Pero hay palabras totalmente diferentes, como tobillo (*tornozelo*) o conserje (*porteiro*) o lechuga (*alface*). ¿Qué sería, por ejemplo, follar? ¿Tendría algo que ver con la culinaria – *mil folhas* (milhojas), *massa folhada* (hojaldre), o cosas así? Se reían, por lo que debía ser algo verdaderamente muy placentero. Después atendiendo mejor a la risa imparable que las sacudía cuando me miraban, entendí que debía ser cosa picarona, sin ninguna relación con ollas y cazuelas. Para ponerlas a prueba, dije, con cuidado para que nadie más me oyese – *Quiero follar*. Entonces fue cuando no podían parar de reírse hasta que Gina consiguió decir, casi con lágrimas en los ojos – *Que sí, que sí, tranquilo*.

Madrid, a las cuatro de la mañana, tenía tanto movimiento como Lisboa a las cinco de la tarde.

- Por eso les llaman a los madrileños “los gatos”, porque les encanta la noche – explicó Gina.

Me iba a acostar con Guilhermina, cuando ella me apuntó con el dedo, o mejor, apuntó hacia la puerta.

- No, no. Primero la obligación, y luego la devoción. Vete con Gina, que está en la habitación de al lado, o sea la 412, para que no llame a otra puerta por equivocación. No quiero escándalos.

Guilhermina estaba equivocada. Era como si dijese que solo ella era el verdadero placer y que la otra era solamente el cumplimiento de un deber. Lo que no era verdad. Gina, para mí, no era ninguna obligación, era también un placer, como si el goce tuviese dos caras y dos cuerpos diferentes pero que se completaban y juntos eran la perfección absoluta. Pero yo no podía decir que ambas eran mi devoción, porque la jerarquía es inevitable y Guilhermina era mi preferida, porque solo ella conseguía acumular la amante experimentada y la sustituta de una madre autoritaria. Hasta me había torcido ya un brazo. La verdadera esencia de doña Odete. Y lo que le faltaba, y también a doña Odete, podía encontrarlo en Gina – la madre siempre cariñosa, siempre comprensiva, y para quien las lágrimas no eran pura sensiblería. La persona con quien puedo ponerme rojo tranquilamente porque no va a pensar cosas raras de mí.

Cuando salí de la cama de Gina, ya era de día. Me enrosqué en el cuerpo de Guilhermina, porque el aire acondicionado había refrescado y estaba en los 16.º Tenía tanto sueño que solo desperté cuando mi dueña me zarandeo.

- Faustino, aquí solo dan el desayuno hasta las diez y son las doce menos cuarto. Levántese y váyase a lavar. Dejé ahí fuera el letrero “No molestar”, pero al mediodía tenemos que dejar la habitación. Pero, pensándolo bien, vamos a quedarnos aquí una noche más. Tengo que hacer una cosa esta tarde aquí en Madrid. Continuamos el viaje mañana. ¿Le parece bien?

Asentí con un gesto de que cualquier cosa me parecía bien, principalmente cuando no sabía de qué se trataba.

Tomamos el desayuno en la Calle del Arenal y fuimos a pie hasta el Museo del Prado, cuando el calor todavía era soportable. Quería ver “Las lanzas” de Velázquez, pero no estaba en exposición, estaba en los talleres de restauración. Pero allí estaban los Grecos, los Goyas y los Zurbarán, y fue una fiesta para los ojos. Guilhermina no se dignó mirar los rostros aterrorizados de los patriotas madrileños que eran fusilados en el cuadro de Goya. Siguió apresuradamente hacia el cuadro al lado. Pensé en Severo y sentí no tenerlo allí a mi lado. En Historia la muerte no resuelve nada, solo aplaza los problemas.

Por la tarde, después de la comida, Guilhermina nos planteó un asunto – yo tengo que ir al médico. Puedo ir a cualquier hora, que me atienden igual. Lo que os pregunto es si dormimos primero la siesta y después voy al médico, o voy primero al médico y después dormimos la siesta.

Miré a Gina y me pareció que ella ya estaba de acuerdo conmigo incluso antes de que yo hablase.

- Primero el médico. Después descansaremos mejor.

Iba a decir “primero la obligación, y luego la devoción”, pero parece mal devolver a los otros, enteritas, sus propias frases, principalmente cuando son tontas.

Gina estaba de acuerdo. También le parecía buena idea. Y si pudiese ir al médico antes de la comida, mejor todavía.

Circular en coche en Madrid era difícil y Guilhermina no quería perder el sitio donde habíamos aparcado la víspera. Por eso fuimos en “metro” y salimos en la estación de Conde de Casal. Subimos la calle O’Donnell y Guilhermina entró en un edificio alto que parecía un gran hospital pero más pequeño y que era la Clínica de Santa Filomena. Quería acompañarla, pero mi dueña fue categórica, como siempre.

- No. Voy sola. Espérenme aquí en esta terraza. Pienso que no voy a tardar.

Gina y yo nos sentamos en una terraza, a la sombra de una sombrilla enorme. Pedimos dos zumos de naranja y ella pidió al camarero:

- Al mío no le pongas hielo.

Le pregunté si Guilhermina estaría enferma, para haber aprovechado nuestro paso por Madrid para ir al médico. Pero Gina respondió con una evasiva.

- Que yo sepa, no. No está enferma. Debe tener algún asunto que tratar con el médico. Nada de cuidado.

Solo me tranquilicé cuando vi el rostro de Guilhermina a la salida de la puerta de la Clínica – una sonrisa abierta, de triunfo, que le hacía todavía más bonitas las arrugas de su rostro adorado, y era por eso por lo que era mi dueña y los grilletes no me molestaban.

- ¿Está todo bien?

Me apretó en sus brazos musculosos y me besó descaradamente, allí mismo en plena Calle O’Donnell, un beso largo y chupado, que me obligó a sentarme para no dar escándalo a costa de mis pantalones.

Después abrazó estrechamente a Gina, le besó las mejillas y le acarició la marca de la cicatriz con ternura de madre.

- ¡Oh, queridos, soy tan feliz! Vamos a celebrarlo. Luego les voy a llevar a cenar donde solo va la realeza.

Era un restaurante donde las personas generalmente solo iban en *limousine* y con chófer uniformado, y los precios eran impropios para cardíacos pobres. No retuve el nombre, porque era de aquellos restaurantes que, por fuera, parecían agencias bancarias de provincia, y solo por dentro eran restaurantes de lujo. Servía para apartar a la plebe, aunque difícilmente la plebe tendría dinero para pagar una simple entrada. Los traficantes de droga no traen ninguna señal particular en la frente y se confunden fácilmente con banqueros sin antecedentes penales, por lo que no hay manera de obstruirles la entrada en los restaurantes donde se alimenta la realeza.

Un individuo alto, de porte más que marcial (parecía que se había tragado una tabla entera y todavía no había conseguido librarse de ella por medios naturales), con uniforme de color verde vegetal, pero más claro que el de los autobuses de entonces, cubierto de medallas, se acercó a Guilhermina, hizo sonar los tacones y se inclinó en una cortesía de 90°, como si mi dueña fuese también la Comandante en jefe del ejército en que militaba. Dijo que era un gran honor volver a verla y deseó que viniesen mejores tiempos. Y añadió “para todos nosotros”. Era un *saudosista*, un antiguo héroe del Ejército Nacional, había combatido a las órdenes directas de Queipo de Llano, y ahora que ya se podía hablar más o menos libremente, había pasado a ser más conocido como carnicero, adepto de los fusilamientos libres justo antes del amanecer. Todos los meses hacía una romería al Valle de los Caídos, donde reposaban los restos de su héroe Franco, pues José Antonio Primo de Rivera no contaba, era solamente un ornamento y una disculpa.

Guilhermina nos presentó:

- Mi familia – Faustino y Virginia. El General Varela, un amigo de toda la vida.

Yo le saludé. Virginia se negó, alegando que se había torcido la muñeca y realmente no podía. “Lo siento mucho”. Noté que permaneció sentada, con la palma de la mano derecha tapando la mejilla cortada por la cicatriz.

Salimos del restaurante casi a medianoche, y no conseguí darme cuenta de que hubiese estado allí algún miembro de la realeza – de cualquier modo, solo conocía las fotografías del Rey y de la Reina que venían en las revistas, y tal vez en persona fuesen muy diferentes. Había

bebido poco, pero era un vino muy fuerte y me sentí con muchas ganas de amar y dormir enseguida.

Al día siguiente nos levantamos más temprano, todavía a tiempo de tomar el desayuno en el hotel y regresé, con una maleta en cada mano, al sitio donde habíamos dejado el coche aparcado.

No pregunté para dónde íbamos porque una de mis películas francesas favoritas era *La Voyage Surprise*, y aquel viaje para mí era una sorpresa tras otra. Lo que resulta muy agradable cuando se viaja en la compañía de quien se ama y que es el director de aquella obra de la que nunca leemos el texto.

Seguimos hacia el sur, por la carretera de Valencia, la nacional III. La A3 aún no había sido inaugurada. Pasamos Fuentidueña del Tajo y vi el Tajo de mi aldea, no, el Tajo no era el río de mi aldea, pero lo veía desde lo alto de mi buhardilla en la Junqueira, por eso era como si fuese mi aldea. Era estrecho, pero decían que muy profundo, casi como un filósofo alto y muy delgado.

Estábamos ya en Castilla la Mancha cuando Gina dijo algo al oído a Guilhermina. Esta avanzó un poco más y, así que encontró terreno libre, abandonó la carretera y estacionó. Gina salió corriendo, apoyó los brazos a un árbol y empezó a vomitar. Mi dueña y yo salimos corriendo tras ella. Guilhermina le puso maternalmente la mano sobre los hombros.

- ¿Qué te pasa, cariño? – le preguntó en español.

- ¿Qué te pasa, cariño? – repetí yo, sin saber que más decir, pues mi vocabulario castellano era todavía muy limitado, poco más que “*te quiero*” y “*gracias*”, lo estrictamente suficiente para una amistad sin complicaciones o un amor reducido a lo básico.

Los vómitos remitieron y Gina sonrió para tranquilizarnos. No era nada.

- Fue la cena de ayer, seguro—soltó Guilhermina, incrédula. – era muy pesada y estaba muy condimentada. Fue eso, seguro. Yo también me quedé un poco, no sé cómo, empachada. Ahora cuando paremos, tomaremos una manzanilla y tostadas, nada más.

Íbamos en dirección a Cuenca y mi dueña me reveló los planes para las próximas 24 horas. Íbamos a dejar a Gina en su tierra natal, Albaladejo, para ver a su familia que hacía diez años que no la veía, y es mucho tiempo para cualquier familia. A su vez, nosotros nos quedaríamos en Villaverde y Pasaconsol, que quedaba solo a cinco kilómetros de Albaladejo.

- ¿En casa de quién?

- En mi casa. Es una especie de casa solariega en pequeño, y tiene un terreno. La compré hace diez años, más o menos cuando conocí a Gina.

Veíamos desde allí el embalse de Alarcón brillando al sol. El agua tenía una tonalidad azul turquesa que era muy bonita y daban ganas de flotar sin preocuparse con el destino.

Mi dueña dejó el coche en el garaje y se le aproximó un gigante calvo, con un collar de pelos blancos rodeándole la calva reluciente. Traía la boina en la mano y era el casero, la persona que se ocupaba de la casa en su ausencia.

Le saludé y permanecí oyéndolos hablar de aquella forma torrencial que me resultaba inaccesible. Pero bastaba el sonido de la lengua para hacerme feliz, aunque no la comprendiese. Guilhermina estaría dando las instrucciones de aquella forma imperial que solo ella sabía, y que me tentaba a llamarle zarina, si ella no replicase ácidamente que las zarinas eran todas unas putas.

Una joven muy bella, con ojos que me recordaban las ilustraciones de libros infantiles, trajo un cesto de mimbre con nuestra comida, cubierto por un mantel. Oía bien, a pan acabado de cocer, y traía especialidades de la región, como *gachas*, *ajo arriero* y *morteruelo*, también un *tupperware* de carne con tomate. Venía también una botella de un vino de la bodega cooperativa, hecho exclusivamente con uvas de la región – *Vinos Mejeda*. una delicia para los sentidos, de la que se podía despertar sin remordimientos ni dolores de cabeza.

- *Gracias, Celina. ¡Qué guapa estás! Y la familia ¿qué tal? Tu papá, tu mamá, tus hermanos, ¿todos bien?*

Celina entregó una llave negra. Que el señor cura se la había dado para que Guilhermina pudiese ir a visitar la cripta de la iglesia a cualquier hora. No era un préstamo, era una dádiva. Si quería ir de noche, convenía llevar luz, pues el señor cura desconectaba siempre el cuadro eléctrico después de la misa de las siete. Por miedo de los incendios o por espíritu de economía, no se sabía bien.

Después de la comida, hicimos el amor en la cama de la habitación de mi dueña, que parecía haber venido directamente del saqueo de algún palacio, pues era una cama con dosel, con columnas finamente torneadas. Después nos dormimos en paz. Yo por lo menos. Ni siquiera oí las palabras que Guilhermina susurró y que si las hubiese escuchado me habrían dado el escalofrío de las grandes contrariedades - “Tal vez, ya no necesites volver a hacer el amor con Gina”.

Cuando nos despertamos, tenía la boca seca, pero nos vestimos deprisa porque ella solo me decía “Date prisa. Date prisa” y yo sin descubrir el porqué de tanta prisa.

Cada uno llevaba una linterna eléctrica con un proyector suficientemente grande para iluminar toda una sala. Y, por seguridad, yo llevaba también cerillas y una lámpara de petróleo. Velas no harían falta. En caso de necesidad, en la iglesia habría muchas.

Pasamos por dos ingenieros, vestidos con monos, con el pelo cortado a cepillo, que seguían ensimismados por el camino de tierra, con las manos detrás de la espalda, uno de ellos sujetando un periódico, el otro una pipa, y que ni siquiera saludaron, al contrario de lo que es costumbre en los pueblos. Me recordaba a unas vacaciones en Sanguinheda, municipio de Arganil, donde me habían dicho que debía hablar a todos, pues éramos todos primos. Todos somos primos unos de otros.

Entramos por una pequeña puerta de madera, que formaba una ojiva gótica, pero se trataba de puro “revivalismo”, pues la antigua iglesia había sido derribada y la actual, donde entrábamos ahora, todavía no tenía ni diez años.

Se bajaba por una escalera estrecha y sombría. Incluso durante el día debía ser sombría, porque había caído el crepúsculo y la oscuridad allí ya era completa. Con las luces encendidas, entramos en la cripta, donde solamente había un túmulo, con la estatua yacente de un caballero medieval, con armadura completa, y con las manos cerradas en la empuñadura de una espada, como si no renunciase a los placeres de la guerra ni incluso después de muerto.

- Amor, este túmulo no puede ser de esta iglesia. Esta cola no es de este gato. ¿Verdad? La iglesia es relativamente reciente, casi acabada de estrenar, el túmulo tendrá 700 años, vaya usted a saber... y los señores feudales no se enterraban en capillas perdidas en los campos. Tanto en la vida como en la muerte les gustaba la grandeza.

- Qué listo es el niño para unas cosas.

Y para que no viese una censura en sus palabras, me besó suavemente en los labios, muy suavemente, pero lo bastante para estremecerme con escalofríos. Sentía que no era el puro y simple miedo, sino la presencia de algo opresivo, y si no estuviésemos en una iglesia, diría que era cosa maléfica, algo que tenía que ver con pecado, pero no con pecados normales. Era el Gran Pecado, el que nunca aparece en los catálogos destinados al público, y que es exclusivo de una minoría de *gourmets* del séptimo día.

- Todos los meses mando dinero al cura, para que mantenga la cripta alumbrada. ¿Ve aquí alguna luz? No, ¿a qué no? Niño, vaya ahí arriba, al altar de Nuestra Señora, y coja un candelero que está allí y que, si recuerdo bien, lleva ocho velas. Tráigamelo aquí.

- Amor, ¿y no será pecado?

- ¿Pecado? Faustino, todo lo que está aquí, la iglesia, la cripta, todo lo que está aquí fui yo quien lo pagó. Fui yo quien pagó la demolición de la Iglesia vieja y la construcción de la nueva. Todo esto me pertenece. Entonces, venga, déjese de sensiblerías y tráigame lo que le pedí.

- ¿Y te dejo aquí sola, amor?

- Me quedo sin problemas. Y no me trate de “tú” y además aquí. Le pido un poco de respeto. ¿Puede ser?

- Lo prometo, señora mía. sus órdenes serán cumplidas. Si lo necesita, grite que vengo en un instante.

Olvidé el sacrilegio que iba a cometer. Como las velas estaban apagadas, el pecado no tenía la gravedad que tendría si las velas estuviesen encendidas. Privar a Nuestra Señora de su luz sería mucho peor. Yo solo cumplía las órdenes de mi dueña, a quien no podía negar nada, nada de nada, porque me había enseñado el amor y me había proporcionado todas las cosas buenas de la vida doméstica, hasta el privilegio de dormir con Gina.

Bajé de nuevo las escaleras de la cripta, llevando el candelero que había sido de Nuestra Señora. Guilhermina lo puso en un pequeño altar y encendió las velas. Con nuestras linternas también encendidas, había ahora luz suficiente para captar todos los pormenores. Los lados de la sepultura tenían escenas de caza e inscripciones en latín, carcomidas por los siglos. De las paredes escurría una humedad persistente, insidiosa, de un color verde, como si se estuviesen formando pequeñas algas alrededor de la sepultura.

Guilhermina se arrodilló y rezó. Yo hice lo mismo, recé un padrenuestro por el eterno descanso de aquel que reposaba allí hace tantos siglos, fuese quien fuese.

- ¿Quién es?

- No me pregunte. Porque no le puedo responder.

Ella estaba conmovida y yo estreché sus manos entre las mías para confortarla.

- No preguntaré, descanse. Todos tenemos derecho a nuestros secretos.

Pero fue difícil resistir. El misterio estimula la tentación.

- ¿Persona de la familia?

Guilhermina no respondió. Porque no podía responder.

18.

Nuestro destino era La Manga del Mar Menor, una lengua de tierra que separaba el Mediterráneo de una enorme laguna de agua salada denominada Mar Menor. Nos instalamos en el *Hotel Galúa*, lo que se dice en primera línea de playa, o sea, bastaba bajar tres escalones y estábamos en la playa. Daba hacia el Mediterráneo, lo que era una ventaja – el agua no era tan caliente ni tan salina como la del Mar Menor, y no había medusas en tanta cantidad como las que proliferaban en este último.

En aquel año, 1979, todavía era posible avistar el Mediterráneo de un lado y el Mar Menor del otro. Después, una urbanización enteramente anárquica tapó completamente la vista simultánea de ambos mares y el acceso al Mar Menor se hizo difícil. Había una única avenida que recorría casi toda la lengua de tierra y, por lo menos en el km 8, había una salida para un pequeño puerto de donde zarpaban barcos para hacer cruceros por entre islas que tenían historia, por lo menos la de un marido celoso casado con una rusa a la que le gustaba bañarse desnuda, expuesta a las miradas de los pescadores. Esto en el Mar Menor.

Las habitaciones que nos habían preparado estaban en el 5.º piso para mi dueña y para mí, y en el 6.º piso para Gina. Guilhermina estuvo horas intentando convencer a gritos a la recepcionista para que diese a Gina una habitación al lado de la nuestra. Era el escándalo lo que la preocupaba. Alguien podía verme haciendo el trayecto entre las habitaciones y nunca se puede adivinar lo que alguien puede hacer con un secreto que ha encontrado por casualidad. Por fin, Guilhermina habló con la pareja que estaba en la habitación de al lado, que tenía un hijo de 18 meses, y la conversación debió haber sido productiva, porque ellos se ofrecieron para cambiar de habitación y además nos lo agradecieron.

Nos quedamos todos en el 5.º piso, con vista directa al mar y al faro del Cabo de Palos.

El hotel estaba lleno. Lo que se notaba en el comedor. Estábamos alojados en régimen de pensión completa y, para la cena, si no llegábamos antes de las ocho y media, teníamos que ponernos en una fila enorme y esperar que nos tocara el turno. Lo que hacía que mi dueña nos agarrara de las manos y nos arrastrara hacia afuera – Niños, hoy vamos a cenar a otro lado. Invito yo.

Gina todavía se quejaba de náuseas por la mañana, pero pasados algunos días nos anunció que ya se sentía mejor y que no era nada. Sin embargo ahora tenía momentos de introspección más frecuentes; no era que estuviese preocupada, no parecía preocupada, sino que estaba como un poco lejos de nosotros, en un mundo solo suyo, temporalmente aislado del exterior. No me miraba de frente, miraba más allá de mí mismo, como si fuese ahí el lugar donde yo debería estar si el mundo estuviese correcto y no fuese una cadena de sucesos fortuitos sin sentido aparente.

El pueblo no tenía nada especial; era un montón de casas todavía con espacio libre para más casas. Estábamos allí solo por la playa, que era muy limpia y con agua transparente. Se podía entrar bastantes metros con el agua por la cintura y ver pequeños peces nadando entre nuestras piernas.

Me gustaba pasear a la orilla del Mar con mi amada y rodear su confortable cintura con el brazo

- ¿Pero no ve que me compromete? ¿Qué dirán las personas si saben que no estamos casados? Aquí estamos muy expuestos y mucha gente sabe quién soy. La verdad es que no lo saben, pero piensan que sí, que saben quién soy. Las personas hablan. No podemos evitarlo.

No respondí, porque sabía que si estuviésemos casados también hablarían.

- Ah, el asunto no le interesa.

- No es que no me interese. Por mí, me casaba contigo hoy mismo. Pero como es un asunto entre dos personas, te dejo la decisión. Estamos muy bien como estamos. Pero si decides que nos debemos casar, creo que eso no va a perjudicar ni enfriar nuestro amor. Se dice que lo que se hace por obligación no tiene gracia. Yo pienso lo contrario. Me gusta tener obligaciones. Tal vez esté equivocado. Seguro que estoy equivocado. Pero la idea de todo un sacramento, aunque sea solamente una ceremonia civil, solo para lamerte y penetrarte, me produce una sensación de pecado profundamente excitante. No debería ser así, pero es porque soy católico. Perdona.

- Tal vez, Gina sea más tranquila en la cama.

- Más señora – admití.

- Está bien. Si eso le entusiasma tanto, tanto que ni se nota, podemos perfectamente casarnos. Pero no me trate de “tú”. Ya sabe que no me gusta.

Solíamos pasear después de la cena y cuando volvíamos nos reuníamos en la terraza, alrededor de una mesa de plástico y jugábamos a los dados o al dominó. Guilhermina ganaba casi siempre. Y en las pocas

ocasiones en que perdía, se ponía de un malhumor tan notorio que yo no resistía a hacerle cosquillas en la planta de los pies, solo para verla reír incluso sin ganas.

Tenía mal perder.

- Venga, váyanse a hacer el amor y déjenme en paz. Hoy no estoy para bromas. Venga. Déjenme.

Una noche, Gina se había acostado pronto, y nosotros dos, mi dueña y yo, nos quedamos sentados en la terraza, a ver la luna llena que se reflejaba en el mar. Nos dábamos la mano, y yo, en aquel momento, no pensaba en nada. Miento, por casualidad pensaba en algo.

- ¿Te acuerdas, una noche de luna llena, no, todavía era de día, era por la tarde, en la playa del Tamariz, y me preguntaste cuándo me había surgido el problema de ponerme colorado?

- Vagamente. Curiosidad. Sí, fue por curiosidad, tal vez mezclado con un poquito de maldad. Yo, a veces, soy así. Pero no fue solo por maldad, te lo garantizo. Fue porque me hacía gracia el modo como cambiabas de color y bastaba para ello pronunciar ciertas palabras. Nunca pude entender por qué te pones colorado de esa manera y más cuando las personas se pueden hacer una idea equivocada de ti; yo misma ya comprobé que estaba equivocada.

Me deslicé en la silla de plástico, hasta quedar medio sentado medio echado y sentirme preparado para abrir las puertas del subconsciente.

- Sí, fue una vez que apareció una jarra partida allí en casa. Yo no la partí, ni sé quién la partió. Estábamos en casa jugando los tres hijos de los vecinos de al lado y yo que era hijo único. Mi madre llegó, vio la jarra y preguntó “¿Quién fue?”. Nadie se acusó. Yo no había sido, pero me puse rojo, y mi madre “Vale, ya sé quién ha sido”. Cuando nos quedamos solos, me dio una paliza hasta que las manos le dolieron. Yo tenía seis años.

Mi dueña se arrodilló y apoyó los brazos en mis rodillas, como si rezase o pidiese perdón.

- Podemos casarnos en secreto, en España o en Portugal. En secreto, quiero decir, sin avisar... Que sea una sorpresa para todos, incluso para tu madre. Sería una buena idea, ¿verdad?

Asentí perezosamente, gesticulando con la cabeza. Por mí, estaba bien. La atraje hacia mí y la besé en los labios, porque en ese momento me faltaban las palabras.

- Pero quiero algo a cambio. No es exactamente a cambio. Es más bien una exigencia. Que pida yo lo que pida, sea lo que sea, que no me lo niegues.

- Todo lo que me pidas te daré, menos la cabeza de san Juan Bautista. La cabeza de san Juan Bautista no te la doy. Sin embargo para todo lo demás puedes contar conmigo.

- Sí. Eres tonto. Qué tonto eres, niño. Y otra cosa, haga yo lo que haga, nunca dude ni ponga obstáculos, porque yo sé lo que hago. Repito: la que sabe las cosas soy yo. Obedezca cuando se lo mande y no haga preguntas, que le doy mi palabra que es lo mejor para usted, y yo soy más que su madre. ¿Entendido?

- Sí, creo que sí, zarina primera. Quiere que yo discuta, reflexione, pero que obedezca cuando llegue el momento de mandar. Es eso, ¿verdad?

- Sea lo que sea, aunque sea tan disparatado como dice. Nunca me venga con disculpas, ni con la moral, ni con las buenas costumbres, ni con ninguna de esas tonterías. Si es crimen o si es pecado, el problema es mío, no es suyo. Mi voluntad es su ley, pero mi ley es dulce y sus penas son blandas.

Y después de una pausa, después de que se apagasen las luces de todas las terrazas, y de quedar bañados solo por la luna llena y por sus reflejos en las aguas del Mediterráneo, Guilhermina añadió:

- Habló de sacramento, pero vamos a casarnos por lo civil. Es más rápido y no se pierde tanto tiempo en costureras. Mañana llamo a mis abogados en Lisboa y en Madrid, y creo que podremos casarnos mientras estamos de vacaciones. ¿Dónde nació?

- En Torres Vedras, localidad de Santa Cruz, el día 5 de marzo de 1960.

Guilhermina lo apuntó en la agenda que había guardado en el bolso de su vestido de verano. Normalmente, cuando se trataba de asuntos personales, escribía en alemán, porque el polaco, como decía, se le había barrido completamente de la memoria con el trauma de la guerra y la fuga a Suiza, que ya ni recordaba cómo había llegado allí. Ni siquiera su pasado anterior a esa fuga.

- Probablemente, sería puta. Siempre fue ese mi gran sueño. Por hablar de eso, Faustino, me muero por aquella caricia que solo el niño sabe. Venga, satisfaga a su lobita.

En los documentos que le había conseguido el Cónsul de Portugal en Zúrich había quedado registrado que Guilhermina era hija de portugueses y

que había nacido en Varsovia el 1 de junio de 1913. No debe de ser verdad, pero, para lo que es, sirve muy bien.

No era verdad, aclaró. Había nacido el 6 de febrero de 1912 y era Acuario, no Géminis. Un caso de memoria selectiva más.

En el camino de regreso, nos quedamos en Madrid y Guilhermina alquiló un apartamento en la Plaza Mayor para una semana. Pienso que una semana es suficiente, dijo.

Así fue. Nos casamos un martes y seguí deseándola con la misma pasión de antes. La boda no había causado estragos. Mérito de Guilhermina, que nunca se hacía monótona. Era siempre sorprendente, muchas veces tempestuosa. Pocas veces era agresiva en serio cuando arañaba y mordía, lo que mezclaba siempre con un lenguaje tan refinadamente puerco que hasta los pelos del pecho se me erizaban de placer. Pero ni siquiera me había prohibido a Gina, que hasta fue nuestra madrina de boda, junto a un militar retirado, que no parecía caber en sí de orgullo con el honor que le había correspondido.

Al día siguiente, fuimos a la Calle O'Donnell, y Gina y Guilhermina entraron en la Clínica de Santa Filomena, mientras que yo me quedaba esperándolas en la terraza de al lado, en la compañía de un café, una gaseosa y una edición de "Sons and Lovers", de *Wordsworth Classics*.

Esperé una hora, o más. El tiempo estaba empezando a parecerme una eternidad cuando por fin salieron, con gafas oscuras y expresión cerrada. Se sentaron a mi lado, Gina pidió un zumo de naranja natural – "*no le pongas hielo*" – y Guilhermina pidió una cerveza. Mi dueña rozó mi oreja derecha con los labios y solo dijo:

- Gina está embarazada.

19.

Estábamos nuevamente en Lisboa, y faltaban pocos días para hacer mi oral de "Introducción al Estudio del Derecho".

Guilhermina anunció – Esta noche vamos a cenar a casa de mi hija Dora.

Parecía que el Dr. Horácio, incluso sin saber de la boda que se había realizado a sus espaldas y a las espaldas de todo el mundo al final (doña Odete todavía no sabía nada y yo dudaba cuál sería el mejor momento para informarle), parecía que el Dr. Horácio ya me había aceptado en la categoría de los hechos consumados, aunque su opinión más favorable fuese la de que yo no pasaba de un arribista intriguista y lo que quería en

realidad era solo el dinero de la vieja y preferiblemente todo entero, sin faltar un céntimo.

Dora me besó en la cara, y fue simpática, como Portomayor que era.

El Dr. Horácio me saludó afablemente y me preguntó si todavía continuaba trabajando en Hacienda, lo que ya sabía de sobra, y si me estaba gustando Derecho. Sí. Y, luego enseguida, con su sonrisa de “no cuesta nada, no va a doler”, le dio una palmada suave en la espalda a la suegra y no resistió a vanagloriarse:

- ¿Y a quién se deben esos buenos colores y esa sonrisita en los labios? ¿Eh? ¿Quién es amigo?, dígaselo a su yerno preferido.

Guilhermina adoptó su aire más Portomayor y más Alpoim.

- Queridísimo yerno, si tengo consolada la matriz y el culito feliz, quiero pensar que es exclusivamente por mérito mío y de mi joven amigo, y no de ningún celestino.

El que se puso colorado fui yo y no el Dr. Horácio. A este nada le hacía ponerse rojo.

Dora parecía feliz por vernos. Tal vez lo estuviese, de hecho, porque era una persona simpática por naturaleza, y era imposible no tenerle cariño, a no ser que se guarden malos recuerdos de personas simpáticas. En un momento dado, iba a llevarse el vaso de vino a la boca, cuando paró a la mitad y lo posó con infinita cautela, como si tuviese miedo de partirlo.

- ¿Y cuándo se casan?

Guilhermina me miró con los ojos muy abiertos, como alemanes expresionistas mostrando espanto. Después se giró para el yerno:

- Casarnos... Pues esa es una cosa en la que todavía no había pensado. Pero mire que la idea no es completamente descabellada.

No sé lo que pasó, pero empezamos a reírnos como locos, y su pierna izquierda se frotó en mi pierna derecha de un modo convulsivo. Yo quería parar de reír, pero no lo conseguía. Cuanto más me reía yo, más se reía también Guilhermina. Era imposible parar y era altamente contagioso.

Cuando nos serenamos, el Dr. Horácio sorbió un trago de vino y avanzó:

- Comprendo. Realmente, era una idea sin pies ni cabeza, casarse con una diferencia de edad tan grande. Solo si estuviesen locos.

- Casarnos. Pensándolo bien, la idea no es así tan descabellada. Ahí se ve qué inteligente es mi Dora. Y no lo digo porque sea mi hija. Es que, en realidad, ya estamos casados. Nos casamos en Madrid, el 28 de agosto pasado. No dijimos nada a nadie para darles una sorpresa.

La cena prosiguió después de muchos “Oooooohs” y muchos “Aaaaaaahs”, y de las felicitaciones y de los deseos del Dr. Horácio de que fuésemos muy felices y tuviésemos muchos niños. La falta de sinceridad era manifiesta y Dora parecía algo preocupada. Tal vez pensase en la herencia, pero ella nunca me pareció del tipo interesado y además era la sucesora en el título de los Portomayor (la Condesa Dora) y ya había recibido su parte en la herencia paterna. Sería por otro motivo.

- Entonces, ahora Faustino es mi padrastro. Qué situación más...

- ¿Inesperada? –aventuré.

- Caricaturesca. Qué situación más caricaturesca. Un padrastro más joven que la hijastra. Pero la vida es así. Y todos tienen derecho a la felicidad. Si hace feliz a mi madre, ¿por qué no he de sentirme feliz yo también?

No sabía qué responderle, y por eso no dije nada. Sí, ¿por qué Dora debería no estar feliz con la posible felicidad de la que a todos los efectos era su propia madre? Miré a Guilhermina y le acaricié la mano nudosa, ya manchada por la edad, como si quisiese hacerle una promesa pero las palabras todavía no estuviesen debidamente formadas y en su sitio.

La penosa cena ya había terminado y subíamos las escaleras de la Avda. Duque d’Ávila, cuando Guilhermina dijo:

- Ahora ya lo saben.

Y, ya en la cama, después del amor, todavía nos detuvimos en conversaciones de almohada. Guilhermina explicó lo que podría haber sucedido si hubiese avisado previamente a la hija y al yerno de que se iba a casar conmigo.

- Ella no, sería incapaz de una bajeza de esas. La conozco bien. Pero él, aunque no dijese nada, podría intentar algo como mi incapacitación civil y quedarse con la administración de mis bienes, con el pretexto de que yo estaba loca y mi fragilidad me dejaba a merced de aventureros. En este caso, el aventurero sería el niño. Claro que no iba a tener nada de suerte, que yo también sé defenderme y no estoy para bromas. Ni siquiera sabe con quién se iba a meter.

Y después de una pausa, para oír las noticias en la radio-despertador de la mesilla de cabecera:

- Estoy deprimida, yo, Maria Guilhermina de Alpoim y tal y tal, estoy deprimida. Faustino, querido niño, deme un poco más de lengua.

Acabé “Introducción al Estudio del Derecho” con 9 de nota final.

El oral fue con el profesor Sá Santos, una persona simpática, con la nariz encarnada y voz ronca. A su lado, se sentaba una ayudante que irradiaba energía y tenía un bonito pelo negro.

Estábamos hablando de la interpretación de la ley, específicamente de la interpretación auténtica, y la bella morena, al oír mi respuesta, me pareció que hacía señas negando con la cabeza. Yo la miré, interrogativo, con la boca abierta.

- ¿Qué hace poniendo ojos de seductor a mi colega?

- ¿Yo? Nada, profesor. Luego, como estaba diciendo...

Al final, y aparentemente, yo tendría razón para los que estuviesen de acuerdo con el Prof. Castro Mendes. En cambio estaría equivocado para los que siguiesen las tesis del Prof. Oliveira Ascensão. Pero lo que importaba era fundamentar y el Profesor Sá Santos pareció satisfecho con las razones que le di. A final de cuentas, yo también era un Mendes.

Me matriculé enseguida en 2.º curso de Derecho y mi dueña organizó una pequeña fiesta en los salones de su casa de Duque d'Ávila.

- Mucha gente no, amor. Soy tímido.

- Será poca gente. Poca, pero de confianza. Parecería raro que no presentase a mi marido a mis amigos. Y tendremos que aprovechar ahora, mientras no se note el embarazo de Gina. Que incluso se nota un poquito, pero para quien está acostumbrado a verla todos los días. Lo que no quiero aquí son escándalos. Nosotros casados y la empleada embarazada, en fin, adiós reputación.

Su abogado, el Dr. Benevides, aquel que la había aconsejado sobre mi matriculación en Derecho, y que había ayudado a acelerar nuestra boda. El arquitecto Montez, casado con una alemana mucho más joven y que se llamaba Schnee, lo que hacía recordar el "Viaje de invierno" debido a la nieve que traía en el apellido. Un físico sueco, el profesor Olaf Ring, catedrático en la Universidad de Upsala. También tres militares y las respectivas esposas. Uno de ellos era un alto cargo militar de la OTAN y trabajaba en el *Comiberlant* (Comando Iberoatlántico), de Oeiras. También era de nacionalidad alemana, y él, Schnee y Guilhermina habían formado un grupo aparte, hablando animadamente de todo menos de Goethe, tal vez de política, porque entendí palabras como Berlín, Ostpolitik, Willy Brandt, Vorster, Palme, Helmuth Schmidt y una extrañísima palabra *Lebensraum*. Fue el alto cargo militar quien la dijo y me dio la impresión que entendía que Europa debería avanzar hacia el este, más allá de la línea Oder / Neisse, hasta las antiguas fronteras de la vieja Rusia, la tierra de las personas que remaban – *Russ* -, como llamaban a los vikingos que habían llegado a la

región en sus *drakkars*. Pero eso era la guerra, pensé. Estos otanianos están locos.

¿Por qué las personas no hablan todas de una manera indiscutible, como las matemáticas? ¿Por qué no se preocupan con la lógica y las consecuencias de sus acciones? Yo escribiría con tiza unas ecuaciones en una pizarra que allí no existía, y otro que no estuviese de acuerdo o tuviese una solución mejor, posiblemente el físico sueco, borraría las partes dudosas, y rellenaría los espacios vacíos con las cosas tremendas que se pueden esconder detrás de una x o de una y .

Virginia formaba parte de la familia y no servía a la mesa. Además del escándalo, aún habría humillación. Era mi hijo (o hija, en esa época en Portugal todavía no se hacían ecografías) a quien ella llevaba en sus entrañas.

Había sido contratado un criado de una altura descomunal, pelo cortado a cepillo, uniformado con una chaqueta blanca, corta, con alamares, lazo negro, camisa blanca y pantalones negros, que circulaba con la bandeja en la mano y ofrecía lo que tenía – champán, Martini y canapés. Y a servir la mesa le ayudaba una joven que vestía de satén negro, ajustado y un poco por encima de la rodilla, y tocado negro en la cabellera rubia. Era un poco como Odile, el cisne negro de “El lago de los cisnes”, haciendo contrapunto al cisne blanco, Odete, que era la princesa buena, y que hoy era Gina, que vestía también de blanco.

La mesa era redonda, por eso cualquier sitio donde se sentase Guilhermina pasaría a ser el centro de la mesa. Yo me senté a su derecha, aunque el protocolo mandase que me sentase enfrente de ella. Pero yo quería arrimarme a su pierna, lo que me daba serenidad. Y, en aquel momento, como en todos los momentos, la necesitaba, necesitaba la serenidad que me proporcionaba. Que no me pusiese colorado, aunque hablasen de homosexualidad o que algún militar bebido mostrase el culo, para ilustrar las diferencias y las semejanzas entre culos militares y culos civiles. No era solo el rubor de mi cara lo que estaba en juego. Yo tenía esposa, a la que amaba, y no quería darle motivos de vergüenza. ¿Su marido es algo singular, no? Qué relación más extraña.

El alto cargo militar de la OTAN quedó a mi izquierda. Usaba gafas de aros muy gruesos y a través de ellos su mirada echaba chispas. Me contó la historia de su guerra. Había visto las torres del Kremlin como me estaba viendo a mí ahora. Solo que mucho más lejos. La nieve, los caminos helados, el frío insoportable. Las armas que no disparaban porque el lubricante se había congelado. No habían contado con el frío. Y, al final, tampoco habían contado con las tropas siberianas acabadas de llegar y que desequilibraban los platos de la balanza. Nuestra primera retirada, lamentó.

- La guerra – le consolé.

- La guerra. Bien dicho.

Me pidió secreto y me contó que había planes para una ocupación de todos los países del bloque soviético en velocidad superior a la de la *blitzkrieg* (guerra relámpago). Muy superior, ni se compara. ¿Ve un flan instantáneo? Algo así, más rápido aún, de una rapidez tan extrema y tan inesperada, que el enemigo se quede estupefacto. Es muy importante coger al enemigo de sorpresa, cuando todavía está en aquella modorra de los cinco minutos después de tocar el despertador. Concentramos todos los medios y en menos de 24 horas barremos Alemania Oriental, Rumanía, a Hungría, a Checoslovaquia y a Polonia. Dejamos fuera a Lituania, Estonia y Letonia, para no crear conflictos diplomáticos innecesarios. La URSS no usará su arsenal nuclear. Lo sabemos de fuente segura. Solo lo haría en una situación desesperada, si su propio territorio fuese invadido, lo que no será el caso y lo dejaremos muy claro enseguida en el primer minuto de las hostilidades. Conocemos nuestras posibilidades, que son enormes, y conocemos los límites morales del enemigo. Nada podrá fallar. Y, claro, con una buena campaña de propaganda, insistiendo en que es una guerra de liberación, para que los pueblos liberados puedan escoger libremente sus formas de gobierno.

Y añadió, en voz más baja, como pidiendo complicidad:

- Falta solamente el nombre de la operación. Si tuviese que escoger un nombre, amigo mío, ¿qué nombre escogería?...

- Ventana. Operación Ventana – dije, mirando hacia las ventanas de la sala, formadas por pequeños cuadrados de cristal.

- Ahí está – replicó el alto cargo militar. – no puede ser. No es original. Recuerda vuestro sistema *Window* con el objetivo de confundir a nuestros radares.

- Portugal no entró en la guerra. En esa guerra, al menos, no participó. Quitando el caso de Timor, quitando la base de las Lages, quitando los navíos mercantes hundidos por los *U-boot*, se puede decir que no entró en la guerra.

- Sí, está bien, pero intente imaginar. Un nombre sencillo, fácil de memorizar y que permanezca en la Historia.

- Eva – se me ocurrió.

Guilhermina me miró, como si hubiese llamado a la criada de satén negro.

- ¿Eva? – se extrañó el alto cargo militar. – ¿pero por qué Eva?

- Primero, porque es un nombre bonito. Segundo, porque “Eva” significa “mujer” en arameo. Y tercero, porque en inglés quedará EVE, que recuerda la canción “Eve of Destruction” y además es una palabra que no cambia leída de izquierda a derecha o viceversa. Pero, General...

- Teniente Coronel, pero, si lo prefiere, puede promoverme a General. No me importa.

- Disculpe. Sr. Teniente Coronel, pero pienso que no me debería contar lo que me ha contado. Probablemente es un secreto, de aquellos que se guardan en cofres de alta seguridad. Yo no puedo ni quiero conocer secretos militares, mucho más porque soy un adepto de la paz y la Constitución portuguesa que también defiende la paz y el fin de los bloques militares.

- ¿Ve cómo no me equivoqué? Me di cuenta al momento que podía confiar en usted. No solo por ser marido de quien es, sino porque es sincero y esa es una virtud que aprecio sobre todas las demás.

Y, por cierto, decepcionado con mi sinceridad, se giró hacia su izquierda y empezó a conversar con su vecino del otro lado – que no era para criticar a Hitler, que ahora estaba de moda criticarlo, pero había sido un gran jefe militar y, si hubiese esperado un poco más hasta disponer de submarinos, cazabombarderos de reacción y de bombas voladoras en número suficiente para doblegar a Inglaterra, si no se hubiese dispersado tanto, si no hubiese gastado tanto tiempo y recursos en el esoterismo, en la venganza y en los sacrificios humanos, habría ganado la guerra.

- No vea en esto una crítica, que no lo es. Ahora es fácil criticar. Ahora criticar es de buen tono. Pero me gustaría verlos, a esos críticos, delante de los mapas y decidiendo a quién voy a mandar al frente oriental. Cuántas divisiones voy a desplazar de aquí para allí. Moscú – ¿Sí o no? y al final, ¿Qué quiere el mundo libre? ¿Qué quiere la OTAN? ¿Quién es su enemigo? El comunismo. El comunismo, *voilà l'ennemi*. ¿Cuál es el mayor desafío actual? Pues ni más ni menos que esperar el mejor momento para calzar las botas de Hitler. Ocupar Ucrania y el Cáucaso, conquistar Moscú, y expulsar a los rusos más allá de los Urales. Vencer donde Napoleón falló. Vencer donde nosotros fallamos. Aunque tenga que ser a pasitos, hasta que los científicos nos garanticen la impunidad nuclear.

- ¿Impunidad nuclear? ¿Qué es eso? – me entrometí en la conversación, lo que era de mala educación, pero la idea era tan aterradora que necesitaba ser mejor explicada.

- Atacar con armas nucleares sin peligro de represalias – fue la respuesta concisa del alto cargo militar. Y, girándose hacia el vecino del otro lado: - Tenemos que ser simplistas con los civiles. Para que las

grandes masas comprendan la necesidad de la guerra y los maleficios de una paz prolongada. La guerra es la única solución para evitar una crisis económica y social. Cuando las grandes empresas entiendan que llegó el momento de poner fin al Estado del bienestar, la guerra será también la única solución para frenar la expansión del comunismo en el interior de Europa. Luego, cuando la guerra es necesaria y posible, se hace inevitable. ¿No es de mi opinión?

El otro pareció medianamente interesado y solo hacía gestos con la cabeza que sí, que no y que tal vez. No conseguía conjugar África sin unirle el infinitivo del verbo “olvidar” – África es para olvidar. Era un militar portugués, había hecho la guerra de África y estaba tan lleno de masacres y de pesadillas, que solo la idea de una nueva guerra, aunque fuese ahora solo entre blancos, sin balas lloviendo de la jungla, ni minas que levantasen los *jeeps* a la altura de edificios de cuatro pisos, solo la remota posibilidad de esa idea le ponía enfermo. Lo ideal era que las guerras se entablasen solo entre máquinas; las personas son demasiado vulnerables y sufren mucho.

Guilhermina parecía disgustada por el rumbo de la conversación, y me apretó la mano entre las suyas con una fuerza que era como una petición de socorro.

Me levanté y rogué a nuestra Virgen de los Remedios que me diese una idea salvadora.

Alcé mi vaso y propuse un brindis:

- Sé que puede parecer mal elogiar a los nuestros, si es que se puede decir de alguien que es nuestro. Por eso, quiero proponer un brindis al arte, a la música, a la poesía, y a la belleza en general, y a la persona que representa todo eso y que es mi esposa Maria Guilhermina. Gracias, mi amor. A su salud.

Tal como le gustaba a ella. Sin tratarla de tú. Pero incluso así no me libré de un pisotón, como advertencia de que había otras maneras menos íntimas de cambiar de conversación.

Chocamos los vasos y una ola de amor conyugal barrió la sala.

El arquitecto se levantó a su vez:

- Mire, Schnee, pienso que no necesito decirle lo mucho que la quiero y estimo, ya debe estar harta de saberlo, pero brindo por sus excepcionales cualidades de esposa y de madre. A su salud.

Brindamos y yo bebí cuidadosamente para que la ola de amor no me embriagase. No hubo esposa que quedase fuera o fuese olvidada. Solo tuve pena de no poder brindar por Gina, y agradecerle todo su sabroso amor y el

hijo que nos esperaba. Pero nuestras miradas se encontraron y le sonreí con complicidad.

En la despedida, el alto cargo militar que se llamaba Gunther, me dijo en secreto.

- Fue usted quien escogió el nombre de la Operación EVE. Dar nombre a las cosas es la función del padrino. Ahora, a todos los efectos, es de los nuestros. Piense en eso cuando empiece la guerra.

20.

Al día siguiente, venía de la facultad, había tenido clases plenarias de Derecho de las Obligaciones y Finanzas Públicas, y clases de subgrupo de Derecho Constitucional y Derecho del Trabajo.

Guilhermina y Gina estaban sentadas viendo la televisión y, cuando llegué, mi dueña me invitó / ordenó que me sentase entre ellas. Yo no tenía que decir nada, solo tenía que oír y obedecer, porque era ella, Guilhermina, la que sabía lo que era bueno para mí.

Entonces mi dueña me expuso su plan, que era casi tan intrincado como el del militar alemán de invasión del bloque este y posterior avance hacia Moscú, cuando Dios o el diablo lo permitiesen. Era así:

Gina estaba, a todos los efectos, inexorablemente, implacablemente embarazada. De continuar allí en casa, se le iba a notar dentro de 15 días como máximo. Había que evitar ese escándalo. Ella misma, por motivos que yo comprendería después, se veía obligada a salir de Lisboa por un tiempo. Gina se quedaría en Albaladejo, en casa de la familia, y el parto sería en Madrid, en la Clínica de Santa Filomena, con todas las garantías de confidencialidad para que no me perjudicasen con más sospechas de inmoralidad en el inicio de mi carrera. Guilhermina se quedaría en una heredad que tenía en el Alentejo, servida por gente de una fidelidad canina. Porque había problemas con gente que hablaba mucho y hacía muchos disparates. No, no es el niño, no estaba refiriéndome a usted. La heredad no queda lejos de Zambujeira do Mar y tiene una playa muy cerca. Va allí a verme y pasamos los fines de semana juntos.

- ¿Y yo me quedo aquí solo? Entonces prefiero volver a la Junqueira.

- No, no se queda solo.

Gina sugirió que llamase a doña Odete, mi madre, para que viniese conmigo mientras ellas estuviesen fuera. Pero yo recordé que todavía ni siquiera le había comunicado mi boda. Y no dije por qué, pero la verdadera razón era que temía sus comentarios cuando supiese que la nuera era más

mayor que ella misma. Treinta años justos. Mi madre había nacido en 1942, Guilhermina en 1912, solo había que hacer las cuentas.

Guilhermina sugirió que la fuésemos a visitar el próximo sábado, le comunicáramos la boda y le pidiésemos que viniese para cuidarme en los próximos 6 o 7 meses. Estuve de acuerdo con la visita, pero no con invitarle a venir a casa. Temía volver a sufrir sus bofetadas, incluso después de casado.

- Podíamos poner a un hombre aquí en casa, como aquel empleado que estuvo aquí durante la fiesta. Pero con su costumbre de ponerse colorado a despropósito, ese hecho podría interpretarse mal y no queremos eso, ¿no? Por otro lado, poner aquí a una mujer, más joven, más mayor, ya sabemos las dos por experiencia que es un peligro, que el niño es peor que Aria del Catálogo de Don Giovanni – todas le sirven, y en España son ya 1003.

- Qué exageración, pero qué exageración tan grande. No soy así – dije poniéndome colorado.

- Si no quiere aquí a su madre...

- No es que no quiera aquí a mi madre. Es por... es por todo. Invitarle a pasar aquí siete meses o seis o lo que sea y después decirle gracias, ya se puede ir, es más fácil pensarlo que hacerlo. Y después ella tiene su vida en Torres Vedras, y a pesar de ser su único hijo, creo que nunca me amó.

- Qué horrible que un hijo diga eso de la propia madre – Guilhermina hizo una mueca de disgusto. – Ay, Gina, Gina, Dios quiera que tu hijo no salga al padre.

Pero, a pesar de todo, me hizo una caricia en el brazo y sus labios me buscaron con cariño.

- Decidido, no se discute más. Voy a conocer a mi suegra, y si ella se queda traumatizada o molesta o enfadada, es problema suyo y no nuestro. En cuanto a la casa, y mientras estemos fuera, voy a dejar la llave a una persona de confianza, para ocuparse de la casa, de la ropa, ir a la compra, hacer la comida, todo lo que haga falta menos lo que el niño sabe y que es exclusivo mío y de Gina... solo para que lo sepa, somos unas fieras defendiendo lo que es nuestro. ¿No es así, Gina?

Gina asintió y si fuese portuguesa habría dicho “Olá, se somos!”

- Amor, puedo cenar en la Cantina Vieja de la Ciudad Universitaria. Así basta que tengan aquí la comida hecha y así no doy mucho trabajo, lo que me va a costar más son las noches, pero en fin...

Guilhermina me empujó hacia Gina.

- Esta noche es vuestra despedida por unos cuantos meses. Aprovéchela bien. Mañana voy a llevarla al pueblo y después voy derechita a Zambujeira do Mar.

Me dormí profundamente después del amor y cuando me desperté Virginia ya había salido. Fui a la habitación de Guilhermina y ella también había salido ya y había dejado la cama deshecha, todavía con su perfume. Eran las seis de la mañana y todavía era de noche.

Empezó la rutina del trabajo y del estudio, y de las llamadas diarias de Guilhermina, a veces dos o tres por día, muchas veces a la Delegación. Ya sabía lo que era cuando me llamaban “Faustino, el control”.

En Hacienda, el concurso para técnico tributario sería el próximo año, se calculaba que en octubre, pues había que resolver todavía un problema de dotación presupuestaria, o sea, el dinero para pagar nuestros sueldos todavía no había llegado al Tesoro. El Dr. Santos Ferreira, de la Hacienda Pública, tenía un manera especial de hacernos reír a carcajadas cuando hablaba del Tesoro y añadía “Tesoro, en fin...”. Un país tan pobre y además con un Tesoro era una contradicción de las que solo se encuentran en los mejores chistes.

Iba a clase, religiosamente. Derecho de las Obligaciones, especialmente en el capítulo de los Contratos en General, tenía una poderosa carga erótica que yo iba acumulando para gastar el fin de semana. El profesor tenía inquina a que abriésemos el Código Civil durante la clase, como si el mismo Código contuviese un chorro de indecencias. Normalmente, yo abría por encima de las rodillas el “Derecho de las Obligaciones” del Profesor Inocêncio Galvão Teles, y hacía como había hecho en Teoría General – subrayaba con el rotulador las partes más importantes. Pero a la mínima sospecha de que alguien en el anfiteatro 3, que era ahora nuestro retiro, abría el Código prohibido, él gritaba enfurecido.

- Pero no abran el Código. Oigan lo que yo digo.

Me gustaba tanto la materia que compré también el “Derecho de las Obligaciones” del Prof. Antunes Varela. El Prof. Galvão Teles era demasiado seco. Abría el apetito, pero los platos eran minúsculos. Y yo quería más de aquella comida contractual.

Almorzaba en casa, solo, porque la persona misteriosa que cuidaba de la casa en mi ausencia estaba ausente, como era natural para quien cuidaba de la casa en mi ausencia. Si me apetecía algún plato en especial, bastaba dejar una nota encima de la mesa de la cocina. Parecía que un hada tocaba la casa con su varita cuando yo estaba fuera y después volvía a su país de fantasía.

Salía de la Delegación a las cinco y media de la tarde. Ahora habíamos dejado definitivamente de trabajar los sábados. Solo durante los últimos días de entrega de las Declaraciones abríamos el sábado, como horas extraordinarias, que se pagaban al doble.

Cogía el 38, en dirección al Hospital de Santa Maria, y salía en la Cantina Vieja. Me había acostumbrado a cenar en la “macrobiótica”, por tener fama de ser más saludable. Llegaba siempre el primero y me sentaba en la silla más próxima de la “caja”, para ser el primero en comprar el ticket y el primero en cenar. Estar en una fila era complicado, porque había mucha gente que prefería ponerse delante de quien estaba ya allí, y me había sucedido una vez quedarme sin cenar por eso. Yo, sin conseguir dar un paso, porque cada vez había más gente delante de mí. Hice aquel juramento de la mitad de “Lo que el viento se llevó” y ahora, cuando alguien intentaba ignorar que yo era el primero de la fila, se lo recordaba rápidamente “Perdone, pero yo he llegado primero.” Mientras esperaba en la fila, iba estudiando Obligaciones, lo que también tenía el don de abrirme el apetito. Recuerdo el arroz integral, los huevos verdes, las *pataniscas* de judías verdes, los filetes de soja, la lechuga en abundancia, y el té, que era una infusión que se bebía sin azúcar. Todo en nombre de la salud.

Y después las clases.

Derecho del Trabajo me parecía una asignatura con un tono marcadamente viril. Palabras como “trabajador”, “antigüedad”, “categoría”, “convenio colectivo de trabajo” eran... no era exactamente lo que eran o dejaban de ser, era más lo que tenían, y que era una sensación de fuerza muscular y de voz bien afinada. La voz era la del Dr. Monteiro Fernandes, que era una eminencia en Derecho Laboral, y solía ser citado sin ton ni son por los profesionales del foro. Daba las clases paseando de un lado a otro del anfiteatro y recuerdo cuando abordó la cuestión de que en ciertas categorías profesionales tenía sentido que el trabajador, en caso de despido, cobrase una indemnización complementaria a cambio del compromiso de, durante un cierto período de tempo, no trabajar para otra empresa, y que era un afloramiento del deber de lealtad. Y decía él – “Es el caso del “barman”, profesión que, por cierto, envidia”. Porque con el trabajador se irían también los secretos de los cócteles que se preparaban detrás del “bar”

El viernes, a la salida de las clases, tenía un vehículo todo terreno esperándome. A las once y media, se presentaba un individuo alto y atlético, con pelo que empezaba a hacerse entrecano en las sienes y que se presentó la primera vez como “Ingeniero Saavedra”. “Pero puede llamarme Luís”. Venía de parte de Guilhermina y su misión era entregarme sano y salvo en Zambujeira do Mar, tanto si llovía como si había luna llena.

Antes de la una de la mañana yo había vuelto a ser el cachorrillo dócil en los brazos de mi dueña adorada, y a veces el amor era tanto, tanto, que no resistía a arrodillarme a sus pies y besarle el vientre y las piernas y llorar sin motivo, solo por la emoción, como si oyese el segundo movimiento del Concierto n.º 3 para piano y orquesta de Beethoven.

- Oh, mi pequeñín – decía ella, mientras me lamía las lágrimas y me revolvía los caracoles con sus largos y nudosos dedos, descargándome su poderosa sensualidad, más fuerte que millares de voltios y más intensa que un vendaval de amperios.

Después de una noche fruto de cuatro noches de castidad forzada más una buena dosis de Derecho de las Obligaciones, reposábamos por fin cuando el cielo ya comenzaba a clarear por oriente.

En la heredad, solo se veían monjas, lo que no impedía que, una vez u otra, hubiese visto a lo lejos a un oficial de la marina, vestido de fontanero, el pelo cortado a cepillo, escondiéndose detrás de los árboles, que eran altos, gruesos y seculares.

En uno de los extremos había un convento que había escapado a toda clase de persecuciones, tal vez porque la heredad pertenecía a los Condes de Portomayor, que la habían comprado en subasta pública por un precio simbólico, en la época de la venta de los bienes nacionales en la década de 1830. Los Portomayor eran una familia arraigadamente católica y consideraban un altísimo privilegio el de albergar un convento en su propiedad. Era, salvo el debido respeto, como si tuviesen a Dios como inquilino.

Las monjas trabajaban la tierra, y eran las monjas también las que nos venían a traer la comida y la cena. Menos el domingo, que Guilhermina entendía que todos debemos respetar el día del Señor, y no quería molestar a las Hermanas.

A veces, Guilhermina me retaba a una inmersión en aguas alentejanas. Yo nadaba mal y se lo dije. Y ella – pero si está conmigo, está con Dios. Nada malo le podrá suceder mientras esté conmigo.

Nos poníamos el equipo de buceo, que era de una fibra nueva que parecía goma, pero que tenía otro nombre más moderno. Mi dueña ajustaba mejor la botella de aire comprimido en mi espalda y me explicaba las técnicas para tener agua caliente o fría. Si quiere tener agua caliente – cruza los brazos por delante, para que no entre agua. El agua que está dentro del traje se calienta hasta quedar a la temperatura del cuerpo. Si quiere agua fría – estira los brazos, y el agua corre y sale por los tobillos, y le refresca. Tiene un reloj que le indica el nivel del aire en la botella y de todos modos está conmigo y yo lo saco hacia arriba cuando vea que ya es hora.

En nuestras excursiones subacuáticas en Zambujeira do Mar, mi lobita llevaba una máquina fotográfica impermeable *Leica* con un objetivo de 200 mm, ya equipado con luz, aunque a la profundidad a la que normalmente nos sumergíamos, y que era poca debido a mi inexperiencia, la luz del sol que llegaba fuese la suficiente para hacer fotografías, siempre que se usase una película más sensible. Era algo mágico deslizarse entre algas y peces de colores, con unos ojos que se abrían como platos hacia nosotros, dos extraños en un mundo extraño. Conocía los nombres de pocos. Reconocía fácilmente a los calamares, pero en aquel ambiente de pura magia nunca descendía tan abajo que los pusiese a nivel de las calderadas.

Me gustaba ver el cuerpo de mi dueña, incluso todo cubierto por el traje de buceo. Era graciosa, como siempre, y tenía algo de sirena bailarina en la forma cómo evolucionaba en el agua.

Los domingos íbamos a misa en la capilla del convento, a las ocho de la mañana que era a única hora que tenía disponible el prior de la Iglesia de Zambujeira do Mar.

Noté, pero no dije nada, que mi dueña, al vestirse, incluso cuando íbamos a bucear, se ponía una especie de almohadilla por encima de la barriga, sujeta a la espalda por adhesivos.

- No, no es una penitencia por mis pecados. Es por indicación médica.

- Pero así parece que estás embarazada. Parece una embarazada, mi amor.

- Bueno. Nada de confianzas. No parezco nada embarazada. Paso mucho tiempo sin nada, cuatro noches seguidas de vacío total. Después me inunda una tempestad durante todo el fin de semana. Dice el médico “Hay que proteger bien esa región para evitar problemas. Se trata de una zona muy sensible.” Por eso lo hago así. ¿Por qué? ¿Se le ha ocurrido alguna cosa rara que ni me imagino lo que pueda ser?

Como no sabía qué responderle, la besé en los labios y ella, sin entender cómo ni por qué, me mordió ferozmente, hasta el punto de hacerme sangre en los labios.

- ¡Amor!... – protesté.

- No sé – dijo ella. - a veces me apetece comérmelo todo, pero lo que se dice todo, sin dejar nada de nada. Dicen que es la única forma que se tiene de demostrar que el amor es auténtico, comer a la persona amada. Pero como su Derecho y su Moral lo prohíben, tendrá que ser el niño el que coma a su lobita, de aquella manera que el niño sabe y que deja a la niña

temblando y pidiendo más. Y ahora, olvidemos el pecado por unos instantes. Vamos a misa.

El lunes, a las siete y media de la mañana, el ingeniero Saavedra pasaba a recogerme y la semana volvía a empezar.

¿Acaso Gina pensaría en mí, el padre de su hijo, y a la vez responsable de su reclusión en Albadalejo? Lo que yo sé es que sentía la falta de toda ella, y más aún de aquella sensación confortable de protección que me daban sus senos y todo su cuerpo rollizo.

Por otro lado, la visita que habíamos planeado hacer Guilhermina y yo a doña Odete, para comunicarle nuestra boda, continuaba siendo aplazada sin fecha a la vista.

- Tenemos tiempo – decía mi dueña. – y hay que pensar en la mejor manera de confrontarla con los hechos consumados. Hay que planearlo bien, porque son cosas que no se pueden hacer de cualquier manera.

Pensé en Napoleón entrando y saliendo de Moscú. En los ejércitos de Hitler detenidos a las puertas de Moscú. La Operación Barbarroja, como había explicado el alto cargo militar, había fallado estruendosamente por la conjugación de varios errores, por la mucha dispersión de fuerzas en el terreno, por la enormidad de las líneas de abastecimiento y por el combate en varios frentes simultáneos, lo que el propio Hitler, en los primeros tiempos de su vida pública, había considerado que era un perfecto disparate. ¿Será que alguien llevaría en serio la Operación EVE, que me acusaban de haber bautizado y por lo tanto de ser su padrino? Lo que era rotundamente falso, por falta de conciencia de declaración alguna en ese sentido y por falta de voluntad en el resultado. Yo soy un hombre de paz. La guerra solo se tolera en blanco y negro y con imágenes granuladas. Es la única manera de que no se vea el color rojo de la sangre ni los cuerpos carbonizados de los que no consiguieron salir a tiempo del tanque atacado. La guerra es horrible y quien la ordena o quien obtiene beneficios con ella debía ser obligado a hacerla solo y sin ayuda de ningún tipo.

21.

Guilhermina y yo pasamos la Navidad en Zambujeira do Mar. Mi dueña no quería pasar esa fecha con su hijastra y su yerno, por motivos que eran solo suyos y que no pregunté, porque a ella no le gustaban los interrogatorios. Guardaba sus misterios avaramente. Mi papel era creer y obedecer; el de quererla y obedecerle, la gramática es muy importante en lo tocante al amor.

Para salir o cuando recibíamos visitas, mi dueña se ponía una almohada sobre el vientre, y esa almohada iba creciendo con los meses.

- Amor... Perdón, Guilhermina, pero... ¿soy yo el que te descompongo así tanto para que necesites toda esa protección para poner todo en su sitio otra vez?

- Cállese, no sea cotilla – y me dio un beso para endulzar lo imperativo del “cállese”. Ya me conocía (*ya te conozco como si te hubiera parido*, me decía en castellano) y sabía que a mí me daba vergüenza cuando me mandaban callar. La palabra “cotilla” era nueva en su lenguaje y debía deberse al contacto diario con las monjas, porque los oficiales de marina no entraban en casa. Pienso yo.

El día de Navidad, con un tiempo espléndidamente azul, fuimos a comer una fabada de caracolas de mar, acompañada de un tinto alentejano.

Hablamos de Gina.

- Allí está, harta de Albaladejo. Es un pueblo muy pequeño, donde todos se conocen. Se pasan la vida preguntándole quién es el padre del niño y cuando responde que no lo puede decir, que fue un juramento que hizo, todos apuestan que es un cura de Lisboa, o un hombre casado al que está protegiendo. En esto último, no se equivocan mucho. Por lo demás, su padre, Alterio, siempre con pullas con doble sentido, si criaron a una hija para tener ahora una puta en casa, con una barriga que es una vergüenza y una mancha para la familia. Ya hasta dicen pestes del niño, Dios les maldiga a ellos, que hay que tener un corazón muy duro para hablar mal de un niño que todavía no ha nacido. En fin... He conocido personas todavía peores, por eso tengo que darles un margen, pero no más del 50%. Gina no escribe, porque es mejor así. Pero yo le llamo todos los días para saber cómo está. Siempre le manda besitos, que nos echa mucho de menos. Y yo, como soy serio, no los guardo todos para mí. Algunos incluso se los doy, ¿no es verdad?

- Pobre Gina. ¿Puedo preguntar una cosa?

- Poder preguntar, puede. Pero puedo no responder.

- Aquella cicatriz que tiene en la cara. ¿Cómo se la hizo?

- Voy a responder a esa pregunta. Pero solo respondo allí fuera, cuando vayamos de paseo a la orilla del mar. Y con una condición: que coja una enorme borrachera ahora mismo. *Camarero* – llamó ella -, traiga una más de este tinto que está buenísimo.

Y ella misma me llenó el vaso hasta el borde y me recomendó que pensase en cosas agradables mientras bebía el vaso todo entero.

- ¿Por casualidad está tratándome de “tú”, doña Guilhermina de Holstein von Essex, Wessex and Sussex y todo lo que tenga que ver con “sex”? – ya había bebido el tercer vaso de la segunda parte.

- Listo, ya está bebido. Vamos a pasear a la playa pero primero abríguese. No quiero que se constipe.

Mi dueña me había puesto una bufanda que le había regalado la noche anterior y paseábamos ahora expuestos a las salpicaduras de la brisa marina. Como yo estaba medio anestesiado, ella me protegía con sus brazos, y había como una inversión de papeles, ella la protectora, yo el protegido. Mi amada era guapa y fuerte.

- Fui yo quien cortó la cara de Gina.

Había sido una buena idea la de embriagarme primero. Así ella pudo continuar.

- Acusaron a Gina mediante una denuncia anónima de pertenecer a una organización terrorista y de ser coautora del asesinato de un guardia civil en el País Vasco. La detuvieron y torturaron y le arrancaron una confesión que le garantizaba la condena y el garrote vil. Era falso, claro, Gina nunca mató a nadie ni sería capaz de una cosa de esas. Vi su fotografía y no tenía cara de asesina. Tengo mucha experiencia en asesinatos. En fin, por razones que no le interesan, yo tenía mucha influencia en la Falange y trataba a Franquito de tú. En la mitad de una cena íntima, a la luz de las velas, le dije “No me interesa, quiero llevar a esta chica a Portugal. Aquí, la única cosa que le pueden hacer es ahorcarla y después se acabó. La muerte es un descanso permanente. En Portugal, no conoce a nadie; no hay nadie a quien pueda pedir socorro. Y a las autoridades, las tengo a todas en mi mano. Puedo hacer de su vida un infierno todos los días. Ese es mi mayor placer, practicar el mal”. Él, el Generalísimo, que estaba del otro lado de la mesa, se rio. Me gustaría verlo, dijo él. “Es fácil, tráiganla aquí.”

- Trajeron a Gina. Ella temblaba y era muy guapa. Una chica que segaba todos los años, y que tenía la piel tan blanca como si nunca le hubiese dado el sol en un montón de días de su vida. Pensé – matarla es un pecado. Hoy es mi día de hacer una buena acción. Voy a salvarla.

- Cogí un cuchillo de carne y con mil cuidados, pero poniendo mi expresión más odiosa, le rasgué el rostro, entre los labios y la oreja derecha. Sabía que sería para toda la vida, pero por lo menos no moriría. Ella gritaba de dolor y de susto. Pensaba que iba matarla. Hasta Franco pensó lo mismo.

- El Generalísimo me felicitó por mis dotes para cortar y dijo que no le gustaría tenerme como enemiga. Mandó que le hiciesen un salvoconducto hasta la frontera, en nombre de Virginia Alterio, y que se lo trajesen para firmar, con fecha de ese mismo día.

- Y así fue cómo me traje a Gina conmigo, la llevé enseguida al médico y se hizo lo que se pudo para que la cicatriz no la afease. Porque incluso así, continúa siendo muy bonita.

Mi dueña me llevó a casa, me dio a beber más vino, y después, me acostó en la cama. Me acuerdo de sentir su cuerpo a mi lado y después no recuerdo nada más. Pero seguro que no hicimos el amor esa noche del 25 al 26 de diciembre de 1979.

Al día siguiente, terminó la historia.

- Gina comprendió que le había salvado la vida. Y desde entonces ha sido mi brazo derecho, mi mujer de confianza y mi mayor amiga, porque me debe la vida. Y yo hago todo lo que puedo para que el peso de la gratitud no le aplaste. Sé por experiencia que no es fácil deber favores a nadie. Pero a veces no hay otro remedio.

Suspiró y acarició su propio vientre, ahora libre del bulto de la almohada.

- Somos familia, es lo que somos. Más que hermanas. Hasta comparto con ella a mi marido. Sabe tanto de mi vida, que si decidiese contárselo a alguien, la única alternativa que tendría sería matarla. ¿Y cómo podría hacer una cosa así a una persona a quien le tengo tanto cariño? Era como matar a mi niño querido. La lobita nunca podría hacer una cosa de esas.

- Menos mal que no puede – admití yo – menos mal que no puede.

Pasaron los meses y la Semana Santa también pasó. Aprobé en Hacienda Pública con 8,5 de nota y a principios de mayo recibí una llamada urgente de mi dueña.

- Niño, deje todo lo que esté haciendo y venga aquí inmediatamente. Su lobita le necesita. Cuando sean las cuatro de la tarde...

Como todavía estaba en la Delegación y solo salía a las cinco y media de la tarde, fui al despacho del jefe, le dije que tenía a mi esposa enferma y que era una emergencia.

- Hombre, pues váyase a casa. Y que se mejore.

Preparé rápidamente una maleta con ropa y no olvidé el cepillo de dientes. Tampoco el Antunes Varela, que escondí en un compartimento que se podía cerrar con cremallera.

Como mi dueña había dicho, a las cuatro ya tenía a la puerta al infalible ingeniero Saavedra y su todoterreno. Sin más demora, cruzamos el puente 25 de abril y corrimos hacia el Alentejo. Cuando llegamos, Guilhermina estaba esperándonos, con una maleta al lado, y con un

tremendo volumen en la barriga. Se diría que estaba llegando al fin de un costoso embarazo. Guardé la maleta y mi dueña se sentó en los asientos de atrás del vehículo. Ella y el ingeniero Saavedra no intercambiaron ni dos palabras, como si ya se hubiesen dicho todo lo que tenían que decirse el uno al otro.

- ¿Estás bien, amor?

- No podía estar mejor. Ahora no hablen y déjenme dormir.

Seguimos en dirección a Porto Alto, cercados por la inmensa vega alentejana, tierra de arroz y vino, donde se producía el vino *Catapereiro*. Había mucho tráfico y de vez en cuando circulábamos detrás de camiones que marchaban perezosamente, cargados de corcho y de troncos de madera ardida en los incendios del verano pasado.

Más adelante, en Samora Correia, el ingeniero Saavedra paró el vehículo junto a un palacete que, se decía, había tenido el honor de albergar al rey D. Miguel en el camino hacia el exilio en Viena. Nos esperaba a la puerta, un hombre alto y barrigudo, con ojos azules ahogados en un rostro rojo, y algún que otro pelo a cepillo que debía haber sido, en otros tiempos, de un rubio muy claro. A su lado, un automóvil negro, con cristales ahumados, donde ya debía estar un conductor invisible.

Cuando Guilhermina salió del todoterreno, el hombre gordo se puso frente a ella, y debe de haber sido una ilusión óptica causada por la puesta de sol, pero me pareció verlo extender el brazo derecho y hacer un saludo tipo “Mocidade Portuguesa” y gritar algo como *Sieg Heil*. Lo que era imposible. No estábamos en el cine, estábamos en plena vida real.

- Hombre, déjese de saluciones - refunfuñó Guilhermina -. No queremos llamar la atención. Y lo que pasó, pasó.

El hombre bajó el brazo derecho y besó la mano de mi dueña.

- ¡Cuánto tiempo!... ¡y siempre encantadora!...

Guilhermina le miró con aquella expresión enigmática a lo Marlene Dietrich que a veces tenía. Esbozó una sonrisa maliciosa.

- También está igual. Quitando esa barriga que no tenía, esa papada que no tenía, esa calva que no tenía, más *à part ça, madame la Marquise, tout va très bien*, y está igual.

- Son los años – se disculpó el hombre. – Me pasó de todo en estos últimos años. Este palacete y 50 hectáreas de terreno es todo lo que los comunistas me dejaron. Por lo demás, continúo esperando. Continuamos todos esperando el mundo que ha de llegar, amén.

- Hombre, no se queje. Las cosas podrían ser mucho peores. Está vivo. Eso es lo que importa.

Trasladaron nuestros equipajes al coche negro y pude ver que el chófer era de mediana edad y parecía un gladiador jubilado, vestido de negro, con el pelo entrecano cortado a cepillo.

“¿Habrá por ahí alguna orden religiosa donde las personas tengan en común el hecho de ser altas, usar el pelo cortado a cepillo, y aparecer cuando no se las espera?”

Al dueño del palacete, que fue quien hizo aquel saludo, me lo presentó Guilhermina como el ingeniero Oliveira, que había estado de visita en el frente de Leningrado, invitado por la Legión Azul.

- ¿Pasó frío? – le pregunté.

- Algo – respondió el ingeniero, dividido entre la ocurrencia y la rabia. – Algo. Pero como... como doña Guilhermina ha dicho, estoy vivo y eso es lo que importa.

En la despedida, estábamos nosotros, Guilhermina y yo, en los asientos de atrás del vehículo negro, tuve nuevamente la impresión, no, no fue impresión, fue auténtica realidad, le vi hacer un saludo rápido más, con el brazo estirado.

- ¿Es fascista? ¿En serio? Pensé que ya no existían.

- ¡Esa sí que es buena!... – Guilhermina se giró hacia mí. – ¿Conoce así a tantos demócratas? ¿Auténticos?

- Bueno, viene en la Constitución, Portugal es una democracia. La soberanía reside en el pueblo.

- ¿El pueblo es soberano? – y mi lobita abrió la boca de espanto al oír una barbaridad tan grande – Sí, señor. Si el pueblo es soberano, yo soy Papá Noel. Yo soy escandalosamente rica y la gran mayoría de las personas vive en la miseria. Si es eso lo que entiende por soberanía...

Le apreté la mano, no solo por cariño, sino también por admiración por tanta inteligencia, aunque fuese destructiva de su modo de vivir.

- Amor, me acabas de echar por tierra una hoja entera de frases hechas. Me acaba de, quiero decir. Pero tiene razón, como siempre. Realmente, es un contrasentido ser soberano y esclavo al mismo tiempo. Está de acuerdo con todas las leyes, promulgadas de hecho para mantener la desigualdad, pero no está de acuerdo con las leyes de la lógica.

Continuamos hacia el Alentejo, en dirección a Elvas, y esa noche fuimos a dormir a Madrid, en el apartamento de la Plaza Mayor, donde ya habíamos estado el año anterior. El gladiador jubilado tenía una amiga en

Leganés e iba aprovechar para recordar viejos tiempos. Tuve miedo de que fuese a hacer otro saludo fascista más, pero se limitó a saludarnos con gestos y a desearnos felicidades, como gente completamente normal. ¡Por fin, qué alivio!

Ya era tarde, pero todavía daba tiempo a tomar algo en las muchas terrazas que estaban abiertas en los soportales de la Plaza. Guilhermina paseó ostensivamente su barriga artificial y nos sentamos, cansados y con hambre.

- Gina viene mañana. Vamos a recogerla a Chamartín, a las 11:35h, que es a la hora que llega el tren que viene de Cuenca.

22.

Calculé que Virginia cargaba en la barriga un peso extra de aproximadamente cuatro kilos, y que era nuestro hijo o hija, fuese lo que fuese sería bienvenido o bienvenida.

Me supo tan bien su beso... Tantos meses sin vernos...

- Se pasaban la vida preguntándome – Dime el nombre del padre del niño que quiero matarlo, quiero cortarlo en trocitos, y todo así. Pero nunca dije nada. Que también nadie le mataría. Era solo una manera de hablar, solo querían conversación. Lo que querían era demostrar que estaban enfadadísimos. Que una mujer que se deja embarazar a los treinta años es más tonta que una mula chiflada. Les dejaba hablar. Tontos son ellos.

Guilhermina se despertó tras la siesta y me recordó mis juramentos, que lo que se dice jurar no había jurado nada – sucediese lo que sucediese, yo solo tenía que callar y obedecer, nada más. No admitía, nunca admitiría preguntas y la palabra “duda” estaba fuera de su vocabulario. Ahora iba a quedarme solo en casa con Gina, y así que le reventasen las aguas, debía llamar al número de teléfono que estaba en la tarjeta que ahora me entregaba, pero no debería por nada de este mundo acompañar a la parturienta.

Admiraba el modo metódico como mi lobita resolvía todos los problemas. Todo lo que hacía, lo hacía bien. Tenía éxito en los negocios, cocinaba bien cuando se ponía a ello, tenía conocimientos enciclopédicos de fotografía y cine, buceaba, era una excelente diplomática y era una profesional del amor, no una mera aficionada. Amarla era tan natural y tan inevitable como coger el 49 para ir al Restelo o lavarse los dientes después de las comidas.

Me quedaría solo en casa, y sabía dónde podía comer, mi castellano ya era suficiente para defenderme en materia de transportes, comida y restaurantes.

Cuando ella, Guilhermina, me llamase, debía dirigirme a la Clínica de Santa Filomena y preguntar por ella, nunca por Gina. Diga que es mi marido y que no pudo venir antes. No puede mostrar extrañeza por nada. Si ve una serpiente con dos cabezas, no haga comentarios. Si ve al diablo en persona, saludelo y siga adelante. ¿Lo ha entendido? Puedo repetirlo, si no lo ha entendido bien.

Ayudé a Guilhermina a llevar la maleta al taxi que la esperaba y se fue.

Nos quedamos solos los dos, Gina y yo, más su portentoso vientre, más la inquietud que intentaba disimular. Dormimos juntos esa noche, después de que ella insistiese en hacer la cena para los dos. No había necesidad de lavar los platos a mano, porque había un lavavajillas en el apartamento. No hicimos el amor, pero hablamos hasta adormecer. Ella me contó la vida que se llevaba en Albaladejo, que era exactamente la vida que se llevaba en Pasaconsol, eran dos aldeas rurales, que vivían exclusivamente de la tierra. Se hablaba mucho de Guilhermina, se decía de ella que era hija de Serrano Suñer y sobrina de Franco (lo que era físicamente imposible para quien había nacido en 1912), y que tenía poderes mágicos, que invocaba a los muertos y cosas así.

Fue al día siguiente, por la mañana, cuando rompió aguas, mientras estaba en la cocina. El líquido maloliente se derramó por las baldosas. Hice lo que se me había ordenado. Llamé al número de teléfono que tenía en la tarjeta de Guilhermina y en menos de cinco minutos una ambulancia de la Clínica de Santa Filomena vino a recoger a Gina. Bajé con ella en el ascensor y mientras la echaban en la camilla, me tendió la palma de la mano, prohibiéndome

- No venga conmigo. Ya sabe lo que mandó doña Guilhermina. Espere que ella le llame. Adiós.

- Hasta pronto, querida. Que tengas una hora corta.

Me senté en el sofá de la sala, con el Prof. Antunes Varela en las rodillas. Pero lo que leía no me aprovechaba. Solo pensaba en Gina y en por qué Guilhermina estaba también en la Clínica de Santa Filomena.

“Dios quiera que no esté enferma. Que no lo está, seguro. Y que todo le vaya bien a Gina, y que todavía podamos tener juntos una familia entera de bebés. Sin bebés no hay alegría en una casa.”

Y cuando cerraba el libro, me venían ideas de lo que mi dueña llamaba *cosas raras*. La historia de las almohadas. ¿Será alguna especie de

encantamiento para que el parto vaya bien, para que el bebé nazca bien? Era como si Guilhermina se quisiese poner en la piel de Gina para que tuviese el doble de fuerzas, al ataviarse con aquellas almohadas que la hacían parecer una embarazada más entre las embarazadas de la Clínica de Santa Filomena.

Fue a las cuatro de la tarde cuando el teléfono tocó. Era Guilhermina.

- Ya puede venir. Estoy en la habitación 307. Basta decir solo que es mi marido.

Cogí enseguida el “metro” y salí en Conde de Casal, con el corazón batiendo más rápido mientras subía la calle O’Donnell.

Mi dueña estaba en una habitación particular, la más cara de la Clínica. A su lado, una cuna con un bebé con un gorrito de color rosa protegiéndole la cabeza.

- Nuestra hija – me la presentó.

Y a la enfermera que me había seguido hasta la habitación, le ordenó más veloz que el tiempo necesario para que yo dijera “Pero...”:

- Salga y cierre la puerta.

El supuesto embarazo no le había endulzado la inflexibilidad del carácter. Entonces fue cuando dije “Pero...”

- Pero nada – cortó mi dueña. – ya dije todo lo que tenía que decir, no me gusta tener que repetir las cosas y no voy a hacerlo ahora. Está todo dicho. Mire a nuestra hija, qué guapa es. Y que aspecto tan tranquilo, ¿se ha fijado? El aspecto de quien entró en el mundo sin lucha, sin tener que esforzarse. Nació naturalmente, como si el mundo se hubiese abierto de par en par para que ella pasase. Cuánto más la miro más me parece una princesita, con los ojos del padre y la nariz y la boca no hay duda que son de la madre.

Lo entendí todo. Al final, aquella vaga, vaguísima sospecha que ni siquiera había sido capaz de traducir a palabras, de tan inverosímil que era, tenía fundamento. No pregunté cómo iría a convencer a alguien de que una mujer de 68 años acababa de dar a luz.

Jugué con los minúsculos dedos de mi hija y le di un besito muy suave, casi con miedo, en la cara lisa y sonrosada.

- Dios te bendiga, princesa mía.

Guilhermina pidió que se la pusiese en los brazos y la bebé buscó su pecho seco, como el oficial de la Legión Extranjera que no se resigna a que la cantimplora esté vacía.

- El parto ha ido muy bien y la bebé nació con 3,560 kg. Es fuerte como la madre... no hay más que ver la fuerza que tiene en los brazos, ¿lo ve?... y es simpática como el padre. Lloro poco. Va a ser una gran mujer.

Hizo una pausa, para intentar engañar a la recién nacida con su dedo índice mojado en leche.

- La pobre Gina fue la que no tuvo suerte. El parto fue con cesárea, porque existía el riesgo de que los hombros no pasaran, pero el bebé, era un chico, nació ya muerto. Gina todavía está medio aturdida por la anestesia y al bebé lo han llevado a la cámara frigorífica hasta ser sepultado. No va a verlo. Felizmente, Gina tiene leche que da para tres gemelos y nuestra hija va a tener una buena alimentación. Gracias a Dios que tenemos a Gina.

Y Guilhermina continuó hablando para que no me diese tiempo ni oportunidad para decir lo que nunca debía haber dicho ni siquiera debía haber pensado.

Llamaron la puerta, y entró un médico, por lo menos estaba vestido con una bata blanca, tenía un estetoscopio colgado del cuello, y en el bolso superior de la bata estaba escrito “Dr. Carvajal”. Debía ser poco más mayor que Guilhermina. Tal vez tuviese ya los 70 años.

- *Enhorabuena* – y me apretó efusivamente la mano.

Era el equivalente en portugués de “Parabéns”.

- Ciertamente tengo que confesarlo, al principio estaba un poco aprensivo. Doña Guilhermina Portomayor ya no es muy joven y temí lo peor. Pero, mire, amigo mío, fue uno de los partos más perfectos a los que he asistido. La dilatación fue perfecta. El feto estaba muy bien colocado, salió la bóveda craneal, después pasaron los hombros. Uno de aquellos partos que apetece filmar para después proyectar en las clases de la Facultad. Fue una pena no tener a mano ninguna cámara de filmar.

- Pues sí, qué pena – murmuró mi dueña. – solo que ahora ya no se puede hacer nada. Tal vez en el próximo parto tenga más suerte.

- Perfectamente – convino el médico – Puede ir pensando ya en un próximo embarazo, que para eso tiene aquí nuestra Clínica. Nos alegramos mucho de que un hijo suyo haya nacido aquí. Es un honor que nunca olvidaremos.

Auscultó a la bebé y pareció contento. Es una bebé completamente saludable. Da gusto, principalmente en estos casos.

El médico le dio a Guilhermina el certificado de nacimiento y un pequeño diploma enmarcado.

Cuando salió, Guilhermina me dio el certificado. El día 8 de mayo de 1980, a las 15:45h, nació Paula Clotilde Ana Marina Eugénia de Holstein, Castiglione Mendes da Maia e Alpoim.

- ¿Da Maia, amor?

- Sí, porque no quiero que la chica tenga problemas por el Mendes. Huele mucho a Pierre Mendès-France. Mendes da Maia es lo suficientemente visigodo.

Era hija de Faustino Manuel dos Santos Mendes da Maia, p.p. y de...

- ¿Maia, otra vez? ¿Y mi madre lo sabe?

- Hay documentos muy antiguos que lo prueban. Habían sido descubiertos ayer.

... y de Maria Guilhermina Ana Eugénia de Holstein, Castiglione e Alpoim de Portomayor.

Abuelos paternos – José Manuel dos Santos Mendes da Maia y Odete Maria da Silva Mendes da Maia.

Abuelos maternos – Frederico Manuel de Holstein, Castiglione y Alpoim y Maria Antónia Moreira Viseu de Alpoim.

- ¿Qué fue de ellos, de sus padres, lobita mía?

- No sé, debe haber sido en la guerra. Todo indica que hayan muerto en febrero de 1945, cuando se encontraban en Dresde. Pero dejemos eso. En este momento, Paula Clotilde es la persona más importante del mundo, y no interesa nada más.

- Lobita querida, ¿Qué es esto, p.p. detrás de mi apellido? ¿No es ninguna ofensa, no?

- P.P. es “presunto padre”. Es el marido de la madre, luego es el padre. De ahí que se llame Pepe a quien es José, por haber muchos Josés que son padres, o muchos padres que son Josés.

Era lo que en latín se diría *pater is est quam justae nuptiae demonstrant* y que venía a ser lo mismo - “el padre es el marido de la madre”.

La puerta se abrió nuevamente y entró Gina, despeinada, con los ojos hinchados, tal vez por haber llorado, transportando un trípode con una bolsa/goteo de suero inyectado en la vena.

- ¿Pero no debías estar echada, chica? – le riñó mi dueña. –Te han cosido hace poco tiempo.

- Solo voy a dar de mamar a su niña. Y vuelvo enseguida a la cama.

La verdadera madre sacó sus grandes pechos y se los ofreció a la voracidad de la pequeña Paula Clotilde, que mamó hasta saciar su hambre y luego se durmió, de tan a gusto que se sentía en los brazos de su madre.

Cuando nos quedamos solos otra vez y llevaron a la joven Paula al nido, yo aún planteé algunas cuestiones. Que se trataba de una cosa increíble. Que nadie iba a creérselo.

- El parto lo llevó a cabo y puede dar testimonio uno de los mejores y más conocidos obstetras del mundo entero, el Prof. Carvajal, y fue asistido por dos enfermeras que por casualidad también son hermanas de caridad, y, por lo tanto, merecen crédito doblemente. No pueden mentir, simplemente porque no pueden pecar. Su religión no se lo permite. Por lo cual nada se puede cuestionar y le agradezco que no me moleste con problemas que no existen más que en su imaginación. Hágame un favor. Vaya a cenar tranquilamente, hay una cafetería en la planta baja de la Clínica que solo cierra a las diez de la noche. Y después vuelva, hay aquí una cama más en la habitación y me hace compañía. Si me quiere enfadar con sus dudas ridículas, entonces no venga y váyase a dormir a la Plaza Mayor. Es mejor para los dos. ¿Entendido?

La besé y prometí mi silencio, haciendo el gesto de coser los labios con aguja e hilo.

- Lo que quiero es que se ponga buena de prisa, amor mío, y que podamos regresar a Lisboa con nuestra niña. Tenemos que presentársela a la abuela Odete, a la hermana Dora, en fin a toda la familia.

- Tenemos tiempo – dijo mi dueña.

Y se giró hacia el otro lado, mientras que yo cerraba la puerta suavemente. Lo que en otras Clínicas era una violación de las reglas, la de que una puerta nunca se cierra, era la regla en la Clínica de Santa Filomena – Una puerta nunca se deja abierta.

No tenía mucha hambre y solo comí una ensalada, un plátano y un zumo de naranja. Después de las 10h de la noche, en caso de sed o hambre súbitas solo dispondríamos de máquinas automáticas. Por precaución, llevé una botella de agua arriba, al piso 3, donde estaban las dos madres de Paula Clotilde – la verdadera y la falsa.

Me pareció que Guilhermina ya se había dormido. La besé en la frente y me eché descalzo encima de la cama, atento a su respiración regular.

Estaba a punto de dormirme cuando alguien encendió la luz de la habitación. Una de las Hermanas traía a Paula Clotilde en los brazos y Gina entró a continuación, para dar a la niña la mamada de la medianoche. Nos quedamos despiertos, charlando sobre Albaladejo y que tendríamos que ir a

Pasaconsol incluso antes de volver a Lisboa, para que la bebé vea cómo era la vida de una serrano-manchega cruzada con portugués.

- Tiene tiempo – repitió mi dueña, que ahora parecía que tenía ganas de aplazar todo, como si quisiese parar el tiempo para disfrutar mejor su increíble maternidad.

Cuando Gina se retiró, vino otra hermana, con una bandeja con zumos y “madalenas”, que dejó encima de una pequeña mesa, con una sonrisa cómplice. Se llevó a la bebé y nos dejó solos con la luz encendida. Bebimos zumo de melocotón y apagamos de nuevo la luz. Junté mi cama a la de Guilhermina y nos dormimos cogidos de la mano.

23.

Soy padre y estamos en Lisboa.

Paula Clotilde... siempre imaginé que sería padre de un Carlos Filipe o de una Ana Madalena, porque son nombres que tienen que ver con mi adorado Bach, pero Paula Clotilde nunca se me habría pasado por la cabeza. Fue Guilhermina la que escogió el nombre de la que era hija de Gina y mía, pero que por acuerdo y por finalidades que se me escapaban, era oficialmente hija mía (lo que era verdad) y de Maria Guilhermina de Holstein y etc. (lo que era una refinadísima mentira y si fuese verdad era un milagro de los que ya se no hacían desde el tiempo de Sara, mujer de Abrahán, que fue madre a los 90 años, aunque hay quien diga que en esos tiempos los pueblos nómadas, por ser nómadas, tenían el registro civil muy mal organizado, una auténtica degradación).

Me convertí en un padre especializado. Cambiaba pañales en menos de dos minutos, sabía aplicar los polvos de talco en el culito escocido de la nueva princesa, y tenía una maña especial para hacerle eructar. Le sujetaba de los pies, y se la echaba hacia atrás de espaldas, dejándola suspendida y feliz, hasta que eructaba tranquilamente y volvía a dormir, de espaldas, con los brazos abiertos en cruz, a todo lo ancho de la cuna. Cuando lloraba, y no era muchas veces (Paula Clotilde no era llorona), mis brazos tenían el don de tranquilizarla y volvía a dormirse. Mamaba bien y la leche materna de los grandes senos de Gina la protegían de todos los males, incluso de las maldiciones del abuelo Alterio que no había que tomarse en serio, pero incluso para los que no creen en brujas todo el cuidado es poco.

También era una joven princesa a la que le gustaba el baño y que a partir de los tres, cuatro meses, empezó a ofrecernos las primeras sonrisas, de aquellas que derriten corazones. Gina decía que nuestra hija tenía *mirada de picarona*. Debería haber buscado en el diccionario el significado

de la palabra. Si la hubiese buscado sabría que nuestra bebé tenía una risa de pillina. Y es que verdaderamente lo era.

Y algo le gustaba de Guilhermina, su madre oficial. Bastaba verla para reírse, y no hay manera más franca de confesar que te quiero y que me diviertes.

Dora fue a casa a ver a la bebé y se cerró en una sala con la madre. La conversación duró más de media hora, según me contó Gina. Yo estaba en la Delegación, por eso no fui testigo. Debe haber sido tempestuosa, que estaba muy claro - gritaba la hija mayor -, que era todo una gran mentira, y que la madre había respondido con la calma de las grandes señoras que llevaban a la guillotina – Fue el más conocido obstetra de toda España, uno de los mejores del mundo, auxiliado por dos Hermanas de Maria Auxiliadora, quien asistió el parto. Si crees que son mentirosos, pues haz lo que quieras, haz lo que te parezca mejor. Mamá, esa Clínica es una gran burla, todo el mundo lo sabe. Entran chicas embarazadas, solas, y salen parejas con hijos en los brazos. Hasta la Policía lo sabe, pero nadie hace nada. Y doña Guilhermina – ¿Ves? Si nadie hace nada, por algo será. Piensa bien antes de llamar mentirosa a tu madre, principalmente cuando tengo el certificado de nacimiento que prueba claramente que la niña es hija de Faustino y mía. Si te empeñas, pues denuncia al médico, denuncia a las monjas, denuncia a la Clínica, y el resto es cosa tuya. Vamos a cambiar de asunto, ¿vale? Dame un beso y ven a ver a tu hermana.

No se sabe cómo se logró mantener al margen de los periódicos la noticia de que una mujer de 68 años había tenido un hijo, en este caso una hija. Esa noticia se archivó en las no-noticias. Ni la radio ni la televisión la abordaron, ni siquiera por encima. Pero se hablaba por ahí, en los medios informales, que allí había gato encerrado, que aquella Clínica tenía misterios insondables, como el Tesoro de los Templarios o quién mató a Kennedy. La contraofensiva no se hizo esperar. Se fue divulgando por los estrechos canales del rumor (estrechos hasta que se ensanchan a la dimensión de las verdades reveladas) que la Clínica disponía de una técnica revolucionaria, solo accesible a millonarias muy millonarias, como era el caso de Guilhermina. Y otros rumores se dejaron en reserva: que mi esperma tenía cualidades especiales que permitían embarazarse a cualquier mujer, incluso con más de 80 años, y otros del mismo calibre.

Esperma aparte, los exámenes escritos habían sido en junio y no necesité hacer oral en ninguna asignatura. Mi media oscilaba entre el 7,5 y el 8,5, lo que era francamente contrario a la tradición de la Facultad de Derecho de Lisboa, muy moderada al poner las notas. Pero para mí era como una lluvia de medallas de valor, lealtad y mérito que la mano benéfica de Guilhermina me ponía al pecho, no sabía cómo.

En octubre sería el concurso para técnicos tributarios y confiaba en que obtendría una buena calificación. No quería que me destinasen fuera de Lisboa, lejos de los que amaba, y además lejos de la Facultad, lo que sería sinónimo de una vida más complicada, cosa que detesto.

Saraiva todavía repetía, con su eterno puro, pero ahora lo decía de modo algo mecánico y cansado, como si el entusiasmo se hubiese desvanecido ya, lo que suele ser el destino de los entusiasmos:

- ¿Ve cómo le aconsejé bien? Váyase a Derecho, ¿no era lo que le decía? A fin de cuentas ¿quién va a querer cuentas claras?

Palma ya se había callado con su interminable carta a Garcia. A todos los efectos, yo había logrado entregarla, lo que no sabía era cuándo, ni cómo ni a quién. La última vez que la había mencionado, yo ya estaba casado, cuando dijo a todos los demás, apuntándome como ejemplo – “Salvo yo, eres la única persona que conozco que consiguió entregar la carta a Garcia. Nos engañó bien engañados. Parece que lo es, pero no es burro. Lo que se dice nada”.

Yo tenía quince días de vacaciones en julio, y otros quince en la segunda quincena de agosto.

En los festivos de junio, habíamos ido todos –Gina, Guilhermina, nuestra princesa y yo –a pasar unos días a la casa de Zambujeira do Mar. Mi dueña y yo aprovechamos para bucear en las aguas alentejanas que habían empezado a calentarse. El mar se llenaba de vida y Guilhermina tenía una habilidad especial para seleccionar los mejores sitios y los mejores momentos para fotografiar los bancos de peces que pasaban. No se imagina uno sin verlo el colorido del fondo del mar. Incluso me hizo una fotografía a mí, mientras le hacía un saludo mudo. Después, la sombra de un barco pasó velozmente por encima de nosotros. Mi lobita subió a la superficie y se refugió en la arena.

- ¿Está bien, amor mío?

-Sí– dijo ella, retirando la botella de la espalda. – Estoy bien. Estaba sintiendo un poco de frío. Fue por eso. Vamos a casa.

Cuando se duerme con alguien ya hace más de un año, nos damos cuenta de cosas que pasarían desapercibidas en una convivencia más reciente. Por ejemplo – Guilhermina andaba preocupada. Aparentemente sin motivo. Había obtenido grandes beneficios en Londres, cuando se había producido el alza de la cotización del oro, había conseguido desalojar a varios inquilinos y había vendido los pisos a buen precio, y esperaba la privatización de la Banca para crear de nuevo el *Banco Portomayor*, del que había recibido la mayoría de las acciones en testamento y que había sido nacionalizado en 1975.

Pero algo la preocupaba y yo, a veces, desde el otro lado de la cama, le preguntaba.

- ¿Está todo bien, amor? ¿Qué pasa, lobita? ¿Hay algo que quiera compartir con su marido?

Echados de lado, me apretaba contra ella, y mi brazo derecho pasaba con facilidad por encima de su hombro izquierdo, y así quedábamos abrazados, protegiéndonos mutuamente, hasta que nos cansábamos de aquella posición y deshacíamos el abrazo.

Un día me trató de tú:

- Faustino, ¿Me querías si fuese otra mujer? ¿Físicamente, la misma, pero con otro nombre? Si fuese una mujer muy mala, ¿Me querías igual?

- Amor, ya me has arañado, mordido, ya me retorcaste un brazo, y perdí la cuenta de los pisotones. Por suerte, no eres muy dada a bofetadas... Luego, mala ya lo eres. Podías llamarte Aldegundes, que es de los nombres más feos que conozco, y ser todavía más mala, que es como quien dice “peor”, y yo continuaría a amarte igual y probablemente aún más.

- Puedo ser así un poquito bruta, es mi manera de ser, medio loba medio persona, pero “mala”, lo que se dice “mala”, no lo soy. Solo lo suficiente para sobrevivir en la selva. ¿Me das tu palabra de que continuarás amándome, aunque sea la mujer que pensaste conocer pero que nunca conociste de verdad?

No entendí bien, o mejor, no conseguí entender el significado de la “mujer que pensaste conocer y que no conociste”. A no ser que se estuviese refiriendo a que, en el fondo, todos somos una cajita de sorpresas unos para otros. Como es normal entre seres humanos.

- Te doy más que mi palabra, lobita adorada.

Una hora después, la sentí adormecerse y yo dormí también, apaciguado.

Guilhermina volvió a tratarme de “usted”, pero se notaba que algo le atormentaba y que estaba a punto de tomar una decisión. Tal vez porque repetía ahora frecuentemente “Voy a ponerte a prueba”, lo que se dice normalmente cuando se prepara algo desagradable, como una subida de impuestos o como el té de valeriana.

A principios de julio me trajo un certificado médico, confirmando que yo estaba enfermo y solo podría volver al trabajo una semana después.

-Pero, amor, espera dos semanas más, que ya empiezo las vacaciones.

- Es una emergencia. Si me ama de verdad, venga conmigo.

Gina y nuestra princesa Paula Clotilde se quedaron en Lisboa, y mi lobita y yo salimos rumbo a Pasaconsol, seguidos a poca distancia por una furgoneta negra. Nuestro coche era un *Audi* comprado hacía quince días y quien lo conducía era el gladiador jubilado que ya nos había llevado en nuestro último viaje a Madrid.

- Son personas amigas – me tranquilizó, refiriéndose a los ocupantes de la furgoneta que nos seguía. – así vamos más protegidos. Nunca se sabe lo que puede suceder en un viaje. No me quiere todo el mundo, como el niño. Hay quien me odia. Y mucho. Y además sin razón. O por razones equivocadas. Vaya usted a saber.

Solo en Mérida, cuando paramos para poner gasolina, pude fijarme en los vigilantes que nos protegían en la retaguardia, si es que se puede hablar así en la vida civil. Eran todos altos, fuertes, y si Federico el Grande hubiese pasado por allí, habrían ido a parar fatalmente a su guardia, tal era su fanatismo por hombres altos. Los rostros eran muy parecidos, con mandíbulas casi rectangulares, ojos de un azul pálido, labios finos y pelo rubio cortado al cero. Vestían ahora todos de negro, como si fuesen a un funeral o tuviesen aversión a los colores del arco iris.

Saludaron a Guilhermina y permanecieron a una distancia prudente, mientras que el empleado de la gasolinera llenaba el depósito. Yo era como si no existiese.

Entramos en el restaurante mientras que los “duros” llenaban el depósito del vehículo negro. Bebimos café y Guilhermina pidió también un trozo de tarta de cerezas.

- Me estaba apeteciendo desde el embarazo.

- Cuando volvamos a Portugal, he de llevarte a un restaurante madeirense que tiene flan de maracuyá. Si eres golosa, vas... - y yo chupé mis dedos y los de ella también. Para traducir visualmente la expresión española “de chuparse los dedos” cuando se habla de alguna cosa muy rica.

Nos desviamos hacia Toledo y llegamos a Pasaconsol al final de la tarde. En la casa de Guilhermina ya se encontraban a nuestra espera otros cuatro individuos dos de negro, de aquellos a los que no vale la pena morder, de tan “duros” como son. Saludaron con venias a mi amada, tal vez para demostrar el respeto que su fortuna les inspiraba. Yo tuve la suerte de ser ignorado, tal vez porque me catalogaron en la categoría de los “caprichos del momento”, aunque “príncipe consorte” fuese mucho más lisonjero y proporcionase un estatuto mejor. Yo era un mero “Mendes” y no tenía en la sangre ni la más mínima gota de los Holstein, o de los Alpoim, o de los Portomayor. En suma, pasé sin problemas por el portón de la casa solariega, como habría pasado el bobo de la corte.

Descansamos una hora en el salón, que habían limpiado y aireado, como si su visita ya hubiese sido anunciada – y claro que era así, si no no tendríamos esperándonos otros tantos guardianes, para protegernos de algo que no tenía ni idea de qué podía ser, pero que de cualquier modo tenía el don de poner nerviosa a Guilhermina, que andaba de un lado para otro y fumaba como una fábrica con exceso de pedidos.

- Siéntese, amor, y descanse. No fume tanto. Las cosas no deben ser así de malas.

Guilhermina vino derecha a mí y yo retiré instintivamente la cabeza, como si fuese doña Odete la que se aproximaba con la palma de la mano en ristre. Pero no era para abofetearme. Me hizo una caricia.

- Pues no.

Estaba tan triste que acabamos por invertir los papeles. Yo la atraje hacia mis brazos y la mecí como si fuese mi bebé, otra Paula Clotilde.

Cuando mi dueña entendió que era la hora – daban las siete en el reloj de la sala -, se levantó y estiró los brazos, preparada para la lucha.

- Vamos.

24.

Nos dirigimos despacio a la cripta de la Iglesia, cuya llave tenía Guilhermina. Vienen seis guardianes siguiéndonos de cerca y, detrás de nosotros, rueda lentamente una furgoneta.

No hago preguntas, ni “por qué” ni “para qué”. Es una exigencia de mi dueña y obedezco sus órdenes. Siento un placer extraño en ser una nulidad en sus manos, tal vez porque... no sé, no tengo ni idea... Tal vez el amor nos transforme en masa de vidrio de cristalero.

Entramos en la cripta, que, esta vez, está profusamente iluminada, como es natural después de las descomposturas con que mi dueña debe haber mimado al cura. Yo sé lo que haría en su lugar – me arrodillaría, pediría perdón y le cubriría de besos los pies y las manos de mi muy amada dueña.

Con nosotros entran cuatro de los “duros”, provistos de pies de cabra. Guilhermina les apunta hacia la sepultura y les da órdenes en inglés, sin olvidar *if you please*. Los cuatro Hércules obedecen. Apoyando los pies de cabra en la tapa donde se esculpía la figura del caballero con las manos apoyadas en la espada, logran moverla a fuerza de empujones y de maldiciones. No es fácil pero consiguen poner en el suelo la tapa del túmulo del caballero desconocido.

Miro para dentro. No se ven armaduras ni osamentas medievales, pero sí una caja cilíndrica de aluminio.

Guilhermina manda que retiren la caja y que la transporten a la furgoneta que nos siguió hasta la Iglesia. Y que vuelvan a colocar la tapa en la sepultura de donde fue removida. Los hombres obedecen. La caja metálica ya está dentro del vehículo y las puertas cerradas con candado.

Miro a mi amada. Nunca la vi así, con los ojos bajos, como si estuviese siendo aplastada por acontecimientos de un peso superior a sus fuerzas. La enlacé por la cintura y seguimos así, a un paso que para mí es de galanteo y para ella de funeral.

La casa solariega de Guilhermina, que se llama *Casa de Los Rosales*, aunque nunca le haya visto rosales, tiene una extensa huerta donde crecen árboles frutales, plantas de judías y todo lo que hace falta en una ensalada, incluyendo olivos para el aceite. No falta el gallinero. Tiene, al fondo, escondido entre árboles, un horno que puede servir para todo, para hacer cal o para derretir hierro o, en la opción que mejor huele, para hacer pan. Es de propano y suele ser calentado por altas columnas metálicas donde se abren círculos de donde brotan llamas y, en esos momentos, ni siquiera nos podemos aproximar porque el calor casi derrite a distancia, parece una sucursal del infierno.

Guilhermina está presente y aprieta mi mano en la suya cuando abren la caja. Veo un cadáver quemado, en el que el hueso del cráneo parece estar incompleto, le falta una gran parte. Ella reza y yo le imito con un padrenuestro por una intención desconocida.

Los guardias retiran el cadáver con la solemnidad de quien está viviendo Historia y lo depositan en una especie de balda metálica cóncava, envuelta en cerámica refractaria. La balda es izada por un mecanismo que se acciona en un botón verde. Hay otro botón que es rojo, y cuando este es presionado, las llamas brotan de los agujeros abiertos en los tubos e invaden la balda y lo que está encima.

Transcurren minutos de infierno y mi dueña se ampara en mí, porque todo esto le hace sufrir. Creo que estoy participando en un crimen de profanación de cadáver, pero por ella olvido leyes y morales. Soy algo suyo y por eso puedo acariciar su mano tan extrañamente helada en aquel verano de 1980.

Las llamas se apagan y la balda desciende a nuestro nivel. Solo contiene cenizas que todavía queman, lo que queda de un cadáver cuando todo lo demás se evaporó.

Uno de los guardias presenta a Guilhermina una urna de plata, donde un águila extiende inútilmente las grandes alas. Ponen un embudo en la

estrecha boca de la urna, lo que la pone al nivel de la bolsa de agua caliente de doña Odete, cosas demasiado familiares para ceremonias fúnebres.

El mismo guardia, con guantes, abre una pequeña válvula, en el centro de la balda, y va recogiendo el polvo gris que cae en la abertura de la urna, y con tanto método que al cabo de cinco minutos toda la ceniza está en la urna y solo una u otra molécula habrá quedado residualmente en la balda, nada que sirva para devoción o reliquia.

Cierra la urna con una tapa de seguridad, hecha a medida, y Guilhermina la estrecha en el pecho.

Aquella noche nos quedamos en Pasaconsol, en la casa solariega, nosotros y los ocho vigilantes, y Guilhermina me pide, ella, tan acostumbrada a ordenar, me pide

- Vaya ahí fuera, querido. Descanse un poquito. Vaya al “bar” que queda al final de la carretera, a la derecha, y distráigase un poco. Vuelva dentro de dos horas, y, si es más tarde, tampoco hay problema.

Le hago caso y busco el “bar”, donde hay personas que juegan a las damas y otras que beben y charlan. Saludo al entrar con mi mejor “buenas noches” y todos se giran hacia mí, como si fuesen aztecas asistiendo a la llegada de Hernán Cortés.

- Ah, es el marido de doña Guilhermina.

El pueblo estaba enclavado en una región de gente que votaba a la derecha y en una provincia dominada por los *rojos* durante la Guerra Civil. Mi dueña era considerada, no sabía yo el porqué, pero tal vez por ser tremendamente rica, una de las santas de esa difusa religión que es el capitalismo. Me aceptaron de inmediato como “tiene cara de buena persona” y yo me apresuro a explicar que vengo de más lejos, soy portugués y mi castellano no es muy bueno. Si me hablan despacito todavía entiendo algo.

Pido una limonada y me traen también una ración de *patatas bravas*.

El padre de Celina, la joven que nos trajo la comida en mi primera visita a Pasaconsol, se me acerca y me habla, mientras hago esfuerzos para entenderle. Me cuenta que tiene olivos, viña, cebada y almendros. Gracias a sus esfuerzos y a la ayuda del cura se había puesto en funcionamiento la bodega cooperativa, donde se produce el vino *Mejeda* que tanto me había gustado. El otro orgullo es la familia. Luís, el mayor, que está estudiando en Valencia. La hermana mayor de Celina, Isabel, siguió la carrera de las armas, y ahora forma parte de la Guardia Real.

- Se ocupa del Rey – dice, con orgullo, mostrando la fotografía de una joven alta y morena, uniformada, con aquel irresistible encanto de las serrano-manchegas, descendientes directas de la famosa ninfa del Júcar.

El padre de la guardiana del Rey tenía trece años cuando reventó la civil y recordaba esos tiempos como si todo hubiese ocurrido ayer. El día de ayer es lo que ya no recordaba tan bien.

- Cuente lo que pasó cuando fue a coger higos.

- Los higos ya estaban maduros. Empecé a arrancarlos y a comerlos cuando, de repente, oí una voz “Están buenos, ¿verdad?”. No se veía a nadie, eché a correr y solo paré en casa.

La provincia de Cuenca había estado en manos de los “rojos” durante la guerra. Pero, por lo menos allí, en Villaverde y Pasaconsol, la vida se había desarrollado con la normalidad posible. El cura se había dejado crecer el pelo, vestía ropas civiles y se había escondido hasta la llegada de las tropas franquistas. Pero todos sabían dónde estaba y nadie le denunció. Las madres escondían a los hijos, para que no los reclutasen a la fuerza y cuando los venían a buscar y no los encontraban, a la pregunta “¿Dónde se han metido?”, ellas respondían “Busca debajo de mis faldas”. Que las usaban muy anchas y largas. El que había asustado a mi interlocutor era uno de los muchos que huían del reclutamiento compulsivo y se escondían en los campos durante el día. Solo iban a casa de noche, con el mayor sigilo, para ir a buscar comida y ropa lavada.

Aún hoy, en los “bares” de la tierra, que eran solo cuatro, porque la población había disminuido drásticamente durante los últimos 50 años, hay conversaciones entre septuagenarios que se habían odiado como hermanos. “No sabes la suerte que tienes de estar vivo. Otros cuatro y yo estábamos emboscados en el sitio donde solías pasar cuando ibas al *Ayuntamiento*. Pero esa noche, fuiste por otro camino, *cabronazo*. Fue tu suerte. Si no, no tendríamos ahora esta conversación, puedes creer”.

Ya habían pasado dos horas y media. Me despido y regreso lentamente a la casa de mi dueña. Dormimos esa noche en sábanas limpias, con un olor agradablemente fresco, y al día siguiente seguimos hacia el sur, siempre acompañados por nuestros protectores.

Vamos hacia Valencia. Valencia, que fue conquistada a los moros por Rodrigo Díaz de Bivar, *el Mío Cid*, y donde Luís estudia ahora Medicina.

No nos demoramos en la ciudad porque tenemos un yate esperándonos, *La Sirenita*, y que, como tantas cosas de este mundo, yo incluido, pertenecen a Guilhermina.

Embarcamos sin demora con seis guardias, que nos siguen transportando varios bultos que colocan en la bodega. Me quedo admirando las maravillas del comedor y pienso que a partir de ahí podríamos visitar las islas de los mares de coral del Ballantyne de mi infancia. Hablo del escritor.

El yate larga amarras y sigue en dirección a África, porque estamos en el Mediterráneo, donde difícilmente se puede hablar de alta mar. Es un mar pequeño, que ya se secó cuatro veces y todavía se puede secar una más.

Nos sobrevuela un helicóptero y Guilhermina apuntando hacia arriba le saca el dedo corazón estirado y el índice y el anular doblados, como significando dónde le gustaría que fuesen, si ese fuese un lugar que se pudiese visitar. Nuestros guardianes saludan al helicóptero pero también les hacen señal para que se aparte. Es un tanto contradictorio, parece el hermano más mayor diciendo al más pequeño que aquel juguete no es para él. Muestran sus negras *AK4*, como si estuviésemos en una feria de armamento ligero y altamente letal. El helicóptero nos sigue ahora a mayor distancia. Todo me está pareciendo puro cómic y la sensación no es desagradable. Es más emocionante que el Impuesto Complementario y el Impuesto a las Transacciones juntos, y no es que las finanzas no sean emocionantes.

Es de noche y la luna llena ilumina el mar por donde Ulises anduvo 10 años en la buena vida pero siempre quejándose de la suerte.

La profundidad es de 557 pies. El viento sopla de N-NO, con una velocidad de 15 nudos. Cualquier cosa arrojada a estribor se dirigirá irremediamente al mar y hacia el sur. Estoy fascinado por aquel mar, y soy todo aventuras, cuando mi bella zarina sube al combés con la urna de plata que recogió las cenizas del ocupante del túmulo del caballero medieval.

Se acerca a mí y me pide que rece con ella por el eterno descanso de aquel del que solo restan aquellas cenizas. Lo que hacemos los dos, con más o menos sinceridad por mi parte, que presencio una ceremonia cuyo alcance desconozco.

Mi dueña abre la urna y estira el brazo por encima de la borda. Gira la urna y una nube negra sale de la misma y se desvanece en el mar. Después, y esa es una actitud francamente antieconómica aplicada a la cotización de la plata, tira por la borda la tapa y la urna, y se queda a verlas llenarse de agua y hundirse.

El helicóptero que nos venía siguiendo da media vuelta, y por la manera como giran sus hélices, yo diría, es una cosa que se siente y no se

explica, yo diría que está furioso, por no decir rabioso como un perro al que privamos del hueso.

Seguimos deslizándonos en el Mediterráneo, disfrutando de los placeres de una ondulación que embala, que es una invitación al amor, y poco antes de nacer el sol mi dueña manda regresar a Valencia. Bajamos del yate y este vuelve al mar de donde vino y sigue hacia el este, desconozco su destino. Pregunto. Va a Barcelona y después seguirá hacia Tánger y se perderá en el Atlántico, con rumbo desconocido, no me dicen para donde van.

Tomamos el desayuno en la ciudad y seguimos de regreso a Pasaconsol, a la casa solariega de mi princesa. Permanecen solo dos guardias con nosotros, los que no siguieron a bordo de *La Sirenita*.

Es de noche nuevamente. Los dos guardias se van no antes de saludar a Guilhermina con fuertes apretones de mano. Ahora sí. Llega la hora de que les sustituyan los hombres de gris, que tienen como misión proteger a mi dueña y lo que está a su alrededor. No sé cuántos son, pero sé que están allí y que apartarán de nosotros los peligros en la justa medida en que nos amenacen.

- No tienes que jurarme nada. Sé que puedo confiar en ti, porque te vi llorar y probé el sabor de tus lágrimas.

Descendemos al sótano y Guilhermina me ayuda a apartar los pesados baúles que están arrimados a la pared del fondo, y que parecen destinados a ajuares de hormigón. Se descubre una trampilla, que se levanta, y vislumbro una escalera de madera. Me pide que baje y me pasa una linterna. Bajo los escalones e ilumino el compartimento donde descansan mis pies. Veo lo que puede ser un abrigo nuclear, pero tal vez sea la caja fuerte de un banco, con lo que normalmente existe o se piensa que existe en las cajas fuertes de los bancos. Una pila de lingotes que brillan con destellos de oro. Cuadros que se amontonan contra las paredes y que van del Renacimiento al Impresionismo. Cojo uno de los lingotes con mi mano y veo que en su cara superior tiene grabada un águila que envuelve una cruz gamada. Parece que no hay dudas en cuanto al origen de aquel oro. Subo y se lo entrego a mi bien amada. Me pide que baje y que le traiga doce más iguales. El trece es un número que siempre le dio suerte. El resto quedará para después, para una oportunidad mejor.

Guilhermina me manda que salga de la sala y que espere en la habitación.

Al día siguiente, aparecen en la sala dieciséis lingotes de oro, sin ninguna marca, que están allí solo para que yo los vea. Obra de fundición de los hombres de gris. El águila voló lejos y la cruz gamada se disolvió en

el fuego purificador del “Crepúsculo de los Dioses”. Después de que Guilhermina me los señale, silenciosamente, los lingotes son inmediatamente colocados en cajas de madera con el “Fragil. Este lado para arriba.”

Falta solo el contraste de la Casa de la Moneda, para certificar que es oro y de 24 quilates.

25.

- Ya debe haber adivinado todo.

- No – contesté. – Aparentemente, debía saber de lo que se trata. Pero como sé que es imposible... solo Lázaro y Cristo lo habían conseguido. En nuestros días, los muertos no resucitan.

Mi dueña empezó por el principio y me dijo simplemente:

- No me llamo Guilhermina, ni soy Holstein ni Alpoim, ni nada. Solo el Portomayor es mío por mi segundo matrimonio. Tampoco me llamo Aldegundes, no se preocupe. Me llamo Eva Anna Paula Braun, y nací en Múnich el 6 de febrero de 1912.

Parecía el principio de un interrogatorio policiaco en que naturalmente seguiría el

Estado civil,

Profesión,

Nombre de los padres,

Residencia habitual y

Número del pasaporte o del documento de identidad.

Era hija de Friedrich Braun y de Franziska Kronberger y había sido educada en escuelas católicas. Había trabajado como asistente para el fotógrafo Hoffman y también había posado para él.

Había sido en el estudio donde conoció a Hitler, a quien le había gustado porque le recordaba a alguien.

- No puedo decir que me haya enamorado de un hombre 20 años más mayor. Pero había en él, cuando miraba fijamente a las personas de frente, como un magnetismo que no fui la única en experimentarlo. Era más seducción, mezclada con un poco de miedo. Por lo demás, era atento y le gustaba agradar. Me traía siempre algún recuerdo.

En fin, el resto era historia mil veces contada y recalentada, hasta llegar a abril de 1945, cuando la historia se complicó con muchas zonas de penumbra y de franca oscuridad.

- Estábamos en el “bunker”, en Berlín. Adolfo no podría quedar detrás de Stalin, que había permanecido en Moscú cuando nuestras tropas ya se encontraban casi a la entrada de su ciudad. Ahora los rusos se aproximaban y no podríamos esperar cualquier tipo de compasión después de la forma cómo los habíamos tratado a ellos. Cada uno tenía ya su cápsula de cianuro para evitar que le capturasen vivo. A mí me la había entregado el propio Adolfo, especificando que solo podría usar aquella, que se había hecho a propósito para mí, y no otra, y enseñándome como la debería morder. Parecía haber estudiado la materia a fondo.

- Después de que Adolfo oyera las noticias de la muerte de Mussolini y la manera cómo su cuerpo había sido expuesto después de la ejecución, determinó que, tras nuestro suicidio, nuestros cuerpos fuesen quemados, para no permitir vejámenes *post mortem*. En ese momento ya estaba muy enfermo.

- Nos casamos y fui *Frau* Hitler durante 40 horas más o menos.

- Sabía que estaba a punto de morir y bebí el mejor champagne de la bodega. Vestí mis mejores vestidos, para morir como... mire, como una zarina reinante, como le gusta llamarme.

Y mi dueña, que ahora no sabía cómo llamarle, me avisó que no conocía todos los pormenores, los más importantes siempre le habían sido escondidos, ella es una chica muy sencilla, muy fútil, solo el alboroto que montó cuando el Führer quiso prohibir la fabricación de cosméticos, en fin, es medio ingenua y la otra mitad es la de una chica sana y tonta, pero que tiene una cosa buena. Nunca se mete en política, que es como aquel que dice, nunca se mete en los asuntos del amante. Su única preocupación es mantener el cuerpo dentro de los límites de la esbeltez nacional-socialista, para dar un ejemplo vivo a “su” hombre, que al final de cuentas es el marido de toda una Alemania.

Probablemente, habrá mucha falsedad impresa. La Historia es una víctima fácil de mentiras y medias verdades.

Entre las cosas que pueden ser verdad, pueden ser mentira, vaya usted a saber cuáles, parece que enviados de Himmler se habían encontrado en Suiza con el Conde Bernardotte y con Alan Foster Dulles, y habían negociado la rendición de los ejércitos alemanes a las fuerzas anglo-americanas, o sea, una paz separada. Lo que provocó una crisis de rabia en el que había sido su amado Führer “No se puede tener confianza en un criador de gallinas”. Los hechos también habrían llegado al conocimiento de Stalin, que acusó enseguida a sus aliados de estar haciendo doble juego. Por otro lado, parece que hubo contactos entre los alemanes y los soviéticos, para una paz que tuviese en cuenta lo poco que los unía – el

Primero de Mayo y la palabra “socialismo”. Lo que llevó a los restantes aliados a devolver a Stalin la acusación de jugar a dos bandas.

Pero el momento de cambiar de campo, incluso en los últimos minutos de la película, no podía haberse escogido peor, y los aliados occidentales y los rusos habían mantenido sus compromisos.

Hitler tenía varias cápsulas de cianuro, que mandó distribuir entre los que todavía no tenían. Eva no la necesitó, porque ya tenía una que era especial para ella, proporcionada por el propio amante. Cuando supo de la traición del que parecía el más fanático de sus fieles, se llevó la mano a la cabeza – Por Odín, el cianuro que tengo me lo dio el propio Himmler. Y si la cápsula que me dio se destina solo a adormecerme, para quedarse con una moneda de cambio y echarme toda la culpa a mi ¿para quién había de ser!?

Ante la duda, ya después de casado, y antes de matarse, mandó probar una de las cápsulas en su perra Blondie, que tuvo muerte inmediata.

Se sentaron en el sofá del salón y su marido le mostró la pistola de calibre 7,65 que usaría como garantía suplementaria de que moriría con toda seguridad. Hay personas que resisten al cianuro, como Rasputín. Y él siempre había contado con una inexplicable protección contra la muerte, como se había probado en las trincheras de la Primera Guerra y en el atentado de julio de 1944. Ahora quería tener la certeza de que moriría sin duda alguna. Pero antes, me habló en una voz monocórdica, la voz de quien oye mal lo que él mismo está diciendo. Le dijo que solo confiaba en ella, ella era la única persona que no le había traicionado y que nunca se había metido en política, principalmente en su política. Que ella no moriría, la cápsula que él le había dado contenía solo un poderoso anestésico y como no era de cristal no le haría heridas en la boca. La llevarían de allí, como si estuviese muerta, a un lugar seguro. Era importante que hubiese testigos que pudiesen declarar que la habían visto muerta al lado del *Führer*. Y lo que ahora no le pudiese decir, porque el tiempo era escaso, se lo dirían después. Más. Debería volver a casarse y tener hijos que pudiesen realizar lo que él no ¡claro! –convertirse en auténticos superhombres, inmunes a la debilidad y a la compasión. Porque fue la compasión lo que me perdió.

El punto de exclamación queda solo sugerido, porque la narración no es mía.

Explicó y volvió a explicar lo que quería de ella, como si Eva fuese un niño de cinco años y no una mujer hecha. Le parecía, siempre le había parecido muy guapa, de lo más ario que ya se inventó, pero muy burra aun así. Siempre contaba con la seguridad de Bormann. No te preocupes, en

cualquier caso Bormann saldrá con ustedes y resolverá cualquier problema que surja. Es su especialidad, la de resolver problemas.

Entretanto, le entregó un salvoconducto firmado por Patton, y refrendado por Eisenhower, Montgomery y el mariscal del aire Tedder. Solo valía en la zona ocupada por las fuerzas angloamericanas. Le estaba formalmente prohibido penetrar en las zonas de ocupación soviética. Estaba a nombre de una Gretl cualquiera, nacida en Koblenz, profesora de Gimnasia. Podía morder la cápsula sin miedo. Era de gelatina, no de vidrio, no le produciría heridas en las encías. Porque debería adormecerse antes de que Hitler se matara. Quería ahorrarle esa pesadilla.

Eva no tenía certeza de nada. Podía ser una mentira piadosa, para que mordiese la cápsula sin recelo. Y si fuese así, la muerte sería tan rápida que ni tendría tiempo de tener miedo.

Aún oyó una enorme tabla cayendo estruendosamente en una escalera mientras que se sumergía en una especie de anestesia.

Cuando se despertó, seguía echada en lo que parecía la camilla de una ambulancia. Se palpó el pecho, y ahí estaba el salvoconducto, cuidadosamente doblado en cuatro.

Eran dos las ambulancias que habían abandonado Berlín al anochecer, aprovechando una tregua del continuo bombardeo que se abatía sobre la ciudad. Llevaban en el tejadillo y a los lados la cruz roja, señal de “No disparen. Van aquí personas enfermas.”

Junto a Eva iba el Conde de Söderhamn, en calidad de enviado especial de la Cruz Roja. Bormann no venía con ellos y no se sabía lo que había sido de él. Cuando pasaban los innumerables controles diseminados a lo largo del camino por la Policía Militar, se mostraban los salvoconductos de Eva y del Conde, lo que les daba derecho a una breve continencia, la del vencedor para con el vencido. Eva notó que le habían cortado el pelo y se lo habían teñido de castaño oscuro. Pero necesitaba luz y un espejo para ver si el cambio le favorecía.

No podían ir por el camino más corto, por el temor de encontrarse con tropas soviéticas, para las que sus salvoconductos no servían de nada. Continuaron por Brunswick, Hannover, Bremen, Hamburgo, hasta Lübeck, que todavía era zona no ocupada. Las ambulancias se detuvieron junto a una zona del puerto que había quedado intacta. Un submarino del tipo 21 esperaba, con una base que lo unía al muelle. En primer lugar, habían sido embarcadas cajas que venían en la otra ambulancia. Y un ataúd, lo que no era raro en una zona fustigada por la guerra. Solo después de despedirse del Conde de Söderhamn Eva desapareció por el agujero circular que daba acceso al interior del submarino.

Se había quedado en un pequeño compartimento individual. Pero nadie tenía ese honor a no ser el Comandante Gustav, un veterano de la guerra submarina, varias veces condecorado por Doenitz.

Debajo del agua, su transporte era el submarino más veloz que se había construido hasta entonces, ganando en velocidad a los más rápidos cruceros de superficie de su Majestad. ¿Cómo se llama? *Riefensthal*, fue la respuesta. Es un submarino para señoras. También le llaman U-777-B, pero eso es solo para las estadísticas.

El viaje duró dos días, el tiempo justo para odiar la vida de clausura, y terminó, en el silencio de la noche, en un lugar de Santander llamado Punta de la Magdalena. Se descolgaron barquillas y Eva fue la primera que salió. Después las cajas, que debían ser preciosas, tal era el cuidado con que eran izadas hacia fuera del submarino, a fuerza de poleas. En último lugar, el ataúd. Eva notó que faltaban cajas y le informaron que el submarino continuaba ahora viaje hacia América del Sur. Un país de esos, ¿sabe? no importa cual, son todos muy parecidos unos a otros.

Los esperaba un camión, con las luces apagadas, que recogió todo el material desembarcado y donde Eva se echó en un colchón especialmente blando dadas las circunstancias.

Su acompañante, un oficial de las SS que había renunciado a la calavera y a los otros distintivos y si le preguntaban lo que hacía, era ahora un vendedor-viajante común que distribuía muestras de tejido, le dijo dónde estaba - en la ciudad de Santander, bañada por el Mar Cantábrico.

- No vamos a Madrid, para no comprometer al *Caudillo* más de lo que ya está. Vamos a Castilla la Mancha, exactamente a una aldea llamada Villaverde y Pasaconsol, donde ya se ha adquirido un pequeño palacete, y donde hay reductos relativamente seguros.

El oficial de las SS no tenía sin embargo mucha fe en la seguridad de los reductos, porque habían sido muchas las personas sacadas a la fuerza de dichos escondrijos y llevadas, también a la fuerza, a destinos crueles que se reducían a horno y matadero.

Quince días después se encontraba en Madrid, donde había conocido al Conde de Portomayor.

- ¡Tantos condes han pasado por tu vida! ¡Perdón, por su vida!

Él estaba de paso, pues era cónsul en Zúrich, y venía de vacaciones. Quería aprovechar para disfrutar de los placeres madrileños antes de hundirse en la indolencia portuguesa. Conoció a Eva, y no resistió al encanto de sus ojos y a la elegancia de su cuerpo de valquiria. Le contó que era viudo, era conde, y tenía una hija de cuatro años llamada Dora. Era la pura verdad. Ella le contó que era profesora de gimnasia y una refugiada de

guerra, que huía de los rusos, y que había escapado por milagro de los bombardeos de Dresde, pero que sus padres habían muerto allí. No tenía papeles, porque habían arduo, y su miedo era que la entregasen a los rusos. No son hombres, son auténticos animales. Era pura mentira, mezclada con alguna doctrina racial naturalmente estúpida, como sucede con cualquier doctrina racial.

El Conde de Portomayor trató de conseguirle una nueva vida, documentada en papeles nuevos pero enteramente genuinos, emitidos por el Consulado de Zúrich, y que él mismo produjo en una de las oficinas de la Embajada de Portugal en España, aprovechando los documentos y sellos del Consulado que traía siempre a mano para una emergencia. Y entonces Eva Braun se convirtió en Maria Guilhermina Ana Eugénia de Holstein, Castiglione e Alpoim, hija de padres portugueses y nacida en Varsovia. Los apellidos habían sido rigurosamente seleccionados para que no desentonasen del Portomayor que se les añadiría por el matrimonio.

- Y, siendo hija de portugueses, ya eres portuguesa de nacimiento. E incluso si ese hecho fuese cuestionado más tarde, por el matrimonio adquiere la nacionalidad portuguesa y ya no corre ningún peligro. Solo le falta aprender la lengua. Y si habla como alguien que vivió muchos años en el extranjero, ¿quién va a darse cuenta? Arrastrar las erres es normal en las mejores familias. Muchos embajadores solo hablan así.

Se casaron en Pasaconsol, en una ceremonia muy discreta, en la que solo estuvo presente el embajador Pedro Teotónio Pereira y algunos funcionarios de más confianza. El *alcalde* fue invitado también y se le atribuía el rumor de que Guilhermina era hija de Serrano Suñer, lo que solo era posible si este se hubiese casado de niño, a los diez años.

Después, mi dueña vio Lisboa por primera vez y conoció a Dora, su hijastra.

-Le cogí cariño enseguida. Una niña muy inteligente y muy sola, con mucha dificultad en hacer amistades. Tal vez porque los abuelos la tuviesen muy cerrada en casa, sin nadie con quien jugar. Pero era muy cariñosa y nos hicimos amigas al momento. Creo que no fui una madrastra muy mala, como las de los cuentos de hadas en que la niña tiene la mala suerte de que el padre se haya casado con una arpía. Siempre la quise como a una hija y ella me ve como a su madre. Y ahora vengan las preguntas.

26.

Me apeteció escuchar primero “Rosamunda”, música de escena de Schubert, tan bonita y de una simplicidad tan grande. Para cambiar de escenario;

- ¿Cuántas personas saben que eres Eva Braun, como dice que es, y lo es de seguro?

- Bastantes. Demasiadas, incluso. Pero era inevitable.

Y prosiguió, después de una pausa en que fui a la ventana.

- Era inevitable cuando se monta una operación de aquellas. Había que ir hacia el sur. La Antártida era muy fría, y más hacia el sur que eso era imposible. En fin, creo que lo que más importaba era solamente un cambio de hemisferio. Lo que era posible porque disponíamos de los submarinos más avanzados del mundo, los de tipo 21. Confiaban en mí por el simple hecho de que nunca me había metido en política, y siempre que iban a hablar de asuntos importantes, Adolfo me mandaba salir de la sala. Pero siempre “por favor”. Era muy educado.

Me eché en el sofá, con la cabeza recostada en sus piernas, e intenté pensar lo más lógicamente que podía en aquellas circunstancias.

El primer pensamiento – Ella no es delincuente, es la mujer que amo. Si la quisiesen responsabilizar por los actos de terceros, adultos, sería otro caso más de responsabilidad colectiva, en que las personas son castigadas por lo que otros hicieron. Si no fuiste tú, fue tu padre.

El segundo pensamiento era más explorar en la Historia, a la búsqueda de elementos. Mientras que mi dueña revolvía mis caracoles, yo intentaba poner los hechos en orden.

Fama est que los cadáveres de Hitler y de Eva Braun están en poder de los soviéticos. Luego, si eso es verdad, ¿por qué motivo no se encuentran expuestos al público, o accesibles a los estudiosos? Los turistas occidentales, además del mausoleo de Lenin, tendrían la atracción complementaria de los cuerpos chamuscados de la pareja maldita, probablemente resguardados en un abrigo de vidrio a prueba de bala. Una fuente de divisas más y más para un país que las necesita.

A su vez, los soviéticos acusan a los ingleses de tener los cadáveres en su poder, para fines difíciles de imaginar. Los ingleses, sobre todo el historiador-espía Trevor Roper replican pero qué grandísima mentira, son los soviéticos los que los tienen en su poder.

¿Qué se sabe con exactitud? ¿Cuál es la verdad oficial, la única a la que los ciudadanos comunes como yo tienen derecho? Oficialmente, los cadáveres habían sido desenterrados y autopsiados por los conquistadores de Berlín, los soviéticos. Faltaba un trozo del cráneo del presumido Hitler, pero la explicación del Prof. Faust Shkaravsky fue la de que habría sido el calor de la hoguera en la que el cadáver debería haber quedado completamente consumido si no hubiese sido quemado vestido y envuelto en mantas, habría sido ese calor el responsable por la caída de parte de la

bóveda craneal. Es verosímil. Por otro lado, el hecho de que la altura del cadáver era inferior a la altura del hombre que había sido Adolfo y que había sido en tiempos un bebé de su mamá, tenía su explicación en el calor que reduce el tamaño de los cuerpos. Otro elemento que hay que tener en cuenta es el testimonio de la asistente del dentista de Hitler, Kathe Heusemann, que, con la ayuda de fichas clínicas, confirmó que la ficha dentaria del dictador correspondía a la dentadura que le presentaban, desgarrada del respectivo cráneo.

Pero en Moscú, en todo el esplendor del poblado bigote, volviendo a mirarse en sus retratos de hombre infalible, está Stalin. Está Stalin. Está Stalin, con todos sus errores y la gran facilidad para olvidar sus propias culpas que al final son siempre de los otros y nunca suyas. Las purgas que habían debilitado al ejército y de las que él se disculpó con algunas ejecuciones ejemplares más. La falta de atención a los avisos que le llegaban de que Alemania iba a atacar. La falta de preparación de una defensa eficaz, para no irritar a Hitler. El embotamiento que sufrió en los primeros quince días que siguieron a la invasión, aislándose, haciéndose invisible, en un total divorcio con lo desagradable de no ser tan inteligente, tan sagaz ni tan previsor como obligaba a los otros a creer y ¡Ay de los que no tienen fe!. Vamos a ver. ¿A quién voy a echar la culpa esta vez?

En dictadura, los procedimientos no siempre son los más científicos. Ni siempre pueden serlo. Ante todo hay un dictador, y es necesario que él quede satisfecho. Si le vienen a decir buscamos por todas partes, pero ni sombra de su cadáver, a pesar de que el camarero jura a pies juntillas que sí, que su amo murió, que vio el cadáver, y que fue él uno de los que le llevó al jardín de la Cancillería y ayudó a atizar el fuego, bueno, el dictador no queda nada satisfecho, tal vez hasta se irrite, tal vez hasta mande a alguien a ejercer la medicina en Siberia, si no opta por el fusilamiento. Stalin tiene una máxima que incluso tiene sentido – ¿Prisión durante más de 8 años? Más vale matarlo.

Ya sé que esto es una nota a pie de página fuera de su sitio, pero estoy en parte de acuerdo. Más de 8 años de prisión deja de ser pena y pasa a ser medida de seguridad, además de que la privación de libertad es un castigo muy cruel, incluso cuando no hay otro remedio, cuando ninguna otra pena pueda ser eficaz.

En fin, hay que agradar a quien manda, aunque para eso haya que coger la realidad y distorsionarla un poco. Repitiendo hasta la saciedad que el hombre se suicidó de una forma cobarde, ingiriendo veneno, en vez del suicidio que cualquier militar valiente escogería – el tiro de arma de fuego, preferiblemente revólver, que tiene menos posibilidades de atascarse. La falta de parte del cráneo se debe al calor, no a ningún tiro.

Pero Hitler nunca dio pruebas de cobardía. De crueldad sí, y muchísimas veces, pero de cobardía no. Por el hecho de no simpatizar con la persona, no le podemos poner más defectos que los que ya tiene.

Por otro lado, se puede hacer una ficha clínica que coincida con una dentadura que se presente. Basta papel y tinta, y un poco de cuidado en la mención de las fechas y de los actos clínicos.

Se añade que los análisis efectuados a los fluidos del cadáver acusan cianuro. Sin embargo, si el cuerpo se sometió a altas temperaturas ya que fue quemado durante media hora, y sabemos que el cianuro se evapora con facilidad. Entonces, ¿por qué está ahí cuando ya no debería estar?

Y de Eva Braun poco o nada se habla. El cadáver estaba allí, se trata de una mujer y eso es todo, porque está irreconocible. En aquel fin de abril y principios de mayo de 1945, cadáveres son cosa que no falta en Berlín.

En fin, se hace la autopsia y después no se sabe nada más de los cadáveres, como si se hubiesen perdido accidentalmente, como si hubiesen caído bajo la mesa y no los consiguiesen encontrar. Entonces la pregunta que nos hacemos es - ¿alguien tendrá el cadáver de Hitler en su poder? y, en caso afirmativo, ¿quién?, ¿dónde?

- ¿Las cenizas que lanzamos al mar eran las de Hitler?

- ¿Para qué me pregunta, si ya sabe que la respuesta es sí?

- ¿Y por qué te dejaron pasar los americanos? ¿Sabían quién eras y lo que transportabas?

Mi dueña me acarició.

- No puedo responder. Hay compromisos y respeto mis compromisos y no quiero que mi niño sepa más de lo que debe. Por su propia seguridad. Lo que le puedo decir es que los americanos no son capaces de confesarlo en voz alta, pero tienen una verdadera idolatría por Hitler. Es su héroe secreto, lo que quieren ser cuando sean mayores. Incluso Patton reconoció "Tal vez, nos hemos equivocado de enemigo". Pero claro, nunca nos dejarían pasar si no hubiese contrapartidas. Es un pueblo tremendamente utilitario. No da sin recibir mucho más a cambio.

- ¿Y esas contrapartidas se dieron?

- No lo puedo decir.

- ¿Cómo te tengo que llamar, de ahora en adelante?

- Vale, le perdono el "tú". Puede llamarme Lobita, que me gusta y es lo que soy.

- Lobita, ¿no estás pensando en transformar a Paula Clotilde en un monstruito, verdad?

- No.

- ¿Solo “no”?

- Ya he dicho que no. No quiero que nuestra hija que... en fin... pero es nuestra hija y eso es lo que interesa... no quiero que nuestra hija sea cruel, egoísta, maliciosa, destructiva, ni que tenga ningún deseo de tener al mundo entero obedeciendo sus órdenes, aunque eso sea lo normal para cualquier bebé. Pero cuando crezca, no quiero que de ninguna manera le aflore la idea de que haya vidas con más valor que otras, y que haya personas que no merecen vivir, por pensar de otro modo o por ser enfermos o por tener los abuelos equivocados. Por eso escogí un padre y una madre que son como cachorritos – viven del amor, por el amor y para el amor.

Mi dueña siguió acariciándome y yo la besé, pensando que era una pena no poder tratarle por su verdadero nombre. Eva era mucho más bonito que Guilhermina, y además solo tenía tres letras.

- ¿Se acabaron las preguntas? –sugirió Eva Braun (alguna vez tendría que ponerle el nombre completo).

- Por ahora, sí. Me quedan un montón de dudas y preguntas, pero no soy inquisidor. Me vas contando, perdón, me va contando cuando pueda y quiera. Yo no pregunto nada más. A la hora de dormir, si le apetece contarme algo, cuénteme su historia, que es apasionante. ¿Por qué dijo que era profesora de gimnasia cuando en realidad es una excelente fotógrafa?

- Faustino, esa ni siquiera se la voy a responder. Hace un rato me dijo que no me preguntaba nada más. Pero venga. A esta todavía respondo, pero solo a esta y después le descubro mi lado malo. Estaba disfrazada, ¿comprende? Identificarme como asistente de fotógrafo era revelar pistas. Necesitaba fabricar un pasado nuevo. ¿No lo comprende? ¿Es tan difícil?

- Perdona, lobita, reconozco que ha sido una pregunta estúpida que avergonzaría a Leibniz y a mí me avergüenza doblemente. La única disculpa es que todo esto, todas estas sorpresas me han dejado... ni sé cómo decirlo... ¿Confuso? ¿Atontado? ¿Obnubilado?

- Niño, pero ¿qué demonio de autores anda leyendo?

- Paulo Cunha. Es de lo más respetable que hay. ¿Mañana puedo hacerle una pregunta?

- No.

- ¿Y pasado mañana?

- Tampoco.

- ¿Y otro día?

- En su momento lo veré.

- ¿Te importa que vaya a tomar algo al “bar” de abajo? ¿Le importa?
- Podemos ir los dos. ¿No me va a dejar solita precisamente ahora?
¿O será que mi compañía ahora le empieza a dar asco?

- Ahora le ha tocado a mi lobita decir un disparate y de los grandes – dije, besándole respetuosamente los labios rojos y febriles. – Vamos a emborracharnos y acompañamos el vino con el “lomo al Stop” y unas *patatas bravas*. Al mismo tiempo que olvidamos los dolores, cenamos.

Íbamos bebiendo vino y hablábamos de música. Yo adoraba a Bach, me pasaba lo mismo que a Goethe con Haydn– solo con oírlo me entraban ganas de practicar el bien. En esos momentos, cambiaba de música. Por una cuestión de seguridad. Practicar el bien solo puede dar problemas y uno acaba por quedar mal visto. Aunque sea canonizado 300 o 400 años después, eso no compensa los disgustos y las vejaciones.

Mi dueña todavía no había bebido el primer vaso y fue terminante cuando dijo que lo que más apreciaba en la vida era mi lengua en sus pies y a continuación en las demás partes del cuerpo. Guilhermina, piensa, quiero decir, piense en cosas más elevadas. Está bien. La cúpula de la Catedral de san Pedro.

También le gustaba la música y de Wagner solo aguantaba las oberturas de las óperas, el Preludio del III acto de “Lohengrin” y el “Idilio de Siegfried”. Aguantar todo el “Oro del Rin” y además en Bayreuth era un suplicio del que no podía escaparse, so pena de irritar a su terrible y secreto señor. Nunca asistía a los espectáculos en “su” palco. Tal honor les correspondía a Winifried Wagner, a Goebbels y a su mujer Magda, una mujer inteligente y bonita, que amaba casta y apasionadamente a aquel cuyo nombre no digo. Ya vale de óperas.

Se rio cuando le hablé de mis héroes, cuando le describí la aldea gala, Astérix, Obélix, Panorámix y el perrito Idéafix. A ella también le gustaban los cómics.

Fuimos a parar al mismo torbellino, cuando invertí la marcha. Estaba en medio de un sueño. Nosotros dos, en una isla de los mares del Sur, más propiamente en el Pacífico, más concretamente todavía en un atolón de la Polinesia, que por el nombre deben ser muchas islas. En un atolón, tenemos el anillo de coral, donde crecen los coqueros y donde podemos armar nuestra tienda. Y tenemos la laguna interior, donde los tiburones no llegan y donde podemos bucear y jugar con la fauna marítima, que siempre estuvo allí esperando jugar con humanos, la experiencia más emocionante para cualquier pez que sobreviva a la experiencia. Podríamos nadar desnudos y así ella me abrumaría con su superior belleza completamente iluminada por el sol tropical. Provisiones para un mes, un arpón para pescar pescado

fresco para la comida, una cama hecha de hojas anchas y blandas donde pudiésemos hacer el amor hasta caer rendidos. Y solo después vendrían Gina y Paula Clotilde, con otro mes más de provisiones, para disfrutar las vacaciones a las que también tenían derecho.

Mi dueña– pues sí, sí, pero echo de menos Italia.

Ya iba en el cuarto vaso de vino cuando ella confesó que lo que le gustaría de verdad sería realizar largometrajes en 35mm, pero nada épico, nada de cabalgadas al atardecer.

- No sé el porqué. Es un don, pero creo que se me da bien el cine. Creo yo.

27.

Guilhermina, para no tratarla por el nombre acusador de Eva, dio muestras de una extraordinaria paciencia. Solo al fin de tres semanas preguntó:

- ¿Qué pasa?

- Nada. ¿Qué habría de pasar? – respondí, a pesar de ser muy consciente de que había un problema y de los grandes.

- Ya habían pasado exactamente veinticinco días desde la última vez que hicimos el amor. Faustino, no soy tonta, quiero decir, soy tonta pero no tanto. ¿No me equivoco al pensar que de un momento a otro siente asco de mí?

- No. Estás completamente equivocada. Debe haber sido algo que comí y que no me sentó bien. Hace unas semanas que ando algo raro.

La última frase era verdadera. Dormía con ella, arribaba mi cuerpo al suyo para sentir su calor y su perfume, pero estaba siempre entre nosotros la imagen de aquel hombre de bigotito a lo Charlot y con el brazo extendido, arriesgándose a que alguien lo aprovechara para colgar el paraguas. *It's that man again.*

Entre mi amada lobita y yo se interponían montañas de cadáveres, abatidos por el simple hecho de existir. La posible contabilidad, datos de 1974, sin contar con los dos millones de prisioneros de guerra soviéticos muertos en cautiverio, daba:

- 50.000 enfermos mentales muertos en instituciones de salud, con la justificación de “muerte misericordiosa”.

Ejecutados por las SS:

- 500.000 gitanos,

- 2.000.000 de polacos,
- Más de 5.000.000 de judíos,
- Más de 5.000.000 de eslavos,
- El número de comunistas no está contabilizado, aunque los médicos de las SS hubiesen llegado a la conclusión de que los comunistas aguantaban el *Zyklon B* dos minutos más que los judíos, o sea, tardaban en morir dos minutos más.

Y esa única idea hacía que me despertase sin erección alguna, lo que no era normal. Y que no reaccionase a las sabias caricias de mi dueña, que se esmeraba en las mil artes del amor, desde el sexo oral a la danza del vientre. No era normal.

- ¿Tal vez le han dejado de gustar las mujeres? Realmente, los chicos de mi guardia personal eran muy guapos, ¿no le parece?

- Sin duda – admití. – Para quienes les gustan esos tipos.

Me sonrojé. Mis semanas de falta de sexo me dejaban sin coartada. Una mujer seductora y que además se esfuerza al máximo, y que no ve resultados de sus esfuerzos, tiene todo el derecho de sospechar de la virilidad de su Faustino, ya que no es normal que la impotencia llegue ya a los 20 años. Después me tranquilicé. Eva Braun no solo era una seductora, sino también una mujer inteligente, que había sobrevivido a la locura de todo un país de filósofos raros y había reconstruido su vida con un nombre falso. Ella le comprendería.

- Todavía no se ha acostumbrado a la idea de que “yo” soy quien soy y “él” era quien era.

- Probablemente. Es muy posible. Tal vez haya sido eso mismo.

- Y después todo aquel oro...

- Sí, puede haber sido. Los tesoros dan mala suerte.

- ¿Habrá sido alguna maldición?...

- Quien sabe... Hay casos... Tutankhamon, por ejemplo.

Mi dueña me habló del caso de Gustav Mahler, que también había tenido un problema de impotencia y que había ido a la consulta del Dr. Freud. Al cabo de algunas horas había vuelto a casa curado. La cuenta le llegó a Alma Mahler solo después de la muerte del compositor, lo que parecía un chiste de psiquiatra. La consulta no había sido nada barata y la Seguridad Social no pagaba esas cosas.

- Pero no quiero, o mejor, no puedo permitir que vaya a un psiquiatra y tenga que contar todo lo que pasó y que es un riguroso secreto. Como le

dije, hay demasiadas personas en el secreto y me arriesgo a tener que tomar medidas drásticas...

- ¿Muy drásticas, amor?

- Fue una manera de hablar. Quería decir solo “medidas”. Tengo que tomar mis medidas y, es más, ya he empezado a tomarlas. ¿Se acuerda de aquel helicóptero que sobrevoló nuestro yate en el Mediterráneo?

- ¿Que sobrevolaba tu yate? Me acuerdo, claro.

- Pues pertenecía a una organización a la que le gustaría apoderarse del cadáver que sabemos, pero no puede, le gustaría raptarme pero no puede, y que, como alternativa, le gustaría apoderarse de mi fortuna, lo que tal vez pudiese. Sin embargo, hay otra organización, todavía más poderosa, que es de la opinión contraria y no tiene ningún interés en que se toque en el asunto y, para ellos, lo pasado, pasado está. No hay ningún interés en resucitarme y eso me tranquiliza. No le voy a referir los términos del acuerdo que permitió mi fuga, pero puedo llamarle la atención hacia algunos hechos. Los americanos han limpiado el pasado de muchos científicos nazis, que les proporcionaron los misiles nucleares y acabaron por llevarlos a la Luna, además de haber colaborado en muchos otros proyectos, unos más siniestros, otros menos, pero todos ellos siniestros. Algunos americanos se llenaron de oro. Ribbentrop fue ejecutado y a Speer, que era el mayor responsable del trabajo esclavo en la Alemania, en que judíos y comunistas trabajaban hasta caer muertos de cansancio, solo le cayeron 20 años de cárcel.

- Pero entonces... ¿el helicóptero...?

- Estaba allí solo para mostrar que las cuentas no estaban olvidadas, a pesar de que mis protectores insisten para que lo olviden, no hay ningún interés en remover las cenizas del pasado. *Mein Gott*, ¡qué imagen más mal escogida!

Hizo una pausa y concluyó:

- No han conseguido nada y están furiosos. Por eso, no es difícil adivinar cuál será el próximo paso que van a dar.

No sé qué pasos se han dado, pero ya en pleno siglo XXI, Faustino Mendes, viudo, Procurador General Adjunto, miembro del Consejo Superior del Ministerio Público y profesor de Derecho Penal II en el Centro de Estudios Judiciales, fue llamado a declarar ante una comisión parlamentaria de investigación, debido a los rumores que habían aparecido en un semanario acerca de un tal tesoro nazi, en lingotes de oro con signos también nazis grabados, y también en relación con un Banco que había sido reprivatizado, el *Banco Portomayor*, y por todo el patrimonio inmobiliario

de su hija. Ante la alternativa de decir la verdad o mentir, puse por encima de la República los intereses de Paula Clotilde y mentí con toda convicción.

- ¿Oro nazi? ¿En lingotes o en monedas? ¿Con cruces gamadas? Nunca vi tal cosa. Oí decir, eso sí, porque vino en los periódicos, que había lingotes de oro con símbolos nazis, en los sótanos del *Banco de Portugal*. Pero me imagino que ya no debe haber nada de oro en sus cofres. Por lo menos, han desaparecido todas las alusiones a su existencia, lo que es bastante sintomático.

- ¿Que el verdadero nombre de mi mujer era Eva Braun? Francamente, Sr. Diputado, estamos en un órgano de soberanía, no podemos hablar de teorías de la conspiración y además con fantasmas. Estuve casado con doña Guilhermina Portomayor, de la que tuve una hija. No lo niego. Pero, por el hecho de hablar alemán, eso no quiere decir que fuese Eva Braun. También hablaba italiano y francés. Y hablaba portugués, como todo portugués, de familia portuguesa, aunque nacida en Varsovia. ¡Eva Braun, francamente!... Mire, me parece tan absurdo que ni siquiera merece la pena contestarle.

Todo ello envuelto en una gran victoria personal. No me sonrojé.

FIN

Sin embargo...

LA HISTORIA NO PUEDE ACABAR ASÍ,

En un despacho del Palacio de S. Bento, y yo mintiendo descaradamente. Mi estatuto de Magistrado del Ministerio Público me vinculaba a dos entidades abstractas – la legalidad y la verdad. Pero expliqué detenidamente a esas entidades, frente a una solitaria taza de café, un vaso de agua y un periódico abierto en la sección de anuncios, que tendrían que olvidarse de mí durante unas horas. Porque yo también tenía Obligaciones para con el amor. Mi dueña muy amada había confiado en su cachorrito. No podía decepcionarla.

Fue así:

Al cabo de dos meses de intentonas frustradas, Guilhermina me expulsó a la habitación de la criada. Le dije que podría regresar a la casa de la Junqueira, donde todavía pagaba la renta. Pero ella no aceptó, que entonces que iban a pensar que nuestra boda era una farsa y que Paula

Clotilde, que ya gateaba y que ya quería ponerse de pie y andar, se veía que era voluntariosa como sus madres, iban a pensar que no era hija nuestra y de esa forma se echaban por tierra sus planes de asegurar la transición segura y serena de su fortuna para las manos aún diminutas de la joven princesa.

- Pase una parte de la noche conmigo, solo hasta que me quede dormida. Después, despacito, vaya a la habitación de Gina y desahóguese a su gusto, y duerma allí tranquilamente. Cuando se le pase el trauma, dígamelo, o mejor, no necesita decir nada, Actúe, actúe que es lo que me gusta.

Me contó también que había hecho testamento y con tanto cuidado que nadie lo podría contestar. Habían sido testigos un médico psiquiatra, de los más prestigiados, y un juez consejero. Pero hay una cosa que el niño tiene que mandar hacer para cerrar el cerco de seguridad alrededor de Paula Clotilde. ¿Me lo promete?

Cuando Gina se iba a acostar y nuestra princesa ya dormía, echada de espaldas y con los brazos abiertos en cruz, qué sueños le pasarían por la cabecita tan querida, cuando nos quedábamos a solas en la sala, mi dueña extendía sus largas piernas y entregaba sus pies a mis caricias, a mi lengua, a mis mordiscos, y me dirigía aquella mirada mimosa de que poco era mejor que nada. Ir más allá estaba ya fuera de mis fuerzas. *It's that man again.*

Acabé el curso de Derecho en junio de 1984, con nueve de nota media final, porque quien nunca había suspendido en ningún curso tenía derecho a dos puntos extra. Me presenté a concurso en el Centro de Estudios Judiciales en 1985, quedando en séptimo lugar. Guilhermina, porque el nombre de Eva Braun nos estaba prohibido para siempre, me había reclamado que no había sido eso lo que habíamos acordado, yo acabaría la carrera de Derecho para ser abogado, y más exactamente su abogado de confianza, además de ser su hombre de confianza. Le expliqué que, como licenciado en Derecho y como Magistrado, podría ejercer la abogacía en causa propia, de mi cónyuge, que era ella, y de mis descendientes, que era Paula Clotilde. Y que los negocios no son mi fuerte. Prefiero el papel de consejero discreto, que permanece en la sombra, y se toma a pecho los intereses de la persona a la que aconseja.

En aquella época había que escoger, en el momento de la solicitud de admisión al concurso, la magistratura a la que se optaba— judicial o del Ministerio Público. Escogí el Ministerio Público. Tengo horror... No, que palabra tan exagerada, lo que de verdad tengo es un miedo horrible a juzgar. No niego que tenga mis prejuicios, pero ¿quién no los tiene? Así, prefiero que mis juicios no sean finales. Una acusación o un archivamiento

son siempre juicios previos, y si no tienen justificación ahí está el Juez para no pronunciar o para absolver. El Ministerio Público es el equilibrista y el Juez es la red. Dos cabezas piensan mejor que una. Tantas veces va el cántaro a la fuente que un día se rompe. Hijos criados, trabajos doblados. Y más se podría decir.

En ese mismo año, 1985, mi dueña dejó de hacer su gimnasia habitual y empezó a adelgazar, ella que nunca había sido gorda. Iba a clase preocupado. ¿Qué pasa, amor? y ella no respondía, amor era su tía, tengo nombre, me llamo Guilhermina. Pero adelgazaba, adelgazaba tanto, a ojos vistas, de manera que me pasaba ahora las noches abrazado a su cuerpo, con miedo de que se me escapase. Hasta que llegó el día en que la vi con un pañuelo en la cabeza, en vez de su bonito pelo plateado. Había hecho radioterapia y había empezado quimioterapia. Le habían hablado de una clínica en Alemania, pero no quería ir. A Alemania nunca más. Aquí también me puedo tratar. Sé que voy a curarme completamente y sé que voy a vivir. Lo sé. No me pregunte el porqué, pero lo sé muy bien – y sus labios buscaron los míos. Y tenía razón. En parte. Muy pequeña, por otro lado. Prácticamente ninguna. El que se curó fui yo. Aquel hombre no volvió a entrometerse y el trauma desapareció. Guilhermina era la que se quejaba a veces, hoy estoy muy débil, no puedo, pero puede ser que mañana o pasado mañana... Vaya a dormir con Gina.

Pasé a la segunda fase de la formación, a las Prácticas de iniciación, y escogí el Tribunal de Beja, porque el formador era conocido como persona empeñada y bondadosa, y por otras razones menos confesables – porque me dolía solo el hecho de ver el declinar progresivo de mi dueña y tenía miedo de ponerme a llorar lo que no contribuiría nada a animarla. Por eso me quedaba en la Rua Pablo Neruda, muy cerca del Hospital de Beja, y solo iba a casa los viernes por la tarde.

Volvía el lunes por la mañana. Recuerdo los viajes, sentado junto a la barandilla de la cubierta superior del barco que iba a Barreiro, y de ver el amanecer, con el espectáculo sangriento del sol que iba naciendo de mala gana.

Media hora para pensar era un lujo.

Pensaba en el futuro de Paula Clotilde. Las grandes fortunas solo se consiguen a fuerza de crímenes. En los siglos XIX y XX se ganaban, por lo menos en Portugal, con el chanchullo en la compra de los bienes nacionales, con el tráfico de esclavos, con el mercado negro, con la explotación de África, con los abastecimientos del Ejército, y, más modernamente, con el tráfico de estupefacientes. Yo quería para mi princesa un destino diferente. Iba a educarla para enseñarle que no hace falta mucho para ser feliz. Y que la tremenda fortuna que un día sería suya

debería estar limpia de todas las manchas que la ensuciaban. Le hablaría de una Fundación destinada a la Humanidad. Era posible. Si ella quisiera.

Todos los días rezaba por mi dueña, que su cachorrito no podría vivir sin ella, y Dios no podía ser tan cruel.

Fue un miércoles cuando, por la mañana temprano, llamaron al despacho de mi formador, donde yo tenía también una mesa de trabajo más pequeña. Me pasó el teléfono, con una expresión grave. Era Gina. Que Guilhermina se estaba muriendo y que era urgentísima mi presencia junto a ella. El todoterreno del ingeniero Saavedra debía estar llegando al Gobierno Civil y me llevaría a Lisboa. Mi formador, que era Delegado del Procurador de la República, se llevó las manos a la cabeza cuando le expliqué la situación. Váyase, no se preocupe. Si necesita algo, dígamelo. Por ley, tiene derecho a cinco días.

No recuerdo pormenores del viaje, pues los ojos se me nublaban. Solo recuerdo que a veces abandonábamos la carretera y marchábamos campo a través, para cortar camino.

Era la hora de la comida cuando entré en su habitación, con la puerta de par en par para que el sol de la Duque d'Ávila entrase con todo el esplendor posible en una avenida. Ella no quería ni penumbra, ni velas, ni imágenes, ni flores, ni nada de eso. Esperen que yo muera y después a su gusto, no se priven.

En la mesilla de cabecera, en el lado donde ella dormía normalmente, había un libro encuadernado en azul. Era "Prometeo o la Vida de Balzac" que le había regalado a cambio de su amor. Aproximé mi oído a sus labios y ella susurró palabras sin sentido. Y después interrumpió las mentiras que yo le estaba diciendo de que se iba a poner buena y que aquello era solo un momento de debilidad. Me cortó el discurso con la palabra "morfina". Y después, con esfuerzo, me pidió que no me olvidase lo que le había prometido y que tenía que pedirme una cosa más, que le lamiese los pies, que se los chupase dedo a dedo, y que se los mordiese. Era la última voluntad de una condenada, y no se lo podía negar, so pena de pudrirme en el Infierno. Había sido ese último deseo lo que la había mantenido viva y ahora podría morir en la mayor felicidad.

Nos dejaron solos.

Subí la colcha. Los delgadísimos pies de mi dueña habían sido cuidadosamente lavados y perfumados por Gina, las uñas arregladas y pintadas de rojo vivo. Empecé a lamerle en suaves toques de lengua, subiendo del empuje hasta los dedos, y los chupé como si fuesen bombones. Su respiración era corta y difícil. Agonizaba de placer y cuando le mordí el pie derecho, su pecho dejó de jadear y se hizo el silencio. Dejó

de respirar. Su alma había emigrado hacia lugares infinitos, con localización desconocida.

Abrí el libro en la página 106, señalada con una cintita azul.

*“De **Balzac a la señora de Berny**, 4 de octubre de 1822: Cuanto más convivimos más descubro en ti un sinfín de bellezas... Laure, te confieso la consagración del banco del parque, esa fiesta de un amor que creíamos moribundo, enciéndelo de nuevo y, lejos de ver en él un túmulo, ese lugar encantador me pareció un altar...”*

No me asusté cuando vi entrar a un hombre vestido de gris, con el pelo por el hombro, sosteniendo una guitarra, que a continuación se sentó a los pies de la cama y, de espaldas a la fallecida, empezó a tocar el “Lloro nº.1” de Heitor Villa-Lobos. Solo entonces comprendí. A pesar de todo, Guilhermina había sido siempre una persona muy sencilla, nada complicada, orgullosa de su cuerpo y con excepcionales dotes para el cine, pero siempre tras las cámaras. Por eso, cuando otros hombres vestidos de gris, con el pelo cortado a cepillo, trajeron velas y flores, a pesar de la oposición de Gina que pensaba que todo eso iba contra la voluntad de nuestra dueña y además no pasaba de una *fantochada*, indigna de ella, me dirigí a cada uno de los que venían a prestar homenaje a la que para ellos continuaba siendo la mujer del *Führer*, mientras que yo no pasaba de un intruso en propiedad ajena, y les pedí de una forma complicada - Ella no es la que pienso que ustedes creen que es, pero aunque continúen pensando que es quien no es en realidad, por favor, y no es por mí, es por voluntad expresa de la que allí está, les ruego encarecidamente que no saluden con el brazo estirado. Si quieren mostrar su respeto, bésenle la mano que es lo que se merece. Es una reina. Siempre lo fue.

Me arrodillé a su lado, y recé durante mucho tiempo y sin palabras. Solo sentía, y eso era todo. Sería, como siempre lo fui, incapaz de juzgarla. Por falta de pruebas y también porque la amaba. Invoqué a la sospecha – yo la amo, luego no estoy exento. ¿Cómo lo podría estar? Fue ella la que me hizo, fue ella quien estuvo a mi lado cuando lo necesité. Es verdad que me retorció un brazo. Pero también era muy cariñosa. Yo era su bichito pero nunca logré ser su obra maestra. Sin ella estaría a esta hora enseñando matemáticas en un instituto, o, quien sabe, en la Universidad. Pero no tendría los placeres que da la vida de un magistrado, por ejemplo, aquel orgasmo intelectual que se produce cuando se toma la resolución final en un proceso complicado, con 37 volúmenes y 110 adjuntos, o cuando se realizan las alegaciones finales en un juicio y que dejan a los abogados boquiabiertos y desarmados.

No tengo opinión sobre su pasado. Solo tengo pruebas de los años maravillosos que viví a su lado y que han sido tan pocos. Nunca conocí a

Eva Braun, solo conocí a una mujer que hacía gimnasia, buceo, fotografía, cine, y que se llamaba Guilhermina.

Y solo me quedan breves notas en diarios breves.

Después del velatorio, el cadáver de Eva Braun fue cremado, ahora sí, era verdad, y me entregaron la urna con las cenizas. Gina, yo y Paula Clotilde, a la que unas veces llevaba en brazos, otras en la espalda, nos dirigimos a la marina de Cascais, donde nos esperaba el yate *La Sirenita*. En Zambujeira do Mar, el viento soplabá de S.-S.O., con una velocidad de 5 nudos. Rezamos una oración y arrojé las cenizas de mi amada al océano. Después, tal como ella hiciera con aquel hombre, eché la urna de plata al mar y la vi hundirse.

Se había cumplido la voluntad de mi dueña. Quedaba para siempre libre de los avances de la biología forense. Nunca habría pruebas seguras de su verdadera identidad. En el C.E.J. (Centro de Estudios Judiciales) había sido alumno del Dr. Fernando Bento, en Derecho Civil II, y el Derecho de la Filiación no tenía secretos para mí. Aunque por mera hipótesis de trabajo, obligasen a Paula Clotilde a la recogida de ADN, la conclusión solo podría ser la de que nada tenía que ver con el código genético de la familia Braun.

Nunca más volví a encontrar a los hombres vestidos de gris y yo mismo me convertí en un hombre vestido de negro, cuando mandé hacer mi toga antes de tomar posesión, el 15 de septiembre de 1987, como Delegado del Procurador de la República, en Prácticas ya con todos los poderes de magistrado. Solo que para mí el color negro representaba otra cosa – que me hacía cargo de los dolores y de la angustia que conlleva el cumplimiento de la ley, sobre todo cuando se promueve la prisión de alguien y no se tiene la suerte de ser sádico. Así era cómo yo veía las cosas. En el orden práctico, en las comarcas a la orilla del mar, la ventaja era la de poder ir directamente de la playa a la sala de audiencias, porque la toga tapa y, además, suena muy bien – la toga tapa.

El resto no pasó de números, o mejor, de fracciones. Éramos los dos, padre e hija, los herederos legítimos de Maria Guilhermina de Holstein y etc., con quien me había casado en régimen de separación de bienes, no existiendo bienes comunes, lo que facilitaba el inventario, que en ese tiempo era obligatorio porque uno de los herederos era menor. Padre e hija eran los herederos legítimos de la fallecida y, solo por eso, nos correspondían dos terceras partes de la herencia, lo que suponía un tercio para cada uno. Por testamento, la tercera parte restante, la llamada porción disponible, se atribuía, en partes iguales, a Paula Clotilde, a Gina y a mí mismo.

Por escritura pública, cedí lo que me correspondía en la herencia a Paula Clotilde, a excepción de la casa de Pasaconsol.

Gina hizo lo mismo.

Fue en octubre de 1994 cuando Andrew Wiles y Richard Lawrence Taylor demostraron el último teorema de Fermat, también llamado la última conjetura de Fermat. Yo era, en aquel momento, Procurador de la República en el tribunal de Boa-Hora y me sentí extrañamente aliviado.